AISLING

En el mundo de los sueños

AGER AGUIRRE

AISLING
En el mundo de los sueños

Ager Aguirre

Título: Aisling-En el mundo de los sueños
© 2019, Ager Aguirre

Facebook: Ager Aguirre
Twitter: @AgerGolden

De la maquetación: 2019, Ager Aguirre
Del diseño de la cubierta: 2019, Sol Taylor
Código de registro de la portada en Safecreative: 1907041355702
Código de registro del libro en Safecreative: 1906261291388

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

—1—

Reina el caos. Octubre de 2048

Las sirenas de la policía resonaban entre los edificios. La gente corría en distintas direcciones, unos escapando de las fuerzas del orden y otros huyendo de los altercados. Los menos afortunados se quedaban atrapados en medio de las revueltas.

Habían pasado más de dos años desde que la mayor tormenta solar de la historia sometiera al planeta a un apagón tecnológico y, pese al tiempo transcurrido, las calles, sobre todo por las noches, seguían siendo un caos incontrolable de atracos, manifestaciones, protestas y violencia.

Esa tarde, mientras Triz cubría su turno en el hospital, un grupo de personas, sin nada que perder, se reunió en la plaza para protestar por la situación en la que tenían que vivir. Lo que empezó como una protesta pacífica se fue calentando con la llegada de la policía. Los ánimos de los manifestantes se fueron encendiendo y no tardaron en aparecer las primeras voces que aseguraban que aquello no se iba a solucionar con gritos y soflamas y que tenían que tomar lo que les pertenecía por la fuerza, porque ya era hora de hacer justicia y de no dejarse robar más.

La policía, tras escuchar a estos manifestantes, decidió actuar, y varios de los cabecillas de la protesta fueron detenidos, aunque lo único que consiguieron fue avivar la reacción del resto. Algunos encapuchados se pusieron a la cabeza de las protestas y decidieron asaltar la Central, el punto con mayores reservas de electricidad de cada ciudad.

Tras el apagón provocado por la tormenta solar, la energía se

había convertido en el bien más preciado y, al igual que en el siglo XIX hicieron los bancos con las reservas de oro, los gobiernos crearon unas sedes donde guardar, proteger y distribuir las escasas reservas eléctricas.

Lo que en un principio la sociedad aceptó como algo necesario se acabó convirtiendo en una forma de control por parte de las autoridades y las empresas. Nadie podía producir electricidad propia, y la que generaban las compañías resultaba tan cara que la mayoría de la población no podía permitirse ni calentar la comida.

Los manifestantes deseaban asaltar la Central con el objetivo de robar tarjetas de valor energético, tarjetas de diferente capacidad donde las empresas eléctricas acumulaban la energía para su distribución. Las querían para su uso personal.

Sin embargo, la fuerte vigilancia y las medidas de seguridad del lugar impidieron el asalto y, llevadas por la impotencia, varias agrupaciones pagaron su frustración incendiando y atracando varios comercios. La policía cargó contra ellos cuando intentaban robar alimentos y se podía sentir en el aire, ya de por sí plomizo, que aquello no iba a terminar bien.

Las fuerzas de seguridad consiguieron detenerlos, pero varios de los asaltantes se resistieron y tuvieron que emplearse a fondo. Las alarmas no tardaron en sonar en el hospital, por lo que Triz y su equipo esperaron la llegada de los heridos más graves.

Uno de ellos, un comerciante que sufrió el ataque de los vándalos, padecía un traumatismo craneoencefálico y su vida corría serio peligro. Como jefa de los servicios médicos y especializada en este tipo de traumatologías, a Triz le asignaron la operación.

—¡Vamos! ¡No te me puedes ir ahora! ¡Vamos! —suplicó al ver que la operación no daba resultado.

Las constantes vitales del paciente no se mostraban nada tranquilizadoras y veía como todos sus esfuerzos por salvarle la vida eran infructuosos. Lo intentó por todos los medios, pero durante sus años de trabajo había aprendido que, a veces, te tienes que conformar con hacer todo lo que está en tu mano, aunque esto no resulte suficiente. No te puedes reprochar nada si no quieres terminar volviéndote loca. Unos minutos más tarde, el hombre entró en parada cardíaca.

Los intentos por reanimarlo fueron baldíos. Triz certificó la muerte a las veintiuna horas y veintiún minutos. Los ayudantes, enfermeros y auxiliares, fueron abandonando la sala de operaciones mientras ella se excusaba para quedarse unos minutos a solas con el fallecido. Sus compañeros, acostumbrados a esta petición, pensaban que necesitaba despedirse de ellos, al no haber podido hacer nada más por salvar sus vidas, y respetaban ese momento y su decisión,

pero la realidad era levemente distinta.

Quería quedarse a solas con los que no había podido salvar para ayudarles a transitar del mundo de los vivos al de los muertos sin interferencias. Ese paso de un lugar a otro podía ser placentero o convertirse en traumático, y ella se aseguraba de que, al menos, tuvieran una entrada lo más tranquila posible.

En cuanto se quedó a solas en la sala de operaciones cerró la puerta del quirófano e inició el ritual dibujando un círculo alrededor de la camilla donde yacía el hombre.

Las ceremonias de transición entre esos mundos representaban un ritual sencillo para el que no necesitaba nada más que sus oraciones y la ayuda del cadáver. Había otras bastante más complejas.

En estos casos siempre solían colaborar de buen grado cuando se les anunciaba una nueva vida, pero esa noche no iba a ser tan fácil.

Recién iniciadas las oraciones, el fallecido se aferró a su mano, y casi tuvo que usar el desfibrilador con ella misma. A punto estuvo de parársele el corazón.

Si la primera vez que ayudó en aquel tránsito el muerto hubiera reaccionado de la misma manera, también habrían tenido que ayudarle a ella a cruzar al «otro lado». Por fortuna, o por desgracia, ya llevaba muchos tránsitos realizados, aunque no terminaba de acostumbrarse a según qué reacciones de los muertos.

El hombre abrió los ojos. Su mirada había perdido todo rastro de vida y sus globos oculares se veían de un color negro tan intenso que la oscuridad que emanaban absorbía la luz de su alrededor.

Un grito se ahogó en la garganta de Triz cuando empezó a mover sus labios.

—No puedo irme todavía —murmuró.

—Debes hacerlo. No te preocupes. Una nueva vida te espera al otro lado —respondió ella intentando tranquilizarle y serenarse.

—No lo entiendes...

—Claro que lo entiendo. A nadie le gusta tener que marchar, pero, en ocasiones, es necesario. Tu lugar está ahora en ese otro mundo.

—¡No, Triz! ¡No lo entiendes! —exclamó el muerto alzando la voz y mirándola con sus profundos ojos negros. Que la llamara por su nombre fue lo que terminó de helarle la sangre.

—¿Cómo demonios sabes mi nombre? Llegaste al hospital inconsciente...

—Esta vez no es cuestión de demonios… Todos sabemos tu nombre porque tienes que salvarnos —añadió el hombre agarrándose a su brazo con las dos manos.

—Yo ya no puedo hacer nada para salvarte. Tienes que relajarte

y dejarte ir —respondió Triz intentando mantener una calma que se le escapaba por los poros de la piel. El cuerpo empezaba a temblarle por el miedo y las piernas casi no la sujetaban.

—¡Necesitas tu colgante, Triz! Si quieres salvarnos a todos debes recuperar el colgante de las fases de la luna que te regaló tu tía Helen.

—¿Conoces a mi tía Helen? ¿La has visto? —Triz estaba a punto de echarse a llorar. La pérdida de su tía, siendo ella apenas una niña, era de los peores recuerdos que conservaba. Y había vivido una Tercera Guerra Mundial y una tormenta solar apocalíptica.

—Tienes que salvar nuestros mundos… todos los mundos. ¡Recupera el colgante! —gritó el hombre convulsionando sobre la camilla. Una camilla que, de pronto, empezó a arder.

Triz se despertó sobresaltada en su cama, con los latidos del corazón amenazando con salírsele del pecho y sintiendo que no llegaba el aire a sus pulmones, como si el humo del incendio de su sueño le dificultara la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar, su marido, a su lado, viendo que le costaba calmarse.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido una de mis múltiples pesadillas. Siento haberte despertado.

—¿Otra? Tienes una casi todas las noches —replicó él a la vez que apoyaba el codo en la almohada y se erguía.

—¿Y qué quieres que haga? —reaccionó Triz. Se dejó caer y le dio la espalda.

—Ya te dije que no deberías haber dejado de ir al psicólogo. Empiezo a estar harto de que me despiertes de un susto. Así no hay manera de descansar.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer... —repuso cerrando los ojos y concluyó la discusión.

—2—

Saltándose el toque de queda. Noche del 31 de octubre de 2048

La nocturnidad envolvía a Nara. Había salido de casa cuando la luz del sol se perdía por el horizonte, pese a las restricciones de seguridad con las que les bombardeaban cada día en las noticias. Desde que su amiga le había contado su sueño llevaban semanas planeando aquella noche y, a pesar de las típicas preguntas de: «¿adónde vas a estas horas?» o «¿vas a salir, pese al toque de queda?», había conseguido escaparse después de que sus hijos se acostaran.

Para Triz aquella noche era muy importante y a Nara, como su amiga del alma, no le quedaba más remedio que acompañarla.

—Llegas un poco tarde —replicó Triz cuando la vio aparecer por el fondo de la calle mientras se ponía en marcha antes de que ella llegara a su lado.

—No te quejes. Bastante que he conseguido venir. No veas lo pesado que se ha puesto mi marido con lo de las restricciones. Sabré yo lo que puedo o no hacer —contestó su amiga acelerando el paso para agarrarse a su brazo cuando la alcanzó.

—A mí me lo vas a contar. Yo también he discutido con Óscar. No entiende lo importante que es esto para mí.

—Y eso que nos salvaste a todos avisándonos de la tormenta solar.

—Hasta de eso me echa la culpa...

Desde los terremotos y la tormenta solar, las calles se habían vuelto inseguras. Si no lo eran ya desde la Tercera Guerra Mundial. Los toques de queda lograban que solo los dispuestos a saltarse la ley pasearan por la ciudad cuando anochecía.

—¿No podemos hacerlo cuando haya más luz? —preguntó Nara cuando su amiga se empeñó en adentrarse por los callejones más inaccesibles—. No sé, de día, ¿por ejemplo?

Triz, que caminaba con paso decidido, pero con cierto nerviosismo, solo se detuvo un segundo para contestar.

—Ya te he dicho que es importante que nadie nos interrumpa. Es de vital transcendencia que esta vez el ritual salga bien. No quiero cometer errores como el del mes pasado. No voy a tener otra oportunidad de comunicarme con los difuntos hasta finales de noviembre. Tiene que hacerse hoy o con luna llena. ¿Qué culpa tengo yo de que Samhain[1] sea la noche de los muertos y no el día? Debe ser ahora —explicó retomando el caminar hacia lo más recóndito de las calles.

—¿Y estás segura de querer hablar con los muertos? Mira que a mí eso siempre me ha dado mal rollo.

—No consigo localizar a Gare, por mucho que lo he buscado, en el mundo de los vivos. Si no está aquí, tiene que estar entre los muertos. Y necesito hablar con él. Posee algo que me hace mucha falta —respondió Triz a la vez que apartaba un tablón de madera que le cerraba el paso antes de llegar a un claro desde donde se observaba la luna en el cielo.

—Gare... cuánto tiempo sin oír hablar de él, y ahora nos hace saltarnos el toque de queda. Si está muerto, ¿cómo va a poder devolverte lo que estás buscando? —Quiso saber Nara sin dejar de mirar a los lados, asustada por los ruidos provocados por las ratas tras las paredes de las casas—. Tampoco me puedo creer que esté muerto. Era poco más mayor que nosotras...

—No ha sido fácil sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial, ni a la tormenta solar. Quizás él no lo consiguiera. En realidad, me conformo con que me diga si recuerda dónde vio el colgante por última vez. Hace muchos años que no le veo, pero estoy segura de

que, incluso muerto, estará dispuesto a ayudarme.

—Muy bien, lo que tú digas. Pero vamos a empezar cuanto antes. No quiero estar mucho tiempo en este lugar. ¿No podríamos haber hecho el ritual en el sótano de mi casa?

—Ya hemos hablado de ello. Para realizarlo hay que purificar el lugar donde se va a llevar a cabo. La naturaleza y los antiguos templos no necesitan ser purificados, pero con tu sótano habríamos tardado horas, y no tenemos tiempo. Además, ya lo intenté el mes pasado en mi casa y salió mal porque Óscar me interrumpió en mitad de la invocación. No podíamos correr el riesgo de que nos pase lo mismo con tu marido. Tenemos que hacerlo bien. Se nos acaba el tiempo. ¿Te has acordado de purificar tu cuerpo como te aconsejé?

—Sí, me he acordado. Aún tengo sabor a sal en los labios.

—Te dije que usaras incienso y te «sahumaras» con él. Era más rápido que frotarse el cuerpo con sal antes de darse una ducha.

—Explícale a mi marido el olor a incienso en la casa. Deja, con el baño ha sido suficiente. ¿A esta mierda de sitio le llamas tú naturaleza? —inquirió Nara mirando a su alrededor y viendo solo escombros y desechos.

—Es lo más parecido que vamos a encontrar. Era un antiguo templo y en él se hacían rituales. Con seguridad una línea ley pasa por aquí y eso ayudará en nuestra invocación. Está al aire libre y por aquí ya casi nunca pasa gente.

—Por eso mismo no deberíamos estar mucho tiempo aquí. Yo dibujo el círculo, tú vete colocando el altar en el centro mirando al Este.

Con la ayuda de una pequeño athame[2], Nara hizo una circunferencia en el suelo, concentrándose en visualizar su energía, mientras su amiga colocaba un pequeño trozo de mármol cuadrado que representaba los cuatro elementos. Sobre este, un recipiente metálico haría las funciones de caldero. Una vez terminado el círculo, ambas se sentaron juntas frente al altar.

—En esta noche de Samhain señalo tu paso, amado Dios del Sol, hacia las tierras del eterno verano, aguardando tu regreso. También señalo el camino de los que se han ido y de los que se irán después —comenzó a recitar Triz—. ¡Oh bendita y amada Diosa Eterna! Tú, que das nacimiento a los caídos, guíame en la oscuridad, protégeme y ayúdame a comprender tus misterios.

Finalizada la oración, prendió el fuego del caldero y ambas leyeron un papel previamente escrito.

—Dios Astado[3], tú que gobiernas en el reino de la muerte permite que esta noche te acompañe en tu travesía para encontrar el alma de Gare y poder hablar con él.

Quemaron el papel con la llama del recipiente y lo arrojaron en su interior mientras Triz volvía a recitar.

—Sabia de la Luna, Diosa de la noche estrellada, creo este fuego dentro de tu caldero para transformar lo que me está atormentando. Que las energías sean revertidas y pueda hablar con Gare.

De su bolso sacó una pequeña calabaza tallada, una vela blanca y un frasco de aceite de pachulí con el que ungió la cera, empezando por el centro hasta llegar a los bordes.

—Yo consagro esta vela para que dé luz a los espíritus que nos visitan esta noche. —La colocó dentro de la calabaza tallada y la encendió con cerillas de madera—. Con esta vela y con su luz, yo os doy la bienvenida, espíritus, en esta noche de Samhain.

Durante unos segundos las dos se quedaron en silencio esperando que algo pasara en el claro, pero salvo los aullidos del viento entre los muros, nada se movió. Triz repitió más enérgica.

—¡Con esta vela y con su luz, yo os doy la bienvenida, espíritus, en esta noche de Samhain!

Y, de nuevo, nada ocurrió salvo el sonido de una lejana sirena que amenazaba con complicar todavía más la noche.

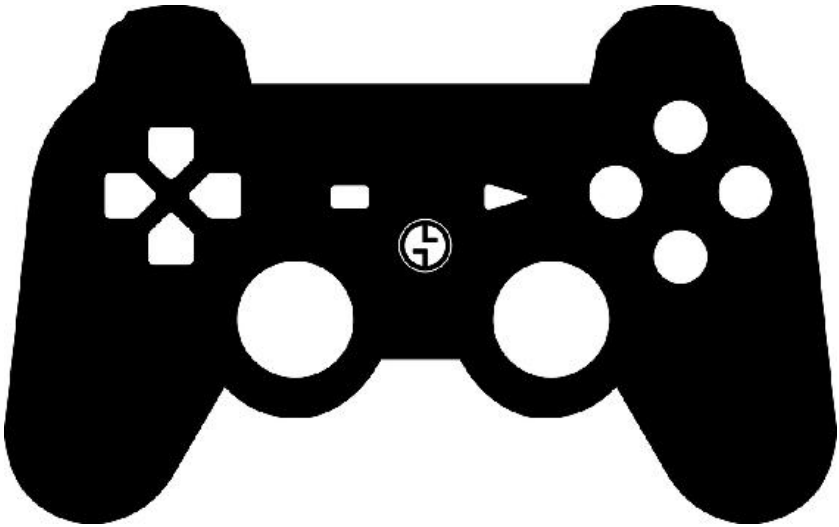
—Creo que algo hemos hecho mal, aquí no ocurre nada —manifestó Nara viendo que la vela estaba a punto de apagarse por el viento y que su amiga empezaba a ponerse nerviosa.

—¡Joder, no hemos hecho nada mal! Esta vez no. El círculo, el altar, las oraciones, la vela, el caldero, el antiguo templo y la luna en el cielo durante la noche de los muertos. Solo hay una explicación a que no hayamos obtenido respuesta.

—¿Y cuál es? —preguntó Nara, observando cómo su amiga se levantaba del suelo y, tras invocar la oración de apertura, salía del circulo.

—Que desde que lo conocí, siempre ha sido propenso a complicarme la vida. Gare tampoco está en el mundo de los muertos.

—3—



Nuevas amistades. Marzo de 2024

Pese a que la luz entraba por la ventana, Triz estudiaba con la ayuda de una lámpara de mesa. Nunca le había gustado la historia y siempre la había aprobado por los pelos. Ella siempre había preferido la ciencia, resolver problemas y revelar fórmulas, pero su nuevo maestro de historia se empeñaba en ponerle tarea todos los días. Seguía sin entender para qué necesitaba aprenderse todos aquellos datos, si todos ellos se podían mirar tecleando un par de palabras en el buscador de Internet. No obstante, para su desgracia, en los exámenes no les dejaban usar los ordenadores y les quitaban los teléfonos.

Se encontraba dándole vueltas el tema de la Revolución francesa cuando notó que su móvil vibraba encima de la cama. Como un resorte, se lanzó a por él y se olvidó de los deberes.

«Chicas, ¿os apuntáis a salir un rato a la sala de ciberjuegos del barrio de Triz?».

El mensaje era de Vicky, una de las amigas con las que solía reunirse. La había conocido unos meses antes, cuando su grupo del colegio se había juntado con otro de chicas algo más mayores. Vicky era casi dos años mayor que ella.

«Por mí, vale», contestó Triz deseosa de tener una excusa para

salir de casa y alejarse de esas cuatro paredes que tan pequeñas se le hacían.

«Por mí, también, pero ¿por qué a la sala de ciberjuegos? ¿No podemos ir a otro sitio?», preguntó Mary, una de las amigas del colegio de Triz, a quien ese tipo de espacios de ocio no le llamaban la atención.

«Norma y Jeni quieren ir al salón de ciberjuegos porque estuvieron ayer y conocieron a unos chicos a los que quieren volver a ver. Dicen que son muy majos. Yo tengo curiosidad. ¿Vosotras no?».

«Eso, veniros todas y os los presentamos. Hay alguno muy guapo y nos han caído muy bien», añadió Norma, participando en la conversación por primera vez. «Jeni y yo vamos a ir seguro, solo queremos ver si las demás os animáis o no».

A Triz no le importaba ir a la sala de ciberjuegos. No es que le apasionaran esos sitios, pero se hubiera ido a la luna con tal de salir de su habitación y de olvidarse de los libros de historia. Además, el salón estaba justo en frente de su casa y representaba la excusa perfecta para que su madre no le pusiera pegas y la dejara bajar.

Aunque ya había cumplido trece años, le seguía sin gustar que su hija se fuera muy lejos sin vigilancia, por lo que, al quedarse tan cerca conseguiría que no pusiera pegas.

Norma y Jeni eran hermanas y formaban, junto con Vicky, el grupo de chicas mayores que habían conocido Triz y sus amigas. Norma era la mayor de todas y a la que le gustaba llevar la voz cantante, se acercaba a los dieciséis años. Contaba historias de alguna que otra borrachera que había cogido saliendo los fines de semana y de un par de novios que había tenido ya. A veces, se comportaba como la jefa de animadoras de un instituto americano.

Al final, todas estuvieron de acuerdo con ir a la sala de ciberjuegos y todas llegarían al barrio de Triz en unos quince minutos. Mientras tanto, ella se quitó la ropa de andar por casa, se puso la de salir a la calle, que había dejado sobre la silla después de llegar del colegio, y se fue a la sala para mirar por el balcón a ver si llegaba alguien.

—¿Vas a salir? —preguntó su madre al verla pasar por delante de la cocina.

—Sí, van a venir unas amigas y hemos quedado aquí, en el barrio.

—No os iréis muy lejos, ¿verdad?

—No, tranquila. Nos vamos a quedar aquí abajo. En el callejón que está enfrente.

—¿Has terminado ya los deberes? —insistió su madre cuando Triz ya había abierto la puerta del balcón.

—¡Que sí! Ya están terminados —mintió, pensando en que el último tema lo leería camino de clase o en el descanso de alguna de las asignaturas antes de la de historia, a cuarta hora.

Desde donde se hallaba veía la entrada del salón de ciberjuegos. Aquel local había abierto un par de años antes y a él acudían los jóvenes para probar los aparatos tecnológicos que todavía no podían tener en casa. En la era de los móviles 6G y de la cada vez más avanzada tecnología, aquel lugar te permitía probar máquinas de realidad virtual en pantallas de máxima resolución que las dotaba de un realismo adictivo e, incluso, interactuar con un robot holográfico. Triz podía ver entrar y salir a la gente de aquel local desde su casa, pero, aunque lo tenía tan cerca, solo había ido una vez.

En ese momento, dos chicos estaban sentados en la puerta y se preguntó si serían los que habían conocido sus amigas. Desde la lejanía, uno de ellos le pareció bastante guapo.

A la hora fijada vio aparecer al final de la calle a Vicky. Salió del balcón y, despidiéndose de su madre desde el pasillo, se lanzó escaleras abajo para descender los pisos que la separaban del exterior. Ni siquiera se quedó a esperar al ascensor.

Nada más abrir la puerta del portal, por el lado contrario de la calle apareció también Mary. Triz se sintió más cómoda con su llegada. A Mary la conocía desde siempre, eran compañeras de clase desde que dejaron de usar pañales. Vicky también llegó a su lado y las tres se quedaron charlando. Ninguna de ellas se atrevió a cruzar la calle y a aventurarse al salón de ciberjuegos sin la llegada de Norma y Jeni. Eran las que más cerca vivían de la casa de Triz pero, les gustaba hacerse esperar. Cuando las tres amigas ya se habían puesto al día de lo ocurrido desde la última vez que se habían visto, vieron aparecer a las dos hermanas. Venían vestidas como si fueran a salir de fiesta. Jeni se había alisado el pelo y su melena rubia lucía brillante. Norma venía con un vestido corto y se había maquillado.

—Qué raras son estas dos —le susurró a Triz su amiga Mary al oído. Ninguna de las dos usaba maquillaje, salvo cuando salían algunos sábados de fiesta después de rogar con insistencia a sus padres.

En cuanto Norma llegó a su altura, enseguida se puso al mando del grupo.

—Vamos, creo que he visto a alguno de los chicos de ayer sentado en la puerta.

Efectivamente, los chicos que había visto Triz desde la ventana se correspondían con los que habían conocido Norma y Jeni el día anterior. Nada más cruzar la calle y adentrarse en el callejón gesticularon efusivamente desde lejos. Los dos chicos se miraron

extrañados de que aquel grupo de chicas los saludara.

Norma y Jeni se pusieron a hablar con ellos como si los conocieran de toda la vida. Les dieron dos besos sin esperar a que ellos se levantasen. Se sentaron a su lado y siguieron charlando mientras Triz y el resto de las amigas esperaban a que les presentasen. Triz no podía dejar de mirar a uno de ellos. El chico que le había parecido guapo desde la distancia de su balcón, se lo parecía aún más estando cerca. Estaba nerviosa esperando la presentación.

Fue Jeni la que se decidió. Los chicos se llamaban Aaron y Cristian y se levantaron de su sitio para darles dos besos. Se quedaron de pie, mientras Norma y Jeni seguían hablando sentadas.

—¿Habéis venido solos? —Fue lo primero que se atrevió a preguntar Triz cuando sus amigas guardaron un segundo de silencio.

—No, Daniel, Gare, Yago y Paul están dentro jugando al Red Dead Redemtion 6. Si queréis, podemos entrar y os los presentamos —repuso Cristian a su lado. A Triz, que seguía sonriendo nerviosa, le pareció buena idea.

Jeni y Norma se levantaron de su asiento para seguirle al interior. En cuanto se puso en pie, Norma se colocó al lado de Cristian, dejando a Triz un paso por detrás.

Dentro había varias personas. Dos de ellas hablaban con el robot holográfico en el centro de la sala y le pedían acceso a uno de los videojuegos.

—¡Ey, chicos! Os presento a Vicky, Triz y Mary. A las otras dos ya las conocéis de ayer. ¿Dónde está Gare?

—Gare está en las pantallas de alta resolución. Está intentando batir su récord en Vampyr 4. Nosotros íbamos a jugar ahora al Red Dead. Hola chicas, yo soy Daniel.

—¡Gare, han venido las amigas de Norma y Jeni! —exclamó Yago después de las presentaciones.

Un chico alto y delgado, como el palo de una escoba, hizo un gesto rápido desde una de las pantallas y después maldijo por lo bajo.

—Qué chulito —comenó Vicky al oído de Triz, al ver que Gare ni siquiera se giraba para saludarlas. Fue el único de los chicos que no les dio dos besos.

A Triz le dio igual. Quería escuchar lo que estaba diciendo Cristian, a quien no había quitado ojo desde que se lo habían presentado. Todavía sentía el calor en las mejillas desde que le había dado dos besos.

—4—

Problemas con el toque de queda. 31 de octubre de 2048

Triz, con gesto disgustado, apagó el fuego del caldero y la llama de la vela. Nara terminaba de recoger el altar.

—Espera, no te entiendo. ¿Qué quieres decir? —preguntó Nara mientras Triz guardaba el caldero, la calabaza y la vela en los bolsillos de su chaqueta y metía la piedra de cuarzo cuadrada en su bolso—. Me habías dicho que no habías podido localizar a Gare en el mundo de los vivos y ahora me dices que tampoco está en el de los muertos. ¿Dónde coño está, entonces?

—Eso es lo que voy a tener que averiguar. Aunque me temo que no va a ser fácil. Desde los terremotos y la tormenta solar nada es fácil, y con Gare menos.

Triz se encaminó hacia los callejones oscuros y dejó atrás el claro.

—Cómo echo de menos los móviles —exclamó Nara caminando a oscuras entre las callejuelas—. Quién nos iba a decir a nosotras, cuando éramos jóvenes, que iban a dejar de existir.

—Cierto, nosotras que nos pasábamos las horas mirando Internet y mandándonos mensajes por… ¿Cómo se llamaba la aplicación esa? ¡Ah, sí! Por el Firechat. Pero ya me dirás para qué quiere ahora la gente un móvil de esos si apenas queda nada de Internet y ya nadie quiere subir fotos de sus miserables vidas a las redes sociales.

—Pues a mí la función de linterna me vendría genial en estos momentos... ¿Has visto eso? —exclamó sobresaltada al creer ver una sombra pasar corriendo por una de las paredes.

—¿El qué?

—Creo que alguien nos está siguiendo. Me ha parecido ver algo en el callejón.

—Aquí no hay nadie, Nara. Estamos solas... —Triz guardó silencio de pronto. Colocó una mano en el pecho de su amiga y la invitó a imitarla llevándose un dedo a los labios.

Por la calle principal, al otro lado del callejón, pasaba un coche de la Nueva Policía de Vigilancia Nocturna. Quizás la gente con la que más miedo le daba encontrarse en sus escapadas. Más miedo, incluso, que con ladrones o asaltantes.

La N.P.V.N. se correspondía con el cuerpo de la Policía que se había instaurado para asegurarse de que la población cumpliera los toques de queda. Eran los encargados de evitar que la violencia se adueñara de las calles cuando anochecía. O, al menos, esa era la función para la que se había creado. En la realidad, los únicos que tenían algo que temer de la N.P.V.N. era la gente común que osaba salir de su casa por las noches, ya que los ladrones y saqueadores nocturnos la tenían más que comprada mediante sobornos. Si tenías algo que ofrecer a los oficiales de la N.P.V.N, no corrías ningún peligro estando en las calles.

Triz y Nara no tenían, sin embargo, nada que ofrecer y ninguna excusa creíble para estar a esas horas rondando por los callejones. Si las descubrían terminarían con sus huesos en alguna de las comisarías.

El coche se detuvo frente a ellas. Nara y Triz contuvieron el aliento mientras deseaban que se volvieran a poner en marcha. Se les heló la sangre cuando vieron que la puerta del coche se abría y uno de los agentes bajaba del coche.

—Corre —musitó Triz tirando del brazo de su amiga y volviendo al callejón.

Intentaban correr por la estrecha calle sin tropezar con nada y sin hacer ningún ruido. El menor sonido alertaría al policía y acabaría con ellas en prisión.

Triz llevó a su amiga hasta unos escombros apilados en una esquina del callejón. Allí, escondidas tras las piedras, se refugiaron. A su alrededor solo se escuchaban los pasos del policía acercándose.

—¿No conoces algún hechizo de invisibilidad? —susurró Nara con voz temblorosa.

—¿Te crees que soy Harry Potter? —replicó Triz.

Desde que su tía le había confesado el secreto familiar se había limitado a ayudar a los muertos en el tránsito de mundos, a interpretar sus sueños y a pequeños conjuros de protección. Hasta tener el último de sus sueños, que le había alertado de un mal mayor, no había necesitado nada más.

El agente se detuvo a escasos pasos de donde ellas estaban. Por

suerte el hormigón de los muros las hacía invisibles a las gafas de visión nocturna del agente, pero, si se acercaba si quiera un paso más, los sensores térmicos de las mismas acabarían delatando su presencia.

Tras unos angustiosos segundos, en los que Triz estuvo a punto de romperse los dedos aferrando un trozo de roca con el que pensaba defenderse si eran descubiertas, el agente, de manera inesperada, giró sobre sus talones e inició el camino de regreso.

No salieron de entre las sombras hasta que el coche de la N.P.V.N no se hubo alejado. Sin bajar la guardia siguieron caminando lo más cerca posible de los edificios para tener donde esconderse en caso de volver a aparecer otro coche oficial.

—¿Lo has visto ahora? —preguntó Nara, esta vez segura de haber visto una sombra moverse entre las calles.

—Yo no he visto nada. Son imaginaciones tuyas por los nervios. En seguida llegamos a tu casa —dijo Triz más para calmarse ella misma que por ayudar a su amiga.

—Te aseguro que esta vez no han sido imaginaciones. Alguien nos esta siguiendo.

—Habrá sido algún animal callejero. Tranquilízate.

—Si era un animal, era muy grande —replicó Nara agarrándose con fuerza a la mano de su amiga—. Venga, vámonos a casa —añadió sin dejar de mirar a su espalda.

Nara no se quedó tranquila hasta que, con paso acelerado, llegaron a su portal e introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su casa.

—No voy a negar que es emocionante, pero no sé por qué me dejo convencer para hacer estas locuras. Con lo a gusto que estaría yo a estas horas en la cama —se quejó.

—Porque soy tu amiga del alma y me quieres —respondió Triz, despidiéndose con un guiño.

—Eso te salva, cabrona. Ten cuidado, en serio. Estoy convencida de que alguien nos seguía.

—Lo tendré. No va a pasarme nada. Nos vemos mañana.

Con su amiga ya a salvo en su casa, a Triz le quedaban dos manzanas para llegar a su edificio. Su cabeza, pese a tener que mantenerse alerta por el consejo de su amiga y para evitar ser detenida, no podía dejar de pensar en lo que había pasado.

Gare, quien había sido su amigo de la infancia y a quien ahora resultaba tan importante localizar, no aparecía por ninguna parte. Ni entre los vivos ni entre los muertos.

«Este chico nunca ha sabido ponérmelo fácil», pensó Triz al llegar al portal.

Intentando no hacer ruido para no despertar a su familia, entró en casa y se fue a la cocina, sin encender la luz, para dejar los artilugios que había usado para el ritual en uno de los armarios.

—Ya pensé que te había pasado algo —La voz de su marido desde el salón la sobresaltó.

—¡Joder! Qué susto. ¿Qué demonios haces todavía despierto?

—Eso mismo debería de preguntarte yo a ti, ¿no crees? No he sido yo quien se ha saltado el toque de queda para salir a la calle a hacer Dios sabe qué. —La sombra de su marido fue tomando forma según se acercaba a la cocina.

—Ya te dije que tenía algo importante que hacer. Y ya estoy en casa, no me ha pasado nada —replicó Triz a la vez que cerraba el cajón de la despensa.

—¿Y ya has hecho eso tan importante?

—Sí, pero no ha ido muy bien —confesó ella con el tono de voz apesadumbrado.

—Normal. ¿Qué puede salir bien a estas horas de la noche? Nada ilegal puede salir bien. Me voy a la cama, ¿te vienes?

—Antes voy a ver a las niñas. Quiero asegurarme de que las dos están dormidas.

—Muy bien, como quieras. Yo me voy a la cama, que mañana tengo trabajos legales que hacer en cuanto amanezca.

No les dio demasiada transcendencia a los reproches de su marido. Bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para preocuparse por hacerle entender la importancia de aquellas salidas nocturnas. En realidad, hacía tiempo que no se entendían. Muchas de las noches incluso ni dormían juntos.

Entró en la habitación de Maya, su hija pequeña, que dormía plácidamente. La luz que salía por debajo de la habitación de Alana le hizo torcer el gesto. A su hija mayor llevaba tiempo costándole conciliar el sueño.

—¿No puedes dormir? —preguntó al ver a su hija sentada en la cama.

—No, mami. Si cierro los ojos, veo al hombre malo y no me deja.

—Son solo pesadillas —tranquilizó Triz a su hija, aunque ella también había visto hombres malos en sus sueños cuando tenía su edad—. Además, ya sabes que la luz es muy cara y que hay que usarla con precaución. Solo cuando es estrictamente necesaria.

—Pero para mí, en las noches, lo es. No me gusta la oscuridad.

—Si me quedo a dormir contigo, ¿podemos apagarla? —Aunque en el resto de la casa solían usar velas para no gastar electricidad, en el cuarto de sus hijas prefería no usarlas para evitar posibles accidentes e incendios mientras sus hijas dormían.

Su hija aceptó de buen grado. Las pesadillas desaparecían cuando no dormía sola. Triz se cambió de ropa y regresó a la cama de su hija, que la esperaba todavía con la luz encendida. Solo cuando se tumbó a su lado, Alana apagó la lámpara.

Sintiendo la respiración de su hija, intentó aprovecharla para relajarse y alcanzar un estado hipnagógico[4] que le permitiera descubrir dónde diablos podía estar Gare. Los sueños, viajar con los ojos cerrados a Aisling[5], siempre habían sido su principal fuente de inspiración.

Los ojos empezaron a movérsele rápidamente por debajo de sus párpados cerrados. Tuvo la sensación de no poder moverse, pero no se puso nerviosa. No era la primera vez que le pasaba.

Las primeras veces que su tía Helen le había enseñado a entrar en aquel estado, en viajar a aquella dimensión, sufriendo la parálisis del sueño, había sentido angustia al comprobar que no podía moverse a su voluntad. Su cuerpo no le respondía y varias veces había temido no poder recuperar la movilidad. Cuando la recuperaba, se echaba a llorar en los brazos de su tía y le expresaba su deseo de no querer volver a hacer ese tipo de magia.

Con la práctica y el paso del tiempo, había aprendido a controlarlo y a dominar esa sensación de angustia al no poder moverse, y viajar a Aisling se había convertido en su habilidad favorita. A los pocos segundos, abrió los ojos sobresaltada.

«¡Maldita sea, Gare! Ya sé dónde demonios estás», pensó despertándose de pronto.

Al verla incorporarse en la cama, una sombra que la espiaba desde la ventana, salió huyendo para no ser vista.

—5—

Reclamando promesas

Caminaba con dificultad entre las estrechas paredes rodeado de oscuridad y cuerpos putrefactos. El olor a muerte le había producido arcadas las primeras veces que había tenido que recorrer aquella galería, pero se estaba acostumbrando. Ya podía llegar hasta la puerta sin tener que detenerse a vomitar, aunque procuraba no levantar la vista del suelo para no tener que enfrentarse cara a cara con aquellos cuerpos de miradas vacías que decoraban la estancia como estatuas, pero aún con restos de una vida anterior colgando, como harapos, de sus huesos.

Se detuvo frente a la enorme puerta de madera que cerraba el corredor, tembloroso, asustado, pero con la firme determinación de exigir lo que se le había prometido hacía ya cuatro años. Aquella promesa que, a punto de morir durante el final de la Tercera Guerra Mundial, le hicieron a cambio de su completa obediencia. Llevaba

todo ese tiempo cumpliendo con su palabra, siendo fiel al pacto, y, sin embargo, no había sido correspondido. Solo le habían permitido seguir vivo, lo cual, en su estado, representaba más un castigo que un favor.

Intentando que su maltrecho y mutilado cuerpo dejara de temblar, respiró profundo para calmarse, antes de atreverse a llamar. Al hacerlo, todos los malos olores del lugar penetraron en su nariz como dagas afiladas que hirieron su voluntad y no pudo evitar una arcada.

En ese momento, sin necesidad de llamar a la puerta, esta se abrió sola y lo enfrentó con la realidad cuando aún se limpiaba la comisura de los labios con la manga de su raída ropa. Adiós a sus esperanzas de mostrarse decidido y seguro de lo que iba a decir.

—Lo siento, prometo que lo limpiaré antes de marcharme —balbuceó sin atreverse a levantar la cabeza.

—Por supuesto que lo harás, pero antes dime: ¿a qué has venido?

—Venía a informarle —respondió sin hacer mención de sus primeras intenciones—. Tengo avances sobre lo que me pidió.

—¿Se ha puesto en marcha?

—No del todo, pero ha estado intentando localizar a alguien en el mundo de los muertos. La he visto realizar el conjuro esta noche de Samhain.

—¿Y lo ha encontrado? ¿Tiene lo que buscaba?

—Me temo que no. La he visto salir enfadada de allí. Casi la atrapa la policía.

—¡No podemos permitirlo! Eso nos retrasaría.

—Lo sé, por eso utilicé la magia que me otorgó para realizar un conjuro. Hice que el agente olvidara por qué había salido del coche y regresó a su vehículo sin descubrirlas —manifestó atreviéndose a levantar por primera vez la mirada, orgulloso de su trabajo.

—¿Descubrirlas? ¿A quiénes?

—Se saltó el toque de queda con su mejor amiga. No se preocupe, esa mujer no tiene importancia. Es una simple bruja de aprendizaje.

—Todo tiene importancia. Astrid me encerró en este lugar tras nuestra última batalla. Mi magia, aunque poderosa, no es suficiente para romper su hechizo. Ella es la clave. ¡Necesito salir de aquí! ¡Liberarme! ¡Volver a tomar el control de los mundos! Y, para conseguirlo, cualquier detalle puede resultar importante. Incluso una bruja de aprendizaje puede desnivelar la balanza a nuestro favor.

—Disculpe, tiene razón. Cualquier detalle importa —reconoció agachando de nuevo la cabeza.

—Así que vienes a informarme de que ella no ha avanzado nada en su búsqueda. ¿Eso es todo?

—Al menos, por fin la ha iniciado. Eso es una buena noticia, ¿no es así? Llevo cuatro años espiándola y es la primera vez que la veo saltarse un toque de queda, que la veo sobrepasar los límites de su magia. Por fin hace algo más que proteger a sus hijas o aumentar las pobres cosechas de su huerto. Estamos más cerca de su liberación. Estoy harto de limitarme a observarla. Quiero entrar en acción, volver a ser yo mismo y conseguir algo que me negó hace muchos años. Es la única manera de retomar mi vida anterior.

—No seas impaciente. Cada cosa a su tiempo. Ahora tienes que vigilarla, permitir que continúe su camino e informarme. Llevo siglos aquí, cuatro años no son nada para mí. Mi momento está a punto de llegar.

—Pero para mí es mucho tiempo. Me ofreció ser yo mismo, obtener lo que siempre he deseado, me prometió poder y yo... —balbuceó de nuevo tembloroso como una espiga de trigo en medio de un huracán.

—¿Acaso dudas de mi palabra? —Su voz resonó en todas las paredes de la estancia—. Te prometí poder y poder te he dado. El resto lo tendrás cuando cumplas tu misión.

—Me sería más fácil cumplirla con todas mis extremidades y sin tener que ocultarme entre las sombras de la noche. No es fácil desplazarme por el mundo de los vivos con mi actual aspecto. Le sería mucho más útil si me devolviera mi antigua imagen —mencionó con su única rodilla hincada en el suelo.

—Todo a su debido tiempo... ¿No ves que, si te concedo ahora lo que te prometí, no podrías viajar entre ambos mundos y venir a informarme? Solo tu actual estado te permite entrar y salir. ¿Alguna cosa más?

—Su hija cada vez tiene más sueños y duerme peor. Cuando estoy frente a su casa, de vigilancia, muchas noches veo la luz encendida.

—De acuerdo. Vigílala también. No la pierdas de vista, puede resultarnos útil. Como te he dicho, cualquier detalle puede ser importante, y una bruja de sangre, como su hija, podría ser crucial.

—Así lo haré. Se lo juro.

—Ahora márchate y no regreses hasta que sepas dónde terminó encerrada Astrid. Mi regreso está cerca y tengo que prepararme.

Sin atreverse a protestar, ayudándose de sus manos y de una muleta, se levantó del suelo y regresó por la misma galería.

—¡Maldita sea! —bramó cuando la puerta se cerró a sus espaldas y la negrura volvió a cubrirlo—. ¡¿Cuánto tiempo más voy a tener que esperar?! Y ahora, encima, tengo que vigilar también a

la cría. ¿Puede ser mi vida más aburrida? Casi hubiera sido mejor rechazar la oferta y morirme.

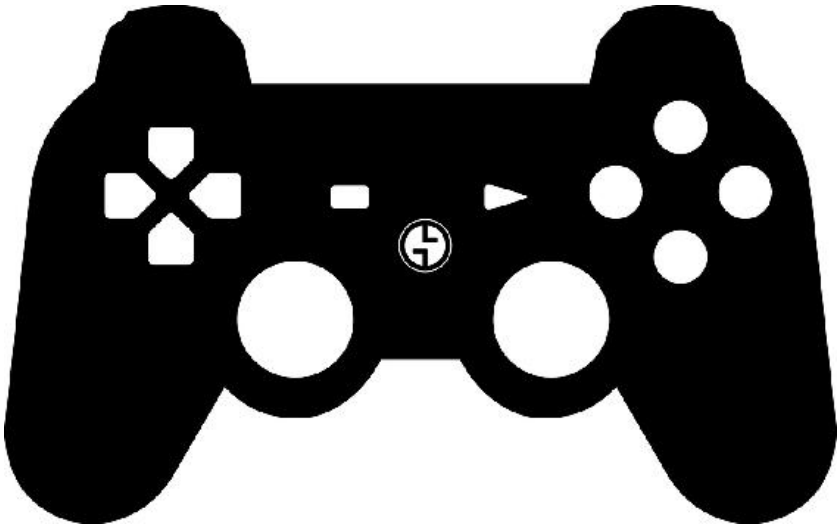
—¡No olvides limpiar la puerta!

Al unísono, todos los cuerpos que adornaban la galería pronunciaron la misma frase en un eco de voces fantasmales. Sintió que se le helaba la poca sangre que le quedaba en las venas. Aquellos seres harapientos, podridos, malolientes no estaban del todo muertos, y lo que era aún peor: aquel podía terminar siendo su destino, si no cumplía las órdenes recibidas.

Sin protestar, pero con el miedo metido en el cuerpo, limpió su vómito con sus ropajes. Había aceptado ser un espía a cambio de volver a su antigua vida. Una llena de riqueza y de mujeres guapas. Una vida en la que nada ni nadie se podían resistir a sus encantos. Solo una persona se le había resistido. Y ahora tenía la oportunidad de remendar aquel momento y empezar una nueva vida de éxito sin mácula. Solo debía tener un poco más de paciencia y seguir vigilándola.

—Make the dead back to life! Make the living prevail![6]

—6—



Dimensión virtual. Noviembre de 2048

A la hora fijada en el despertador las persianas se habían levantado de forma automática, dejando entrar la luz en la habitación. Era una forma de despertarse menos traumática que el pitido incesante que le sacaba de la cama cuando era joven, aunque no le hacía más llevadero el tener que madrugar.

Pensaba que en ese sitio su vida iba a ser diferente, que iba a poder alejarse del mundo que le atormentaba pero, con el paso del tiempo, daba igual el lugar, todo acababa convirtiéndose en la misma mierda de rutina diaria a la que había que sobrevivir.

Intentó quedarse un rato más en la cama, tapándose con las sábanas, pero su despertador también tenía un sistema contra los remolones. Si pasados cinco minutos no detectaba un descenso considerable en el peso del colchón, esta empezaba a vibrar como una antigua lavadora vieja.

Cuando la cama empezó a moverse, se puso en pie aún sin poder abrir los párpados. La luz que entraba por la ventana, pese a ser todavía la primera de la mañana, le deslumbraba. Se frotó los ojos con la palma de las manos mientras bostezaba. Con paso titubeante, llegó a la cocina. Sobre la mesa, dos tostadas recién hechas y un zumo de naranja recién exprimido.

«¡Maldita sea! No voy a ser capaz de hacer entender a este sistema que no soporto el zumo», maldijo mientras arrojaba el contenido por el fregadero.

—¿Dónde están los huevos fritos, Doto? —preguntó mirando en la encimera donde debería estar el desayuno que dejó programado por la noche.

—Lo siento, no he podido hacérselos, los ingredientes necesarios no estaban disponibles.

—Tampoco estaban disponibles las naranjas y bien que te las has apañado para hacer el zumo.

—Señor, sabe que el consumo de fruta está programado en el sistema de manera automática. Le ayuda a mantener una dieta más equilibrada.

«Y eso que he intentado reprogramarte decenas de veces. Y lo único que he conseguido es ponerte un nombre».

A Gare no le importaba que el sistema comprara fruta de forma habitual, lo que no soportaba es que se empeñara en exprimirla. Él prefería comérsela, no soportaba tener que beberla.

—¿Algo importante para el día de hoy, Doto? —preguntó mientras daba un mordisco a la tostada. Por suerte, el sistema ya había aprendido a no carbonizarlas.

—Tiene una reunión con Karen a las nueve en su despacho.

«Al menos, una agradable visita».

—A las once debe reunirse con Rober. Y tiene una comida con Steve a la una en el restaurante de siempre.

«A la mierda las buenas noticias».

—¿Quiere que le deje preparada su ropa de los viernes por la noche para cuando regrese del trabajo? —preguntó el sistema informático al que había bautizado como Doto porque se correspondía con las letras que estaban a la derecha en el teclado del nombre del sistema informático de su antigua casa.

—Sí, por supuesto. Salir los viernes es de las pocas cosas agradables que tiene este lugar.

—¿No está usted conforme con mis servicios?

—Si no fueras un sistema informático, a veces te abofetearía, Doto, pero no me lo tengas en cuenta, simplemente tengo un mal día.

—Señor, pero si el día acaba de empezar…

—Eso es lo malo, Doto… eso es lo malo.

Terminada la tostada y antes de ir a vestirse, pasó por el cuarto de baño a lavarse la cara con la intención de poder abrir los ojos. Se limpió los dientes y se peinó el poco pelo que le quedaba.

«Ni tan siquiera eso pude cambiar. Quién me mandaría a mí meterme en este lugar... aunque, pensándolo bien, podría haber sido peor. No habría sobrevivido dos años en un mundo lleno de vampiros o asesinos en serie».

Con los ojos abiertos, pero las mismas pocas ganas de ir a su

trabajo, regresó a su habitación y cogió el traje con el que acudía a la oficina todos los días. Una vez colgada la ropa en el sistema, Doto se encargaba de limpiarla, plancharla y tenerla lista al día siguiente. Se sentó en la cama para ponerse los zapatos y se quedó meditando si le merecía la pena acudir al trabajo o no.

—Al menos hoy veré a Karen. Ya me pondré a pensar si vale la pena el día a partir de las diez —se dijo a sí mismo mientras se ataba los cordones.

La cama se puso a vibrar al llevar más de tres minutos sentado sobre ella. El sistema lo detectaba como un intento de volverse a acostar. Más cabreado que cuando se abrieron las persianas, regresó al cuarto de baño para asegurarse de que se había puesto bien la corbata y los cuellos de la camisa. No le gustaban las miradas que le lanzaba su jefe los días que llevaba la corbata mal colocada. Le miraba como su madre, cuando de joven, le quitaba las manchas de la cara usando saliva y un dedo.

El mismo reflejo en el espejo cada mañana, le recordaba que se había hecho mayor, sin darse cuenta, y que no estaba a gusto con cómo le había tratado el paso del tiempo. Nunca se había considerado guapo, pero al menos de joven gozaba de un pelo bonito y un cuerpo delgado.

«Y este puto sistema tampoco me deja cambiarlo», pensó, mientras se colocaba bien la corbata.

Su imagen en el cristal se le empezó a nublar. Se volvió a frotar enérgicamente los ojos, temeroso de estar quedándose dormido incluso de pie, pero no era su vista la que fallaba; al menos, no en esa ocasión.

Su reflejo había desaparecido como el de los vampiros en las películas del siglo XX y, en su lugar, empezó a aparecer otro rostro distinto, uno que, según iba tomando forma, le resultó familiar. O creía reconocerlo, aunque hacía años que no lo había visto.

—¡Gare! ¡Por fin te encuentro! Necesito tu ayuda —exclamó la cara del espejo cuando se mostró con nitidez.

—¡Hostias! —gritó Gare dando un salto en su pequeño cuarto de baño, golpeándose con una de las paredes—. ¡Su puta madre, qué susto!

—¡Por una vez, deja de hacer el idiota! Soy Triz. Llevo cinco días buscándote. Necesito que me ayudes. Es importante. ¡Urgente!

—¿Triz? —preguntó Gare intentando reconocer en el espejo a su amiga de la infancia—. Joder, ¿qué cojones haces en mi espejo?

—Eso no es importante ahora. Lo importante es que tienes que salir de ahí y devolverme el colgante que te regalé cuando te fuiste de Erasmus.

—¿Crees que si pudiera salir de aquí no lo habría hecho? —

replicó Gare acercándose al espejo para asegurarse de quien se encontraba al otro lado era su amiga de la adolescencia e intentó tocarle la cara a través del cristal.

—Si supiste entrar, deberías saber salir. Es lo lógico, ¿no crees?

—El mundo dejó de ser lógico para mí, hace dos años y medio. Si te digo que no puedo salir, es que no puedo salir.

—¿Quieres dejar de intentar tocarme la cara? —le reprendió Triz con gesto de desesperación—. No estoy en tu misma realidad. Me encuentro en Aisling. ¿Se puede saber qué te pasó?

—¿En dónde? Es igual. No he entendido nada. Y no sé qué me pasó. Yo llegué a casa, después de otro día horroroso de trabajo en la fábrica, y decidí conectarme a mi máquina de realidad virtual. Meterme en un mundo distinto al mío, unas horas, me ayudaba a hacer llevadera mi vida real. Por fortuna, ese día decidí meterme en este juego que te permitía interactuar con otras personas en una realidad paralela. Menos mal que era viernes. No quiero ni pensar qué hubiera pasado si me hubiera metido en uno de mis juegos de guerra o de seres mágicos. El caso es que cuando estaba seleccionando el perfil del jugador y su apariencia física, algo ocurrió y me vi atrapado aquí dentro con mi apariencia real.

—¿Qué día ocurrió eso?

—El 16 de marzo del 2046.

—Fue cuando ocurrió la tormenta solar. Te quedaste atrapado en la realidad virtual el día que el mundo se quedó sin electricidad ni tecnología.

—¿Que el mundo se quedó sin qué? ¡No jodas! —exclamó Gare llevándose las manos a la cara.

—Es largo de contar, pero sí. Los dos últimos años han sido complicados en el mundo real.

—No te creas que en el virtual han sido de ensueño. Aquí me siento más raro todavía que en el otro lado...

—Eso no importa ahora. Necesito que me devuelvas el colgante que te regalé —exigió Triz mostrando su impaciencia.

—¿El que tiene forma de caramelo?

—No seas idiota. Eran tres lunas, una menguante, una luna llena central y una creciente.

—Pues a mí siempre me ha parecido que tenía la forma de un caramelo envuelto en papel.

—¿Puedes decirme dónde está? Si lo tienes en tu casa quizás aún pueda encontrarlo allí.

Gare torció el gesto. Estaba seguro de que Triz no iba a poder encontrar el colgante en su casa del mundo real. Si quería recuperarlo, iba a tenerlo más complicado.

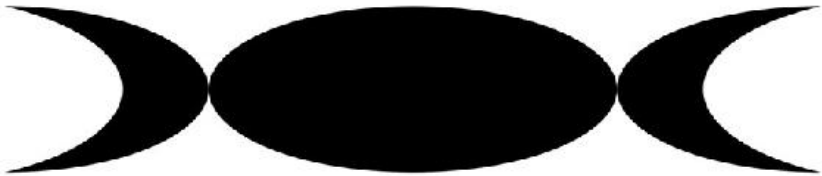
—Me temo que no va a ser tan fácil…

—¡No me jodas, Gare! ¿Por qué te empeñas en complicarme la vida? Ni te imaginas lo que he tenido que hacer para localizarte.

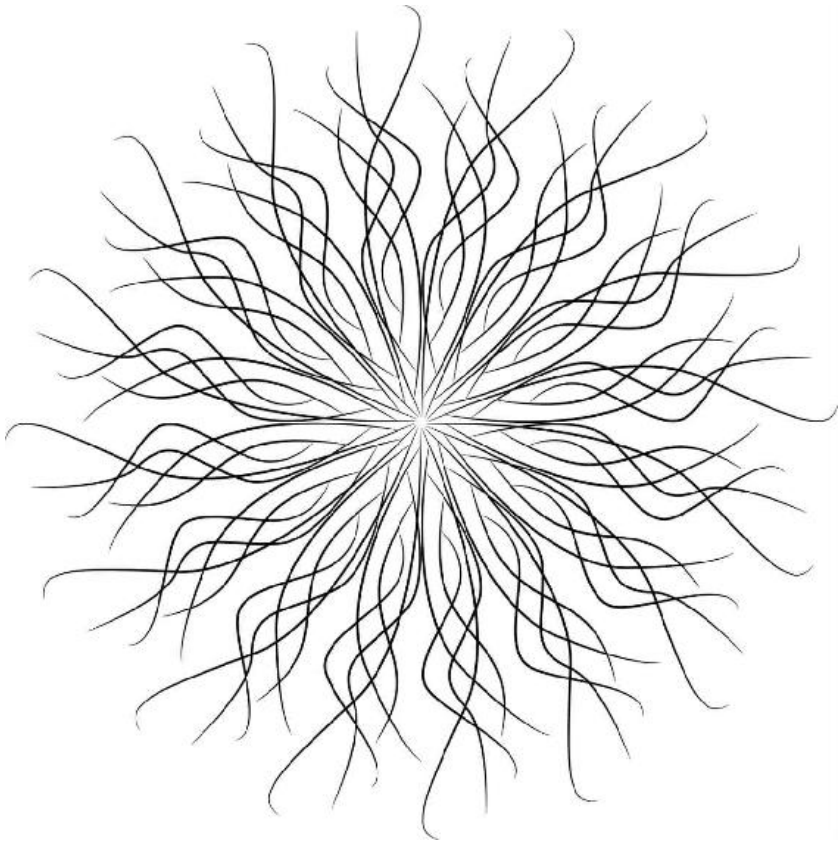
—Mira quién fue a hablar de poner las cosas difíciles. El caso es que el colgante no está en mi casa del mundo real.

—Pues dime dónde está e iré a buscarlo. Te aseguro que es importante para mí.

—Muy bien. Estaré encantado de que puedas llevártelo —afirmó Gare resoplando al espejo—. Ven a buscarlo o dime cómo salir de aquí, y será un placer dártelo yo mismo —añadió soltándose los botones de la manga de la camisa para enseñarle a Triz el colgante que llevaba atado a la muñeca.



—7—



No es fácil regresar. Noviembre de 2048

Triz se quedó pensativa viendo cómo Gare había vuelto a complicarlo todo, como cuando eran unos críos y él se empeñaba en ponerla en apuros delante de sus amigas, aunque aquellas preocupaciones adolescentes ahora le parecieran pueriles.

No entendía cómo era posible que, después de tantos años, siguiera llevando el colgante encima y no lo tuviera guardado en algún cajón. Después de tanto tiempo, hasta hubiera entendido que no se acordara de dónde lo había dejado, pero no se esperaba que se lo hubiera llevado a otra realidad.

—¿Por qué me miras así? —reprochó Gare al ver su cara de desesperación al otro lado del espejo—. Si tan importante era el colgante, ¿por qué me lo regalaste?

—Porque yo era muy tonta por aquel entonces. Acababa de romper con Derek, mi primer novio, después de dos años de

relación. Dos años en los que tú y yo casi no nos vimos, y me encontraba en un momento muy sentimental. Me pareció buena idea que tuvieras algo que te recordara a mí mientras estabas lejos de casa. Me pilló por sorpresa que te fueras al extranjero nueve meses y fue la primera reacción que tuve.

»Además, hasta hace un mes no supe de la importancia de esa joya. Creo que tiene algo que ver con mis sueños, la tormenta solar y los terremotos.

—En serio, me tienes que explicar eso de la tormenta solar...

—Ahora no tenemos tiempo. Mi hija mayor está a punto de despertarse y me despertará con ella. Prométeme que harás todo lo posible para regresar al mundo real.

—¿Despertarte? ¿Hija mayor? —preguntó Gare desconcertado.

—¿Voy a tener que explicártelo todo? —protestó Triz

—Al menos, ponme al día. Llevamos muchos años sin vernos y, de pronto, apareces en el espejo de mi cuarto de baño y me hablas de tormentas solares, de sueños y de hijas mayores.

—Muy bien. Resumen rápido: desde que no nos vemos me casé, he tenido dos hijas, Maya es la pequeña y Alana la mayor; y el mundo se fue a la mierda el mismo día que tú te quedaste encerrado en esa realidad. Necesito el colgante para intentar arreglarlo y solo he podido localizarte en esa dimensión virtual desde Aisling, el mundo de los sueños. ¿Conforme?

—Joder, pero ¿el mundo no se había ido ya a la mierda con la tercera guerra? Y sí que me he perdido cosas de tu vida...

—Nuestros caminos se separaron y perdimos el contacto. Tú empezaste a salir con Nadia y yo me cambié de ciudad unos años más tarde. Alana ya se ha despertado. Prométeme que vas a intentar salir. ¡Por favor! —pidió Triz mientras su imagen se desdibujaba en el espejo.

—Lo prometo —respondió Gare apoyando su mano en el cristal —. ¿Me recuerdas tu número de móvil para que te llame si consigo salir de aquí?

—Los móviles ya no existen. Nadie los usa ya.

—¡No jodas! ¿También por la tormenta solar? ¡Qué pasada! Y entonces, ¿cómo me pongo en contacto contigo?

—Si regresas al mundo real, yo te buscaré. Si no, mañana por la noche intentaré…

La frase se quedó a medias. Al parecer, Triz se había despertado sin poder terminarla.

Gare volvió a atarse el nudo de la corbata mientras meditaba los pasos que debía dar. Ahora entendía por qué no había podido configurar su avatar al entrar en la realidad virtual. Una tormenta

solar había dejado sin electricidad al planeta en el momento justo en que él se conectaba al juego. Eso también explicaba por qué no había podido desconectarse aunque lo hubiera intentado hasta la desesperación los primeros días. Luego no le había quedado más remedio que adaptarse a su nueva vida, una virtual que llevaba viviendo más de dos años. Y ahora aparecía una amiga de su infancia en el espejo y le pedía que hiciera lo que no había podido conseguir antes.

Lo primero que tenía que hacer era ir a hablar con Karen, la única persona con la que había iniciado una relación afectiva en ese tiempo. El resto de las personas que habitaban la dimensión virtual le parecían una banda de inútiles despreciables. Seguramente, ellos y ellas tendrían la misma imagen de él.

Solo en Karen había encontrado a alguien con quien compartir los problemas, con quien reírse de vez en cuando, incluso con quien acostarse, aunque eso último solo hubiera ocurrido en una ocasión. Tenía que ir a hablar con ella e invitarla a abandonar la realidad virtual con él.

El reloj de la entrada ya marcaba las nueve menos cinco de la mañana. Iba a llegar tarde a su reunión con ella. Con seguridad, ya estaría esperándole en la oficina y lo primero que haría sería echarle la bronca por su impuntualidad. Si Karen supiera lo poco que le importaban los balances de la empresa seguro que no se irritaba tanto.

Bajó a la carrera hasta el coche que tenía aparcado en la entrada de su casa. Lo bueno de las realidades virtuales es que no tienen problemas de aparcamiento. Cada personaje cuenta con una plaza asignada en la puerta y nadie se la quita. Otra de las ventajas era que los coches no necesitaban ser conducidos.

—A la oficina —ordenó Gare a su coche cuando cerró la puerta. El reconocimiento de voz del vehículo hizo el resto y se puso en marcha—. Envía un correo a Karen. «Lo siento, llego tarde, espérame diez minutos».

La pantalla táctil le confirmó que el correo había sido enviado y recibido.

Durante los minutos de trayecto hasta la oficina, se le llenó la cabeza de recuerdos de su adolescencia en los que Triz siempre estaba presente. Su relación con ella siempre había sido bastante particular. Una relación de ni contigo ni sin ti que había terminado por separar sus caminos incluso antes de llegar a unirse del todo en algún momento.

Habían pasado los años de adolescencia juntos en el grupo de amigos, pero sus caminos siempre fueron vías paralelas que caminaban en la misma dirección y que nunca se llegaron a juntar.

Si uno de ellos torcía el rumbo en dirección al otro, este terminaba girando en el mismo sentido manteniendo la distancia entre ellos. Triz había sido muy especial en su vida, pero nunca habían dado el paso de ser algo más que amigos.

El coche se detuvo en la misma plaza de aparcamiento que lo había hecho durante los dos últimos monótonos y anodinos años. Se bajó del coche y subió a la carrera a su oficina. Otra de las cosas que había descubierto durante esos años de vida virtual era que no importaba si tenía un trabajo de mierda en una fábrica asquerosa o uno de responsable de contabilidad con oficina y aire acondicionado, acababa aborreciendo todos por igual.

Antes de verse obligado a vivir en ese mundo, su trabajo le ocupaba gran parte del día y apenas le daba un sueldo para vivir. Llegaba cada jornada a casa con ganas de mandarlo todo a la mierda y de cambiar su destino, pero siempre le habían faltado agallas para tomar decisiones importantes. Solo tenía valor para llegar a casa, conectarse a la consola de realidad virtual y soñar con llevar otras vidas distintas a la suya.

Cuando se vio encerrado en aquel mundo, con un trabajo bien pagado que le permitía vivir en una residencia de lujo en la mejor urbanización de la ciudad, se sintió pletórico. Esa sensación apenas duró unos días. El resto soñaba con regresar a casa y desconectarse de la realidad virtual, pero hasta el momento no había encontrado la manera de hacerlo.

Karen, con uno de esos vestidos cortos que siempre llevaba al trabajo, sus labios pintados de rojo, a juego con el color de su pelo, y cara de pocos amigos le esperaba en su oficina.

—Llegas tarde y sabes que tenemos que entregar los presupuestos antes de la reunión de las once. Ya sé que la responsabilidad no es lo tuyo, pero no soporto cuando me afecta a mí también.

Gare no respondió hasta que se acercó a ella y la agarró por la cintura.

—Karen, los informes no importan, las cuentas no importan. Estamos en una realidad virtual. Nada de todo esto existe. Es como Matrix, pero en aburrido.

—¿Qué demonios es Matrix? —preguntó Karen, sin tener ni idea de qué le estaba hablando.

—Una película de hace unos cincuenta años.

—Gare, yo tengo veinticinco, no tengo ni idea de qué película me hablas.

—Disculpa. Siempre eres tú la madura y responsable y eso hace que me olvide de que eres más joven en la vida real que tu personaje —comentó Gare negando con la cabeza—. El caso es que

los informes no me importan. Voy a escapar de la realidad virtual hoy mismo.

—¿Y por qué quieres hacer eso? —Quiso saber ella, abriendo los ojos como si acabaran de confesarle un asesinato.

—Porque nada de esto es real. Y yo quiero volver al mundo de antes. Mi vida real era una mierda, pero al menos era una mierda real. Ahora tengo una vida virtual de mierda.

—Tú te has dado un golpe en la cabeza o algo. ¿Recuerdas cómo quedó el mundo después de la Tercera Guerra Mundial? Nada allí merece la pena.

—Pues parece que se ha complicado aún más.

—¿Más? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho una antigua amiga por el espejo de mi cuarto de baño.

—Definitivamente, a ti se te ha ido la cabeza. Ya termino yo los informes y se los presento a Rober si quieres. Tú descansa y céntrate, porque solo estás desvariando y diciendo tonterías. ¡¿Cómo va a hablarte alguien de tu pasado por un espejo del cuarto de baño?!

—Sé que suena raro, pero es la verdad. ¿No te has preguntado por qué ya no entran casi nunca personajes nuevos? ¿Por qué no podemos regresar al mundo real?

—No, no me lo pregunto. Ni lo sé, ni me importa. Es más, me alegro. No tengo ninguna intención de regresar al mundo real. Y menos, si se ha complicado aún más, como dices.

—No entiendo cómo una chica como tú prefiere estar aquí encerrada a regresar al mundo real. No lo entiendo —manifestó Gare. Soltó de la cintura a Karen y paseó nervioso por la oficina.

—¿A qué te refieres con eso de una chica como yo?

—A que eres inteligente, simpática, lista y muy guapa. A que tu vida fuera de aquí no debía de ser tan mala como para querer dejarla atrás.

—¿Pero de qué coño hablas, Gare? Esta Karen que ves —replicó ella señalándose a sí misma— es un personaje, un avatar, una variedad de cualidades informáticas elegidas por mí al conectarme. Yo ni siquiera me llamo Karen. Me gusta mucho ser Karen y por nada del mundo dejaría de serlo. Aquí soy como en realidad quiero ser. Una mujer adulta, responsable, con una vida interesante y admirada por mis compañeros de trabajo. No como en mi vida real, que nadie se fijaba en mí y a nadie le importaba mi existencia. Aquí soy alguien. ¿Acaso tú sí eres así en la vida real?

—El día que nos conectamos a la realidad virtual se produjo un corte en la red eléctrica que nos dejó aquí encerrados. Ese fallo energético se produjo antes de que yo pudiera seleccionar mi

personaje. Solo pude configurar mi profesión y el lugar de residencia. Mi apariencia física es igual aquí que en la vida real.

—¡Joder, qué chasco! —Gare se giró sorprendido por la reacción enérgica de Karen—. ¿Qué? Yo te imaginaba de otra manera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gare volviéndose a acercar a ella.

—A que el día que nos acostamos pensé que eras el típico chico guapo que estaba harto de que las mujeres le valoraran solo por su físico. Pensé que, solo alguien así podría haber elegido una apariencia física virtual como la tuya.

—¿Así que solo te acostaste conmigo porque pensabas que en la vida real yo era un tío bueno harto de que me consideraran un tío bueno?

—Pues la verdad es que sí. Eso es lo que pensaba.

Gare ni siquiera dijo nada. Se limitó a abandonar la oficina y volver a su coche.

«Cómo he podido ser tan imbécil de pensar que en la realidad virtual la gente va a ser mejor que en la vida real. ¡Son los mismos gilipollas con otra apariencia!».

—Conduce siempre hacia el norte —ordenó a su coche autónomo tras cerrar de un portazo.

Ahora que ya no había nada que le importara en el mundo virtual, no quería perder más tiempo para cumplir la promesa que le había hecho a Triz. Tenía que salir como fuera.

Se le había ocurrido que, si su coche conducía siempre hacia el norte, llegaría un momento en el que el mapa del videojuego se terminaría. Quizás, llegando a los límites, podría encontrar una puerta por la que salir, como en la película de *El show de Truman*. Otra de esas películas de finales del siglo XX que a él le gustaba ver. Porque, otra cosa que no soportaba del mundo real, era el cine que se hacía a mitad del siglo XXI.

En esa película, Jim Carrey, un actor que triunfaba por su capacidad para gesticular, se encuentra encerrado en una burbuja observado por los telespectadores, hasta que descubre la verdad y decide escapar. Para ello, navega por el mar hasta llegar a los límites de la burbuja. Tal vez pudiera hacer él lo mismo con el coche.

Dejó atrás la ciudad y continuó su camino por las carreteras rectilíneas que llevaban a los pequeños pueblos de las afueras. En los dos años que llevaba en aquel mundo, no había ido nunca más allá.

No podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido creyendo que podía confiar en Karen. Uno de los motivos por los que se sumergía cada día en un mundo virtual era porque pensaba que no

podía confiar en nadie en el mundo real. Al menos en ninguno de los que formaba parte de su vida en ese momento. Todos se comportaban de manera egoísta, eran una pandilla de embusteros que solo se preocupaban por sí mismos.

Tras la Tercera Guerra Mundial, la gente se conformaba con sobrevivir un día más, sin preocuparse de las condiciones en las que lo hacía. Se dejaban engañar por la falsa seguridad que les proporcionaba el nuevo gobierno, cuando, en realidad, sufrían una falta de libertad.

«Si la gente dejara de ver la mierda de películas que hacen ahora, llenas de mensajes adormecedores, y vieran películas como *V de Vendetta* o *Rebelión en la granja*, quizás alguno despertaría».

Aunque, en verdad, había dejado de confiar en que eso ocurriera hacía muchos años.

Los pequeños pueblos de las afueras quedaron atrás y el coche siguió circulando por una carretera recta sin nada más que verdes campos a los lados. No sabía cuánto tiempo iba a tardar, pero cada vez estaba más seguro de que el coche no tardaría en chocar con la pared del final del videojuego o que se sumergiría en un mundo a oscuras cuando la programación del mapa se terminara. Estaba impaciente porque cualquiera de las dos cosas ocurriera.

Cuando el coche llevaba tres horas por la carretera desierta, y empezaba a desesperarse de ver siempre el mismo paisaje, algo empezó a cambiar.

—No, no puede ser. ¡Me cago en la puta! —exclamó al distinguir el *Skyline* que se dibujaba en el horizonte—. No pueden ser los edificios de la ciudad. ¡Joder!

Al parecer, el programador del mapa del mundo virtual, le había dado la misma forma que la del mundo real. El mapa digital era redondo y, si siempre seguías la misma dirección, acababas llegando de nuevo al punto de partida. Maldijo su mala suerte golpeando el cristal del parabrisas con el puño hasta hacerse sangre en los nudillos.

Cuando el vehículo volvió a recorrer las calles de su barrio, le pidió que estacionara. Enfadado, confuso y disgustado, subió a su casa.

—¿Por qué regresa tan pronto? ¿No ha ido bien la comida? —preguntó su sistema informático, al detectarle entrar mucho antes de su hora habitual de los viernes.

—Nada ha ido bien, Doto. Nada va bien nunca.

—¿Puedo hacer algo para mejorar su día?

—No hace falta, Doto. Ya lo intentamos hace tiempo y no conseguimos nada. Estaré en mi habitación. Que nadie me moleste —manifestó rememorando las veces que le pidió ayuda al sistema

informático para conseguir abandonar la realidad virtual en los primeros meses. Lo único que consiguió fue desesperarse aún más porque el sistema tenía prohibido dañarse a sí mismo.

—Tiene preparada su ropa de los viernes por la noche en su habitación.

—Muchas gracias, Doto, pero no voy a utilizarla. No tengo pensado salir en el resto del día.

—Señor, el escáner de su ritmo cardiaco y sus niveles de serotonina y dopamina me indican que está deprimido. ¿Desea que le prepare una taza de chocolate? —ofreció Doto tras analizar los datos que el escáner de la puerta le proporcionaba de todas las personas que entraban en la casa.

—¡Cuántas veces te tengo que decir que no soporto los alimentos líquidos! —exclamó Gare estallando de rabia—. No quiero una taza de chocolate ni un vaso de zumo. Si quiero comer chocolate, lo haré en onzas y, si quiero naranjas, les quitaré la piel y les daré un mordisco, pero ¡odio que insistas en servirme en bebida las putas comidas!

—Lo siento, señor, solo quería ayudarle. ¿De verdad que no puedo hacer nada por mejorar su estado anímico?

Gare se quedó un rato en silencio. No le gustaba perder la paciencia y siempre tenía muy mal pronto cuando lo hacía. En muchas discusiones, esa mala reacción conseguía dejarlo en mal lugar. Aunque estuviera en lo cierto, perder las formas le hacía perder la razón. Doto era solo un sistema informático y no tenía la culpa de que su vida fuese un desastre.

—Disculpa, Doto, no era mi intención levantarte la voz. Simplemente no puedes ayudarme con mi problema.

—No se preocupe, señor, soy un sistema informático. Su tono elevado de voz no afecta a mis programas. Solo altera el ritmo de sus pulsaciones. ¿Me cuenta cuál es su preocupación?

—Quiero salir de este mundo virtual y no sé cómo.

—Lo siento, señor, pero tiene razón. No puedo ayudarle.

Se encerró en su cuarto, se tumbó en la cama y golpeó con rabia su almohada. Todavía le dolía la mano, después de aporrear el cristal de su coche, como para seguir descargándose contra las paredes. Cuando la rabia dejó paso a la impotencia, una lágrima le cayó por la mejilla y se enjuagó con el dorso de la mano dolorida. La sal de sus lágrimas hizo que la herida de la mano le escociera.

Pasó el resto del día sin levantarse de la cama. Pese a ser viernes por la tarde, se le habían quitado las ganas de salir. Tal día por la noche suponía el único momento de la semana soportable en aquel lugar, al menos, antes de quedarse encerrado.

Entonces todos los personajes de la realidad virtual lucían sus

mejores galas y salían de fiesta. Iban todos a la discoteca y bailaban y se divertían hasta bien entrada la mañana del sábado. Antes de quedarse encerrado en ese lugar, solo se conectaba a ese programa los viernes por la noche, el día en que más gente nueva se podía conocer, el mejor momento para conquistar a chicas y dejar atrás las preocupaciones y desinhibirse. Todos elegían sus avatares más atractivos y lucían radiantes en la pista de baile. La confianza que proporcionaba el anonimato y la ausencia de prejuicios lograba que la gente se mostrara más dispuesta a relacionarse. En la realidad virtual dolía menos ser rechazado y, con una buena apariencia física, ese rechazo llegaba menos veces. Nadie buscaba complicaciones y no importaba si a la mañana siguiente no recordabas el nombre de la otra persona. No os ibais a volver a ver y, si la casualidad quería que coincidierais el siguiente viernes, seguramente ninguno de los dos iba a ser capaz de reconocerse. Habríais elegido otro nombre y otra apariencia.

Sin embargo, todo había cambiado desde su última conexión. Sin poder adoptar otra apariencia física, las relaciones habían vuelto a complicarse. Sus más de cuarenta años, sus cien kilos de peso y sus canas en aquellas partes de su cabeza que no se habían visto desprovistas de pelo no encajaban bien en un mundo de cuerpos perfectos en el que todos habían elegido sus mejores avatares al conectarse. Desprovisto de esa máscara exterior, habían regresado la desconfianza y las inseguridades. Nunca había sido un chico con la autoestima muy alta.

Pese a todo, la noche de los viernes seguía siendo lo único soportable del juego. Aunque ya no llegara gente nueva a la discoteca, aunque ya todos los presentes se conocieran y hubieran vuelto los prejuicios y ya no estuvieran tan dispuestos a socializar entre ellos, al menos, seguía siendo divertido bailar en la pista sin preocuparse por hacer el ridículo, solo dejándose llevar por la música.

Pero ese viernes no le apetecía, ni siquiera, escuchar música. No se podía quitar de la cabeza que había vuelto a fallar a Triz.

«En realidad, le prometí que haría todo lo posible por salir de aquí, aunque ya le dije que no iba a poder. Esta vez no debería sentirse desilusionada. Yo lo he intentado».

Las persianas de su habitación se cerraron automáticamente al caer la noche. Solo entonces se levantó de la cama con la intención de quitarse la ropa y de volverse a acostar con el pijama ya puesto.

—¡Gare! ¿Estás ahí? —La voz de Triz le llegó desde el cuarto de baño cuando se disponía a abrir el armario.

—Sí, aquí estoy —respondió Gare en un tono de voz que mezclaba la alegría por volver a oírla y la disculpa por no haber

podido salir.

—¿No has encontrado la manera de escapar? —preguntó Triz cuando lo tuvo frente al espejo.

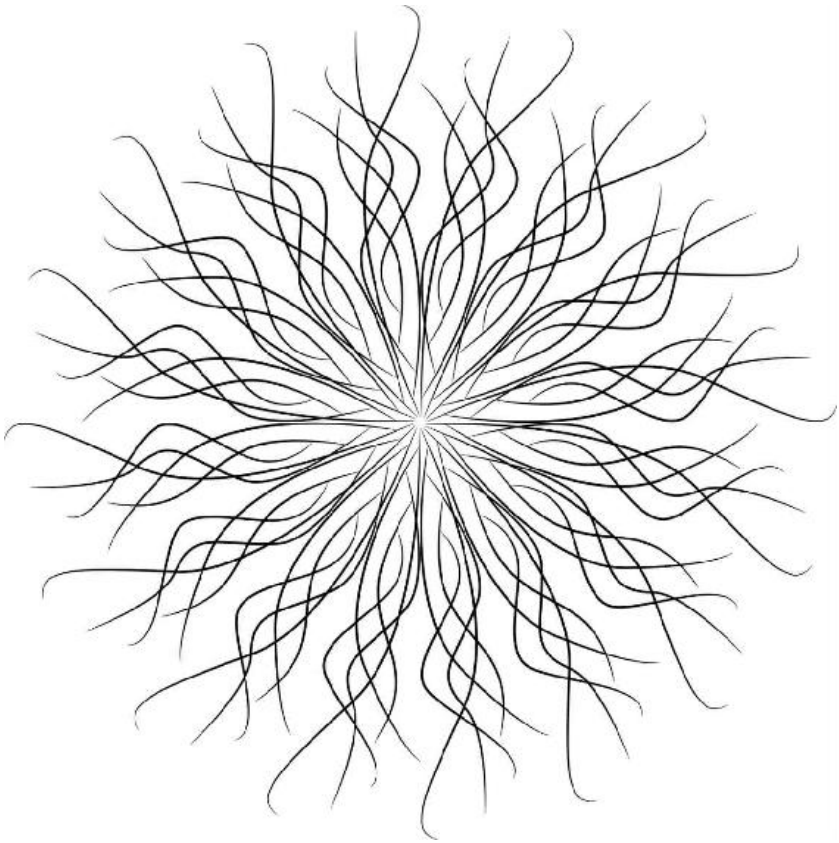
—No. Y lo he intentado, ¿eh? Pero este mundo es un jodido bucle en el que no puedes llegar al final. He conducido por él hasta que he regresado al principio. Ya te dije que había probado decenas de maneras de salir hace tiempo y que había terminado dándome por vencido. No hay manera de salir de este lugar.

—¿Has probado a saltarte las normas del programa?

—¿A qué te refieres?

—A hacer cosas que el programa no permita hacer. A quebrantar las normas hasta que el programa te expulse, como hiciste el día que nos echaron de la *scape room*[7] a todos, por tu culpa.

—8—



Al segundo intento. Noviembre de 2048

Nunca se le había ocurrido. Había intentado reprogramar el sistema, apagarlo, destruirlo, a lo que Doto siempre se había negado; había probado a buscar el final del mapa, a intentar controlar el juego para salir de él, pero nunca había probado a provocar que este lo expulsara.

No tenía muy buen recuerdo de aquel día. En aquella etapa de su vida, en la que Triz le gustaba, había organizado la tarde en una sala de escape para intentar encontrar un momento a solas con ella e invitarla a salir, pero Norma le había dicho que Derek se lo había pedido antes y se había sentido tan cabreado por no haber sido capaz de dar el paso semanas atrás, que lo había pagado con uno de los cuadros del salón y les habían expulsado. Se había marchado a su casa enfadado y había dejado tirados a Triz y a sus amigos.

—Puede que tu idea funcione —reflexionó asintiendo—. Voy a

intentarlo, pero, dime una cosa. ¿Qué me voy a encontrar a ese lado cuando salga de aquí?

—Nada bueno. Las cosas han cambiado mucho en los dos últimos años.

—Las cosas no eran buenas tampoco antes. La Tercera Guerra Mundial casi manda todo al carajo. Pensé que la gente iba a aprender de todo aquello, de tanta muerte y destrucción, pero no aprendimos nada. Otra oportunidad para que la raza humana recapacite perdida. La tormenta solar no ha podido empeorar mucho el mundo que dejé atrás.

—No te haces a la idea cuánto… —replicó Triz—. La guerra mundial mató a mucha gente, los países se dividieron, regresaron las fronteras amuralladas e hizo del mundo un lugar menos habitable, pero ni comparación con los efectos de la tormenta solar.

—Me estás acojonando.

—¿Qué era lo más importante del mundo real cuando estabas en él?

—El dinero, sin duda. Todo se movía por dinero.

—¿Y si te dijera que el dinero, como tal, dejó de existir? —preguntó Triz dejandole con la boca abierta.

—¡No me jodas! Me estás tomando el pelo. Me estás vacilando. ¿Cómo va a desaparecer el dinero?

—El dinero no desapareció, simplemente dejó de tener valor. Hace dos años, descubrimos de golpe que, lo más importante del mundo, no era el dinero sino la electricidad. Cuando la perdimos, todo se fue al traste. La riqueza no era más que una ilusión, un montón de unos y ceros en grandes ordenadores que le daban valor. Cuando la tormenta solar destrozó todos los aparatos informáticos, los datos bancarios, el dinero que la gente de todo el mundo tenía en sus cuentas, desapareció. Los bancos no contaban con una caja enorme de billetes con nuestros nombres apuntados al lado diciendo: este dinero es de Gare o este otro es de Triz. Ese dinero no existía, eran solo unas cifras anotadas en un ordenador. Y, sin acceso a él, no quedó ningún registro de ellas.

—¡Hostia puta! ¿Y el dinero que cada uno tuviera en sus casas? Porque a mí en el banco lo único que me quedaban eran deudas.

—Ese dinero tampoco sirvió de nada. Dejaron de respaldarlo. Nadie dio valor a esos papeles. En realidad, solo tenían valor porque los bancos decían que valían algo y los demás lo aceptábamos de buen grado. Pero, cuando estos comunicaron que esos papeles y monedas no valían más que el material con el que estaban hechos, los comercios dejaron de aceptarlos. No podías comprar nada con un trozo de papel ni con una tarjeta de plástico.

—¡Me cago en la puta! ¿Y cómo habéis sobrevivido estos dos

años en ese caos?

—No ha sido fácil. Nada lo es aquí. Es muy largo de contar y no tenemos mucho tiempo. Ya te pondré al día cuando podamos vernos en el mundo real.

—Sigo sin saber cómo voy a localizarte cuando regrese.

—Ya te dije que seré yo quién te localice. Tú, si regresas, limítate a quedarte en tu casa. No salgas bajo ningún concepto una vez que el sol se oculte en el horizonte. Yo iré a verte.

—Esta realidad virtual es una mierda, pero, tal y como me estás pintando el real, no sé si me apetece tener que regresar. Aquí no hay terremotos, ni tormentas solares y el dinero sigue teniendo valor. ¡Incluso tengo móvil! ¿Por qué iba a querer volver ahora que sé cómo están las cosas? —preguntó Gare negando con la cabeza.

—Porque te necesito.

Eso fue suficiente. Aceptó cumplir su promesa de intentar regresar. Triz siempre había sido una persona especial. De una forma u otra, había estado en su vida desde que era un adolescente lleno de granos y seguía estando en ella ahora que el poco pelo que le quedaba lucía de color gris. Pese a la distancia y los años sin verse, nunca había llegado a olvidarse de ella. Y en la realidad virtual solo había imbéciles con apariencia de modelos.

El resto de la noche se la pasó pensando en qué podría hacer para que el sistema le expulsara. Tenía que saltarse las reglas como el día de la *scape room*. Otro de esos días en los que perdió las formas. Fue apuntando en una libreta todo aquello que se le iba ocurriendo.

A la mañana siguiente, pese a que en la calle ya era de día, las persianas de su habitación no se abrieron como lo hacían entre semana. El sistema tenía programado que los sábados no se levantaba de la cama hasta tarde, después de haber estado de fiesta hasta altas horas. Sin embargo, ese día se levantó temprano, con más energía que en los dos años anteriores, dispuesto a llevar a cabo todas y cada una de las acciones que había apuntado para infringir las normas.

Fue al cuarto de baño y al ver su reflejo en el espejo en lugar de la cara de Triz, sintió una punzada en el pecho. Volvía a extrañarla, como cuando era adolescente y se pasaba uno o dos días sin pasar por la cibersala.

—Buenos días. Lo siento, pero no tenía programado prepararle el desayuno hasta dentro de dos horas. No tuve en cuenta que no salió ayer por la noche —se disculpó su sistema informático al verle entrar en la cocina.

—No te preocupes, Doto. Ya me encargo yo. Hoy va a ser un día

muy especial.

—¿A qué se refiere, señor? No tengo ninguna cita importante apuntada.

—Me refiero a que hoy va a ser el día en el que me marche, Doto. Espero que esta mañana sea la última en la que tenga que hablar contigo. Voy a intentar regresar a mi mundo y, esta vez, espero conseguirlo.

—¿De verdad quiere marcharse? ¿No está contento conmigo?

—No tiene nada que ver contigo. Si te digo la verdad, hasta creo que te voy a echar de menos cuando regrese a mi casa. Ya nadie me preparará zumos de naranja como tú —comentó con una sonrisa irónica—. Pero ha llegado el momento de regresar. Hay una persona importante para mí en el mundo real que dice que me necesita y no pienso fallarle otra vez.

—Espero que consiga su propósito. ¿Quiere que desprograme el sistema?

—¡No jodas que era así de fácil! Sí, Doto, desprograma el sistema.

«Si luego tengo que regresar, ya me las apañaré sin que me exprimas las frutas y sin que me hagas saltar de la cama».

Terminado el desayuno, regresó a su cuarto para cambiarse de ropa, pero el armario de la habitación no se abría.

—Doto, abre el armario para poder sacar la ropa del sábado —ordenó Gare mirando la puerta electrónica.

Pero Doto no respondió. El sistema se estaba desconfigurando y no podía abrir la puerta del armario.

—¡A tomar por culo! ¿No voy a saltarme las normas y a infringirlas? ¡A la puta calle en pijama!

La gente que caminaba a esas horas de la mañana, lo miraba con extrañeza. Su pijama de rayas azules y negras no se correspondía con la vestimenta más apropiada en el mes de noviembre.

Se montó en su coche y lo puso en marcha. Cuando el sistema informático le preguntó a dónde quería ir, le pidió que le dejara conducir. El sistema, no acostumbrado a ese tipo de orden, tardó en reaccionar.

—No es recomendable que sea conducido manualmente. Es más seguro que lleve yo el coche.

—Me da igual si es o no es seguro. Quiero conducir yo.

El sistema insistió un par de veces, pero finalmente se puso en modo manual. Arrancó el motor y se puso en marcha. Pisó el pedal del acelerador a fondo y se propuso sobrepasar los límites de velocidad. Era la primera idea que se le había ocurrido para infringir las normas: saltarse las de tráfico.

Con ello, llegó su primera desilusión. Por mucho que pisara el

acelerador, el vehículo no superaba los límites de velocidad.

—Muy bien, si no me dejas sobrepasar los límites, conduciré por donde no debo —manifestó a la vez que intentaba cambiar de carril.

Nueva decepción. En cuanto el coche pisaba la línea central, se negaba a seguir avanzando y pasaba al modo automático. Tampoco pudo hacer nada por intentar subirse a la acera, y solo consiguió que el vehículo frenara en seco cuando intentó llevarse por delante una papelera y una señal de tráfico.

—¡Maldita sea! Estos coches automatizados no sirven para nada.

Ni siquiera cuando intentó estacionarlo en una plaza de aparcamiento que no le correspondía, consiguió su objetivo. El automóvil, una vez estacionado en un lugar inadecuado, no le dejaba abrir las puertas y bajarse. Empezó a dar patadas al coche por dentro.

—¡A la oficina! —exclamó, finalmente, desesperado.

El coche volvió a ponerse en modo automático y aparcó en su misma plaza de aparcamiento de siempre.

Aunque era fin de semana, seguía quedando gente en las oficinas. A la extrañeza de verle un sábado se le juntaron las miradas de asombro por su inusual vestimenta. Sin saludar siquiera en recepción, subió a su oficina.

—Si hay algo que este sistema no soporta, es el desorden. Veamos qué hace ahora.

Entró en su despacho y, enfurecido, empezó a tirarlo todo. Libros, armarios, papelera; todo salió volando por los aires, mientras gritaba eufórico.

Ordenó al sistema abrir una de las ventanas de la oficina, y viendo que no respondía porque no estaba activado, al ser un día en el que no le tocaba acudir al trabajo, cogió el ordenador y lo arrojó contra la ventana cerrada. Este golpeó contra el cristal y sin llegar a agrietarlo, cayó al suelo hecho pedazos.

Que el cristal no se rompiera le fijó un nuevo objetivo. Buscó el objeto más pesado de la habitación y sonrió maliciosamente al ver el pie de la lámpara. Lo agarró con fuerza e impactó contra la ventana. Esta resistió el primer golpe, pero comenzó a resquebrajarse con el segundo. Una alarma empezó a sonar en todo el edificio.

—¡Si no quieres que rompa todos los cristales del puto mundo virtual ya estás expulsándome! —exclamó en voz alta y mirando al techo como si alguien por encima de él pudiera escucharlo.

El guarda de seguridad entró y lo encontró golpeando una y otra vez las ventanas. Dos de ellas ya se habían hecho pedazos y caído sobre la acera, un par de decenas de metros más abajo, asustando a

los viandantes.

—¿Se puede saber qué hace? —espetó el vigilante, al verle comportarse como si hubiera perdido la cabeza.

—Ver hasta dónde está dispuesto a aguantarme el sistema antes de expulsarme —respondió sin dejar de dar golpes.

—Tranquilícese, señor, o tendré que reducirlo —advirtió el guarda a la vez que desenfundaba su arma.

—¡No hay huevos! —lo provocó, blandiendo el palo de la lámpara como si fuera una espada.

Estaba seguro de que el guarda de seguridad no le iba a disparar. En realidad, dudaba que el arma del agente tuviera balas. Nunca nadie había recibido un balazo en esa realidad virtual. Quizás, si estuviera en un juego bélico, pero no en esa idílica adaptación de la vida en el mundo real.

«Y, en todo caso, si me dispara y muero, igual es la manera de salir del juego. Todos los juegos se terminan si muere el personaje», pensó mientras amenazaba al guarda. «Espero que no duela mucho».

—¡A la mierda! —exclamó y arremetió cerrando los ojos.

El disparo retumbó en la oficina. Gare pudo sentir como la bala le atravesaba, antes de perder la consciencia y que todo se fundiera a negro.

—9—

De regreso en casa. Noviembre de 2048

Cuando intentó abrir los ojos, los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Intentó incorporarse, pero un dolor en el pecho le cortó la respiración. Sentía que le ardía, como si alguien estuviera jugando con un lanzallamas en sus pulmones, y sufría punzadas en el pecho como si las costillas se le estuvieran clavando en el corazón.

Cuando pudo despegarlos y mirar a su alrededor, tardó en darse cuenta de dónde estaba. Lo último que recordaba era estar en su oficina, enfrentándose al guarda de seguridad y que este había sacado el arma y disparado.

Se llevó las manos al pecho de inmediato, seguro de que lo encontraría bañado en sangre, pero su ropa estaba seca y sus manos limpias cuando las enfrentó con su mirada extrañada.

Aquella no era su oficina, aunque también tuviera una mesa y un ordenador frente a él y se encontrara en pijama. Se hallaba en su antigua habitación.

—¡Joder! —exclamó al intentar ponerse en pie—. No imaginaba que la muerte virtual fuera tan dolorosa.

Durante su adolescencia, juventud y gran parte de su etapa adulta, había muerto centenares de veces en realidades virtuales de juegos bélicos o de fantasía en los que se tenía que enfrentar a orcos o vampiros, y nunca había sentido un dolor tan intenso. Esta vez, había sido diferente. No había abandonado el juego, había sido arrancado de él, y, al parecer, eso dolía horrores.

Se incorporó para intentar que el aire le llegara mejor a los pulmones. Al hacerlo, sufrió un ataque de tos que le hizo ver las estrellas, pero poco a poco fue sintiéndose mejor.

«Parece que al menos la idea de Triz ha funcionado. Ya estoy de vuelta en el mundo real».

Sentía la boca seca y fue a la cocina a beber agua. Poco a poco, iba recordando todo lo que componía su antigua casa. La misma en la que había vivido con sus padres hasta que ambos murieron y en la que seguía viviendo solo, antes de perderse en la dimensión virtual durante dos años.

La necesidad de beber agua aumentó cuando del grifo no salió nada.

«Claro, después de dos años sin pagar las facturas, me habrán cortado el agua y la luz».

Para comprobarlo, intentó encender la luz de la cocina, pero obtuvo el resultado esperado.

«Genial, tampoco puedo encender el ordenador o poner la tele».

Le vinieron a la cabeza las últimas palabras de Triz sobre lo mucho que había cambiado el mundo en esos dos últimos años. Se acercó a la cristalera del salón de su casa y se asomó para echar un vistazo a la calle. Quería comprobarlo por sí mismo.

Se sorprendió porque todo parecía normal. El ladrido de un perro a lo lejos, los edificios medio en ruinas tras la guerra, una joven paseando en bicicleta por el puente, un hombre poniéndose las zapatillas, personas paseando por la calle, todo perfectamente normal. ¡Salvo porque el cielo se veía completamente rojo!

Adiós al azul celeste de los días de verano o al gris de las tardes de invierno. El cielo lucía como los tomates de los supermercados, con ese rojo artificial, como si el sol, antes brillante en un rincón del firmamento, ahora se hubiera apoderado del mismo; como si la Tierra ahora estuviera en su interior y no en su órbita. Le recordó al color de las explosiones de las bombas durante la Tercera Guerra Mundial, aunque ahora no sonaban sirenas ni disparos.

Tras volver a bajar la mirada al asfalto, cuando ya llevaba diez minutos asomado a la ventana, se dio cuenta de que por encima del puente, frente a su casa, solo pasaba gente en bicicleta.

«¿Dónde diablos están los coches?».

No había coches cruzando por el puente, no estaban aparcados, ¡no había coches en ninguna parte! Antes, todo el mundo iba en automóvil a todos lados. ¿Dónde estaban?

Tras la sorpresa inicial, intentó pensar con lógica. Desde que la Tercera Guerra Mundial terminó con los combustibles fósiles, y con las energías de medio planeta, los vehículos funcionaban con electricidad, y, según Triz, la tormenta solar había acabado con ella

y la que quedaba comentó que era tremendamente cara. Por eso no había coches. Justo terminó de formularse la hipótesis, cuando un autobús con placas solares cruzó por la carretera atestado de gente.

«¡Qué cojones! Algo bueno que ha traído la tormenta solar».

Animado por la curiosidad de descubrir qué más cosas habían cambiado, se dispuso a salir a la calle, no sin antes recordar que Triz le había obligado a prometer que no saldría de casa bajo ningún concepto una vez el sol dejara de estar en el cielo. Por fortuna, la luz solar lucía todavía con fuerza.

Entonces llegó el siguiente cambio inesperado. Vivía en la octava planta del edificio y, sin electricidad, no funcionaba el ascensor.

«¿Por qué no han puesto placas solares en el techo para hacerlo arrancar?».

Extrañado, estuvo tentado de regresar a casa, más llevado por la idea de tener que subir ocho pisos andando al regresar que por tener que bajarlos para poder salir. Mientras bajaba las escaleras, le sorprendió no escuchar el sonido de ningún vecino dentro de sus casas. No oyó ningún ruido hasta llegar a la tercera planta. Las elucubraciones empezaron a rondar su mente.

«Lo mejor será que deje de comerme la cabeza y que espere a hablar con Triz para que sea ella quien me ponga al día».

Llegó a la calle y se sintió raro. Era la primera vez que pisaba el mundo real en dos años y se dio cuenta de que no lo había echado de menos. No había ninguna diferencia entre pisar el asfalto real y el virtual, la sensación en los pies era la misma. Sin embargo, el ambiente que se respiraba se notaba distinto, más viciado, más cargado. Se hacía más difícil llevar el aire a los pulmones. Le resultaba curioso que el aire virtual le resultara más respirable. El de la calle le recordaba al que tenía que respirar cuando estaba dentro de la fábrica en la que trabajaba.

«¡Ostras! Ahora que lo pienso, seguro que me he quedado también sin trabajo».

Antes de terminar encerrado en el mundo virtual, trabajaba en una empresa que fabricaba baterías para los vehículos eléctricos. Viendo que no circulaba ningún coche por la carretera, dudaba de que siguiera disponiendo de trabajo en su empresa, aunque le hubieran mantenido el puesto en sus dos años de ausencia.

«Cojonudo. Sin dinero, sin trabajo, sin agua y luz en casa y sin poder regresar al mundo virtual».

Cuanto más lo pensaba, más se le complicaba el día, y aún no sabía cuándo iba a poder ver a Triz.

Las personas por la calle seguían circulando como robots autómatas. Las recordaba pegadas a una pantalla móvil y

caminando con la cabeza agachada mientras leían o escribían en su terminal, sin prestar atención a lo que las rodeaba. En realidad, la gente del mundo real llevaba mucho tiempo viviendo en una dimensión virtual. Ahora nadie miraba a ningún aparato electrónico, pero seguían avanzando con las cabezas agachadas, como si la evolución de la especie se hubiera acostumbrado a que el ser humano no la levantara nunca y le hubiera privado de esa capacidad. Tenían la mirada perdida, fija en el asfalto.

Escaparates y comercios tapiados, lonjas vacías, eso tampoco había cambiado en exceso. Simplemente había ido a peor. Durante su paseo, no encontró ninguna tienda abierta. Ninguna. Ni siquiera los bares se encontraban ya abiertos. Todo estaba cerrado.

La sensación de tener la boca seca y de angustia fue en aumento. Nunca sabemos la necesidad que tenemos de algo hasta que no lo vemos a nuestro alcance. Empezaba a sentir que se ahogaba si no bebía algo de agua, pero en casa no había y no encontraba nada abierto donde pedirla. Tampoco tenía con qué pagarla.

Angustiado, decidió bajar al parque donde solía corretear de pequeño y beber de alguna de sus fuentes.

Cuando te encuentras en un momento de angustia, te aferras a una luz de esperanza y, cuando ves que esta se apaga, la angustia aumenta exponencialmente. Es como caminar por un desierto y creer ver un oasis a lo lejos para darte cuenta al llegar de que era en realidad un espejismo.

Era absurdo buscar agua pública. Otra consecuencia de la tormenta solar. La radiación había convertido al agua en otro bien escaso. No funcionaba ninguna de las fuentes de la plaza y tenía la sensación de que los rayos solares empezaban a quemarle la piel.

Tentado estuvo de arrojarse al río que antaño pasaba por debajo de su casa, pero no tardó en percatarse de la estupidez de su idea. Su escaso caudal, por el que no bajaba agua en abundancia desde la Tercera Guerra, no era potable. No existía ningún ser vivo capaz de sobrevivir en aquella mezcla de líquido, radiación y escombros.

Levantó la cabeza y a lo lejos divisó un edificio con placas solares en su tejado. Varias de las personas que circulaban en sus bicicletas iban o venían de aquel lugar. Si eso no había cambiado en los dos últimos años, debía de ser el centro comercial. Seguía sin tener dinero con el que pagar nada, pero en una construcción de grandes dimensiones siempre es más sencillo robar algo sin que te pillen.

Con esa idea en la cabeza se fue caminando hacia allí y, al acercarse, se alegró de no haberse equivocado. Seguía siendo un centro comercial y más grande incluso de cómo lo recordaba. Era como si todas las pequeñas tiendas y comercios hubieran sido

engullidas por aquel gigante, engordando hasta casi no caber dentro de su ropa.

Cruzó sus puertas y empezó a salivar cuando vio los productos del supermercado. Un ruido sobrevoló por encima de su cabeza. La sensación de angustia aumentó hasta casi entrar en pánico. Las medidas de seguridad del lugar habían aumentado de como él las recordaba. Las cámaras de vigilancia habían doblado su número, los agentes de seguridad habían sido sustituidos por drones automatizados que sobrevolaban las cabezas de los clientes; en la zona de los cajeros se habían colocado arcos con sensores para que nadie pudiera salir del centro comercial con algo que no hubiera pagado. Cualquier artículo que tuviera un dispositivo de pago acoplado era detectado antes de abandonar el recinto.

Estaba claro que no iba a poder salir de allí con una botella de agua. Ni siquiera con una pequeña. Se puso a dar paseos por los pasillos del supermercado intentando pensar en una solución. Entonces se dio cuenta de que Triz también tenía razón en que las cosas habían ido a peor, aunque pareciera imposible, en esos dos años.

En el supermercado casi todos los alimentos eran prefabricados. Galletas de dudosa procedencia, alimentos de más dudoso origen y de difícil identificación, sobres ultraconcentrados... apenas había una pequeña sección de alimentos frescos. Una en la que solo existían dos tipos de fruta, ni rastro de las carnes ni de los pescados.

Cogió una bolsa de papel y metió dos naranjas. Hizo lo mismo con dos peras. No tenía nada más donde elegir. Recordó que, cuando era pequeño, su madre solía sujetar la bolsa para que la báscula detectara menos peso y el *ticket* de compra le saliera más barato. Ahora había que introducir la bolsa en una especie de recipiente cerrado y ya no había que pegarle el *ticket*. La máquina imprimía el código sin que tú pudieras acercarte.

Le daba igual. Pesara mucho o poco, no iba a poder pagar. Su idea era otra. Con la bolsa en la mano, se metió en uno de los pasillos menos transitados y esperó pacientemente a que ninguno de los drones sobrevolara la zona. Después la rompió y se metió las dos naranjas y una de las dos peras en los bolsillos de la chaqueta. La otra, intentando calmar la sed que ya tanto le agobiaba, se la comió a mordiscos escondido entre las estanterías. Ni siquiera el sabor de la pera le resultaba como antes. Sabía a plástico, y tentado estuvo de escupirla, pero al menos le calmó la sensación de sed.

Rezando para que los sensores de las puertas solo detectaran productos etiquetados, cruzó por el más cercano a la puerta de salida dispuesto a echar a correr si era necesario. No lo fue. Salió del centro comercial con sus dos naranjas y la pera en los bolsillos.

La luz del sol empezaba a esconderse tras las montañas. Recordando el consejo de Triz, caminó de regreso a casa mientras pelaba una de las naranjas y se la comía como si fuera el mayor manjar que había probado en su vida, aunque tuviera el mismo sabor que los sobres de medicina con sabor a naranja de su infancia. Con la sensación de angustia más calmada, reservó el resto de su botín para otro momento de necesidad.

Lo siguiente que le faltó fue el aire. Su vida adulta se había convertido en una vida sedentaria de trabajo y sofá. Su mayor ejercicio se basaba en matar vampiros en la realidad virtual. Desde que había dejado de hacer deporte, en su adolescencia, había engordado cuarenta kilos, y tener que enfrentarse a ocho pisos de escaleras supuso un problema para él. Cuando abrió la puerta de su casa, llevaba la lengua fuera y sudaba por poros cuya existencia desconocía. Nada más entrar, se dejó caer en el sofá para intentar recuperar el aire.

Desde allí, observó cómo la luz del día se apagaba y, sin televisor, ordenador, ni nada con lo que entretenerse decidió que era un buen momento para irse a la cama.

Cuando se levantaba, alguien llamó con prisas. Extrañado, se acercó a la puerta. El monitor de vigilancia tampoco funcionaba y no podía saber quién estaba al otro lado. Se quedó quieto, dudando si abrir o no.

—Gare, ¿estás ahí? He oído tus pasos. Abre, soy yo, Triz.

Abrió la puerta y se alegró de ver a su amiga al otro lado. Sin dejarla entrar, le dio un abrazo que ella correspondió dejando caer las bolsas que llevaba en las manos. Sintió al hacerlo un cosquilleo, como una carga eléctrica de baja intensidad que le recorrió todo el cuerpo.

—Cuánto tiempo sin poder abrazarte —manifestó después de soltarla, mientras recogían las bolsas, y aún sintiendo el hormigueo en la piel—. ¿Qué traes aquí?

—Algo de comida. Imaginé que después de dos años fuera no tendrías nada en casa y tampoco forma de comprar nada.

—No te haces a la idea de cómo he pasado el día.

—Ya me lo contarás. Ahora vamos dentro. Déjame sentarme un rato, que por el camino no recordaba que vivías en un octavo y que en tu edificio ya no había ascensor.

Triz se sentó en el sofá mientras Gare no podía dejar de observarla.

—¿Qué miras?

—Es que tengo una sensación curiosa. Te miro y, aunque han pasado más de veinte años, sigo viendo a la Triz de trece, quince y

hasta dieciocho años con la que hablaba casi cada día.

—Pues ya estoy cerca de los cuarenta, tengo arrugas, estrías después de los embarazos y he vuelvo a engordar unos cuantos kilos.

—Pues a mí me parece que estás guapa.

—¡Anda ya! Ya será para menos. Tú también has cambiado en estos años.

—Yo es que soy casi dos antiguos Gare. He engordado bastante más que unos cuantos kilos y ya no puedo llevar el pelo largo como antes. Tengo más pelo en la espalda que en la cabeza. Le echo la culpa al trabajo, que me sienta fatal —replicó sonriendo.

—Estás cambiado, pero que conste que no he dicho que te siente fatal. Te veo más maduro.

—Curioso que se lo digas a alguien que acaba de tener que escapar de un mundo virtual.

—Es verdad, no me has contado… ¿Cómo has conseguido salir?

—Tuve que hacer que me mataran. Aún me duele —respondió Gare llevándose la mano al pecho.

—¿Que te han matado? ¿Cómo has hecho eso? ¿Y si no hubiera salido bien?

—Era un riesgo que tenía que correr. Lo intenté de varias maneras y no había forma de salir, así que tiré de la única opción con la que sé que se terminan los videojuegos: cuando te matan. Normalmente, no duele nada, pero esta vez ha sido distinto. Y tú, ¿cómo has sabido que estaba ya en mi casa? Mejor aún, ¿cómo podías hablar conmigo, desde aquí, en sueños?

—No te rías, ¿vale?

—Prometido.

—Soy bruja. Bueno, hago cosas especiales que no todo el mundo puede hacer.

—¿Cosas especiales como cuáles? —preguntó Gare con los ojos abiertos como platos—. No me digas que vuelas en escobas y demás.

—Pero qué tonto eres... Puedo hacer conjuros, hablar con los muertos, localizar a gente por sus auras y tengo sueños premonitorios. Antes de encontrarte en la realidad virtual, te busqué en el de los vivos y en el de los muertos. Hacía años que no sabía de ti y desconocía qué te podía haber pasado. Hallarte en una dimensión virtual fue una sorpresa. Solo pude llegar a ella a través de Aisling.

—¿Aisling? ¿Eso qué demonios es? No dejas de mencionarlo.

—Aisling es el nombre del mundo de los sueños. El lugar al que nuestras mentes viajan cuando estamos dormidos. La tuya, en realidad, lo hizo al mundo virtual, y es por eso por lo que podía

hablar con ella en Aisling.

—¡Madre mía! Me tienes que poner al día de todo, de tu vida y de lo que ha pasado en estos dos últimos años. Hoy he salido a la calle y casi me vuelvo loco para conseguir calmar la sed. Y ahora me pica toda la piel.

—Eso es por los rayos del sol. Ahora son mucho más dañinos que antes, no deberías salir de casa sin una buena protección. Creo que te he traído una en las bolsas. Y ya te pondré al día, pero antes necesito que me devuelvas el colgante —recordó Triz extendiendo su mano.

—Claro, toma. ¿Por qué es tan importante? —Quiso saber Gare. Se soltó los botones de la manga de la camisa y se quitó la pulsera. Al rozar la mano de Triz volvió a sentir el hormigueo en los dedos.

—Como te he dicho, tengo sueños premonitorios. Todo lo que ha pasado estos dos últimos años en el planeta, y lo que está por venir, ya lo he visto en mis sueños.

—10—

Luces en el cielo. Diciembre de 2028

Bajó a la sala de ciberjuegos como solía hacer. Sus amigas querían pasarse por allí y ella había visto aparecer a alguno de los chicos y deseaba hablar con ellos. Cuando llegó, le sorprendió no ver a Gare. Desde que había regresado de su estancia en el extranjero y se había puesto a trabajar, dando por terminados sus estudios, rara era la tarde que no se pasaba por la sala. Sorprendida por su ausencia, se acercó a Paul para preguntarle.

—No creo que venga hoy. Ha quedado con una chica, Nadia se llama. Hemos coincidido con ella los últimos fines de semana que hemos salido de fiesta y creo que le iba a pedir salir esta tarde. Siempre que aparece esa chica con su grupo de amigas, acabamos perdiéndole la pista.

—¿Que le va a pedir salir a una chica? —preguntó sorprendida.

—Eso creo. Alguna vez tenía que dar el paso el chaval. Que ya

tiene veintiún años y todavía no le he visto salir con ninguna. Aunque, si te digo la verdad, siempre pensé que, si daba el paso con alguna, sería contigo.

—¿Conmigo? Gare y yo solo somos amigos —corrigió.

—Lo sé, pero vuestra relación siempre ha sido peculiar. Siempre he pensado que os gustáis, pero que nunca habéis coincidido en el momento. Cuando más se interesó Gare por ti, empezaste a salir con Derek, y cuando te vi más interesada a ti en él, se fue al extranjero nueve meses. El caso es que ninguno de los dos se ha lanzado nunca.

—Yo nunca he estado interesada en Gare —replicó Triz con un tono de voz menos convencido del que en realidad quería utilizar.

—Si tú lo dices... El caso es que hoy no va a venir.

Cuando Paul regresó dentro de la cibersala, se quedó en la calle pensativa. Estaba segura de que nunca se había sentido atraída por Gare. Le parecía un buen chico y le caía muy bien. Era uno de sus mejores amigos, pero nunca le había atraído físicamente. Sin embargo, recordaba que se había sentido muy triste el día que se había despedido de él y que por eso le había regalado su colgante y hasta su amiga, Vicky, le había preguntado si Gare le gustaba por el abrazo tan intenso que le había dado para despedirse. Y ahora, cuando le habían dicho que estaba con otra chica, había sentido una sensación extraña, parecida a los celos.

Gare era su amigo, siempre estaba ahí para ella, siempre podía recurrir a él cuando necesitaba hablar o cuando tenía un mal día, aunque desde su regreso del Erasmus se comportaba de manera bastante infantil, y ahora iba a empezar a salir con otra.

Deseó, por un momento, que esa chica le dijera que no.

No quería que nada cambiara, quería que todo siguiera como hasta ese momento entre ellos. Quería seguir pudiendo recurrir a él siempre que lo necesitara.

De pronto se le habían quitado las ganas de estar en la cibersala con sus amigas y los chicos. Le apetecía estar sola. Se inventó una excusa y se marchó a pasear por el parque.

Deseaba ordenar sus ideas y sus sentimientos. Si Gare no le gustaba, ¿por qué le sentaba tan mal que fuera a salir con otra chica? ¿Por qué sentía rabia? ¿Por qué se reprochaba a sí misma haber sido tan tonta?

Decidió pensarlo paseando hasta que los rayos del sol se ocultaran tras las montañas aprovechando que esa tarde de invierno no llovía. Caminó hasta el parque buscando las zonas soleadas porque en las sombrías se empezaba a notar el frío. Avanzaba con la cabeza agachada sumida en sus pensamientos, cuando todo el cielo se nubló.

Levantó la vista en busca de la nube negra que había tapado el sol, pero se asustó al ver que no se trataba de una nube. Una bandada de pájaros había alzado el vuelo y cubierto todo sobre ella.

Era la primera vez que veía tantos juntos. No era normal a punto de iniciarse el invierno. Sin embargo, todos revoloteaban sobre su cabeza, desorientados, como si alguien hubiera hecho resonar el disparo de una escopeta.

Se puso a correr asustada cuando varios cayeron desplomados al suelo. Se golpeaban contra los edificios y se precipitaban inertes sobre el asfalto. Intentó refugiarse en un portal, mientras observaba asustada cómo los pájaros no dejaban de caer.

Cuando el resto se desvaneció, la sensación de temor no terminó de desaparecer. El cielo brillaba de un modo inusual. Se llenó de colores blancos, verdes y rojos que danzaban en el firmamento, entre las estrellas que empezaban a brillar con el anochecer.

«No, aquí no hay auroras boreales. Esto tiene que ser otra cosa», pensó, mientras observaba atónita la danza de luces en el cielo. Su pensamiento se vio interrumpido por un grito que brotó de su garganta cuando toda la ciudad se apagó. Todo se quedó a oscuras.

Entonces se dio cuenta de que no había nadie más en la calle. No se había fijado hasta ese instante, pero nadie caminaba por las aceras, nadie salía de los bares o comercios, nadie se asomaba a los balcones a observar el espectáculo del cielo. Nadie más estaba viendo todos aquellos fenómenos extraños.

Un nuevo ruido resonó sobre su cabeza. Esta vez no lo provocaron los centenares de pájaros que había visto al principio, se trataba de un sonido más reconocible para ella, pero que solo había percibido con tanta nitidez cuando había ido al aeropuerto. Un avión volaba muy bajo.

Cuando este se estrelló contra un monte en el horizonte, ahogó otro grito en su garganta y salió corriendo hacia su casa.

El suelo se puso a temblar como si un gigante hubiera cogido el planeta en una de sus enormes manos y lo estuviera agitando al igual que si fuera una bola de cristal. Era tal la vibración que se cayó dos veces de bruces contra el asfalto, incapaz de mantener el equilibrio en su carrera alocada.

Sobrepasada por los acontecimientos, se puso a gritar.

—11—

Toca ponerse al día. Noviembre de 2048

Gare no dejaba de mirarla, atento a la historia que le estaba contando. No había dejado de observarla en ningún momento y su cara iba cambiando de la incredulidad al asombro.

—En ese momento, vinieron a despertarme. Estaba en mi cama y los temblores eran mi madre zarandeándome. Dijo que había tenido una pesadilla. Y ahí terminó uno de mis sueños. Al día siguiente, ya calmada, bajé a la sala de ciberjuegos, me encontré con Paul y ahí fue cuando me asusté de verdad.

—Diciembre de 2028 fue cuando yo empecé a salir con Nadia. La conocí unos meses antes, en el cumpleaños de Cristian.

—No me hables de ese cumpleaños —dijo Triz torciendo el gesto —. Por eso me asusté. El día anterior había soñado que empezabas a salir con una chica que se llamaba así y resultó que, al día siguiente, fue lo que pasó. Puedes imaginarte que me pasé el resto de la tarde mirando al cielo, rezando por no ver salir pájaros volando ni aviones cayendo y esperando que no se fuera la luz. Pero lo único que se cumplió entonces fue que empezaste a salir con esa chica.

—¿En serio te pusiste celosa? —preguntó Gare irguiéndose en el sofá.

—¡Serás capullo! ¿De todo lo que te he contado eso es lo que más te preocupa? ¿Ni el avión, ni los pájaros, ni los temblores? ¿Solo si me puse celosa cuando empezaste a salir con otra?

—Pues si te digo la verdad, es lo que más me ha sorprendido de todo lo que me has contado. El resto, mi imaginación puede llegar a

entenderlo.

—Fue solo en el sueño. En la realidad, cuando me lo contaron, bastante tuve con preocuparme por los temblores. Además, eso pasó hace tiempo y las cosas han cambiado mucho desde entonces. No tiene importancia si hace veinte años me puse o no celosa.

—Para mí sí que la tiene. Paul tenía razón y, en aquella época, me gustabas. Si llego a saber que sentías algo por mí...

—No sé si sentía algo por ti entonces, como te digo solo fue un sueño. Además nunca me dijiste nada, y luego estuviste saliendo con Nadia casi diez años. Para cuando rompiste con ella, había conocido a mi marido, me había cambiado de ciudad y estaba embarazada de mi hija mayor. Pero lo importante es que todo lo que soñé ese día ocurrió hace dos años.

—¿Qué pasó exactamente?

—Los expertos dicen que fue la mayor tormenta solar de la historia y que coincidió con un momento en el que la Tierra tenía su campo magnético más debilitado. Eso nos dejó sin escudo protector contra los rayos cósmicos del sol.

—Para, para… que uno tiene los estudios que tiene y me he perdido con lo del campo magnético. Lo de la tormenta solar me suena de películas apocalípticas de principio de siglo.

—A ver cómo te lo explico... ¿Recuerdas cómo funcionaban las brújulas?

—Sí. Las usaba mucho en los juegos de realidad virtual para orientarme por los mapas.

—Tú y tus realidades virtuales... En el mundo real, las brújulas señalaban al norte por el magnetismo terrestre o campo magnético.

—Espera —interrumpió Gare—. ¿Has dicho señalaban? ¿Ya no señalan?

—¿Me dejas acabar la explicación y luego haces las preguntas? Sino, puede que no terminemos nunca. —Gare asintió—. Muy bien. Como te decía, la Tierra tiene un campo magnético que permite que las brújulas funcionen. Está siempre en continuo movimiento, pero se mueve tan despacio que no nos damos cuenta, aunque, poco a poco, cada vez coincide menos con el norte geográfico. Se aleja del Polo Norte. Cada muchos miles de años, ese desplazamiento, cuando llega al punto crítico, los lleva a coger velocidad y los campos magnéticos de la Tierra cambian. El norte pasa al sur y al revés, y cuando esto sucede el campo magnético deja, entre otras cosas, de protegernos de los rayos cósmicos solares. Si ese periodo de tiempo coincide con la mayor tormenta solar, entonces tenemos un problema.

—Es como si la nave se quedara sin escudo protector en el momento de mayor ataque del enemigo.

—Me voy a replantear eso de que te veo más maduro. Sigues con tus videojuegos, pero sí, más o menos es eso —concedió Triz llevándose la mano a la frente—. Lo primero que pasó fue que las aves se volvieron locas. Tuviste que ver algo de eso antes de quedarte encerrado en el mundo virtual.

—Sí, algo me suena. Creo recordar que aparecieron pájaros en sitios que no debían y murieron bandadas enteras de estorninos. También desaparecieron millones de gorriones. Se decía que era por la radiación después de la Tercera Guerra Mundial.

—Fue por el cambio del norte magnético. Se desorientaron y murieron. La noche que te quedaste en el mundo virtual, fue la de la aurora boreal en el cielo. Fue tan intensa que no llegó a anochecer. Todo el cielo brillaba con colores blancos, verdes y rojos. La gente miraba desde sus casas con la boca abierta. Yo, en cambio, me escondí con mis hijas bajo su cama.

—Porque lo habías soñado hace años y recordabas que después vendrían los apagones, los accidentes de avión y los temblores.

—Eso fue en el primero de mis sueños. Volví a soñar con eso varias veces durante varios años. Lo que venía era todavía peor, pero sí, después llegó el apagón y los accidentes. Todo se quedó a oscuras durante semanas. Varios aviones se estrellaron en todo el mundo. Cayeron sobre el planeta satélites de comunicación achicharrados por la radiación solar. Otras aeronaves consiguieron aterrizar de milagro. Los coches con sistemas de navegación y conducción remota acabaron algunos en el mar o estrellados contra edificios con personas dentro. Fue caótico, pero la gente esperaba que todo volviera a la normalidad con el regreso de la electricidad.

—Pero la electricidad no regresó...

—Sí, lo hizo, pero no al día siguiente o en un par de días como se esperaba. Y fue entonces cuando empezaron a entrar en pánico. La electricidad no volvía; no podían cocinar en sus casas, no podían conservar los alimentos en las neveras, el agua no llegaba a los hogares porque el sistema de suministro funcionaba eléctricamente. Se empezaron a quedar sin comida, sin agua y no podían comprarla porque no podían sacar dinero de los cajeros. Tampoco podían sacarlo en ventanilla, los bancos estaban sin electricidad y no podían hacer las operaciones. Empezaron a producirse casos de vandalismo. La gente entraba en los supermercados y se llevaba lo que podía sin pagar. Hubo muchos muertos y muchos heridos. Protestas, manifestaciones, revueltas, enfrentamientos con la policía y el ejército, que tomaron las calles en nombre de la seguridad de todos, se instauró el toque de queda, aún vigente. Y, cuando pensábamos que ya nada podía ir a peor, llegaron los temblores.

—¡Joder! ¿Y cómo sobreviviste a todo eso?

—Gracias a mis sueños. Cuando le contaba a mi marido mis presagios, al principio, me miraba raro y no me hacía ningún caso. No pasaba nada de lo que yo le contaba y me decía que eran solo pesadillas. Cuando vimos lo de los pájaros muertos y desorientados, empezó a prestarme más atención. Habilitamos una de las habitaciones de la casa como despensa y empezamos a comprar agua y comida que pudiera durar un tiempo. Legumbres, arroz, pasta… Lo hicimos en pequeñas cantidades y sin llamar mucho la atención de la gente. No queríamos que, llegado el momento, supieran que teníamos esa despensa. Yo avisé a familiares y amigos cercanos; unos me hicieron caso, otros pasaron de mí.

—A mí no me avisaste.

—Lo sé. Lo siento. Te tenía perdida la pista. Me alegro de que te quedaras encerrado en la realidad virtual y que estés bien.

—No pasa nada. Lo entiendo. En realidad, si me lo hubieras contado, tampoco hubiera cambiado nada. No te habría creído.

—¿Tan poco confías en mí?

—Como tú dices, hace tiempo que nos perdimos la pista. Si me lo hubieras dicho cuando nos veíamos más a menudo, te habría dado un voto de confianza, pero, si me avisas de algo así después de quince años, lo más probable es que hubiera pensado que se te había ido la cabeza.

—Ya. No hubieras sido el único en pensarlo… Cuando llegaron los saqueos y después los temblores, teníamos en casa lo suficiente para sobrevivir un tiempo. Una vez que se detuvieron y comenzaron a reconstruir la red eléctrica las cosas no mejoraron, pero empezaron a calmarse.

—Esta tarde, cuando he salido de casa a dar un paseo, he visto que ya nadie usa coches eléctricos y que solo el autobús tenía placas solares. También he visto placas en el centro comercial, pero no he visto ninguna en los edificios.

—Ese es uno de los principales cambios de estos dos últimos años. La electricidad ya no está al alcance de todo el mundo. Solo de aquel que se la puede permitir.

—Pero me dijiste que el dinero ya no existe. ¿Cómo se compra ahora algo?

—Para controlar los altercados, los gobiernos de todo el mundo, debilitados tras la Tercera Guerra Mundial, tomaron una drástica decisión. En realidad, lo que hicieron fue dejarse sobornar por las antiguas empresas eléctricas, verdaderas dueñas del mundo ahora.

—Qué raro. Hay cosas que no cambiarán ni con el fin del mundo. Gobiernos dejándose sobornar.

—Con la excusa de nuestra propia seguridad y de controlar el caos reinante, determinaron que la gente no obtuviera la

electricidad por su cuenta. Se prohibieron las placas solares y cualquier otro medio de obtener electricidad que no fuera controlado por el gobierno. Para ello, adujeron que, si alguien producía energía sin permiso, podría ser atacado por sus vecinos para intentar robársela y que no iban a ser capaces de garantizar su seguridad. Nos metieron miedo.

—Otra cosa que no ha cambiado.

—Desde entonces, todo lo que hacemos, producimos o fabricamos se valora en vatios.

—¿Qué? —La cara de asombro de Gare invitó a Triz a continuar con su explicación.

—Nuestro salario se paga en vatios. Por ejemplo, el pan cuesta quinientos milivatios; un coche, cien kilovatios; ir al teatro, seis vatios.

—Pero ¿no eran una medida? ¿Cómo pagas en vatios? ¿Hay monedas con esos valores?

—No, no hay monedas. ¿No te acuerdas de que, en nuestra adolescencia, ya casi nadie las usaba? Todo se pagaba con tarjetas electrónicas o con el móvil. Ahora todo se paga con nuestras T.V.E. Son nuestras tarjetas de valor energético—explicó Triz mientras sacaba una tarjeta del bolsillo—. Son personales e intransferibles. Si la pierdes, tienes que ir a la Central a pedir una nueva. Ellos llevan ahora el registro de la cantidad de vatios que tenemos ahorrados cada uno. Aunque, sinceramente, la gente normal no puede ahorrar nada. La electricidad es tan cara y los salarios tan bajos que la mayoría apenas podemos encender la luz en nuestras casas.

—¡Joder! ¿Y qué voy a hacer yo ahora? Yo no tengo una T.V.E de esas.

—Deberás ir a pedir una a la Central, pero sin registros tuyos desde el apagón no va a resultarte sencillo. Tendrás que dar muchas explicaciones. Cuando la tengas, yo te puedo hacer una pequeña transferencia de vatios para que compres algo de comida. Y tendrás que buscarte un trabajo.

—Eso va a ser complicado. Dudo que mi empresa siga abierta. Parece ser que ya nadie necesita baterías para coches eléctricos y yo no he trabajado en otra cosa en mi vida —replicó Gare.

—No, pero hay trabajo en centrales de producción de energía y de creación de baterías de almacenamiento. Seguro que puedes encontrar algo. Pero lo primero es conseguir tu T.V.E.

—Muy bien. Si me dices dónde tengo que ir, iré el lunes a primera hora. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿por qué me recomendaste no salir de casa cuando se hiciera de noche? —preguntó Gare asomándose a la ventana de su casa.

—Por la N.P.V.N., la Nueva Policía de Vigilancia Nocturna.

Cuando la luz del sol se va, regresan los saqueos, las peleas y los problemas. Como te he dicho, el toque de queda sigue vigente. La N.P.V.N es la encargada de hacer que se cumpla. Debería de acabar con los problemas, pero, como te puedes imaginar, se ha corrompido y solo los acrecienta. Cuando no hay luz natural, mejor en casa.

—¿Y tú? ¿Cómo vas a regresar esta noche?

—No voy a hacerlo. Me voy a quedar a dormir aquí y regresaré a mi casa mañana por la mañana. Yo soy de las que no tiene coche y he tenido que venir en autobús. No tengo intención de salir de la ciudad hasta que vuelva a circular —respondió Triz.

—¿En serio te vas a quedar a dormir conmigo? En mi casa solo hay una cama, ¿eh? —bromeó Gare con gesto travieso y mirada provocadora.

—No te hagas ilusiones, chaval. Soy una mujer casada y cada uno va a dormir en un sitio distinto. Si tú duermes en la cama, yo lo haré en el sofá.

—De eso también me vas a tener que poner al día, de tu vida personal. Se me hace raro imaginarte felizmente casada y con dos hijas.

—Lo de felizmente habría que aclararlo, pero ya es muy tarde y tengo que dormir. Mañana me espera un viaje de regreso.

—Ve tú a la cama. Ya duermo yo en el sofá.

—No es necesario —replicó Triz.

—Lo sé, pero tú eres quien ha tenido que venir hasta aquí, quien me ha traído comida y agua para pasar unos días y quien está dispuesta a prestarme vatios de esos. Qué menos que dejarte la cama una noche. Ya me quedo yo aquí.

—Gracias. Entonces… buenas noches y hasta mañana. ¿Cuál es tu habitación?

—La última puerta del pasillo. Solo una pregunta más. Si ya ha ocurrido aquello que soñaste, ¿para qué necesitas el colgante? —Quiso saber Gare viendo como Triz salía de la sala.

—Porque solo ha ocurrido una parte de lo que soñé. Me temo que esto solo acaba de empezar y necesito el colgante para intentar evitarlo.

—12—

El cielo se pone a arder en el peor momento. Mayo de 2031

Triz terminó de arreglarse para salir. Había quedado con Nara para ir al cine y tomar algo ese viernes por la noche. Miró la hora en su móvil y vio que le sobraban quince minutos. Solía ser puntual porque no le gustaba que tuvieran que esperarla, pero tampoco le agradaba llegar pronto porque odiaba ser ella quien tuviera que hacerlo. Y su amiga Nara era de las que siempre llegaban cinco minutos tarde.

Se aseguró de no haberse manchado los dientes al pintarse los labios y salió al balcón para ver si la temperatura en la calle aconsejaba llevar una chaqueta. Al asomarse, vio la lonja cerrada donde antes se encontraba la sala de ciberjuegos.

Todo había cambiado mucho en los últimos años. Gare fue el primero de los chicos en echarse novia, ya llevaba tres años saliendo con Nadia. Al principio, seguía pasándose por la sala un

par de días a la semana, pero, cuando la relación se fue consolidando, ya no aparecía nunca por allí.

Unos meses antes de cerrar el local, Jeni empezó a salir con Yago, después de varias idas y venidas, y su hermana Norma estaba con un chico más mayor y caminaba de su brazo como si fueran los reyes del baile. Cristian hacía tiempo que se había convertido en un chico engreído e insoportable. Apenas si le dirigía la palabra desde el día de su fiesta de cumpleaños.

La sala había cerrado y, perdido el lugar donde solían encontrarse, los dos grupos dejaron de verse, salvo en contadas ocasiones que coincidían en algún bar o en alguna discoteca. Se saludaban con un gesto que rememoraba su amistad en un tiempo que parecía ya muy lejano y regresaban a sus vidas actuales.

Triz tenía otro grupo de amigas. Allí había conocido a Nara, con quien se compenetraba muy bien. Se habían convertido en inseparables.

Había tenido un par de tonteos que no llegaron a nada más y esa noche se había asegurado de lucir bien guapa porque habían quedado con un par de chicos y uno le gustaba especialmente.

Cogió la chaqueta vaquera de encima de la silla y bajó las escaleras, haciendo resonar sus zapatos. Al llegar al portal, miró de nuevo la hora en el móvil para asegurarse de no llegar muy pronto. Habían quedado a las ocho y eran menos cinco, así que Nara todavía tardaría diez minutos en llegar.

Abrió la puerta de la calle y se asustó cuando esta golpeó con fuerza al cerrarse. Empezaba a levantarse algo de aire y la corriente causó que se cerrara con violencia.

Al llegar al cruce, el viento empezó a soplar con más fuerza. Se levantó los cuellos de la chaqueta para protegerse la cara y maldijo su mala suerte.

Los papeles arrastrados por el aire chocaban con ella mientras caminaba y los árboles empezaban a doblarse por su intensidad. Tuvo que girar el rostro para evitar que alguno de los objetos que volaban acabara metiéndosele en los ojos.

«Perfecto, ahora solo falta que se ponga a llover y se me rice el pelo», pensó cuando una bolsa de plástico se le quedó pegada en la cara. Unos segundos más tarde, mientras se esforzaba en caminar en dirección contraria al viento, su predicción le hizo maldecir. Las primeras gotas comenzaron a mojar la acera.

Dicen que la lluvia no llega hasta que el viento amaina, pero cuando empezó a correr para guarecerse, el viento seguía siendo fuerte y en dirección opuesta a la suya, por lo que el agua la golpeaba en la cara y amenazaba con arruinarle el maquillaje.

Un rayo cruzó el cielo sobre su cabeza y el aguacero empeoró.

Corrió hasta llegar a unos soportales cercanos a un parque y se cobijó bajo sus arcos. Se miró en uno de los escaparates. Estaba despeinada, tenía el rostro empapado y llevaba papeles pringosos pegados en las medias.

Sacó el móvil del bolso para llamar a su amiga y decirle que iba a llegar tarde. En cuanto se juntaran, le propondría ir solo al cine y después regresar a casa sin pasar por el bar donde habían quedado. No pensaba dejar que el chico que le gustaba la viera con esas pintas. Pulsó el botón de encendido de su pantalla para que el terminal se desbloqueara con el reconocimiento facial, pero este siguió en negro. Apretó repetidas veces el botón, intentando que el sistema de desbloqueo se pusiera en marcha, pero no hubo forma de conseguir que se encendiera.

«¡Justo lo que me faltaba ahora!», exclamó para sus adentros, tentada de regresar corriendo a casa y de olvidarse de salir ese viernes por la noche. Ya explicaría a su amiga por qué le había dado plantón en cuanto pudiera mandarle un mensaje desde el móvil o desde el ordenador.

En un último intento de poder ponerse en contacto con Nara, desmontó la tapa del móvil, quitó la batería y la tarjeta, esperó unos segundos y lo volvió a montar. Si algo tienen los aparatos electrónicos, es que a veces funcionan si los apagas y los vuelves a encender, pero, en esta ocasión, no fue el caso.

El viento no terminaba de amainar y la lluvia seguía cayendo implacable. Aunque fuera a llegar tarde al encuentro con su amiga, no tenía ninguna intención de salir de los soportales ni de seguir mojándose. Se quedaría allí dentro hasta que parase de llover. Se acercó al borde del techo y fijó su mirada suplicante en el cielo. Un rayo cruzó el firmamento en forma de respuesta.

Un rayo enorme, un rayo extraño, que no bajaba de las nubes hacia el suelo sino que cruzó el firmamento en paralelo hacia el horizonte y, al llegar a él, provocó una chispa, un chasquido, como cuando el látigo golpea en el aire. Entonces empezó a formarse un halo de color rojo cada vez más intenso.

Un arcoíris de un solo color que crecía de tamaño y se acercaba al lugar en el que se guarecía. Su tonalidad bermellón se fue haciendo más intensa, el viento cesó de pronto y una niebla densa empezó a levantarse del suelo húmedo.

El cielo se tiñó por completo. Las nubes ardían bajo una llamarada de fuego intensa que cubría todo el firmamento. Retrocedió hasta que su espalda chocó con el escaparate donde se había mirado minutos antes cuando la lluvia, que seguía cayendo, empezó a quemarle al contacto con la piel. Una lluvia que aumentó la evaporación del agua caída en el suelo y provocó que la niebla

fuera más densa y más alta, llegando a difuminar la silueta de todos los edificios que rodeaban el parque.

Nerviosa, temblorosa y asustada intentó serenarse y pensar con claridad.

«Tranquila. Es otro sueño. Solo es otro sueño. Piensa. Piensa qué es lo que te está diciendo el sueño. Intenta entender...».

Con la espalda pegada contra el cristal del escaparate, empezó a respirar profundo, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón. Su tía se lo explicó cuando ella le contó que tenía sueños premonitorios. Era la única que la había creído y tomado en serio. Le dijo que, cuando se viera envuelta en uno de esos sueños, intentara relajarse y observar. Los sueños constituyen una potente fuente de información si se les presta atención. Tenía que saber qué significaba todo lo que estaba viviendo. Cuando los ejercicios de respiración consiguieron que se le acompasara el ritmo del corazón, empezó a verlo todo con claridad.

«Viento, agua, fuego, son tres de los cuatro elementos de la naturaleza. Solo falta la tierra», pensó justo en el momento en el que el pavimento se puso a temblar bajo sus pies.

Se tuvo que agarrar a las paredes para no caerse. Empezó a oír el ruido de objetos precipìtándose contra el suelo. No podía verlos, la niebla se condensaba cada vez más y ya se había metido dentro de los soportales y empezaba a rodearla. Ya casi no podía ver nada. Solo su mano a escasos centímetros de su cara temblando por los nervios.

—¡Triz! ¿Qué ruido es ese? —gritó su madre desde la cocina.

Volvió en sí. No estaba en la calle. Los objetos que golpeaban contra el suelo eran los del jabonero que se había desprendido de la pared cuando ella se agarró a él para no caerse. La lluvia que le quemaba la piel se correspondía con el agua caliente que había aumentado de temperatura al girar, sin querer, la palanca de su ducha. La niebla que todo lo envolvía era el vapor de agua que llenaba su cuarto de baño.

Cerró el grifo, recogió todo lo que había tirado al suelo, se secó con una toalla y quitó el vaho del cristal para mirarse en el espejo. Consultó el teléfono móvil que había dejado sobre el lavabo antes de meterse en la ducha y vio que todavía le quedaba más de media hora para la cita con su amiga.

Luego, terminó de secarse, de vestirse y de maquillarse, sin quitarse de la cabeza el sueño que acababa de tener. Era la primera vez que tenía uno sin estar en la cama, sin estar dormida, perdiendo la consciencia de la realidad.

Una vez estuvo lista para salir, se asomó al balcón, vio la lonja

de la antigua cibersala cerrada y sintió una ráfaga de viento en su cara. Cuando regresó al interior del salón de su casa se fue al armario donde su madre guardaba los paraguas.

—¿Vas a llevar paraguas? —preguntó su madre sorprendida—. Si en mi móvil dice que no va a llover en todo el fin de semana.

—Es solo por si acaso. Llevaré uno pequeño dentro del bolso. —No quería que nada estropeara su encuentro con Oscar.

—13—

¿Y qué voy a hacer ahora? Noviembre de 2048

Triz se levantó temprano. No había conseguido conciliar bien el sueño pensando en los siguientes pasos a dar, después de recuperar el colgante. El primer problema que tenía que afrontar sería regresar a casa y explicar a su marido por qué había pasado la noche fuera y en dónde.

Salió de la habitación sin hacer mucho ruido para no despertar a Gare e ir al cuarto de baño a despejarse, pero le sorprendió oír ruidos en la cocina.

—Buenos días, guapa —saludó Gare cuando la vio aparecer en la puerta.

—Buenos días —contestó mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué haces despierto tan pronto?

—No estoy acostumbrado a dormir en el sofá y con lo que me contaste ayer, la cabeza no paraba de darme vueltas. Además, no estoy acostumbrado a tener a una chica durmiendo en mi cama.

—Hombre, imagino que alguna ya habrá dormido en tu cama antes.

—En la que has dormido esta noche… no. Llevo muchos años sin invitar a nadie a mi casa, al menos en el mundo real.

—¿Solo ligas en el mundo virtual? Qué triste.

—Tiene sus ventajas. Normalmente no te tienes que preocupar por hacer el desayuno a la mañana siguiente —repuso Gare sonriendo—. He hecho lo que he podido con las cosas que trajiste ayer y teniendo en cuenta que no tengo ni agua ni electricidad en casa. Espero que tengas ganas de desayunar porque yo no tomo

zumos.

—¿Sigues sin beber nada que no sea agua? Veo que sigues siendo igual de raro que cuando nos conocimos.

—Gracias. Un halago por tu parte.

—No pretendía ser un halago —replicó Triz, se sentó a la mesa y le dio un mordisco a una de las rebanadas.

—Pues para mí lo es. Ser raro me parece el mejor halago del mundo. Yo no quiero ser normal ni como el resto de la gente. Esa gente egoísta, mentirosa, manipuladora que nos rodea. Yo me siento orgulloso de ser raro.

—Lo que tú digas, pero mañana tienes que ir a la Central a por la T.V.E y buscar un trabajo. Los desayunos no llegan solos, por muy raro que seas.

Gare dejó los cubiertos que había usado para hacer el desayuno en el fregadero y se sentó en la mesa junto a Triz. Uno de los motivos por los que no había dormido por la noche era saber qué iba a hacer cuando ella se marchara y se tuviera que enfrentar él solo a la vida en un mundo que le resultaba totalmente extraño. Por un instante, se le había pasado por la cabeza regresar al mundo virtual, ahora que ya había devuelto el colgante a su amiga, y quedarse en aquel lugar seguro y sin guerras donde el dinero seguía siendo dinero y tenía agua y electricidad en casa, incluso un sistema informático, llamado Doto, al que le podía dejar programada la hora en la que quería el desayuno. La idea se esfumó cuando se dio cuenta de que no tenía corriente a la que enchufar su consola. Además Triz tampoco estaba en aquella dimensión. Volver a verla le había hecho añorarla.

—Cuéntame más cosas.

—Más cosas sobre qué —preguntó Triz y dio un sorbo a su zumo.

—Sobre todo. Sobre qué tengo que hacer a partir de ahora, sobre cómo funciona el mundo… sobre tu vida.

—Tienes que ir a la Central. Cada ciudad tiene una. Aquí, creo recordar que está en el antiguo ayuntamiento. Al menos, eso me dijo mi madre la última vez que tuvo que ir. Vas allí y pides una T.V.E nueva. Cuando vean que no tienen datos tuyos, te harán un montón de preguntas y tendrás que inventarte un montón de respuestas. No creo que nadie se crea lo de que llevas dos años en una realidad virtual. Te harán rellenar un centenar de documentos y, espero, te darán tu tarjeta. Si después de eso te queda tiempo, ve a buscar un trabajo.

—¿La oficina de empleo sigue en el mismo sitio?

—Ya no hay oficinas de empleo. Tendrás que ir personalmente a las empresas y preguntar. Acepta lo primero que te ofrezcan para ir

tirando y, mientras, puedes seguir buscando algo mejor.

—¿Y sobre tu vida?

—¿Qué quieres saber?

—No sé. ¿Cuándo te casaste?

—Hace catorce años. La última vez que nos vimos ya estaba saliendo con Óscar. ¿Te acuerdas? Nos casamos dos años más tarde y, a los dos años, tuvimos a nuestra hija mayor, Alana. Dos años antes de que estallara la Tercera Guerra Mundial tuvimos a Maya. No ha sido fácil criarlas en este mundo, pero he hecho lo que he podido.

—Ayer te dije que me alegraba de que estuvieras felizmente casada y con hijas, pero contestaste que eso de felizmente habría que hablarlo. ¿No te van bien las cosas?

—Los últimos años han sido muy difíciles. Óscar sufrió un accidente cuando estaba finalizando la guerra y se quedó sin trabajo un tiempo. Tuvimos problemas en casa y yo me centré en el cuidado de mis hijas. Nos distanciamos. Cuando le hablé de mis sueños y de las consecuencias, no confió en mí y eso me hizo dudar de lo que sentía por él. El tiempo que pasamos encerrados en casa después de la tormenta solar consiguió que las cosas volvieran a la normalidad, pero en cuanto pudimos salir volvieron las peleas, los malentendidos y el distanciamiento. No termina de confiar en mí y de apoyarme, y ahora tenemos días buenos y días malos. La mierda es que la mayoría son de estos últimos.

—Vaya, lo siento. Me gustaría poder ayudarte, pero no sé cómo. Siempre he pensado que eras una chica especial y me gustaría que fueras todo lo feliz que te mereces.

—No sé cuánta felicidad me merezco, pero a veces sueño con escaparme a una isla perdida del resto del mundo con mis dos hijas y quedarme allí sin tener que aguantar a nadie más.

—Si consigo recuperar la electricidad en mi casa, te invito un día a un juego de realidad virtual y allí desconectas del mundo.

—No quiero eso. Quiero evadirme y descansar, porque a veces me siento muy cansada. Pero quiero hacerlo en la realidad y con mis hijas. Y, ahora que ya tengo el colgante y vuelven a circular los autobuses, debería regresar a casa.

—¿Qué vas a hacer con él? Todavía no me has contado por qué es tan importante.

—Contiene información que puede aclarar mis sueños. Aún no se han cumplido todos los que he tenido y espero poder hacer algo para que no lo hagan. Creo que tanto él como lo que guarda pueden ayudarme. Me lo dijo un muerto en uno de mis sueños.

—¿Un muerto? Creo que me va a costar acostumbrarme a estas conversaciones contigo, porque... volverás a ponerte en contacto

conmigo, ¿verdad? —preguntó Gare agarrando la mano de Triz por encima de la mesa, temeroso de que volvieran a pasar quince años sin hablar con la única persona con la que mantenía lazos de una vida anterior que le parecía ya perdida. Al hacerlo sintió calor en las manos.

—La verdad es que te agradezco mucho que te hayas dejado matar en la realidad virtual para regresar a esta mierda de mundo solo para devolverme el colgante que te regalé, sin hacerme excesivas preguntas y confiando en mí.

—Ya sabes que yo siempre he confiado en ti. Desde que tenías trece años. Nuestros caminos se han separado un par de veces, pero has estado presente en mi vida de un modo u otro casi desde que tengo recuerdos.

—Ya. Tú también en la mía. Y me alegro de volver a verte. Tampoco quiero perder el contacto contigo, otra vez. Aunque antes, con los teléfonos móviles y las redes sociales, era más fácil hablar con la gente que vive lejos.

—¡Es verdad! Me dijiste que ya no existían los móviles ni Internet. ¿Y cómo se comunican ahora las personas?

—Se escriben cartas.

—¡Venga ya! Pero si eso no se hace desde principios del siglo XX. ¿En serio la gente ahora usa el correo ordinario para mantener el contacto?

—En serio.

—Pues vaya mierda. Eso tarda un montón y no puedes tener respuesta inmediata. A mí me gustaría hablar contigo como se hacía antes, con mensajes de texto que se pudieran responder al momento.

—Por suerte, soy bruja. Si quieres, podemos hablar en Aisling.

—¿En el mundo de los sueños? ¿Y eso cómo se hace?

—Todas las noches no voy a poder pero, si quieres, podría ponerme en contacto contigo, siempre que los dos estemos dormidos, y hablar.

—¿De verdad se puede hacer eso? —inquirió Gare—. Claro que se puede... cómo no se va a poder si hace poco has hablado conmigo así, a través de un espejo... —murmuró para sí mismo, dándose cuenta de la tontería que había preguntado. Pese al paso de los años una cosa no había cambiado: seguía haciendo comentarios estúpidos cuando hablaba a solas con ella.

—Será como hablar por el antiguo Firechat, pero sin que queden rastros de nuestros mensajes en el dispositivo móvil y sin que nadie más los pueda leer. Las únicas desventajas son que solo podremos hablar cuando los dos estemos dormidos y que tú no podrás ponerte en contacto conmigo cuando quieras. Tendrás que esperar a que sea

yo quien inicie la conversación.

—Bueno, en realidad, eso no cambia mucho nuestra relación de hace años. Si de algo me arrepiento, es de que siempre estuve esperando a que fueras tú la que diera el primer paso porque yo no me atrevía a darlo. Y, cuando quise, ya era tarde. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos?

—Claro que me acuerdo. En el centro comercial. Acabamos discutiendo.

—Yo había roto con Nadia unas semanas antes y quise quedar contigo para ver si me atrevía a decirte lo que no había sido capaz años atrás...

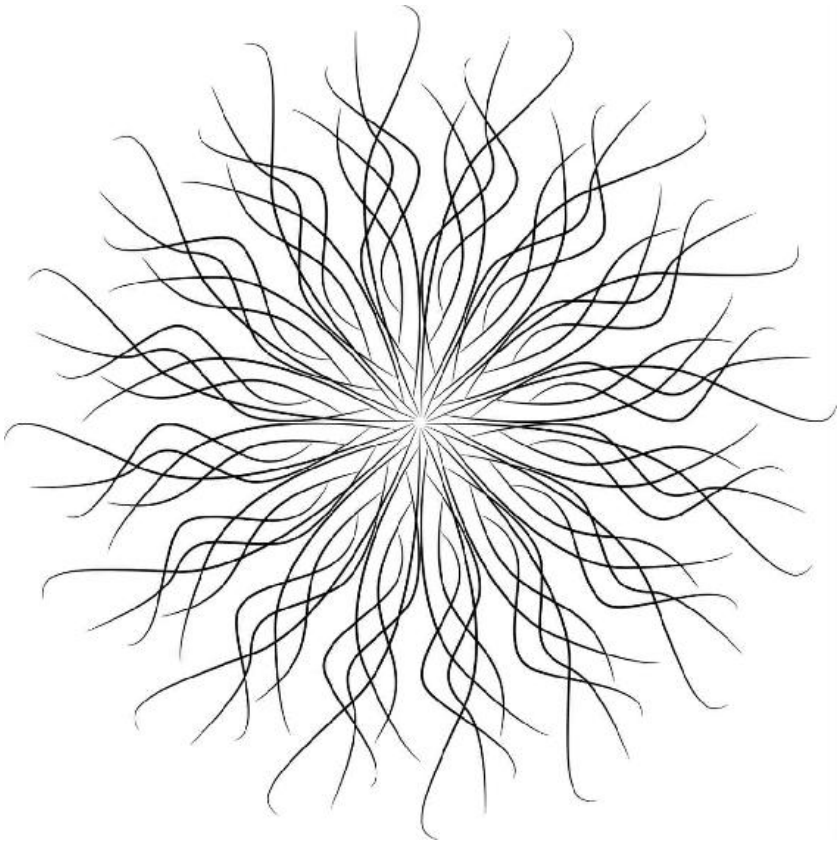
—Y yo ya estaba saliendo con Oscar...

—Una vez más, como el día de la sala de escape, volví a llegar tarde.

—Pero, ¿luego volviste con Nadia, no? Tenía entendido que salisteis juntos más tiempo.

—Si, pero segundas partes nunca fueron buenas, salvo en *La casa de papel.*

—14—



Maldita burocracia. Noviembre de 2048

Se despidieron con un abrazo. Aunque fue más corto que el que se dieron cuando se marchó al extranjero, al menos fue más cálido que su anterior despedida y a él le recordó lo que echaba de menos que le abrazaran en el mundo real.

Cuando la vio desaparecer escaleras abajo, dejó escapar un suspiro y cerró la puerta. Tenía que hacer lo que le había dicho, aunque siempre le costaba llevar a cabo acciones que se salieran de su zona de confort. Y, si algo se salía de esa zona de tranquilidad, era tener que enfrentarse a la burocracia.

Si en el mundo que conocía ya resultaba difícil enfrentarse a cualquier trámite burocrático, no se quería imaginar cómo sería hacerlo ahora. Además, por mucho que lo hubiera estado pensando durante la noche, no se le había ocurrido ninguna excusa creíble para su ausencia de dos años en el sistema. En realidad, aunque se

había esforzado por pensar en soluciones, la mayoría de sus pensamientos se habían centrado en que Triz dormía en su habitación y en rememorar todos los recuerdos que tenía con ella durante su adolescencia. Cómo la había conocido, cómo se habían hecho buenos amigos, cómo se había enamorado de ella y cómo la había cagado, como siempre, hasta que sus caminos se habían separado.

Se pasó el día en casa pensando en todo lo que le había dicho que tenía que hacer, comiéndose la mitad de la comida que le había llevado y deseando que llegara la noche para dormirse y probar cómo era eso de hablar a través de Aisling. Pero, al llegar la noche, cuando se fue a dormir, no pasó nada en sus sueños.

Despertó con los primeros rayos de sol de la mañana. Allí no había un sistema electrónico que subiera y bajara las persianas, y por la falta de costumbre había olvidado bajar la de su habitación al acostarse.

Salió del edificio pensando en lo duro que iba a ser tener que subir los ocho pisos al regresar y ese pensamiento negativo ya empezó a arruinarle la mañana. Además, tener que cruzar todo el pueblo para llegar hasta el antiguo ayuntamiento teniendo que observar el paisaje desolador de comercios desaparecidos y lonjas abandonadas tampoco ayudaba a mejorar su día.

El aire, pese a estar próximo el invierno, se percibía seco y dificultaba la respiración. Siempre había pensado que el hombre terminaría por cargarse el planeta y, aunque todavía no lo había conseguido, estaba cada vez más cerca de acertar en su vaticinio. Los otoños ya no eran lluviosos como antaño, ni el paisaje era verde, y el aire, poco saludable antes de la Tercera Guerra, se había convertido en otro enemigo más para la supervivencia. Aunque, si la gente sobrevivía en las ciudades apestadas de polución a finales del siglo XX, también ahora habían conseguido adaptarse.

Las placas solares del techo del ayuntamiento le deslumbraron cuando se acercó. Tenía tantas que todo el edificio brillaba como si fuera de cristal. Tuvo que cubrirse los ojos con las manos antes de cruzar sus puertas. Una pantalla electrónica de casi dos metros de altura anunciaba, en grandes letras amarillas retroiluminadas, dónde se ubicaban cada una de las oficinas del local. La Central se encontraba en la primera planta.

«Si tan cara es la energía eléctrica, sería más sensato poner unos carteles de madera y no este despilfarro», pensó al dejar atrás el enorme monitor.

Aunque en el edificio sí que funcionaban los ascensores, prefirió subir andando hasta la primera planta. Cuando llegó a la puerta de entrada a la Central, su mal humor empeoró.

Estaba cerrada y una imagen holográfica se situaba frente a ella, como si fuera un portero.

—Buenos días —saludó el holograma con cuerpo de mujer dibujando una sonrisa en su rostro etéreo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero acceder a la Central.

—Para acceder a la Central tiene que mostrarme su T.V.E.

—No tengo T.V.E. Quiero acceder a la Central para solicitar una.

—¿El motivo de que no posea una T.V.E es una pérdida o un robo?

—¿Qué importancia tiene eso? El caso es que no tengo T.V.E y necesito solicitar una —respondió intentando no perder la paciencia. Empezaba a sentirse como cuando hablaba con el holograma de la cibersala en la que conoció a Triz. A veces llegaba a desesperarse intentando hacerse entender para conseguir acceso a una de las máquinas.

—La diferencia reside en que, si la ha perdido, solicitar una nueva le costará tres vatios. En caso de haber sido robada, el trámite le resultará gratuito.

—¡Ah! Perfecto. Entonces, me la han robado… —mintió viendo la manera de ahorrarse tres vatios de los que no disponía.

—Si su T.V.E ha sido sustraída, debe enseñarme el justificante de la denuncia.

—¿Dónde debo presentar la denuncia?

—En la sede de la Policía.

—¿Dónde está esa sede? —Cada pregunta, que el holograma respondía sin perder la sonrisa, le estaba sacando de quicio.

—Esa información podrá obtenerla en el panel electrónico de la entrada.

—Que te folle un virus —murmuró cuando el holograma le deseó un buen día y le agradeció su visita cuando ya se disponía a bajar las escaleras.

La sede de la Policía estaba en la segunda planta. Si el holograma de la puerta de la Central le hubiera dado directamente esa información, se hubiera ahorrado bajar a la recepción y tener que subir dos plantas andando. Porque lo que terminó de encender su rabia fue que, para coger el ascensor, había que usar la T.V.E.

«Te cobran hasta por usar los putos ascensores. Banda de vampiros chupasangre».

Una vez allí, tuvo que volver a sortear las preguntas del holograma parlante de la entrada, hasta que consiguió entrar en la sede de la Policía y esperar más de veinte minutos sentado a que llegara su turno y que un policía humano lo atendiera. Pero cuando todo parecía que iba a solucionarse pudiendo hablar con una

persona, resultó que la situación terminó de complicarse porque el agente le pidió el documento de identidad para presentar la denuncia.

Lo mostró y el agente le miró como si procediera de otro planeta, lo cual no se alejaba mucho de la realidad.

—Lo siento, señor, pero estos documentos de identidad dejaron de ser legales después de la tormenta solar. Usted debería haber cambiado de documento hace más de dos años.

—Muy bien. Dígame dónde tengo que cambiarlo y lo haré.

—El documento de identidad se cambia en la Central.

Intentó explicar al agente que, para poder entrar en ella, necesitaba una T.V.E y que no tenía la T.V.E porque se la habían robado, que necesitaba el justificante de presentación de la denuncia. Perdió la paciencia cuando este le contestó que, para presentar la denuncia necesitaba un documento de identidad en regla, y que, o se tranquilizaba o cursaría una denuncia contra él.

«Y a nombre de quién ibas a poner la denuncia si no tengo un documento de identidad en regla, pedazo de imbécil». Por suerte para él, solo lo pensó mientras salía de la sede.

Mientras se tranquilizaba y meditaba sus opciones, bajó por las escaleras hasta la primera planta. Allí, el holograma femenino volvió a desearle buenos días y a preguntarle qué deseaba. Lo mandó a la mierda.

Había llegado al ayuntamiento con la intención de obtener una T.V.E, como le había pedido Triz que hiciera y, no solo no la había conseguido, sino que, ahora, además, necesitaba un documento de identidad actualizado.

No sabía mucho del mundo que había quedado tras la tormenta solar, pero de lo que estaba seguro era de que conseguir el documento de identidad no iba a ser gratis y que no tenía con qué pagarlo. Se encontraba en un bucle sin salida.

Necesitaba hablar con Triz, contarle lo que le había pasado y pedirle ayuda. Quizás ella pudiera volver y acompañarle a solicitar el documento de identidad, pagárselo y solucionar el trámite. Instintivamente se echó la mano al bolsillo para buscar su teléfono móvil, antes de recordar que ya no le servía de nada. Las comunicaciones ya no eran tan sencillas como antes. Tendría que esperar a que llegara la noche y a que ella se pusiera en contacto con él a través de Aisling.

Lo que más lamentaba era que iba a decepcionarla al no ser capaz de obtener la T.V.E sin su ayuda. No quería que le viera como un inútil.

Estaba pensando en cómo iba a decírselo cuando una mano se posó en su hombro y le retuvo en su camino. Cuando se giró y vio

el uniforme de un policía temió que encima Triz tuviera que ponerse en contacto con él en una celda.

—¡Gare! ¿Eres tú? ¡Cuanto tiempo sin verte, colega! Joder, cómo has cambiado —espetó el agente.

—¿Paul? ¡Coño! ¿Cómo has acabado tú de policía? —preguntó Gare al reconocer a uno de sus antiguos amigos.

—Vueltas que da la vida. Durante la Tercera Guerra terminé en el ejército. En una guerra en la que ibas a ser atacado aunque no tomaras parte, lo mejor era poder defenderse. Después de la tormenta solar las plazas en las fuerzas de seguridad fueron las más accesibles para un antiguo «heroe» de guerra.

—Me alegra volver a verte. Tengo perdida la pista a toda la gente de aquella época y de pronto...

—¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

—Es largo de contar...

—He escuchado tu conversación con mi compañero y creo que puedo ayudarte —susurró Paul, en una clara invitación a seguirle en silencio.

Se dejó llevar. Conocía a Paul desde el instituto, en la misma época que conocieron a Triz y a sus amigas. Era curioso que, tras muchos años de perder el contacto, ahora dos de aquellas personas volvieran a la vez a su vida.

Paul le llevó hasta una puerta lateral del ayuntamiento, una de las pocas sin medidas de seguridad o aparatos electrónicos. Esta daba a un callejón trasero tras la fachada. Luego le guió hasta un coche aparcado en las sombras. Gare empezó a ponerse nervioso.

Temeroso de estar metiéndose en un lío mayor que en el que ya se hallaba, subió al vehículo por la puerta que le había abierto Paul. Después, esperó a que él se sentara en el asiento del piloto.

—Desde la tormenta solar el mundo es una mierda, colega. Hay que buscarse la manera de sobrevivir cada día. Yo, siempre estoy atento a personas sin documento de identidad y sin la T.V.E. Puedo ayudarte a conseguir ambas —habló cuando cerró las puertas del coche sin andarse con rodeos.

—Por tu manera de comportarte, creo que la manera de conseguirlos no será muy legal y que querrás algo. Te aseguro que yo no puedo ofrecerte nada a cambio —repuso Gare encogiéndose de hombros.

—Claro que quiero algo a cambio y por supuesto que tienes algo que ofrecerme. No tienes documento de identidad, no tienes T.V.E, eres un indocumentado, y eso me resulta muy útil, si estás dispuesto a colaborar.

—Te escucho —concedió queriendo saber a dónde le llevaba todo aquello y aferrándose a la posibilidad de poder solucionar su

problema.

—Durante la tormenta solar fallecieron y desaparecieron cientos de miles de personas. También lo hicieron sus registros. Por eso, el gobierno tuvo que cambiar todos los documentos de identidad, para poder volver a registrar a todas las personas en los nuevos archivos.

»Cada cierto tiempo, en distintos lugares, aparece alguien como tú. Alguien que no ha fallecido, pero que ha estado desaparecido durante estos dos últimos años. Alguien a quien el gobierno no controla y que no aparece en ninguna parte. Alguien cuya identidad, y cuántos vatios posee, se desconoce.

—Ya sabes que mi nombre es Gare y, por desgracia, no poseo ningún vatio. Ni siquiera estoy seguro de entender cómo funcionan.

—¿Dónde has estado metido, colega? En fin, que me importa una mierda. Lo importante es que tú no eres nadie para el gobierno y yo sé cómo meterte en el sistema.

—¿A cambio de qué?

—Yo te proporciono una identidad e introduzco en el sistema tus datos, unos en los que pondré una cantidad de vatios a tu nombre, digamos que generados de manera ilegal y fuera del control del gobierno, y a los que no puedo acceder sin asignarlos a una nueva identidad. Y tú, a cambio, me realizas una transferencia del noventa y seis por ciento de esos fondos. De este modo consigues tu identidad, la denuncia para obtener la T.V.E y una pequeña cantidad de vatios, y yo devuelvo al sistema unos cuantos miles de ellos. ¿Qué te parece?

Lo que le parecía era que, por muchas veces que se cayera el sistema, por muchas ocasiones en que el ser humano tuviera que empezar de cero, nada iba a cambiar mientras las decisiones estuvieran en manos de las personas. El sistema seguiría siendo la misma mierda corrupta. No se salvaban ni sus antiguos amigos. Pero, pese a sus reticencias morales, aceptó.

Paul puso el coche en marcha. Los de la policía también habían sido provistos de placas solares que los volvían autónomos. Condujo a gran velocidad, mientras el resto de la gente apartaba las bicicletas al arcén para dejarles pasar. El tráfico de bicicletas fue disminuyendo según se alejaban del centro urbano y seguían subiendo por la ladera de la montaña hasta que terminaron las casas. Allí, aparcó el vehículo.

Paul vivía en una pequeña residencia individual al final de la calle. Por allí apenas pasaba gente y se podía permitir tener un pequeño terreno rodeando la construcción, aunque árido, pues tras la Tercera Guerra Mundial habían dejado de existir los paisajes verdes y coloridos —Gare solo podía disfrutar de tumbarse en un césped o de oler unas flores en alguna de sus realidades virtuales—.

Paul lo había decorado con piedras blancas que brillaban bajo la luz del sol y emanaban un aura de paz. El lugar simulaba una especie de oasis en el caos que reinaba en el centro.

—Por favor, no te salgas del camino. No pises las piedras —pidió, indicándole el sendero a seguir hasta la puerta de la casa. Gare obedeció sin entender cuál podría ser el aliciente de querer pisar aquellas piedras blancas.

Su hogar, por dentro, parecía uno normal y corriente. Un salón modesto decorado, sin pretenderlo, en un estilo minimalista; una cocina de un extraño color azul; dos habitaciones provistas de una cama, una mesilla y un armario pintados en distintos tonos de verde, un baño y un trastero al final del pasillo.

—Una casa sencilla que no llame mucho la atención con mi sueldo de agente —comentó Paul caminando por el pasillo hacia el trastero—. Lo que necesitamos está tras esa puerta.

Cuando la abrió, Gare no vio nada interesante. Dos baldas repletas de comidas enlatada y materiales de construcción con una distribución peculiar. Los alimentos no estaban en una balda y los materiales en otra sino que ambos artículos convivían sin un orden lógico. La cara de desconcierto se convirtió en una de asombro cuando Paul apartó una de las latas y pulsó un botón en la pared que abrió una trampilla camuflada en el suelo.

Las escaleras descendían unos metros bajo los cimientos de la construcción. Allí se ubicaba otra habitación provista de decenas de aparatos electrónicos, ordenadores y otra maquinaria.

—¿Cómo haces para que todos estos aparatos funcionen? —preguntó Gare mirando a su alrededor.

—Con las piedras blancas que has visto en el camino. En realidad, son células fotovoltaicas de mi creación que me proporcionan electricidad suficiente para alimentar toda la casa, incluida mi habitación especial, y que me generan un sobrante de vatios a los que no puedo dar salida. Con la radiación solar que nos golpea continuamente desde la tormenta y estos aparatos, todo el mundo podría tener electricidad gratuita en sus casas, pero el gobierno se empeña en prohibirlas y permitir que las eléctricas sigan lucrándose.

—Tú tampoco es que la generes de forma altruista —protestó Gare, arrepintiéndose nada más decir esas palabras en voz alta, al recordar que estaba ante un agente de policía, aunque en una vida pasada fuese su amigo.

—Ya sabes que nunca he tenido un alma generosa, y de algo me tenían que servir mis estudios de ingeniería —replicó Paul entre risas—. Pero tampoco soy un idiota que deje que se aprovechen de él. Ahora dime, ¿qué datos quieres que figuren en tu documento de

identidad?

Gare le dio los datos reales. Los mismos que figuraban en su antiguo documento. Por un instante, había estado tentado de ponerse el nombre de alguno de los personajes de sus videojuegos favoritos, pero al final decidió seguir llamándose Gare. Le gustaba su nombre.

Paul se puso a teclear los datos en una de las pantallas y le pidió que se acercara a un aparato que analizaba las huellas dactilares mientras te realizaba un escáner de la retina.

—¿Vas a necesitar una foto?

—No será necesario. Ya he creado una imagen tuya mientras pasabas por el escáner. Ahora solo necesitamos esperar un par de minutos.

Una máquina al otro lado de la estancia se puso en funcionamiento. Mientras tanto, Paul no dejaba de teclear datos. Cuando esta se detuvo, le pidió que fuera hasta ella y recogiera el documento. Un documento de identidad con imagen holográfica y sus datos personales que reposaba en una de las bandejas.

—Te he redactado la denuncia por robo de tu tarjeta de valor energético y he *hackeado* el sistema para que figure una a tu nombre con un valor de diez mil vatios. Después, he introducido la energía de mis reservas. No puedo poner una cantidad excesiva o el sistema detectará la subida de energía acumulada. Solo tienes que regresar al ayuntamiento, acceder a la Central con la denuncia y pedir tu nueva T.V.E. Cuando la tengas, me harás pequeñas transferencias de cuatrocientos vatios a la semana para no levantar sospechas hasta completar la cantidad de nueve mil seiscientos vatios. Los otros cuatrocientos considéralos un regalo por nuestra antigua amistad. Espero que no necesite recordarte que soy un agente de la ley y que, en caso de no recibir tus transferencias periódicas hasta completar el pago, puedo hacerte una visita a la dirección que figura en tu documento de identidad.

Gare no necesitaba que se lo recordara. Paul había estado varias veces en su casa durante su adolescencia. Eran buenos amigos y sabía que era una persona de palabra. Aunque estas hubieran sonado más a amenaza que a promesa.

Regresaron al antiguo ayuntamiento en el coche de Paul y se despidieron en el mismo lugar en el que se habían reencontrado.

—Espero que ahora te vaya todo bien. Ha sido un placer volver a verte, colega.

—Gracias por solucionarme el problema.

—De nada. Gracias a ti voy a comer productos frescos todo lo que queda de año —dijo Paul dándole una palmada en la espalda.

Su siguiente encuentro con el holograma de la entrada de la

Central no fue tan problemático. Con la denuncia y su documento de identidad actualizado, no puso reparos para dejarle pasar. Una vez dentro de la Central, el procedimiento fue lento, pero sin complicaciones y, unas horas más tarde, consiguió que le entregaran la T.V.E a su nombre con un saldo de diez mil vatios.

Aún no sabía a cuánto equivalía un vatio comparado con la antigua moneda, pero teniendo en cuenta lo que le había contado Triz, y que una nueva T.V.E costaba tres vatios. estaba seguro de que los cuatrocientos que le había regalado Paul no iban a cubrirle muchos gastos. Al menos tendría para hacer unas primeras compras.

Cuando preguntó cómo se conseguía llevar la electricidad a las viviendas se dio cuenta de que las compras que iba a poder hacer con ese dinero eran menos de las esperadas. Solo en instalar el sistema de las compañías eléctricas en su hogar le iba a costar los cuatrocientos vatios de su tarjeta.

No le quedaba otra que salir del ayuntamiento y buscar un trabajo. Para su sorpresa, cuando cruzó las puertas del edificio, la luz del sol ya empezaba a ocultarse tras las montañas. Había perdido todo el día y tenía que regresar a su casa si no quería saltarse el toque de queda.

Por lo menos, podría anunciarle a Triz que había conseguido la T.V.E.

—15—

Solo acaba de empezar. Noviembre de 2048

Tras varias horas de un viaje en autobús lleno de incidencias —le había tocado ir sentada al lado de un hombre muy cansino, habían sufrido una avería que les había dejado tirados al sol en mitad de la nada mientras esperaban la llegada de otro autobús y el conductor, novato, se había perdido antes de llegar a la estación—, Triz llegó a su casa pasado el mediodía, con el tiempo justo de comer con su marido y sus hijas.

El abrazo de Alana y Maya nada más cruzar la puerta mitigó el cansancio del viaje, pero la mirada inquisidora de su marido difuminó la sensación de bienestar.

—Tenemos que hablar —le dijo Óscar cuando mandó a sus hijas a lavarse las manos y se quedaron a solas.

—Después de comer. Ahora estoy cansada y solo me apetece darme una ducha y sentarme un rato. El viaje ha sido un horror.

—Ya te dije que no tenías que haber ido a ninguna parte. No es conveniente viajar, y menos pasar una noche fuera de casa —replicó su marido.

—Te he dicho que hablamos después de comer. Ahora voy a cambiarme de ropa y darme una ducha. Ve poniendo la mesa.

Se fue a su cuarto, se quitó la ropa que se había impregnado del desagradable olor de su compañero de viaje, cogió las prendas con las que solía andar por casa y se encerró en el baño.

Se sentó en el aseo mientras se frotaba las sienes con ambas manos. Le dolía la cabeza solo de pensar que iba a tener que discutir con su marido para explicarle por qué había pasado la noche del sábado fuera de casa, y también por tener que inventarse una coartada creíble. No podía decirle que había dormido en el piso de un antiguo amigo de la adolescencia si no quería que se pusiera celoso y exigiera más explicaciones de algo que no las necesitaba. Ella había dormido en la cama y su amigo en el sofá, pero se veía en la obligación de justificarse o de mentir.

Terminó de desnudarse dejando la ropa interior en el cesto de la ropa usada e introdujo su T.V.E en el sistema para encender el calentador de agua. Le apetecía darse una larga ducha y dejar que el agua caliente arrastrara sus preocupaciones por el sumidero, pero su sueldo de doctora no daba para consumir tanta energía. En cuanto el sistema la reconoció y abrió el grifo del agua caliente, los vatios de su tarjeta empezaron a descender. Tuvo que conformarse con una ducha corta que le quitara el mal olor. Lo de librarse de sus preocupaciones tendría que esperar.

Regresó a la cocina donde la esperaban su marido y sus dos hijas sentados a la mesa. Las dos pequeñas empezaron a contarle todo lo que habían hecho durante el viernes y el sábado por la mañana y que ella se había perdido. Su marido se mantuvo en silencio mientras comía la ensalada de algas hidratadas que se había preparado.

Escuchar cómo su hija mayor le contaba, con entusiasmo, la nota que había sacado en el último ejercicio que habían hecho juntas la tarde del jueves o como su hija pequeña se empeñaba en enseñarle el dibujo, pintado por la mañana, con un sol enorme en medio de un cielo de color rojo y ellas dos agarradas de la mano, era la mejor medicina que tenía contra sus preocupaciones.

Mientras las oía, se reía con sus anécdotas o les pedía que hablaran menos y comieran más se olvidaba de sus sueños, de las tormentas solares y de lo que se les venía encima y era feliz. Una felicidad que se veía ensombrecida cuando se cruzaba con la mirada fría y gesto serio de su marido, al otro lado de la mesa.

Cuando terminaron de comer, y se quedaron sin anécdotas que

contar, sus dos hijas se fueron corriendo al salón a leer un libro y a jugar con sus pinturas. Triz se alegraba de que los hábitos de sus hijas se alejaran de los que ella tenía en su infancia y adolescencia, siempre pegada a la pantalla de una televisión, de un ordenador o de un teléfono móvil. Que sus hijas se apasionaran por la pintura y la lectura suponía una de las pocas ventajas que tenía la falta de electricidad y la escasez de aparatos informáticos.

Empezó a recoger la mesa con una leve sonrisa que su marido no tardó en borrar.

—Y bien, ¿qué era eso tan importante que tenías que hacer para pasar una noche fuera de casa? —le preguntó sin levantarse de la mesa.

—Una charla de trabajo. Se alargó más de lo esperado y no pudimos coger el último autobús. Tuvimos que quedarnos a dormir allí para respetar el toque de queda. No he podido regresar hasta el primer autobús de la mañana y encima se nos ha averiado a mitad de camino. Si no, habría regresado unas horas antes.

—¿Y dónde has dormido? —inquirió de nuevo él mientras dejaba sus platos en el fregadero.

—En casa de una amiga. Una antigua compañera de clase, que también es médico y con la que he coincidido en la charla, me ha ofrecido quedarme a pasar la noche en su casa.

—¡Ah! Qué maja... A ver si la próxima vez que vayamos a tu ciudad, a visitar a tus padres, me la presentas para agradecérselo —dijo Óscar agarrándole de la cintura—. Hace mucho tiempo que no me presentas a ninguna de tus amigas. Voy a echar una siesta, que esta noche casi no he pegado ojo pensando en si estarías bien.

—Gracias por preocuparte...

—Para eso soy tu marido.

No dudaba de que Óscar hubiera pasado mala noche por su ausencia, pero estaba segura de que no había sido porque estuviera preocupado por ella. Más bien, se preocupaba por lo que pudieran decir sus familiares si se enteraban de que había pasado una noche lejos de casa. Nunca había terminado de encajar bien en su familia y eso representaba uno de los motivos por los que habían empezado a distanciarse. Mas tarde, llegaron la falta de confianza y los celos injustificados, pero el principal motivo radicaba en que siempre ponía por delante la opinión de su familia a la de su mujer. Siempre les daba la razón, aunque ella ya hubiera demostrado, en repetidas ocasiones, que se equivocaban, como cuando no le quisieron hacer caso con la compra de provisiones para sobrevivir a la tormenta solar. Si no hubiera sido por ella, ninguno de ellos habría sobrevivido. Sin embargo, habían conseguido que pareciese, incluso, que todo aquello había pasado por su culpa.

Terminó de recoger la cocina y se sentó en el salón a ver a sus hijas mientras pensaba en los siguientes pasos que tenía que dar. Ya había recuperado el colgante y ahora tenía que descubrir por qué no dejaba de aparecérsele en sus sueños. Debía realizar un hechizo de revelación para que la joya descubriera su mensaje, pero ese tipo de magia solo se podía conjurar a las doce de la noche, cuando en el espacio entre el final de un día viejo y el inicio de uno nuevo, los secretos ocultos pueden ser revelados. No había podido hacerlo en casa de Gare porque no disponía de los elementos necesarios. Sin su athame y sin sus velas, el hechizo era imposible y no había podido llevárselas porque el cuchillo ceremonial era difícil de explicar en los controles de seguridad.

Pasó la tarde del domingo intentando no pensar mucho en lo que le esperaba esa noche e intentando disfrutar de la compañía de sus hijas, hasta que su marido se levantó de la siesta. Salieron los cuatro juntos a dar un corto paseo hasta que el sol empezó a ocultarse y regresaron a casa a preparar la cena. Acompañó a sus hijas a la cama mientras Óscar se encargaba de recoger la cocina. Maya no solía tener problemas para acostarse y dormir, pero Alana siempre quería quedarse más tiempo despierta. Un día en casa de su abuela, y tras su décimo cumpleaños, esta le preguntó cuándo se iría a dormir y ella contestó que nunca puesto que por las noches tenía malos sueños y prefería quedarse despierta. Solo cuando el agotamiento vencía a su fuerza de voluntad, solía quedarse dormida. Eso o cuando su madre se quedaba a su lado.

—¿Te quedas a dormir conmigo esta noche? —preguntó cuando su madre la cubrió con la manta.

—Tengo que hacer una cosa antes, pero en cuanto termine, si te portas bien, vengo a dormir contigo si quieres.

—Vale, me porto bien, pero tienes que venir. Si duermes conmigo, no suele venir el hombre malo. Y ayer que no estabas, sí que vino y no pude dormir.

—¿Cómo que ayer vino el hombre malo? ¿Tuviste otra de tus pesadillas?

—No, mami. Vino aquí. Me desperté en medio de la noche y estaba mirándome por la ventana de mi cuarto. Cuando me levanté y fui a mirar ya no estaba. No quise molestar a papa, pero el resto de la noche ya no pude volver a dormirme.

—Seguro que fue una la cortina, cariño. Tu habitación está en el piso de arriba. No puede haber nadie en tu ventana.

—Si que había... Tienes que venir a dormir conmigo por si vuelve.

—Te lo prometo, y esta noche no te molestará nadie.

Triz le dedicó una sonrisa y le dio un beso en la frente. Óscar

siempre insistía en que tenían que llevar a su hija a algún especialista porque no era normal que a su edad siguiera teniendo pesadillas con hombres malos bajo su cama, pero ella se negaba. A Alana no le pasaba nada que pudiera arreglar ningún especialista, ella también solía soñar con hombres malos. Y algunos podían elevarse hasta las ventanas de una segunda planta. Lo único que le preocupaba era poder explicar a su pequeña por qué tenía aquellos sueños, como había hecho su tía con ella.

Cuando su hija mayor se quedó dormida, bajó al salón donde estaba sentado su marido.

—¿Se han dormido? —preguntó sin levantar la mirada.

—Sí. Parece que las dos se han quedado dormidas. Alana estaba cansada.

—Perfecto. Yo también me voy a ir a dormir. Mañana tengo que ir a trabajar en cuanto salga el sol. ¿Te vienes a la cama?

—Todavía no. Hay un par de cosas que tengo que hacer antes de acostarme.

—¿Qué es lo que tienes que hacer a estas horas? La cocina ya está recogida y la ropa guardada. Es de noche y no podemos permitirnos gastar mucha más electricidad. Este mes he estado de baja y no tenemos muchos vatios ahorrados.

—Tengo que preparar el almuerzo para las niñas y tengo que ordenar las fichas de la charla para una reunión. Además, le he prometido a Alana que cuando termine iré a dormir con ella. Me ha dicho que ayer no pudo descansar.

—Creo que la mimas demasiado. Ya es mayorcita como para tener que dormir con su madre por las noches.

—Ya hemos hablado de esto —repuso Triz intentado acabar una conversación que sabía que derivaría en una nueva discusión.

—Sí, pero mi madre piensa que la mimamos demasiado y que no dejamos que la niña se acostumbre a dormir sola.

—Y, como siempre, piensas que tu madre es quien tiene la razón, ¿verdad?

—Pues sí. A este ritmo, vas a dormir con tu hija hasta que cumpla los veinte años.

—Dormiré con ella lo que considere necesario. Te lo he intentado explicar cien veces, pero nunca me escuchas.

—¿Te refieres a esos malditos sueños que dices que las dos tenéis?

—Esos malditos sueños, como tú los llamas, nos salvaron durante la guerra mundial y durante la tormenta solar. Esos malditos sueños, nos mantienen a salvo.

—Será a vosotras, porque a mí me jodieron la vida. Podrían haberte avisado de mi herida de guerra —protestó Óscar y se llevó

la mano a su rodilla izquierda.

—Ni que te hubieran herido en una batalla... —murmuró Triz.

—¿Qué has dicho? —reaccionó Óscar levantando la voz.

—No grites, que vas a despertar a las niñas. Digo que hablas de tu lesión como si te hubieran herido en una batalla, cuando te rompiste la rodilla mientras huías a esconderte.

—¡Déjame en paz! Me voy a la cama. Tú haz lo que te dé la gana, como siempre.

Se quedó sola en el salón. Sentía rabia. Estaba cada vez más harta de que casi todos los días terminaran con una discusión. Desde el accidente, Óscar no dejaba de autocompadecerse por los dolores que tenía. No hablaba con ella, solo la criticaba y discutían, como si tuviera que pagar sus frustraciones con su mujer. Se sentía cada vez más encerrada, le faltaba el aire. Soñaba, si sus sueños premonitorios no se lo impedían, con salir huyendo y no parar hasta llegar a una playa desierta donde poder descansar. Solas, ella y sus hijas.

Pero sus responsabilidades como madre y el recuerdo de los días buenos siempre la retenían en casa y esa noche no iba a ser diferente. En cuanto se quedó a solas en el salón, se levantó de un salto del asiento y se metió en la cocina a preparar el almuerzo de sus hijas para el colegio, mientras repasaba los materiales que necesitaba para el hechizo y las frases del conjuro que tenía que recitar.

Con los bocadillos preparados y metidos en sus respectivas bolsas, llenó un cuenco de metal con agua, buscó una de las velas que usaba para iluminar parte de la casa por la noche y rebuscó en los cajones del salón hasta encontrar un pequeño abanico. Cogió un soporte para el cuenco, su cuchillo ceremonial, las velas de colores y salió por el patio trasero. No necesitaba esconderse en la calle, el ritual no se detendría si la interrumpían. Eran las doce menos cuarto, tenía solo un cuarto de hora para preparar el círculo de rituales.

Tras barrer la zona con su escoba ceremonial para eliminar suciedad y malas vibraciones, dibujó una circunferencia con su athame y colocó las cuatro velas. Al Este, la amarilla, que correspondía al aire; al Sur, la roja que simbolizaba al fuego; al Oeste, la vela azul que aludía al agua, y al Norte, la verde que representaba el elemento tierra. Colocó el altar mirando hacia la vela amarilla y, sobre él, puso la vela ceremonial, el cuenco lleno de agua sobre el soporte y el abanico. Escarbó un poco de tierra del patio trasero y la echó dentro del líquido. Miró su reloj de pulsera, quedaban cinco minutos para las doce.

Encendió la mecha, la colocó debajo del soporte para que

calentara el agua y buscó, en un pliegue de su ropa, el colgante que le había devuelto Gare y del que no se había separado desde entonces. Se lo llevó a los labios, le dio un pequeño beso y lo dejó caer en el cuenco. La joya se hundió hasta tocar la tierra acumulada en el fondo. Cuando dieron las doce en punto, comenzó a recitar.

—Madre Universal, fuente de la sabiduría infinita que, en esta hora mágica del cambio de día, tus fases de Doncella, Madre y Anciana[8] revelen su secreto oculto. Que la tierra del jardín, el fuego de la vela, el agua del cuenco y el aire del abanico te ayuden a desvelar su misterio —recitó en voz alta, mientras agitaba el abanico sobre el agua del cuenco. Abrió los ojos y, viendo que no ocurría nada, respiró profundo tres veces, cerró de nuevo los párpados y repitió el mensaje.

Una suave brisa a su espalda la estremeció. Abrió los ojos como cuando de pequeña la asustaban sus sueños y temía encontrarse al hombre malo a su lado en la cama, tan despacio que el instante se hizo eterno.

En un primer momento parecía que nada había pasado, pero se dio cuenta de que algo en el agua había cambiado. Cuando había echado la tierra, esta se había enturbiado. Ahora la tierra seguía en el fondo del cuenco, pero el agua se veía cristalina. La llama azotada por el aire del abanico había aumentado su tamaño y calentaba todo el fondo del cuenco metálico y el colgante de metal no yacía en él sino que flotaba en el agua.

Entonces el colgante comenzó a cambiar. El cuarto creciente y el cuarto menguante de la luna giraron sobre sí mismos y se acoplaron a la luna llena central, pasando de tener forma de caramelo, como le había dicho Gare, a forma elíptica. Terminada la transformación la brisa amainó, la llama de la vela recuperó su tamaño normal y la joya volvió a hundirse hasta el fondo.

Ansiosa, metió la mano en el agua para recuperarlo, pero maldijo al quemarse los dedos. Tuvo que soplárselos mientras los agitaba en el aire para calmar la quemadura, retirar la vela del cuenco y esperar a que el agua se enfriara. Mientras esperaba, agradeció a los elementos su presencia en el círculo y, caminando en el sentido contrario a las agujas del reloj dijo:

—El círculo ha sido abierto, pero no por ello perturbado.

Apagó las velas con el athame, evitando soplarlas para no alterar al elemento Fuego.

Abierto el círculo y levantado el altar, pudo recuperar el colgante sin quemarse los dedos. Al cogerlo en sus manos, este se abrió por la mitad. Dentro solo había un nombre grabado.

Rebecca Withe

—16—

Descubriendo Aisling. Noviembre de 2048

Le costaba conciliar el sueño por diferentes motivos. El primero era que no estaba acostumbrado a irse a la cama tan pronto. En la realidad virtual, donde había pasado sus dos últimos años, siempre tenía cosas con las que entretenerse una vez llegado a casa, ya fuera viendo la tele o buscando citas a ciegas en las aplicaciones virtuales para el siguiente viernes por la noche. No es que se le diera muy bien, pero al menos pasaba el tiempo y siempre se le hacía tarde. Otro motivo era que no solía irse a la cama con la cabeza bullendo de preocupaciones.

Se había acostumbrado a vivir sin mayor preocupación que la de ejercer un trabajo que en realidad funcionaba solo, y no tenía que preocuparse por saber cómo iba a sobrevivir en un mundo como el real y, menos, por tener que alimentarse. En la realidad virtual, Doto se encargaba de eso. Pero el principal motivo por el que no conseguía dormirse era que deseaba quedarse dormido.

Se había acostado pronto, pensando en la promesa que le había hecho Triz de poder hablar en sueños. La noche anterior no habían podido hablar y quería quedarse dormido, por si ella se había acostado también temprano y estaba esperándolo. Pero cuanto más se decía que se tenía que dormir, cuantas más ganas tenía de soñar para poder hablar con Triz, más vueltas daba en la cama y más avanzaban las horas sin conseguirlo. Se había acostado temprano y ya eran las doce de la noche y seguía con los ojos abiertos como un búho.

Intentó calmarse y se concentró en pensar en ella. Ya que no podía dormirse, al menos podía recordar los momentos de su vida en los que habían coincidido y en los que había llegado a sentirse atraído por ella. En esos recuerdos guardados en un rincón de la cabeza que solo atesora los buenos momentos, y te hace pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Recordando esos buenos tiempos, se quedó dormido.

—Hola Gare, ¿estás ahí? —La voz de Triz resonó en su cabeza como si estuviera a su lado.

—¡Ey! Hola. Sí, estoy aquí —respondió—. ¿Has esperado mucho? No conseguía quedarme dormido.

—No, tranquilo. Acabo de acostarme. ¿Por qué no te podías dormir?

—Te sonará estúpido, pero creo que era porque no dejaba de pensar en que quería dormirme.

—Un poco tonto sí que suena.

—En realidad ha sido porque quería dormirme cuanto antes por si tú venías. No sabía a qué hora te sueles acostar y no quería hacerte esperar. Tenía ganas de hablar contigo.

—Qué mono... ¿Qué tal te ha ido el lunes? ¿Conseguiste la T.V.E y el trabajo?

—Solo la T.V.E, pero no ha sido sencillo y me ha llevado todo el día. Si te cuento lo que me ha pasado, ni me crees. Mañana intentaré encontrar trabajo —respondió intuyendo que Triz había sonreído cuando le había llamado mono.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó intrigada. Gare le contó su aventura en el ayuntamiento—. Vaya, pues sí que te han pasado cosas. Menudo cambio que ha pegado Paul, con lo cohibido que era antes. Otro que ha tenido que adaptarse a esta mierda de vida. Al menos, tienes una T.V.E y unos pocos vatios para hacer las primeras compras. Así no necesitarás que te haga un préstamo. No ando muy sobrada de vatios tampoco. Las cosas en casa no van muy holgadas.

—¿No tienes trabajo?

—Yo sí, y ahora mi marido también ha empezado a trabajar. Ha estado un tiempo largo de baja y nos hemos quedado casi sin ahorros, pero espero que eso vaya mejorando.

—Me alegro. ¿Qué tal las cosas entre vosotros? ¿Están mejor?

—No te creas. Con eso de pasar la noche fuera de casa, volvimos a discutir. Le he dicho que dormí en casa de una amiga.

—Bueno, en realidad, salvo en el género, no le has dicho ninguna mentira. Yo dormí en el sofá.

—Cierto, pero por si acaso.

—A ver si la próxima vez que duermas en mi casa, compartimos también la cama —bromeó Gare con una sonrisa maliciosa que no

sabía si Triz podría intuir.

—No sueñes...

—Mujer, solo para dormir. Lo decía porque el sofá es incómodo y a la mañana siguiente me dolían todos los huesos.

—Te dejo que pienses lo que te dé la gana. De todos modos, no creo que tenga que volver a dormir en tu casa. Así que puedes fantasear con lo que quieras —replicó Triz, aunque en su tono no se apreciaba enfado.

—Vale. Lo haré. Por cierto, ¿qué tal ha ido con el colgante? ¿Te ha servido para lo que tú querías? Ayer te estuve esperando, pero no viniste a contarme nada.

—Tras realizar el hechizo estuve en la cama de Alana y no pude concentrarme para entrar en Aisling. Nos costó dormir a las dos.

—¿Tuvo alguna pesadilla tu hija?

—La noche anterior, la que yo pasé en tu casa, creyó ver al hombre malo de sus pesadillas en la ventana de su habitación. Le dije que eso era imposible para tranquilizarla, pero, cuando terminé el conjuro de revelación con el colgante, en el patio trasero de mi casa, me pareció ver a alguien merodeando tras la valla. Y Nara, ¿te acuerdas de ella?, también creyó ver a alguien siguiéndonos el otro día.

—Si que me acuerdo de Nara, sí. ¿Os estaban espiando? —interrogó Gare con preocupación.

—No lo sé. Cuando fui a mirar no había nadie, pero casi podría asegurar que vi a alguien salir corriendo entre las sombras. Cuando fui al cuarto de Alana me pasé la noche mirando a la ventana por si volvia a ver la sombra que mi hija vio la noche anterior. Solo me quedé dormida cuando me venció el agotamiento.

—Por eso no pudimos hablar ayer... ¿Y qué descubriste en el colgante?

—Cuando hice el hechizo de revelación cambió de forma. Dentro aparecía un nombre que no me suena de nada.

—¿Qué nombre ponía?

—Rebecca White.

—¿No ponía nada más? —preguntó Gare—. No sé muy bien cómo funciona esto de las comunicaciones en Aisling pero, ¿además de hablar podrías enviarme una imagen de lo que has visto al abrir el colgante? Quizás yo vea algo que se te ha escapado. Ya sabes que se me daba muy bien encontrar pistas en las *scape rooms*.

—Cuando tienes sueños, ¿solo imaginas las voces o también puedes imaginarte en distintos lugares? Claro que puedo enseñarte lo que ponía en el colgante. Aunque, que yo recuerde, la única vez que fuimos juntos a una sala de escape lo que se te dio bien fue hacer que nos echaran.

—La verdad es que me pasé un poco, pero fue por culpa de Norma.

—¿Qué te hizo?

—Me contó que Derek te había pedido salir y que tú estabas bastante contenta con la idea.

—¿Y por eso te enfadaste?

—Me enfadé porque yo había organizado lo de la *scape room* para quedarme un rato a solas contigo y poder pedírtelo yo. Era lo que te quería decir, pero Derek se me adelantó y se me quitaron las ganas de seguir allí.

—¿En serio ibas a pedirme salir? ¿Y por qué no lo hiciste?

—¿No hemos quedado en que, en aquella época, era bastante idiota? Pues por eso. No me atreví, y cuando Norma me contó lo de Derek pensé que ya era demasiado tarde. Yo siempre pensé que quien te gustaba era Cristian. Si te lo hubiera pedido, ¿qué me hubieras dicho?

—No lo sé. En aquella época era bastante inocente. Lo de Cristian te aseguro que fue pasajero. No sé qué te habría respondido. Depende del momento, pero aquel no hubiera sido el mejor.

—Vale, cambiemos de tema. Volvamos a lo del nombre en el colgante. ¿Me lo puedes enseñar?

Triz se quedó unos segundos en silencio. Gare pensó que se había quedado rememorando su adolescencia pero, al rato, una imagen apareció en su cabeza con nitidez. Se trataba de la imagen del colgante, que ahora había pasado a tener la forma de un caramelo desprovisto de su envoltura, con el nombre de Rebecca White serigrafiado en el interior.

—Ya lo veo. Así, a simple vista, no veo nada más que el nombre. ¿Y dices que no te suena de nada?

—No. No lo había oído antes, pero tiene que ser importante. Mañana, en el hospital donde trabajo, intentaré investigar un poco más sobre ese nombre.

—Vale. Si se me ocurre algo más, te lo haré saber cuando hablemos por la noche.

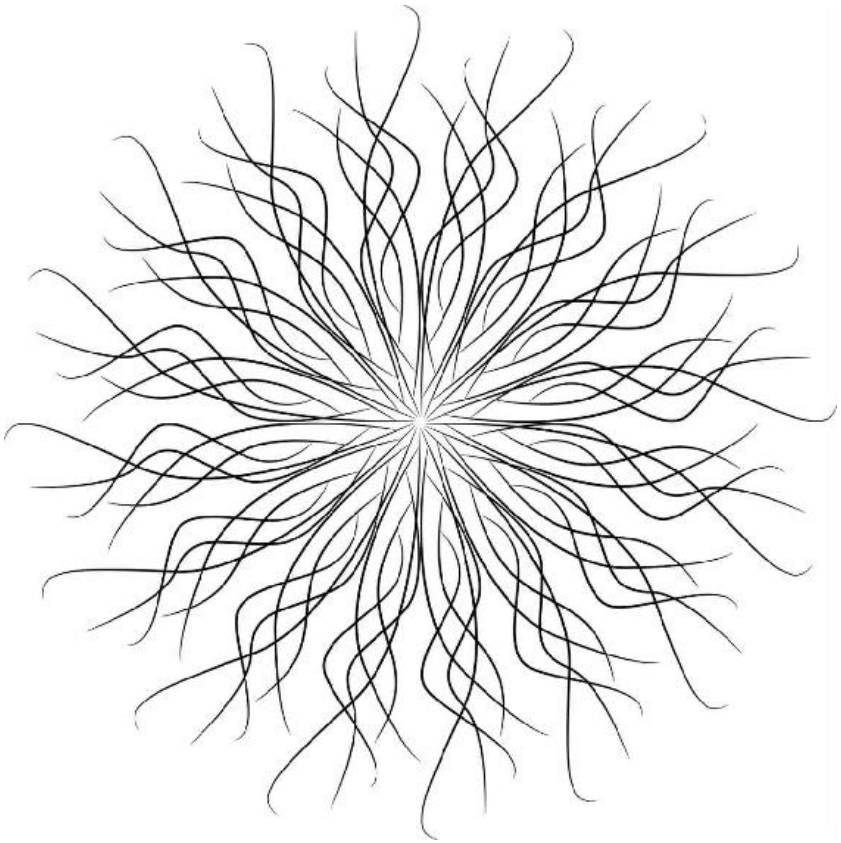
—Lo intentaré. Ya te dije que no sé si podremos hablar todas las noches, pero mañana veré si puedo contarte lo que he descubierto. Ahora tengo que dejarte. Mañana me espera un día duro en el trabajo y tengo que descansar. Además, Alana parece inquieta otra vez, y temo que se despierte de un momento a otro.

—Vale. Solo una cosa más. Si estamos en el mundo de los sueños y podemos soñar con lo que queramos... además de la imagen del colgante, ¿puedo ver qué ropa llevas puesta por la noche? Es para ver cómo funciona esto de comunicarse en el mundo de los sueños

—comentó Gare con tono provocativo en la voz.

—Podrías. Incluso podríamos vernos en la misma cama... pero te vas a quedar con las ganas. No vas a tener esa suerte —replicó Triz sonriendo—. Sin embargo, antes de irme, sí que quería hacerte una última pregunta, algo que llevo preguntándome desde antes de que salieras de la realidad virtual ¿Por qué, después de tantos años sin vernos, llevabas mi colgante puesto el día que te quedaste encerrado en ese juego?

—17—



Cualquier tiempo pasado fue mejor. Junio de 2039

Estaba aburrido en casa. Se había terminado todos los juegos que tenía en la videoconsola y en la tele no daban nada interesante. Después de una semana dura de trabajo, lo que más le apetecía era salir de fiesta y desconectar de los problemas, pero superada la barrera de los treinta años, ya no le quedaban muchos amigos disponibles para salir. Todos, o casi todos, se habían casado, tenían hijos o empezaban a planteárselo, o se habían ido a vivir fuera con sus nuevas familias.

Él ya no salía con nadie. Tras una primera ruptura con Nadia, regresó unos años con ella para volver a romper de forma definitiva. Luego, no había vuelto a tener una relación duradera y, con la última, había roto hacía más de un año. Se había pasado ese último año saliendo de fiesta con gente que conocía por Internet, pero, aunque esas fiestas alocadas y esas relaciones esporádicas le

habían resultado muy divertidas al principio, también se había cansado de eso. Había descubierto que, da igual cuánta gente nueva conozcas cada fin de semana, casi todas y todos terminan siendo unos capullos.

Ahora no sabía lo que quería, pero lo que tenía claro era que tampoco deseaba lo que ahora tenía. Pasar la noche del viernes solo en casa sin nada divertido que hacer. Estaba en esa etapa de su vida en la que se echaba todo de menos. En la que su vida no le gustaba y añoraba todo lo que tenía antes. Tener alguien a su lado que le quisiera, salir de fiesta con los amigos de toda la vida, las tardes en el salón de ciberjuegos sin mayor preocupación que saber a cuántos vampiros virtuales se iba a tener que cargar. Extrañaba todo aquello que ya no tenía y aborrecía la vida aburrida y llena de preocupaciones que había ocupado su lugar.

Había cambiado los estudios, que no se le daban bien, por un trabajo que no le gustaba y que apenas le daba para pagar sus gastos; las tardes distendidas por las de sofá viendo alguna serie o película después de llegar agotado del trabajo que le obligaba a pasar doce horas lejos de casa; los fines de semana rodeado de gente por los días solo sin salir. En un principio, todos los cambios le habían parecido bien. Después se había cansado de ellos.

En un ataque de nostalgia y aburrimiento, fue al trastero a rebuscar entre sus cosas. Estaba seguro de que guardaba recuerdos de aquella época anterior y de pronto le había apetecido mucho verlos. Entre vajillas, cuberterías y aparatos de cocina que todavía no había tenido ocasión de estrenar, encontró la caja que buscaba. Cargó con ella hasta el salón y se sentó en el sofá.

En lo más alto de la caja de cartón, había una entrada de una discoteca. La última que había comprado de aquel lugar al que solía ir todos los fines de semana. El lugar de encuentro de un grupo de gente que organizaba quedadas por Internet para conocer gente nueva. La mayoría de ellos eran como él, personas que acababan de salir de una relación y, al regresar a sus vidas anteriores, se habían dado cuenta de que se habían quedado solos. La primera vez fue con nervios e inseguridad, como cada vez que se tenía que enfrentar a algo nuevo, después se fue adaptando y conociendo a los más habituales y se terminó convirtiendo en uno más de esos que no faltaban ningún fin de semana, al menos hasta el día que había comprado la entrada que estaba en la caja. Ese día se había dado cuenta de que, esas nuevas amistades no merecían la pena. Conservaba aquel boleto para no olvidarlo.

Los siguientes recuerdos guardados en la caja los fue pasando uno a uno sin detenerse mucho en ellos. Se correspondían con lugares que había visitado con Nadia en la segunda etapa de su

relación. Como no fue una época muy buena, se limitó a sacarlos sin rememorarlos. Sí se detuvo más tiempo con los siguientes artículos que encontró. Eran fotos, postales, incluso cartas de los primeros años de su relación. Aquellos recuerdos sí que eran buenos y se entretuvo en leer cada una de las cartas o en recordar dónde se habían sacado cada una de las fotos. Sabía que su relación con Nadia había terminado para siempre, pero echaba de menos aquella sensación de emoción de los primeros momentos, la primera vez que te agarran de la mano, el primer beso, la primera noche juntos...

Tras la parte nostálgica de la caja, llegó la de la sonrisa. No pudo evitarla cuando vio una camiseta, que ya no le entraría ni por los hombros y que en aquella época le quedaba grande, con las fotos impresas y las firmas de las personas con las que había entablado amistad en sus nueve meses en Coventry. Recordó sus escapadas, las noches de fiesta cuando se libraban de las largas horas estudiando y las anécdotas graciosas, como cuando se tuvieron que quedar a dormir en una estación de tren porque se habían ido de fiesta a otra ciudad sin ni siquiera preocuparse por reservar habitación.

La sonrisa se le borró al recordar que aquella amistades duraron hasta el último día de estancia. Una vez que cada uno regresó a su casa y volvió a su vida anterior, no volvieron a contactarse. Salvo un par de mensajes en redes sociales, nunca se volvieron a ver.

En la caja solo quedaban dos sobres grandes de color naranja. Pasó buena parte de la tarde con el primero de ellos. Contenía recuerdos de su adolescencia, de lugares a los que había ido con sus amigos o con su familia, de chicas con las que había tonteado o, simplemente, amigas que le habían regalado algo. Rememoró viajes, tonteos y amistades y, como cada vez que un recuerdo se aleja en el tiempo, solo se acordó de lo bueno. Todos los viajes habían sido magníficos, los amigos los mejores, las chicas las más guapas que había conocido y las aventuras las más divertidas del mundo. Todo tan idílico que deseó tener una máquina del tiempo en la que poder viajar hacia atrás y volver a vivir todos aquellos momentos.

Lo deseó todavía más cuando dio la vuelta al último sobre y vio el nombre escrito en su exterior: Triz.

No la veía desde hacía siete años, desde aquel día que la invitó a tomar un café y ella le dijo que había empezado a salir con un chico y que pensaba irse a vivir con él. Seguramente, en esos siete años la vida de Triz, como la suya, habría cambiado mucho. Ya no era la niña que conoció con trece años, ni siquiera la joven que le escribió aquellas postales que estaban dentro del sobre naranja. Ahora sería una mujer de veintiséis años con la que había perdido el contacto.

La última vez que hablaron volvió a meter la pata. Una vez más, su carácter le jugó una mala pasada y lo que debía ser un reencuentro con una amiga, tras enterarse de que ella estaba saliendo con alguien, se terminó convirtiendo en una discusión absurda con la que terminó marchándose, dejando a Triz con la palabra en la boca.

No habían vuelto a hablar desde aquel día. Ni un mensaje, ni un comentario en redes sociales, nada. Él volvió a salir con Nadia durante unos años hasta que la relación se rompió de manera definitiva y ella, con seguridad, ya llevaría años casada y viviendo con aquel chico.

En las postales que había dentro del sobre, se notaba que Triz seguía siendo la chica de dieciséis años que tanto le había gustado. Sincera, directa, cariñosa, inocente en ocasiones, pero tajante cuando la conversación lo requería. Las fotos que le mandó, junto a las postales, intensificaron el recuerdo de aquella Triz adolescente. Al contrario que con los del sobre anterior, en esta ocasión, no recordaba todos los momentos como ideales o divertidos. Con Triz, había buenos y malos, pero todos especiales e intensos. Pensó que, si dispusiera de esa máquina del tiempo que antes había deseado, la utilizaría, no para volver a aquellas fiestas y situaciones ideales, sino para cambiar las cosas que había hecho mal con ella, para evitar los malentendidos, para solventar antes alguna de sus discusiones y, sobre todo, para atreverse a decirle a la cara lo que sentía por ella. Aunque temía que, si volviera a ser el adolescente de entonces, de nuevo cometería los mismos errores. Se rio al imaginarse viajando al pasado y dando un par de bofetadas al Gare adolescente para ver si espabilaba.

Estaba a punto de guardar todo dentro del sobre cuando, al recogerlo de la mesa, notó que aún había algo dentro. Metió la mano y rebuscó en el fondo hasta que sus dedos tocaron una pequeña cadena. Era el colgante que le había regalado Triz el día que se marchó de viaje.

Recordaba ese momento. La cara de sorpresa de ella cuando le había dicho que se iba nueve meses fuera, la intensidad del abrazo que le había dado, su cara de tristeza cuando le regaló el colgante, diciéndole que así se iba a acordar de ella y su voz entrecortada por la emoción cuando le respondió que ella solo le echaría un poco de menos, aunque tuvo la sensación de que lo extrañaría tanto como él a ella. También se acordó de cómo ella se despidió con prisas con otro intenso abrazo y que se quedó con las ganas de salir corriendo detrás para decirle que, si se lo pedía, no se marcharía.

Pero, como casi siempre por aquel entonces, no dejaba actuar a sus primeros impulsos sobre todo por cobardía y pensaba, meditaba y reflexionaba sus acciones hasta que ya era tarde para llevarlas a

cabo. Triz ya se había marchado y él se autoconvenció de que sus padres no le dejarían anular aquel viaje y que era mejor hacerlo y esperar a su regreso para hablar con ella en persona o por redes sociales estando fuera.

Hablaron varias veces durante su estancia en el extranjero, pero nunca le dijo lo que pensó cuando la vio marcharse con su amiga Vicky después de regalarle el colgante y darle aquel abrazo.

Se colocó el collar en el brazo, dio dos vueltas a su muñeca con la cadena y ató el cierre. Guardó el resto de los recuerdos, llevó la caja de nuevo al trastero, hasta un próximo ataque de nostalgia, y se puso a hacer la cena.

—18—

Prefiero resolver enigmas. Noviembre de 2048

Triz había escuchado cada una de las palabras como si estuviera viendo una película reflejada en sus sueños. Incluso se lo había imaginado sentado en el sillón de la casa, revisando cada una de sus cartas.

—Pero, desde ese día hasta la tormenta solar pasaron siete años. ¿Por qué seguías con él puesto, si en todo ese tiempo ni hablamos?

—Porque tu colgante me salvó la vida durante la Tercera Guerra Mundial y desde entonces no me he separado de él hasta que me lo has pedido.

—¿Que te salvó la vida? —preguntó Triz, a quien se le notaba en el tono que estaba extrañada.

—Es un poco largo de contar. ¿Tenemos tiempo?

—Ya puestos... Si mi hija no se despierta y me haces un resumen, sí. Aunque mañana tengo que ir pronto al trabajo y voy a llegar agotada. Las conexiones en el mundo de los sueños agotan mi energía.

—Menos mal que no tienes que imaginar la cita completa... Intentaré no extenderme mucho. No hace falta que te cuente lo que fue la Tercera Guerra. También la viviste. No había lugar en el mundo seguro. En esta ocasión, no hubo ningún país que se quedara sin formar parte de un bando. En cualquier lugar, caían bombas y los drones disparaban sin compasión, manejados en la distancia por un enemigo que ni siquiera te conocía. Era tan peligroso salir a la calle como quedarse en casa. Varias veces estuve al borde de la muerte. Bueno, eso no es del todo exacto. Nunca estuve herido, no

sé cómo explicarlo. ¿Conoces esa sensación cuando se te cae un plato y te da tiempo a pensar, mientras lo ves caer, que se va a romper y te llevas las manos a la cara y, de forma milagrosa, cuando vuelves a mirar te das cuenta que no se ha roto?

—Sí, me ha pasado alguna vez.

—Eso mismo me ocurrió, varias veces, durante la guerra. Vi volar balas disparadas por drones hacía mí, y cuando ya me llevaba las manos a la cara seguro de que todo iba a terminar, oía el proyectil golpeando contra alguna pared a mi espalda. O cuando estalló una bomba apenas a un centenar de metros de donde yo me encontraba, volaron piedras, vehículos, personas por los aires y, aunque yo ya estaba arrodillado esperando el fatal golpe, nada de todo aquello llegó a rozarme.

—Tuviste mucha suerte.

—Eso pensé la primera vez. Después me percaté de que era algo más. Cada vez que me encontraba en una de esas situaciones, sentía que tu colgante emanaba calor en mi muñeca. Un calor intenso que, sin embargo, no me quemaba la piel. Desde ese momento, decidí que no me separaría nunca de él. Hasta que me lo pediste. Y no te creas, ahora que no lo llevo encima, tengo la sensación de estar en peligro. Vuelvo a sentirme vulnerable. Me encantaría, una vez que termines de usarlo para tu búsqueda, poder recuperarlo. Me siento más seguro con él puesto.

—Lo pensaré. Pero ahora tengo que descansar, si no quiero que mañana sea un día horroroso.

Ella se despidió hasta el día siguiente y Gare consiguió seguir dormido y descansar. Cuando se despertó, el sol ya estaba alto en el cielo y había perdido más de media mañana.

Después de los días de emociones intensas, tras enfrentarse a su regreso al mundo real, haber tenido a Triz durmiendo en su casa y su aventura para conseguir la T.V.E y los problemas para dormir antes de hablar con ella, había caído rendido y había dormido más de diez horas.

Tenía que salir, buscar trabajo y encontrar la manera de que le instalaran el sistema de energía en su casa para poder tener electricidad.

Mientras se terminaba las últimas piezas de fruta que le había traído Triz y pensaba en que también tendría que hacer la compra si quería tener algo para comer, se le pasó por la cabeza la idea de instalarse unas baterías como las que tenía Paul y generar su propia electricidad al margen de las eléctricas. Desestimó la idea por el coste que eso tendría y que no se podía permitir. Cuando terminó de comer y se preparaba para salir por la puerta, otra idea se le

pasó por la cabeza.

Vivía en un octavo piso y todas las viviendas, hasta la tercera planta, estaban vacías. Lo había comprobado la vez anterior que había bajado a la calle y Triz le había dicho que, con la carestía de la electricidad, casi nadie vivía en pisos altos para tener que evitar pagar los ascensores y tener que andar subiendo y bajando pisos de forma innecesaria.

Tras la Tercera Guerra y, sobre todo, tras la tormenta solar, la población en la ciudad, como en el resto del mundo, había decrecido de manera dramática. Tras la guerra mundial, los pisos que se habían mantenido en pie cobijaban a la gente de sobra, no había escasez de vivienda como antaño. Tras las consecuencias de la tormenta solar, había casi más viviendas disponibles que gente dispuesta a habitarlas.

Se le pasó por la cabeza que, quizás, en alguno de esos pisos altos vacíos, al lado del suyo, alguien podría haber dejado instalado un sistema de T.V.E, antes de abandonarlo y trasladarse a uno más bajo cansado de subir y bajar escaleras. Quizás también alguno de esos apartamentos tuviera un sistema de seguridad electrónico que tan de moda se había puesto a finales de los años veinte y que permitía controlar la seguridad de la casa desde un dispositivo móvil. Un sistema que garantizaba la seguridad del hogar, no por la invulnerabilidad de la puerta, sino por las cámaras de vigilancia y las descargas eléctricas que recibían los intrusos al entrar. Sistemas de seguridad que, sin electricidad, eran completamente inútiles.

El hecho de que su bloque tuviera once plantas habitables, le ofrecía más pisos en los que buscar. Además, los ladrones no se aventurarían a robar en los más altos, para no tener que cargar con lo robado hasta la calle. Antes de salir a buscar trabajo, se convenció a sí mismo para echar una ojeada a los viviendas más altas. Quizás pudiera ahorrarse el dinero del sistema eléctrico e instalárselo el mismo.

Convencido de la bondad de su idea, y con bastante entusiasmo, subió hasta la planta once y probó suerte en los cuatro apartamentos que allí había. Ninguno de los cuatro tenía instalado un sistema electrónico de seguridad y no pudo acceder a ninguno de ellos.

La suerte también le fue esquiva en la décima planta. Solo una de las cuatro viviendas tenía un sistema electrónico de seguridad, pero, tras conseguir abrir la puerta y colarse en ella, se dio cuenta de que los anteriores inquilinos, a quienes conocía y con los que no se llevaba muy bien, se habían llevado todo, salvo los muebles más pesados. Allí solo había una capa de polvo considerable que se levantaba por las corrientes de aire de las ventanas abiertas. Nada

de utilidad.

Con menos entusiasmo, probó suerte en la novena planta. Tras dos nuevos fiascos, estuvo a punto de darse por vencido e irse a buscar un trabajo como le había pedido Triz que hiciera. Si la tercera puerta tampoco se hubiera abierto, lo más probable era que hubiera hecho eso.

Parecía que la casa del noveno piso la habían abandonado con prisas y que ya no habían vuelto. Había comida con moho en la nevera, recuerdos de familia, ropa en alguno de los armarios, pequeños electrodomésticos, aunque torció un poco el gesto al ver que no había ningún sistema de T.V.E.

Pese a ello, revisó todos los cajones, armarios y estanterías y salió de allí con varios paquetes de arroz, pasta y unas cuantas latas de bonito y anchoas. No tenía con qué cocinar todavía el arroz y la pasta, pero podría comer unas cuantas latas ese día. Después de bajar el cargamento de comida a su casa, regresó a por un par de pequeños electrodomésticos que no tenía e hizo un tercer viaje para llevarse el televisor, mucho más grande que el suyo, imaginando ya las series, películas y videojuegos que iba a probar en él cuando consiguiera tener electricidad.

Otra vez con el entusiasmo por las nubes y con la ración de comida para ese día asegurada, regresó al piso que le quedaba por probar suerte en la novena planta. Después les llegó el turno a los tres con los que compartía descansillo. Creía recordar que el vecino de al lado tenía uno de esos sistemas electrónicos instalado y fue el primero que intentó. No tardó en abrir la puerta y una sensación de júbilo y euforia le recorrió la espalda al hacerlo. Allí también había latas, paquetes de legumbres y pasta y, lo que más se alegró de ver: un sistema de T.V.E instalado.

Hizo una comprobación con la tarjeta obtenida el día anterior y se alegró al ver como la luz se encendía. Entonces, como si una bombilla se encendiera a la vez en su cabeza, desechó la idea de robar el sistema e instalarlo en su casa y comenzó a trasladar sus pertenencias a la casa vecina.

Solo detuvo el traslado un par de horas más tarde, para hacerse la comida. Ahora tenía electricidad y agua para cocinarse parte de uno de los paquetes de pasta y añadirle un par de las latas de bonito que había encontrado. Aquellos macarrones le parecieron los más ricos que había probado en su vida.

Durante el resto del día siguió con el traslado y no dio por concluido su trabajo hasta que todas sus posesiones estuvieron en la nueva vivienda. Agotado, se dejó caer en su nuevo sofá y cerró los ojos. Quería descansar un poco antes de prepararse la cena. Al hacerlo, un *flash* de la imagen que le había enviado en sueños Triz

la noche anterior apareció en sus pensamientos.

Había estado tan ocupado buscando el sistema de energía y comida que no se había acordado de revisar la imagen para intentar ayudarla. Aquel nombre, desconocido para ella, tenía que tener un significado para estar grabado dentro del colgante. Tenía que ser algo más que un nombre. Ocultar un mensaje. Y él era muy bueno descifrando mensajes ocultos, no en vano había escapado de todas las *scape rooms* a las que había ido en su vida, salvo el día que les echaron, y poseía el récord de puntuación en el videojuego virtual que recreaba esos lugares. Una mueca de tristeza se dibujó en su rostro al darse cuenta de que, habiendo desaparecido Internet, ya no quedaría constancia de ese récord mundial en ninguna parte.

Tumbado en el sofá, se concentró en la imagen. Observó, revisó y analizó el nombre de Rebecca White hasta que las letras dejaron de ser nítidas en su cabeza, y entonces fue cuando se percató de algo. Abrió los ojos, dichoso de tener algo con lo que ayudar a Triz, se preparó una cena ligera para no perder mucho tiempo y, mirando la hora que era, se marchó a la cama para ver si se quedaba dormido y ella volvía a hablarle en sueños. El agotamiento del día logró que, esta vez, cayera rendido nada más meter las dos piernas bajo la sábana.

—Hola, Gare —resonó la voz de Triz, en su cabeza, un par de horas más tarde.

—Hola, guapa. Hoy no me ha costado tanto dormirme.

—Me alegro por ti. Yo, un día más, estoy agotada, pero no he podido acostarme hasta ahora y miedo me da que Alana se despierte. ¿Qué tal te ha ido el día? ¿Has encontrado hoy trabajo?

—Digamos que me ha ido bien y que he estado muy ocupado, pero no me ha dado tiempo a buscar trabajo.

—¿Y qué has estado haciendo todo el día, si puede saberse?

—Aprovechando que la mayoría de los pisos de mi edificio se han quedado vacíos, he buscado comida y me he cambiado a uno que tuviera el sistema eléctrico instalado. Ahora vivo en el de al lado y me he podido preparar un plato de pasta con bonito para comer.

—Mejor me callo...—intervino Triz—. Solo te voy a dar un consejo: ten cuidado con el uso que das a la T.V.E. Los vatios se van mucho más rápido de lo que piensas y solo tienes cuatrocientos para gastar.

—Tampoco será para tanto. Por encender un poco la cocina de casa no voy a gastar todos.

—Yo solo te aviso. Para que te hagas una idea, en mi casa, casi todos los días comemos alimentos que no haya que cocinar y,

cuando lo hacemos, solemos calentar el agua haciendo un fuego y no usando la cocina. Ya te dije el primer día que, si algo está caro en la actualidad, es la energía. Sale más barato un viaje en autobús solar de tu ciudad a la mía que encender cinco minutos la cocina.

—¡Joder! Lo tendré en cuenta. Mañana me haré la comida quemando alguno de los muebles que me ha sobrado en el traslado.

—Hazlo y procura cocinar la mayor cantidad posible cada vez. Tendrás que comer y cenar un par de días o tres lo mismo, pero ahorraras energía y no tendrás que estar quemando cosas todo el tiempo. Tú no tienes patio trasero.

—Vale, gracias por el consejo. Me va a costar asimilar esta nueva manera de vivir.

—Te acostumbrarás. Todos hemos tenido que adaptarnos.

—¿Y tú día qué tal? ¿Por qué estás tan cansada? —preguntó intentando cambiar de tema, deseando contarle a Triz lo que había descubierto sobre su colgante.

—El día en el hospital ha sido agotador. Mis pacientes hoy tenían ganas de hincharme las narices, y tener que imponerme, siempre me da dolor de cabeza. He llegado a casa tarde y mis hijas también estaban en plan revoltoso, sobre todo la pequeña, que no ha parado quieta en todo el día. Y, por si fuera poco, he vuelto a discutir con Óscar.

—¿Por qué has discutido hoy con él?

—Porque cuando me ha dicho de irnos a dormir he respondido que no podía, que tenía que revisar las cosas que me dejó mi tía para ver si encontraba algo que me ayudara a entender el nombre del colgante. Me ha criticado por perder el tiempo con esas cosas. Piensa que todo el tema de mis sueños y de mi afición por la brujería es una tontería, que debería de olvidarme de ello y tener una vida normal, pero no puedo. Sigo teniendo esos sueños, aunque no quiera, y Alana también los tiene. Tengo que descubrir qué significan para poder explicarle a mi hija por qué ella también los sufre y por qué somos brujas. Y Óscar no cree en eso, me mira como si yo estuviera loca de remate y eso me hace sentir muy mal.

—Vaya, lo lamento. Después de que hablaras conmigo a través de un espejo en la realidad virtual, de que ahora podamos hablar en sueños y de lo que sentí mientras llevaba tu colgante puesto, te aseguro que no tengo ninguna duda de que eres una bruja. Bueno, en realidad, siempre he pensado que eras un poco bruja —bromeó Gare intentando que en su tono Triz percibiera una sonrisa.

—Ya te vale —respondió ella. Gare se dio cuenta de que hablando en sueños también podía percibir las sensaciones de la otra persona. A Triz no le había sentado mal su comentario, sentía que le había hecho gracia y había sonreído.

—¿Hoy también me voy a tener que conformar con oírte? ¿No podemos imaginarnos en una cena o algo?

—Ya te he dicho que estoy agotada. Proyectar imágenes en Aisling es muy cansado. Vas a tener que seguir conformándote con la voz.

—Pues vaya... ¿Te has vuelto a sentir espiada hoy? ¿Has descubierto algo entre las cosas de tu tía?

—Es curioso, pero desde la otra noche tengo esa sensación todo el tiempo, pero intento no darle importancia. Será el estres. Y sí, he descubierto algo interesante, pero que no sé si me lleva a alguna parte. En el libro de las sombras de mi tía, aparece el nombre de Rebecca White, pero aparece solo junto a una frase y no pone nada sobre quién era o por qué conocía a mi tía.

—¿Qué es el libro de las sombras? Tiene un nombre tenebroso.

—¡Ah! No tiene nada de tenebroso. Es el libro personal de cada una de las brujas, donde apunta sus vivencias, sus rituales o su manera de entender la religión Wicca. En realidad, es como una especie de diario de bruja. No oculta ninguna maldad, pese al nombre. Yo misma tengo mi propio libro de las sombras, me lo regaló mi tía con diez años. Me legó el suyo poco antes de morir —explicó Triz, intentando tranquilizar a Gare.

—Vaya. No sabía que tu tía había muerto.

—Sí, lo hizo poco antes de que nos conociéramos, pero, antes de hacerlo, me enseñó todo lo que sabía sobre la brujería y me regaló sus conjuros y rituales en su libro de las sombras. No te había contado ya que el colgante que te regalé en realidad me lo dio ella, ¿verdad?

—No, no lo sabía. Pensé que te lo habías comprado. Ahora entiendo lo de su «magia». ¿Por qué me lo regalaste si pertenecía a tu tía y para ti era tan valioso? —preguntó Gare sorprendido de que Triz le hubiera regalado algo tan importante.

—En aquella época todavía era bastante inocente. No sabía nada de su importancia. Había empezado a tener mis sueños, pero no eran relevantes. El día que me enteré de que te marchabas, me sentí rara. Eras uno de mis mejores amigos y te marchabas, y sentí la necesidad de regalarte algo para que no te olvidaras de mí. Vi el colgante y pensé que sería una buena idea.

—Han pasado veinte años y lo has podido recuperar. Creo que no me habría olvidado de ti en esos nueve meses que estuve fuera, aunque no me hubieras regalado nada —Una vez más, Gare intentó que en su mensaje Triz recibiera una sonrisa.

—Gracias. Yo también te tenía mucho cariño entonces.

—¿Solo entonces? ¿Ya no?

—Hemos estado muchos años sin hablarnos... pero creo que

acerté al pensar que teniendo tú el colgante siempre lo conservaría, de algún modo, cerca.

—¿Sabes? Yo también he descubierto algo esta tarde.

—¿Ah sí? ¿Qué es lo que has descubierto?

—Que nos equivocamos con el nombre escrito. No pone Rebecca White. En realidad, la b es una d. En las letras del colgante pone Redecca White y creo que forman un anagrama. He intentado descifrarlo, pero solo se me ocurren dos palabras con sentido: «acceder y derecha». Aunque ninguna de ellas utiliza todas las letras, puede que a ti eso te diga algo más que a mí.

—¿Lo has intentado en inglés? —preguntó Triz, después de permanecer unos segundos en silencio.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque algunos de los conjuros que usamos las brujas están en ese idioma y creo que he encontrado las palabras que contienen todas esas letras. Ya sé qué transmite el colgante: «The Rede Wicca».

—¿Eso tiene que ver con tu religión?

—Sí. Es el poema que recoge sus premisas. Ahora ya sé qué significan las palabras encontradas junto a ese nombre, en el libro de las sombras de mi tía.

Triz le explicó que, en el libro, bajo el nombre de Redecca White, aparecían una serie de palabras en inglés que ahora estaba segura de que correspondían a un hechizo a leer frente a la Rede Wicca.

—Tengo que dejarte, voy a despertar. No puedo esperar a mañana para comprobarlo. Tengo que ir a buscar el poema y ver qué mensaje revelan las palabras que dejó escritas mi tía en su libro de las sombras. En cuanto sepa algo, te lo cuento. Buenas noches.

The Wiccan Rede

Bide ye the Wiccan laws ye must, in perfect love and perfect trust.
Ye must live and let live, fairly take and fairly give.
Cast the Circle thrice about, to keep unwelcome spirits out.
To bind the spell well every time, let the spell be spoken in rhyme.
Soft of eye and light of touch, speak ye little and listen much.
Deosil go by waxing moon, chanting out the Wiccan runes.
Widdershins go by waning moon, chanting out the baneful tune.
When the Lady's moon is new, kiss the hand to Her times two.
When the moon rides at Her peak, then the heart's desire seek.
Heed the North wind's mighty gale: lock the door and trim the sail.
When the wind comes from the South, love will kiss thee on the mouth.
When the Moor wind blows from the West, departed spirits have no rest.
When the wind blows from the East, expect the new and set the feast.
Nine woods in the cauldron go, burn them quick and burn them slow.
Elder be the Lady's tree, burn it not or cursed ye'll be.
When the wheel begins to turn, let the Beltane fires burn.
When the wheel has turned to Yule, light the log and the Horned One rules.
Heed ye flower, bush and tree, by the Lady, Blessed Be.
Where the rippling waters go, cast a stone, the truth to know.
When ye have and hold a need, hearken not to others' greed.
With a fool no seasons spend, or be counted as his friend.
Merry meet and merry part, bright the cheeks and warm the heart.
Mind the Threefold Law ye should, three times bad and three times good.
When misfortune is enow, wear the blue star on thy brow.
True in love ye must ever be, lest thy love be false to thee.
These words the Wiccan Rede fulfill: An ye harm none, do what ye will.

--Author Unknown

—19—

Helen, tía de Triz. Noviembre de 2020

Estaba preocupada. Al día siguiente su sobrina Triz cumpliría diez años y eso significaba que todo iba a empezar a cambiar.

A esa edad fue cuando ella comenzó a descubrir sus dotes para la brujería. Empezó a tener sueños que le avisaban de acontecimientos futuros, casi siempre de desgracias que convertían esas visiones en pesadillas. También comprobó cómo algunas se hacían realidad si ella las deseaba con mucha fuerza, por ejemplo el día que, por su onceavo cumpleaños, deseó que la eligieran para el papel principal de la obra del colegio y se lo dieron, aunque la obra fuera Peter Pan y ella una niña; y descubrió que, tener ese don suponía una gran responsabilidad.

Ella se había sentido confusa y asustada, no quería tener aquellos sueños tan llenos de oscuridad y desdichas, quería poder dormir tranquila por las noches, como hacían sus hermanas, y no entendía por qué tenía que ver esas cosas. Hasta que su madre se lo explicó.

Los dones para la brujería eran herencia familiar. Una herencia que recaía sobre la primera mujer nacida de cada generación, en la familia. Su abuela había sido bruja, su madre era bruja y ahora le tocaba a ella serlo. Quisiera o no.

Su madre intentó tranquilizarla. Tenía la imagen de las brujas de cuento en su cabeza; la bruja mala de Oz y su odio hacia Dorothy, Maléfica y su manía persecutoria hacia la bella durmiente, la bruja de la casa de chocolate que se quería comer a Hansen y Gretel... Ella no quería ser bruja. Su madre le explicó que eso solo eran

cuentos, que las brujas no eran malas, que existían las que hacían el bien, que protegían a los demás y que eran buenas. Y, sobre todo, le dijo que no se preocupara, que a las brujas buenas como ellas no les salían verrugas en la nariz y que iba a seguir siendo una niña preciosa.

Pero a Helen le costó aceptar aquella responsabilidad. Siempre había sido una chica rebelde y, en aquella ocasión, no fue diferente. Aprendió a interpretar sus sueños, aprendió a formular conjuros y hechizos de protección con su madre y empezó a escribir su propio libro de las sombras, pero nunca acabó de aceptar que ella tuviera que ser bruja solo por haber sido la mayor de sus hermanas.

Hasta que varios años más tarde, cansada de tener que cargar con esa obligación, invocó un conjuro de magia negra. Rebelde como era y harta de tener que aguantar los desplantes de su jefe en el trabajo, deseó su mal y que le dieran a ella el puesto. Y ocurrió, el hombre cayó en desdicha y acabó siendo despedido para ocupar ella su lugar en la empresa. Pero la magia tiene un precio y cualquier deseo perjudicial para otra persona se acaba volviendo en contra de forma exponencial.

Aquel día, su magia blanca se vio manchada por una gota de oscuridad que, al igual que el café en un vaso de leche, acabó por enturbiar todo su poder. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, cuando comprendió las consecuencias de sus actos, entendió la responsabilidad de la herencia que había recibido, dejó de rebelarse e hizo todo lo posible para enorgullecer su legado familiar. Limitó, desde entonces, el uso de su magia enturbiada y se concentró en interpretar sus sueños y en ayudar a los demás para convertirse en la mejor bruja que había tenido la familia. Sin embargo decidió no tener hijas con el objetivo de no legar aquella responsabilidad en nadie más.

Descubrió, unos años más tarde, que aquella decisión no la libraría de su responsabilidad. Cuando su hermana pequeña se quedó embarazada y anunció a la familia que iba a tener una hija, su madre le recordó que la herencia se traspasaba, no de madres a hijas, sino a la primera mujer de la familia de la siguiente generación. Ella no había tenido hijas, por lo que sería la de su hermana quien recibiría su don. Desde entonces, había estado esperando con impaciencia aquel décimo cumpleaños para ver cómo Triz heredaba aquellas capacidades mágicas y rezaba para poder explicárselas y mantenerla a salvo antes de que llegara su hora. Lamentablemente, aquel hechizo de magia negra que enturbió su poder, había regresado a ella en forma de enfermedad y cada vez le quedaba menos tiempo. Solo esperaba que fuera el suficiente.

Compró un cuaderno de tapas negras con el fin de regalárselo a

su sobrina para que ella lo utilizara como su libro de las sombras y se fue a dormir con él bajo la almohada para que sus sueños lo protegieran. Tras quedarse dormida, tuvo una de sus visiones premonitorias.

Una Triz adulta, cercana a los cuarenta, caminaba asustada por un bosque a oscuras en una noche de luna nueva. Miraba hacia todos lados, sobresaltada por los extraños ruidos que la rodeaban. Helen podía sentir el miedo que tenía, porque el ritmo de su corazón se le había acelerado incluso dormida.

Triz se encontraba muy asustada. Su cuerpo temblaba e intentaba cobijarse bajo la protección de su abrigo. Helen sintió el frío que helaba a su sobrina y se le puso piel de gallina. A cada paso que se adentraba en aquel bosque, sufría un sobresalto. Un ave de plumas negras y ojos de fuego se cruzó por delante y le hizo gritar.

Podía percibir que algo malo estaba a punto de pasarle, pero, aunque se moría de ganas por avisarla, no podía hacer nada más que observar y memorizar cada detalle del sueño para poder protegerla llegado el momento. Aunque ahora la viera sufrir, temerosa, solo era una visión. El momento de la verdad llegaría años más adelante en el mundo real.

Triz, pese al temor que casi la paralizaba, seguía internándose entre los árboles. No huía, no se acobardaba; asustada o no, seguía adelante. Incluso en sueños, se sentía orgullosa del carácter firme de su sobrina.

Cuando su visión la libraba, un momento, de los continuos sobresaltos, se centraba en observar cada detalle de la Triz adulta. Quería recordar todos y cada uno de aquellos gestos, pequeñas arrugas en la piel o canas en el pelo de su sobrina cuando se despertara, porque su enfermedad le iba a impedir poder abrazar a aquella Triz tan madura y responsable. Al menos en aquel mundo.

Un rayo cruzó el firmamento, volviendo a sobresaltar a su sobrina y logró que apartara la atención de ella y detectara una presencia maligna. Algo malo, cruel, sanguinario, merodeaba entre aquellos árboles que empezaban a quedarse sin hojas porque caían sobre Triz como una intensa lluvia.

Entre gritos y manotazos, intentaba desprenderse de ellas, pero se le metían entre la ropa y se le enredaban en el pelo. Por los gritos de su sobrina, parecían arder como las llamas del infierno.

Se quitó el abrigo, se desprendió del jersey blanco que llevaba y que brillaba en aquella noche oscura como si fuera la luna llena y, entre alaridos de dolor, intentó arrancarse las hojas que empezaban a enraizar en su piel mientras corría intentando buscar un lugar donde guarecerse de aquella lluvia que se clavaba en ella como aguijones.

Al fondo del camino, un río cortaba la senda por la que intentaba escapar. Sin pensarlo dos veces, saltó al agua y se sumergió. Las hojas que seguían cayendo de los árboles se quedaban flotando sobre las aguas y dejaban de adherirse a su cuerpo. Se mantuvo bajo el agua todo el tiempo que pudo aguantar la respiración.

Helen sintió que la figura maligna se hacía más presente, como si su maldad enturbiara las aguas en las que Triz intentaba protegerse.

Sin poder aguantar más la respiración, esta emergió de las aguas del río. Las hojas que flotaban se dirigieron hacia ella como pirañas hambrientas en busca de su piel. Se defendió a manotazos intentando coger aire a la vez que se mantenía a flote. Una mano intentó agarrarla.

Helen solo pudo distinguir la imagen borrosa de un hombre arrodillado en la orilla cerca de donde su sobrina se defendía de las hojas e intentaba no hundirse. El ente maligno se hizo tan presente que Helen sintió que le faltaba el aire en los pulmones.

—¡No! ¡Gare, por favor! ¡No! —gritaba Triz mientras aquella sombra entre las sombras le agarraba la cabeza y la sumergía bajo el agua.

Sintiendo que se ahogaba, Helen tuvo que despertar.

Sobresaltada, se levantó de la cama impulsada por la ansiedad que le había producido aquella pesadilla. Se vistió con una bata y, viendo que eran las tres de la mañana, y que su hermana la tacharía de loca si se presentaba a esas horas en su casa, se encerró en su habitación especial, abrió el círculo de rituales y preparó el templo y las oraciones para realizar un conjuro de protección.

Antes de empezar, y como hacía siempre que iba a conjurar desde que su aura de magia blanca se había manchado, leyó en voz alta la Rede Wicca:

Seguir las leyes Wicca debemos, en perfecto amor y perfecta confianza.
Vivir y dejar vivir, justamente dar y recibir.
Tres veces el círculo has de trazar, para a los espíritus no deseados así echar.
Siempre al hechizo finalizar, debes al recitarlo rimar.
Luz en los ojos y suave al tocar; habla menos, escucha más.
Ve a deosil con la luna creciente, cantando una melodía alegre.
Ve a levógiro cuando la luna mengüe y el hombre lobo por el terrible acónito aúlle.
Cuando la Luna de la Dama es nueva, su mano dos veces besa.
Cuando viaje a su cima la luna, el deseo en tu corazón busca.

Atención al poderoso vendaval del Norte prestad, cerrad la puerta y la vela bajad.
Cuando el viento del Sur sientas llegar, el amor en la boca te va a besar.
Cuando el viento del Este comience a soplar, esperad lo nuevo y la fiesta preparad.
Cuando el viento del Oeste oigas suspirar, todos los corazones encontrarán descanso y paz.
Nueve maderas van al Caldero; quémalas rápido, quémalas lento.
El Saúco es el árbol de la Dama, no lo quemes o estarás maldito.
Cuando la rueda rápido comienza a girar, los fuegos de Beltane arderán.
Cuando a Yule la rueda ha señalado, se enciende el tronco y reina el Astado.
A flor, arbusto y árbol presta atención y la Dama te dará su bendición.
Donde las ondulantes aguas van, tira una piedra y la verdad sabrás.
Cuando tengas una necesidad, no hagas avaricia a los demás.
Con un tonto ni una estación has de pasar, o como su amigo contado serás.
Feliz encuentro, feliz partida, calienta el corazón y enciende las mejillas.
La Ley de las Tres veces deberás en mente tener, tres veces malo y bueno otras tres.
Cuando el infortunio te aceche, lleva la estrella azul en tu frente.
En el amor has de ser sincero, a no ser que tu amor te engañe primero. En estas ocho palabras la Rede sabes: «Acciones que no causan daño, hazlas a voluntad[9]».

Sintiéndose liberada, realizó el conjuro de protección en un colgante con la luna en sus tres estaciones visibles y escribió en él un mensaje para cuando su sobrina fuera mayor y pudiera comprenderlo. Quería asegurarse de que iba a estar protegida. Y, quizás, poder abrazarla de nuevo, cuando fuera adulta, en otro mundo.

No debía agobiarla, a tan tierna edad, con los problemas que le aguardarían tantos años más tarde. Lo único que lamentaba, era no poder estar a su lado entonces, pero se aseguraría de enseñarle todo lo que pudiera sobre la magia en cuanto la pequeña empezara a mostrar sus dones.

Terminado el conjuro, intentó descansar un par de horas más, pero no pudo conciliar el sueño. Se moría de ganas de entregar a su sobrina el colgante y saber que así iba a estar más protegida. En cuanto las primeras luces del alba entraron por su ventana, envolvió el cuaderno de tapas negras y la joya en papel de regalo y,

aprovechando que el cumpleaños de su sobrina caía en fin de semana, subió a casa de su hermana en cuanto el reloj marcó una hora prudencial para presentarse.

Triz ya estaba levantada y, en cuanto la oyó entrar en la casa, corrió a abrazarla. No era una niña muy dada al contacto físico con otras personas, pero para su tía siempre tenía un abrazo. No se soltó hasta que vio el paquete que traía en las manos.

—¿Es para mí? —preguntó con sus ojos castaños abiertos como platos y brillantes de la ilusión.

—¿Acaso tengo otra sobrina que cumpla años hoy? ¡Claro que es para ti!

Triz abrió el paquete, sin preocuparse por romper el papel. Cuando vio su regalo, enseguida le pidió a su tía que la ayudara a ponérselo. El cuaderno de tapas negras lo miró con mayor extrañeza.

—¿Qué es? —interrogó sacándolo del paquete.

—Una especie de diario donde vas a poder apuntar muchas cosas.

—¿Qué cosas, tía?

—Mensajes importantes, citas que te llamen la atención y sueños raros que tengas por las noches.

—¿Sueños raros? ¡Entonces, voy a estrenar el cuaderno hoy mismo! Esta noche he tenido uno muy extraño en el que salían un hombre con cuernos y una mujer superguapa caminando bajo una luna llena tan grande que ocupaba todo el cielo.

Helen se dio cuenta de que iba a tener que empezar con sus enseñanzas antes de lo esperado. Solo las brujas más poderosas soñaban su primera vez con los Dioses.

—20—

Un mensaje que oculta otro mensaje.
Noviembre de 2048

Intentando no despertar a su hija mayor, se levantó con sigilo de la cama. Alana parecía dormir plácidamente y tenía media sonrisa dibujada. Se alegró de que su hija, por una vez, no tuviera pesadillas. Por si acaso miró por la ventana hasta asegurarse de no ver a nadie. Había cogido la costumbre desde que creyó ver la sombra en el patio.

Bajó al sótano, donde guardaba los recuerdos de su tía Helen, y dejó sobre la mesa el colgante, el poema de la Rede Wicca y el libro de las sombras de su tía. Sin perder un segundo, los colocó sobre su altar y dibujó el círculo sagrado.

Con el colgante abierto y el poema sobre el altar, buscó las palabras escritas de Helen junto al nombre de Redecca White y, exhalando tres bocanadas de aire para tranquilizarse, las pronunció

en voz alta.

«May the power of my words reveal the truth!
May the Lady erase the untruth!».[10]

El hechizo de su tía hizo efecto de inmediato. El colgante comenzó a girar en el sentido de las agujas del reloj sobre la mesa y a brillar con tanta intensidad que se vio obligada a cerrar los ojos. La joya recorrió cada una de las líneas del poema y, al igual que una goma de borrar, fue eliminando unas palabras y dejando otras escritas. Terminados de recorrer todos los versos, el colgante se apagó, se cerró sin que nadie tuviera que tocarlo y regresó a su forma original de las tres fases de la luna.

Triz parpadeó varias veces hasta que la ceguera provocada por su brillo desapareció y pudo ver las palabras restantes. Eran palabras sueltas, inconexas, sin significado aparente. Palabras en inglés cuya traducción conocía, pero que, por sí solas, no terminaban de decirle nada. Palabras como *unwelcome* —mal recibido— o *star* —estrella— seguían escritas en la hoja.

Revisó de nuevo el libro de las sombras de su tía. Bajo el nombre de Redecca White había un dibujo del colgante abierto y, al final de la página, el hechizo que había pronunciado. No había nada más y, sin embargo, algo no había terminado de salir bien. El colgante había brillado imbuido por el espíritu de La Dama y había borrado las palabras innecesarias del poema, pero la verdad no había terminado de ser revelada.

Intentó organizar aquellos términos inconexos en su mente, pero eran tantos que los significados podían ser múltiples, y ella necesitaba un significado concreto, necesitaba el correcto.

—Vamos, tía Helen, échame un cable —susurró pidiendo ayuda —. Siempre has estado ahí para protegerme. Ayúdame, ahora que tanta falta me hace, aunque ya no estés a mi lado...

Una ráfaga de viento cálido le acarició la cara desde su derecha y la estremeció. Triz recordó una de las frases del poema.

«Cuando el viento del Sur sientas llegar, el amor te besará en la boca...».[11]

—Tía Helen, ¿eres tú?

No hubo respuesta. Bajó la mirada hacia el libro de las sombras de su tía, que seguía apoyado en su regazo. El aire había pasado una de las hojas del libro.

—Seré tonta... —pensó Triz—. ¡Gracias, tía!

Al otro lado de la página que estaba leyendo el hechizo continuaba.

«May the Horned command the words!
Let the truth see the Lord!».[12]

Se quedó sin habla cuando las palabras del poema empezaron a

brillar como antes lo había hecho el colgante y se le cortó la respiración cuando estas se despegaron del papel y flotaron en el aire delante de sus ojos.

Ella era bruja, había realizado magia desde que su tía empezó a enseñarle con diez años, pero se había limitado a pequeños conjuros de protección para sus hijas o algún familiar y a hacer alguna que otra poción para mejorar la cosecha de su pequeño huerto en la peor época de la guerra. El día que había decidido buscar a Gare en el mundo de los muertos fue la primera vez que se había atrevido a dar un paso más allá en sus poderes, aunque con su tía Helen ya hubiera aprendido a realizar aquella clase de conjuros. Experimentar el poder de la magia de su amada tía representaba mucho más de lo que hasta ahora había profundizado en la suya.

Las palabras, bañadas de un brillo dorado, revolotearon sobre su cabeza antes de regresar al papel. Una a una fueron reescribiéndose.

«When... the... blue... star...»

—Cuando la estrella azul… Mierda, mal empezamos —murmuró al traducir las primeras palabras.

«Kiss... the... moon... light... the... waters... for... the... truth... know».

—Cuando la estrella azul besa la luna, enciende las aguas para la verdad conocer… —continuó leyendo—. Genial, esto no mejora.

«Unwelcome... spirits... ye... not... expects... will... come...».

—Espíritus indeseados que no esperas vendrán. —Triz se llevó las manos a la cabeza—. Lo que me faltaba. La madre que...

Todas las palabras se habían colocado ya sobre la hoja. Rezó la oración para abrir el círculo y recogió el colgante y el papel. Ahogó un grito cuando, al tocar el folio, este dejó de mostrar la frase mágica y volvió a enseñar el poema de la Rede Wicca al completo. Lo guardó junto al libro de las sombras de su tía y corrió a apuntar las palabras en su propio libro para no olvidarlas. Las escribió tanto en inglés como en castellano.

Al subir del sótano miró el reloj de pared en la cocina y pensó en el largo día que le esperaba en el hospital a la mañana siguiente. Apenas le quedaban cuatro horas para poder descansar.

Regresó a la habitación de su hija para comprobar si seguía dormida y con la intención de irse a su cama a dormir, pero cuando abrió la puerta del cuarto de Alana, su sonrisa se había desdibujado y ahora se podía ver en su rostro un gesto de preocupación. Volvió a acostarse a su lado para intentar serenar sus sueños. Estaba segura de que, sin llegar a despertarse, Alana podría sentir su presencia.

Se acostó a la espalda de su hija y la rodeó con un brazo para protegerla. Cerró los ojos para quedarse dormida, pero todavía sin la intención de descansar. Quería hablar con Gare cuanto antes de

lo que había pasado. Esperaba poder ponerse en contacto con él, aunque ya hubiera caído en un sueño profundo. Tenía que pedirle un favor que estaba segura de que no lo iba a entender.

—*Weo.* Hola, Gare. ¿Sigues ahí? —preguntó en cuanto su mente entró en el mundo de los sueños—. ¡Gare!, ¿me oyes?

—¡Ey! Hola, guapa. Sí. Aquí sigo. Si te acabas de marchar, qué rápido has vuelto.

—Han pasado más de dos horas desde que hablamos.

—¿En serio? Lo rápido que pasa el tiempo mientras duermes. Normal que luego tenga sueño cuando despierto por las mañanas, no me da tiempo a descansar.

—No quiero molestarte mucho, pero ya he mirado el mensaje que me dejó mi tía en el colgante y no es que sea muy halagüeño.

—Nunca molestas, Triz. ¿Qué has descubierto?

—El mensaje de mi tía dice que la verdad me será revelada cuando la estrella azul bese a la luna.

—Eso me suena a eclipse —dedujo Gare—, pero nuestra estrella es amarilla, no azul.

—Ese es el primer problema. Creo que habla de un eclipse, pero no de este mundo.

—¿Y de qué mundo habla? ¿Cuál tiene una estrella azul? ¿El de los sueños? ¿El de los muertos?

—Grawell. El de las brujas y brujos.

—¡No jodas que también tenéis vuestro propio mundo!

—Lo tenemos. En realidad es un planeta. Lamentablemente, no es nada fácil llegar a él.

—Me buscaste en el mundo de los muertos, me encontraste en una dimensión virtual y hablamos dentro de Aisling, en los sueños. No creo que para ti sea tan difícil llegar al de las brujas. Al fin y al cabo es el tuyo, ¿no?

—Tan fácil como para ti llegar al mundo de los muertos...

—¿Qué? —exclamó asustado Gare, al entender las palabras de su amiga.

—Una bruja solo puede llegar a Grawell cuando muere. En realidad, el mundo de las brujas no existía. El nuestro era, y es, el mismo que el del resto de los humanos. Vivíamos entre vosotros sin complicaciones. Hasta que los ignorantes de la época, incapaces de comprender lo que sobrepasaba sus minúsculos cerebros, decidieron perseguirnos, acusarnos de herejía y quemarnos en la hoguera. Entonces las brujas y brujos de la época decidieron protegerse. No iban a permitir que nadie les expulsara de su legítimo mundo, pero, en caso de ser atrapados y ejecutados, debían buscar la paz en otra parte. Por esta razón crearon uno en el que todos aquellos que perecieran en la hoguera o bajo el yugo de la injusta persecución

pudieran residir en paz, sin preocuparse de incultos asesinos.

—Espero que no me estés queriendo decir que, para encontrar la verdad que buscas, vas a tener que morirte... —murmuró Gare, negándose a aceptar lo que se estaba imaginando.

—Ojalá fuera solo eso, pero es peor...

—¿Peor que tener que morir? —cuestionó Gare tan sorprendido que Triz pudo sentir el temor en su tono de voz.

—Peor. Tengo que pedirte que seas tú quien me mate. No puedo confiárselo a nadie más.

—¿Que te mate? ¿Yo? ¡¿Estás loca?! ¡Cómo voy a hacer eso!

—Quemándome en la hoguera. Como te he dicho, ese lugar solo es accesible para aquellas brujas que mueren perseguidas. Las que morimos en paz no somos llevadas a Grawell. Tenemos que acabar de una manera injusta y cruel para poder entrar.

—Pero yo no te puedo quemar en una hoguera, Triz... —Las palabras de Gare sonaban llenas de preocupación.

—No te preocupes, es doloroso… al mundo de las brujas es difícil entrar, pero, si se quiere, se puede salir. Solo tienes que asegurarte de que, una vez que cruzo al otro lado, nadie le hace nada a lo que quede de mi cuerpo. Cuando encuentre la verdad allí, regresaré y será como si no hubiera pasado nada.

—Si las brujas quemadas en la hoguera pueden regresar, ¿por qué ninguna lo ha hecho hasta ahora?

—¿Quién te ha dicho a ti que no lo han hecho? —replicó Triz esbozando una sonrisa traviesa que a Gare le hizo sonreír—. Algunas consiguieron regresar. Otras decidieron quedarse en ese nuevo mundo, y quienes no pudieron regresar fue porque no quedaba nada de su cuerpo en este lugar para hacerlo. Es por eso por lo que tienes que proteger el mío, para que pueda volver.

—Vale. Entonces me aseguras que vas a regresar, pero que necesitas que yo te queme en una hoguera. Lo de devolverte el colgante me resultó más sencillo, ¿eh?

—Bueno, para salir del mundo virtual, también tuviste que dejar que te mataran. Y no tenías la seguridad de que fuera a funcionar...

—Ya, pero tuve que dejar que me pegaran un tiro. No matar a una persona que me importa —replicó Gare ocultando que, en realidad, tenía tantas ganas de salir del mundo virtual que hasta morirse le parecía mejor idea.

—Ah, ¿sí? ¿Te importo, Gare?

—Mucho. Desde que éramos críos, ya lo sabes…

—¿Y qué serías capaz de hacer para demostrarme que, de verdad, te importo?

—Cualqui... Vale, ya lo he pillado. Ya sé a dónde quieres llegar —concluyó Gare, al darse cuenta de lo que pretendía Triz.

—En serio, no te lo pediría si no fuera necesario. A mí me hace la misma poca gracia que a ti tener que dejar que me quemen, pero hay algo mucho más importante que proteger, y estoy dispuesta a soportar ese dolor para hacerlo.

—Déjame pensarlo, ¿vale?

—Me encantaría que lo pensaras, pero no tenemos tiempo. El eclipse de la estrella azul con la luna de Grawell es pasado mañana.

—Me tendrás que dar una clase rápida de cómo quemar brujas...

—Ahora no puedo, Alana se acaba de despertar. Iré a tu casa mañana. Espérame allí, por favor.

Triz salió de su estado de sueño sin dejar responder a Gare. Sabía que, si lo hacía, intentaría poner alguna pega. Ya se encargaría de hablar con él cuando se encontraran frente a frente. Seguro que en persona sería más fácil hacerle comprender la importancia de lo que iban a hacer. Le devolvería el colgante de su tía si con eso ganaba confianza. Ahora se tenía que preocupar de Alana, que había pegado un grito a su lado y respiraba agitada.

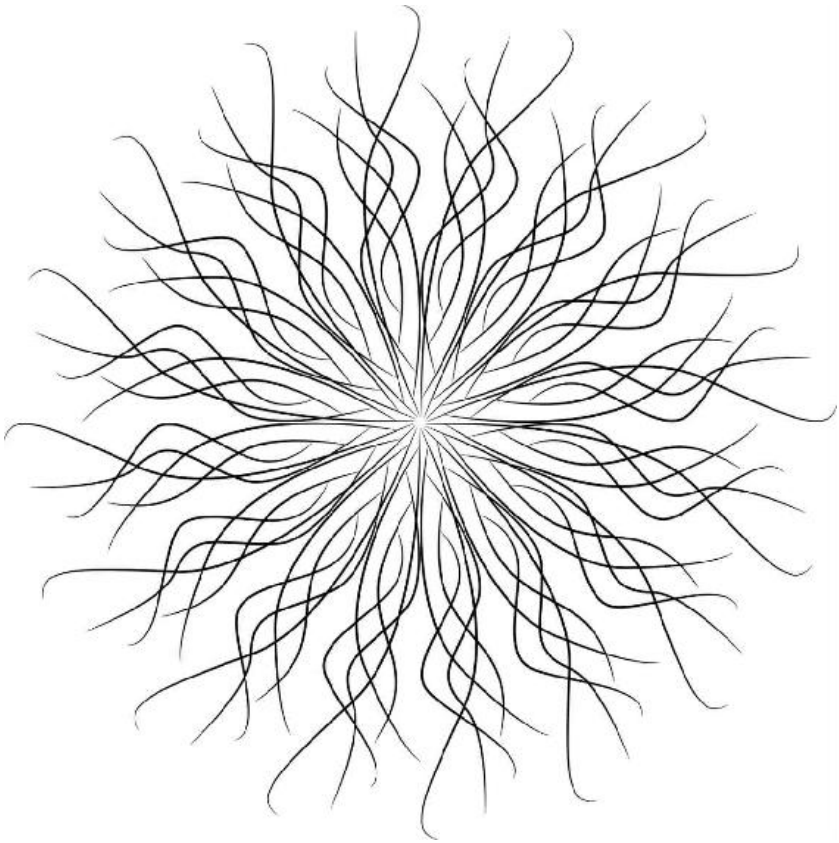
—Cariño, ¿estás bien? ¿Has tenido otro sueño? —preguntó agarrando a su hija por la cintura.

—Sí, mami, otro sueño con el hombre malo.

—Pero no tienes que asustarte. Ya te he dicho varias veces que los sueños son mensajes de otro mundo. El hombre malo no puede hacerte nada en el de los sueños.

—Lo sé, pero es que en este también salías tú y él sí que te podía hacer daño.

—21—



Sueño de Alana

Estaba nerviosa, sentada en las escaleras que bajaban de la entrada del colegio al patio. Todas sus amigas también se encontraban inquietas. En la siguiente clase, la profesora les iba a dar las notas del trabajo que tanto esfuerzo le había costado hacer y, durante el recreo, ella y sus amigas no hablaban de otra cosa.

«Yo creo que lo hice bien». «Yo también». «¿Os acordasteis de poner lo de la Revolución?». «¡Ala! A mí se me olvidó». «Mari va a suspender, Mari va a suspender».

El tiempo de recreo pasaba tan despacio, ese día, como los minutos en las pesadillas que solía tener por las noches y que causaban que le costara tanto dormir. Estaba cansada, se sentía agotada, pero esperaba que una vez aprobado el trabajo, los sueños volvieran a dejarla dormir.

Su madre le había dicho varias veces que no debían de darle

miedo, que eran como una película, que solo tenía que verlos y, al día siguiente, podían comentarlos. Pero a ella le había tocado vivir en un mundo en el que ya no era tan fácil ver una película como lo era en el pasado. Desde la tormenta solar, no tenían televisión en casa y se tenía que conformar con leer esas historias en los libros. Y a ella le gustaban los libros antiguos que contaban cómo era la vida antes, llena de móviles y de programas de televisión que le parecían de ciencia ficción, aunque todavía recordaba cómo, cuando era más pequeña, había visto algún programa infantil. Antes de que todo cambiara, antes de que empezaran las pesadillas.

La profesora salió a llamarlas como cada día al terminar su horario de descanso, pero, al contrario que el resto de veces, que se hacían las sordas para tardar unos minutos más en entrar, esa mañana todas salieron corriendo a clase. Querían saber las notas cuanto antes.

Cuando la maestra mandó callar, las piernas le temblaban por los nervios. Por fortuna, era de las primeras en la lista y no tuvo que esperar mucho para conocer su calificación.

—Amber, suspenso. Mari, suficiente. Adam, suficiente. Alana, sobresaliente, buen trabajo, Alana. Eric, suspenso...

El resto de la clase se le hizo eterna. Estaba deseando salir del colegio e ir a casa a contarle a sus padres la nota que había sacado en el trabajo de Historia. Estaba tan contenta que se le olvidaron el cansancio y las pesadillas y solo deseaba salir disparada a celebrarlo y enseñarles el trabajo. Si la hubieran dejado, no le habría importado volver a casa corriendo en lugar de en el autobús.

El día no podía ser más increíble. El aire olía a pan tostado; el cielo estaba rojo como en los mejores días, sin nubes que amenazaran lluvia; el sol brillaba con fuerza y la llenaba de energía. Su madre decía que, desde la tormenta solar, exponerse mucho tiempo a los rayos era peligroso, pero le gustaba sentir el calor en la piel. Los días de frío intenso y de lluvia que la obligaban a quedarse en casa por seguridad eran los peores. Se aburría.

Alana miraba por la ventana del autobús, descontando los segundos que le quedaban para llegar a su parada y ver a su madre, que seguro que la estaba esperando. Quería bajar del vehículo, enseñarle el trabajo y correr al parque para disfrutar del día soleado. Esperaba que no le pusieran pegas después de haber sacado tan buena nota. Seguro que su madre le dejaba quedarse en el parque cinco minutos más, pese al peligro de que el sol le quemara la piel.

—¡Mami! —exclamó saltando desde las escaleras hasta abrazar a su madre sin llegar a tocar el suelo—. He sacado un sobresaliente en el trabajo —añadió, sin soltarse de su cuello.

—¿Un sobresaliente? ¡Qué bien! Eso hay que celebrarlo. ¿Qué te apetece hacer?

—¡Quiero quedarme en el parque hasta que se vaya el sol! —gritó eufórica Alana.

—Eso es mucho tiempo y ya sabes que el sol es peligroso. Además, tenemos que ir a recoger a tu hermana pequeña.

—Pero he sacado un sobresaliente y me has dicho que eligiera lo que me apetece hacer, y me apetece ir al parque...

—Está bien. Recogemos a tu hermana y nos vamos las tres al parque, pero me tienes que dejar ponerte la protección solar y prometerme que, cuando yo te diga que nos tenemos que ir a casa, no me vas a poner ninguna excusa y me vas a hacer caso a la primera.

—Vale —Alana aceptó con rapidez, aunque sabía que su madre iba a querer irse a casa mucho antes que ella y que iba a intentar prolongar la estancia unos minutos más poniéndole carita de pena.

Alana estaba tan entusiasmada que, mientras esperaban al autobús que traía a su hermana Maya, no dejó de hablar de todo lo que había hecho en el colegio, de sus amigas, de lo pesados que eran algunos chicos; todo para terminar siempre hablando de la nota que había sacado en el trabajo.

Solo cambió de tema cuando se dio cuenta de que el autobús de su hermana pequeña tardaba mucho más que de costumbre.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó mirando a la carretera por la que veía llegar el vehículo cada tarde.

—Pues no lo sé, Alana, pero ya tiene que estar a punto de llegar.

—¿Por qué tiene que llegar tarde justo el día que vamos a ir al parque? —insistió, perdiendo la sonrisa por primera vez desde que le habían dado la nota.

—Te he dicho que no lo sé. No puedo hacer nada para que el autobús venga antes. Tendrás que tener paciencia y esperar...

—Vale, pero todo este tiempo me lo tienes que añadir al rato que íbamos a estar en el parque.

—Eso ya lo veremos. Que ya sabes que estar mucho tiempo en la calle no es bueno.

—Para mí, sí. Lo que no es bueno es estar aburrida en casa. Ponme la protección solar mientras esperamos y así luego podemos ir directas al parque.

Su madre, que también empezaba a impacientarse por la tardanza del autobús, buscó en el bolso la crema y empezó a aplicársela, sin quitar ojo al asfalto.

Alana, que de espaldas a la carretera miraba lo que pasaba al otro lado, abrió la boca hasta que casi se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, al ver su cara de

preocupación.

—Nada, nada. ¿Viene ya Maya? —respondió para evitar que su madre se girara a ver qué pasaba.

En el horizonte, una nube empezaba a formarse y se volvía cada vez más grande. Hacía remolinos y crecía como los algodones de azúcar cuando giras el palo dentro del cuenco. Pero esa nube no era de color rosa, era de un negro que asustaba. Si su madre la veía, ya se podía olvidar de pasar el resto de la tarde en el parque.

El autobús seguía sin llegar y las sombras seguían creciendo. Ocupaban gran parte del horizonte y, con cada giro, parecían acercarse a ellas. A Alana empezó a recordarle a las nubes que solía ver en sus sueños antes de que el hombre malo apareciera.

—Mami...

—¿Qué quieres ahora, Alana? —preguntó su madre mientras guardaba la crema protectora de nuevo en el bolso.

—Mami, algo no va bien... —respondió ella señalando al lugar donde seguía creciendo la negrura.

Su madre se giró para mirar hacia donde ella señalaba. Cuando vio la nube en el cielo, se alteró.

—¡Tenemos que irnos a casa! —gritó para hacerse oír por encima del ruido de viento que empezaba a levantarse—. ¡¿Dónde diablos está el autobús de tu hermana?!

—No lo sé, mami, pero empiezo a tener miedo... Esa nube se parece mucho a las de mis pesadillas.

—Tranquila. Estoy aquí y no va a pasarte nada.

Pese a la seguridad en el tono de voz de su madre, se dio cuenta de que ella también estaba preocupada. Se agarró a su mano con fuerza y se cobijaron del viento, apoyándose en la pared de uno de los edificios.

La nube negra ya cubría todo el cielo, el viento hacía volar los papeles del suelo levantándolos por encima de las viviendas. Los rayos iluminaban su interior, pero no caían al suelo, solo cruzaban de un lado al otro del firmamento.

Estaba tan asustada que soltó la mano de su madre y se agarró con las dos a su cintura. El aire ya no olía a pan tostado, olía como cuando a su madre se les quemaba la comida.

—Mami, quiero irme a casa...

—No podemos irnos sin tu hermana —replicó Triz que miraba con preocupación a la carretera y a la nube que seguía creciendo.

Por fin, el autobús del colegio de Maya apareció por el fondo de la calle. Alana respiró aliviada, pero sin soltarse de la cintura de su madre. En cuanto su hermana pequeña se bajara del autobús podrían irse a casa. Ya no quería ir al parque, el día ya no era soleado y bonito. El negro era el color que menos le gustaba de

todos. Quería volver a su hogar y protegerse de la lluvia, que no tardaría en empezar a caer, y leer alguno de los libros que tanto le gustaban.

Cuando el vehículo se acercó a donde estaban, Alana ahogó un grito. No había nadie conduciéndolo, no había niños sentados en sus asientos, su hermana no estaba dentro. O, al menos, eso deseó al ver que en el interior del autobús viajaban, llenándolo todo, la mismas sombras que cubrían el cielo.

—¡Es el hombre malo de mis sueños! —gritó Alana al ver en el autobús a un hombre mutilado, al que le faltaba una pierna, y con la piel quemada.

Su madre y ella corrieron, contra el viento, hasta llegar a un portal cercano. Llamaron a todos los pisos, hasta que respondieron desde uno de ellos.

—¿Puede abrirnos? Nos ha cogido la tormenta por sorpresa y necesitamos resguardarnos. —Sin llegar a responder del otro lado, se escuchó el ruido de la puerta al abrirse.

Entraron en el portal y cerraron tras ellas. Desde dentro, observaron como el autobús se detenía en la parada y se abrían las puertas.

La nube no quiso contener más tiempo la lluvia que llevaba dentro. El calor del día provocó que las primeras gotas se evaporaran nada más tocar el suelo y una bruma gris empezó a elevarse.

—¡Mamá, la lluvia! —exclamó Alana— ¡La lluvia es roja!

Las gotas, como si fueran pintura de color carmesí, fueron tiñendo de color rojo el asfalto, los árboles, las paredes de los edificios. Alana se quedó paralizada cuando vio salir al hombre mutilado del autobús. Este comenzó a caminar sobre la niebla, dando la sensación de no tocar el suelo con su único pie. Dos gotas de lluvia roja se quedaron brillando en el rostro de aquella silueta carbonizada como dos ojos malvados que miraban hacia el portal donde se escondían.

—¡Quédate aquí! —ordenó su madre, agarrándola por los hombros.

—¿Dónde vas? —preguntó Alana, asustada.

—No voy a dejar que te pase nada malo. Voy a salir.

—¿Vas a luchar contra el hombre malo?

—Quédate aquí y no salgas. Pase lo que pase, no salgas del edificio. Prométemelo. —Alana solo pudo asentir con la cabeza, pero se resistía a quedarse sola dentro del portal y no soltaba la ropa de su madre—. Volveré enseguida y nos iremos a casa.

En cuanto su madre abrió la puerta, el viento y la bruma entraron en el portal y obligaron a retroceder a Alana hasta las

escaleras. Triz tuvo que luchar contra las inclemencias meteorológicas para poder cerrar a sus espaldas. Solo pudo ver, a través del cristal de la puerta, como la lluvia roja teñía la ropa de su madre y empapaba su pelo y su cara.

El hombre malo, de ojos inyectados en carmín, siguió avanzando sobre la bruma acercándose a Triz, sin decir nada. En realidad, ni siquiera podía ver una boca en el rostro desfigurado de aquel amorfo ser que avanzaba amenazante hacia su madre.

De pronto, en menos de un parpadeo, todo el paisaje cambió fuera del portal. Su madre y el hombre malo ya no estaban en la carretera. El autobús del colegio desapareció entre la niebla y, en su lugar, aparecieron árboles y plantas. Ambos se veían en el interior de un bosque. Alana se frotó los ojos para asegurarse que veía bien tras el cristal del portal.

Vio cómo su madre levantaba las manos hacia el cielo y pronunciaba unas palabras que no pudo entender. Después, los bajó y dibujó un círculo en el aire. La bruma desapareció del suelo, a su alrededor. El hombre malo se detuvo. Alana sintió una ola de alegría subiendo por su espalda. Su madre había conseguido detener el avance de aquel ser solo moviendo las manos. Era la mejor madre del mundo.

Tras unos segundos inmóvil, la figura siniestra levantó también sus manos al cielo. Bajo sus ojos, como una cicatriz sangrante mal curada, su boca se abrió y comenzó a hablar. Al contrario que con la voz de su madre, Alana sí pudo escuchar sus palabras.

«May the forces of evil break your shield! May the rays of the sky make you burn!».[13]

Los rayos que brillaban dentro de la nube chocaron en el cielo sobre la cabeza de Triz y cayeron sobre el bosque, para cubrirla de una luz amarilla cegadora.

Alana no aguanto más y gritó.

—22—

No es fácil llegar a Grawell. Noviembre de 2048

Acariciaba el pelo de su hija mayor para intentar calmarla. Se veía que, pese a que hacía rato que se había despertado de la pesadilla, su pequeña seguía angustiada.

—Y cuando vi que los rayos caían sobre ti, grité y me desperté. Era otra de mis pesadillas con el hombre malo, pero, esta vez, era distinta. Salías tú también en mi sueño, y era tan real… Ni siquiera me acordaba de que estaba en la cama.

—¿Cómo dices? ¿Qué es eso de que no te acordabas de que estabas en la cama? —preguntó sin dejar de acariciarle el pelo.

—Normalmente, cuando tengo esos sueños, sé que lo son porque recuerdo haberme acostado y sé que, aunque me asuste, todo lo que veo no está pasando de verdad. Hoy no sabía que era un sueño. Pensaba que estaba pasando de verdad. Como cuando lo vi en mi

ventana. Me alegro tanto de que estés bien, mami... —dijo Alana abrazando el cuello de su madre.

Las últimas horas de la noche las pasó mirando el techo de la habitación de su hija, que consiguió volver a dormirse un rato antes de tener que ir al colegio. Le dolía la cabeza después de una noche sin descansar.

No quería dejar a su hija sola con las pesadillas. Sabía que esas premoniciones se podían llegar a tener incluso sin estar dormida y no quería que eso le pasara a Alana sin estar presente. Por otro lado, tenía que ir al mundo de las brujas para descubrir cuál era esa verdad que su tía Helen le había dejado escrita y no podía dejar pasar el tiempo. Quedaban solo dos días para el eclipse e iba a perder uno poniendo excusas y viajando hasta su ciudad para encontrarse con Gare.

Si le hablaba a su marido de que tenía que quemarse en una hoguera, la encerraría en un psiquiátrico; si se lo pedía a su amiga Nara, no sería capaz de hacerlo. Aunque era su mejor amiga y sabía que podía hablarle de todo y contar con ella para casi cualquier cosa, pedirle que la quemara viva era algo que no llegaría a entender. Sabía que podía confiar en Gare, que había sido capaz de dejarse pegar un tiro por salir del mundo virtual solo porque ella se lo había pedido. Era al único que podía pedirle que hiciera eso por ella. No había otra opción.

Tener que explicar a Óscar que iba a volver a marcharse y pasar la noche fuera le acentuaba el dolor de cabeza. No podía contarle la verdad, pero le dolía tener que mentirle. Esta vez, se ahorraría la excusa del viaje. Le diría que tenía que pasar el día en el hospital por una urgencia, con la esperanza de que no se acercara a su trabajo a comprobarlo.

Eligió el momento en que se tenía que ir a trabajar para hablarle.

—¿Puedes pasar a recoger hoy a las niñas al colegio? Ha surgido una urgencia en el hospital y me temo que voy a tener que quedarme de guardia toda la noche.

—¿Vas a pasar otra vez la noche fuera?

—La voy a pasar en el hospital, no en la calle. Allí no correré ningún peligro con el toque de queda —contestó, sintiéndose culpable por mentir—. ¿Recoges tú a las niñas o no?

—Vale, yo las recojo, pero intenta solucionar la urgencia cuanto antes. Sabes que no me gusta que pases las noches fuera.

—Haberte casado con una abogada y no con una doctora. Volveré a casa en cuanto me sea posible. Se te hace tarde. Tienes que ir al trabajo.

No le quería dar la oportunidad de réplica. Sabía que, si lo

hacía, terminarían discutiendo otra vez, y no soportaba discutir. Menos aún cuando sabía que él tenía razón y que le estaba mintiendo. La cara de Óscar al marcharse no le ayudó a sentirse mejor.

«Ojalá entendieras lo importante que es todo esto y me apoyaras. No tendría que mentirte...».

Tras llevar a sus hijas al colegio andando, después de que el sueño de la mayor le hiciera renegar de dejarlas en el autobús, se acercó a su trabajo para decir que una de sus hijas no se encontraba bien y pedir uno de los días de permiso que le correspondían. Desde allí, se fue a la parada de autobuses para ir a casa de Gare.

Suspiró, intentando dejar atrás su propio malestar para poder centrarse en lo que tenía que hacer. Se intentaba mostrar convencida del paso que iba a dar, pero, en realidad, temblaba de miedo. Sabía que entrar en el mundo de las brujas no era fácil, que el dolor que iba a experimentar sería casi insufrible y, si no fuera por el valor que le insuflaba saber que todo aquello lo hacía por el futuro de sus hijas, ni siquiera se lo habría planteado.

Aun así, cuanto más se acercaba el momento, más dudas y temores la atormentaban. Se había pasado el resto de la noche en vela buscando maneras de evitarlo, pero no las había encontrado. Se sentía acobardada, temerosa, y no se atrevía a subir a casa de Gare porque sabía que, si lo hacía en ese estado, no sería capaz de convencerlo de que lo hiciera. ¿Cómo iba a convencer a nadie si no estaba segura ella misma?

Tener que subir los pisos andando hasta la nueva casa de Gare y el tiempo que eso le llevó le permitieron seguir dándole vueltas a la cabeza. Cuando llamó con los nudillos a la puerta era un manojo de nervios y temores.

—¡Triz! —exclamó Gare al abrir la puerta y la abrazó como si fuera un oso—. No me avisaste de que ibas a llegar tan pronto.

—No sabía cuándo iba a poder venir. Ha sido todo muy precipitado desde que leí el mensaje, pero no tenemos tiempo que perder —contestó ella devolviendo el abrazo. Era la segunda vez que Gare la abrazaba desde su reencuentro y las dos veces había sentido una energía recorriéndole el cuerpo, desde los pies hasta el pelo. Una energía que no sabía muy bien cómo definir porque, aunque cálida, le hacía sentir escalofríos.

—No he podido dormir desde que hablamos. Todavía no me creo lo que me pediste.

—Yo tampoco he podido volver a conciliar el sueño.

—Es verdad, que tu hija mayor, Alana me dijiste que se llamaba, ¿verdad?, se había despertado. ¿Qué fue? ¿Otra de esas pesadillas que me has comentado que tiene?

—Sí. ¿Te importa que pase dentro y te lo cuento todo sentados? Subir hasta tu casa es agotador —replicó Triz, esperando a que se apartara de la puerta.

Gare la invitó a pasar. La acompañó por el corto pasillo y la ofreció sentarse en uno de los sofás que había en el salón. Después, se fue a la cocina y trajo un vaso de agua.

—Has salido ganando con el cambio de casa, ¿eh? —comentó cuando Gare se sentó, después de echar una ojeada al salón.

—La verdad es que sí. Aquí tengo agua y electricidad y hay comida para una temporada en la despensa. Está mejor amueblada que la mía y he podido trasladar mis cosas sin problemas.

—Perfecto. Ahora hablemos de qué vamos a hacer para que yo pueda llegar a Grawell —interrumpio Triz intentando pasar cuanto antes el mal trago.

—Me vas a tener que explicar eso mejor, porque entenderás que eso de quemarte viva no me termine de convencer.

Le explicó lo que había pasado la noche anterior con el mensaje del colgante y el hechizo de su tía, y por qué tenía que cruzar al otro lado para encontrar la verdad que se escondía durante el eclipse, al encender las aguas, antes de que los espíritus no deseados llegaran.

—Que el único modo de cruzar a ese mundo sea con mi muerte en la hoguera ya te lo conté. Alana soñó ayer, otra vez, con el hombre malo, como ella lo llama, y no pienso dejar que siga teniendo ese tipo de pesadillas. Tengo que acabar con todo esto cuanto antes. Sus visiones son cada vez más reales.

—Pero, ¿qué es todo esto? Aún no me has contado a qué nos enfrentamos. No se me ocurre qué puede ser peor que un mundo postapocalíptico después de una Tercera Guerra Mundial y de una tormenta solar.

—Un mundo sin esperanza, uno sin futuro, sin alegría. Un mundo sin magia.

—No lo entiendo. Desde que nos reencontramos, he aprendido que no existe solo un mundo, hay varios: el de los muertos, el de los sueños, el de las brujas, incluso uno virtual en el que puedes terminar encerrado. ¿No podríamos crear uno nuevo sin guerras, sin tormentas solares, sin pesadillas, e irnos todos a vivir allí?

—No, no podemos. Bueno, en realidad, sí que podríamos, pero el caso es que no solo está en peligro este mundo. Están en peligro todos y cada uno de ellos y, aunque creásemos otro, si no terminamos con la amenaza que se cierne sobre nosotros, ese también acabaría desapareciendo. Es complicado de explicar.

—Y de entender... Tengo una pregunta más. ¿Por qué tienes que ser tú quién se encargue, sola, de salvar a todos esos mundos?

—No lo sé. Solo sé lo que me dicen mis sueños y que mi tía me dejó un mensaje oculto en un colgante y en su libro de las sombras. Y lo dejó para mí, para nadie más. También sé que mi hija mayor tiene sueños sobre la llegada de un hombre malo y no puedo permitir que sea ella quien se enfrente a él. Es todavía muy joven. Tengo que hacerlo yo.

—¿Y me aseguras que vas a regresar del mundo de las brujas igual que estás ahora? ¿Que las quemaduras de la hoguera no te van a afectar en nada? Es que sería una pena perder a una mujer tan guapa por un fallo de cálculo con las llamas... —comentó Gare intentando rebajar el cariz profundo que estaba tomando la conversación.

—Siempre estás igual. Gracias por pensar que estoy guapa, aunque creo que los años no me han sentado tan bien, pero no me cambies de tema porque lo que te estoy contando es muy serio.

—Yo pienso que los años que hemos estado sin vernos te han sentado muy bien. Y sí, ya sé que el tema es muy serio, pero no sé enfrentarme a los temas complejos con seriedad. O los rebajo con un poco de conversación ligera o me sobrepasan.

—No tenemos tiempo para conversaciones ligeras. Te prometo que regresaré de Grawell con el mismo aspecto que tengo ahora. Ni siquiera voy a perder los kilos de más ni las canas ni las arrugas. Por desgracia...

—Pues a mí me gusta tal y como estás.

—Y dale. Que soy una mujer casada… —replicó Triz con gesto serio.

—Y yo tengo buen gusto —añadió Gare con una sonrisa—. Digamos que estoy dispuesto a hacer lo que me pides. ¿Qué es, exactamente, lo que tendría que hacer? —preguntó regresando al tema de la conversación ahora que el ambiente era algo más relajado.

—Fabricar una hoguera, atarme a ella, pronunciar un discurso en el que se me acusaría de brujería y herejía y prenderme fuego. Después, tendrías que custodiar mi cuerpo hasta que regrese. Nada más.

—Nada más dice... Aunque lo de atarte no deja de resultarme tentador, el resto no me hace tanta gracia.

—¿No vas a dejar de *ronearme*?

—Estoy a punto de dejarme convencer para quemarte en una hoguera. No se me ocurre mejor momento para hacer lo que no me atreví cuando era un adolescente idiota.

—Llegas un poco tarde para eso. Vamos a hacer lo de la hoguera antes de que alguno de los dos nos arrepintamos. Por cierto, te he traído el colgante de mi tía Helen. Me dijiste que eso te hacía sentir

más seguro. Te dejo que te lo quedes hasta mi vuelta de Grawell.

—Gracias. La verdad es que me acostumbré a tenerlo conmigo y ahora que sé que te lo regaló una bruja me hace sentir protegido. En cuanto a la hoguera, mientras no tengamos que hacerla en mi nueva casa... —añadió Gare mientras volvía a colocarse el colgante alrededor de su muñeca.

Triz se rio con el comentario. Estaba claro que no sabía nada sobre el mundo de la magia y que los hechizos siempre funcionaban mejor al aire libre o en lugares mágicos por los que crucen líneas ley. Le explicó que tendrían que ir a algún sitio apartado en el que pudieran encontrar las maderas necesarias y en el que nadie los interrumpiera. Un lugar en el que pudieran estar varias horas sin ser descubiertos para que nadie se interpusiera en su regreso y donde las llamas no llamaran la atención de la N.P.V.N.

Gare, por su parte, pidió que le contase más sobre esa policía, el toque de queda nocturno y sobre lo que podría pasarle si la N.P.V.N lo encontraba custodiando el cuerpo de una mujer quemada en la hoguera por la noche. La respuesta que le dio Triz no le hizo ninguna gracia.

—Te detendrían, te meterían en la cárcel sin juicio ni explicaciones y, lo peor, se desharían de mi cuerpo dejándome sin un lugar al que poder regresar.

Buscar en la caótica ciudad un sitio en el que un fuego no llamara la atención resultaba imposible. Tampoco podían encontrar madera suficiente para prenderlo allí por lo que decidieron irse a las montañas, aunque para ello tuvieran que caminar un par de horas.

Antes de salir de la urbe fueron al centro comercial a hacer unas compras. Necesitaban unos cuantos metros de cuerda y un encendedor. La valentía no podían comprarla.

Al principio de la caminata siguieron hablando de cómo había quedado el mundo tras la tormenta solar y sobre los sueños que tenía Triz, pero cuando llegaron a las primeras cuestas de la montaña ambos se quedaron en silencio intentando no quedarse sin aire.

Gare caminaba un paso por delante cargando con los metros de cuerda y sin protestar. Tras él, Triz iba pensando en cómo no había dudado en ponerse en peligro para salir de la dimensión virtual solo porque ella se lo había pedido, sin titubear ni un momento; en cómo la había escuchado con lo referente a sus visiones sin dudar de que le estaba diciendo la verdad, sin criticarla y sin cuestionar su cordura. Ahora se mostraba dispuesto a llevar a cabo lo que cualquier otra persona hubiera tildado de locura solo con mencionárselo.

«Qué mono», pensó cuando recordó que Gare había seguido llevando su colgante, pese a que habían pasado muchos años desde la última vez que se habían visto. Le parecía tan romántico...

«¿Dónde habrás estado metido los últimos quince años...?».

—Teníamos que haber comprado agua —irrumpió Gare, sacándola de sus pensamientos, en medio de un ataque de tos.

—Estás fatal de forma, ¿eh?

—La última vez que hice ejercicio de forma voluntaria fue en el patio del colegio. El otro día, al regresar a casa, casi muero subiendo las escaleras. ¿No crees que ya estamos lo suficientemente lejos?

—No, Gare. No es suficiente —negó Triz mientras volteaba y miraba dónde quedaba la ciudad a sus espaldas—. Apenas nos hemos alejado. Si hacemos la hoguera aquí, la verán enseguida. Tenemos que encontrar un sitio desde el que no se vean las llamas y esperar a que sea de noche para que tarden en detectar el humo.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la cima de la montaña. Desde allí, Triz echó una ojeada a su alrededor. Sintió cómo una punzada de nostalgia le hacía estremecer.

De joven, había subido a aquel mismo lugar varias veces y ahora se veía incapaz de reconocerlo. En su infancia y adolescencia, aquel lugar era un bosque lleno de árboles frondosos, de maleza, de mesas para campistas y de bancos para descansar en medio de la naturaleza. Ya no quedaban asientos, los árboles escaseaban y muchos de ellos se mantenían en pie de milagro porque por dentro ya estaban muertos. El calor del sol quemaba sus troncos y las lluvias torrenciales, en lugar de ayudarles a crecer, envenenaban sus raíces. El paisaje se mostraba tan desolador que terminó contagiando su ánimo.

—No hay ningún sitio en el que podamos escondernos. Nada. Hagamos donde hagamos la hoguera, nos descubrirán.

—¿Y si no nos preocupamos tanto por el fuego y actuamos para que no nos encuentren después? —propuso Gare después de mirar a su alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no podemos hacer la hoguera sin que la descubran, lo que tenemos que hacer es cambiar de sitio una vez hayas pasado al otro lado.

—¿Quieres decir que trasladarás mi cuerpo a otro sitio una vez haya pasado al mundo de las brujas? ¿Y a dónde? —preguntó señalando con las manos el desolador paisaje.

—Allí —contestó Gare indicando una pequeña cueva al otro lado de la cima—. Solo tenemos que hacer la hoguera en un sitio algo alejado. Si la N.P.V.N. la descubre y acude a ver las llamas, buscará

en los alrededores. Al no ver a nadie, pensarán que el que haya provocado el fuego ha huido, ya que nadie es tan tonto de quedarse a esperar a que la policía lo detenga, y regresarán a la ciudad después de apagar las llamas.

—¿Y si buscan en esa cueva?

—Yo me encargaré de que no nos encuentren.

—¿Y cómo me vas a sacar de la hoguera sin apagar las llamas?

—También tendríamos que haber comprado guantes ignífugos en el centro comercial... —respondió Gare intentando sonreír.

—¿Y vas a poder llevarme en brazos hasta la cueva?

—¿Quieres dejar de poner pegas? Haré todo lo que pueda para que no te pase nada. Si no puedo ponernos a salvo, ocultaré tu cuerpo y dejaré que la N.P.V.N. me atrape. Confesaré que hice la hoguera y ya está. Me llevarán detenido, pero dejarán de buscar y podrás volver a tu cuerpo cuando regreses de Grawell.

—¿En serio harías eso? —preguntó Triz sorprendida.

—¿Y qué más puedo hacer? ¿Dejar que espíritus malignos terminen con los mundos? No creo que la N.P.V.N. sea peor que eso.

—Hasta ahora nadie había creído en mí. Nadie había dado crédito a mis sueños sin poner en duda mi juicio. —A Triz le resbaló una lágrima por la mejilla.

—¡Ey! Haz el favor de no llorar. ¿No ves que si te mojas la cara va a ser más difícil que ardas? —replicó Gare, secándole la lágrima con uno de sus dedos e intentando sonreír—. Siempre voy a confiar en ti, Triz. Siempre.

—A ver dónde pones las manos cuando traslades mi cuerpo, ¿eh? Que no me entere de que te aprovechas de la situación —bromeó Triz secándose los ojos con el dorso de la mano—. No eres el único que necesita, a veces, rebajar las conversaciones serias.

Cuando los últimos rayos de sol se perdieron por el horizonte, colocaron la última de las maderas encontradas tras mucho buscar. Habían tenido que arrancar ramas de árboles muertos, recoger basura y maleza durante horas, para conseguir hacer una hoguera lo suficientemente grande como para que Triz pudiera subirse en ella. Colocada sobre la pila de maderas, le pidió a Gare que la atara al tronco de árbol mutilado que servía como pilar.

—Cuando tenía esta fantasía contigo, no me la imaginaba así —comentó él mientras la rodeaba con la cuerda y la fijaba al tronco.

—¿Quieres dejar de decir bobadas...?

—Me encantaría, pero no puedo. Estoy demasiado nervioso como para no decirlas. Me ayudan a tranquilizarme. ¿En serio ves necesario que te ate?

—Gare, soy bruja, no imbécil. Tengo instinto de supervivencia.

Si no me atas al árbol con fuerza, en cuanto las llamas empiecen a quemarme, saldré corriendo. Y como me queme para nada quien va a tener que esconderse serás tú.

—Vale, vale, entendido, pero no sabes las ganas que me están entrando de besarte ahora que estás atada.

—¡Ni se te ocurra!

—En realidad, las ganas de besarte las tengo desde que éramos unos críos, pero tranquila, no lo haré. Era solo una broma.

—Más te vale.

—Lo de besarte lo dejaremos para cuando tengas las mismas ganas que yo —añadió Gare tensando más las cuerdas.

—Sigue soñando...

Solo la llama del encendedor le permitía a Gare ver la cara de Triz en medio de la oscuridad de la noche. Le temblaba el pulso y llevaba unos segundos con el encendedor prendido sin atreverse a acercarlo a la hoguera. Triz tampoco se atrevía a mirarle. Tras haberle animado en varias ocasiones a que lo hiciera, había cerrado los ojos esperando el momento.

Gare pronunció en voz alta las palabras que habían hablado por el camino.

—Triz Cooper ha sido acusada y condenada por herejía, por practicar brujería y por realizar rituales con el Diablo. Que las llamas eliminen para siempre su pecado. Si Dios considera que es inocente, su gracia la salvará de morir quemada.

Cuando Triz le dijo que tenía que pronunciar esas palabras, Gare le preguntó si alguna mujer había sobrevivido a la hoguera por la gracia de Dios. Triz le respondió que alguna sí, pero que, en ese caso, se consideraba una demostración de que la mujer había practicado magia negra para salvarse y se la encarcelaba de por vida. Una vez acusadas, las brujas no tenían escapatoria.

Gare arrojó el encendedor sobre la hoguera. Los matorrales secos no tardaron en arder y la madera muerta prendió de inmediato. Las llamas llegaron enseguida a los pies de Triz.

Gare se tapó los oídos para no escuchar sus gritos y cerró los ojos para no ver como las llamas envolvían el cuerpo de su amiga. Sus gritos de dolor se intensificaron tanto que no podía amortiguarlos con sus manos. Dio la espalda a la hoguera y se alejó unos metros. No entendía cómo había sido capaz de dejarse convencer para hacer aquello. Ahora ya no podía hacer nada. Si sacaba a su amiga del fuego, aquellos gritos no habrían servido de nada. Solo le quedaba confiar en ella y esperar que cumpliera su promesa de regresar.

—No me he atrevido a decírtelo nunca a la cara, pero te prometo que, si regresas del mundo de las brujas, te diré lo mucho

que me importas. Pero tienes que volver…

Una vez más llegaba tarde a expresar sus sentimientos. Los gritos de Triz habían cesado.

—23—

No es el momento

En cuanto los gritos de Triz cesaron, una sombra siniestra recorrió el páramo. Oculta tras unas rocas cruzó los brazos sobre su pecho ensangrentado y pronunció un hechizo:

—Kill my living part! Let the dead prevail![14]

Casi de inmediato los olores putrefactos de la galería le anunciaron que ya había llegado. Con esfuerzo, se puso en pie. Apoyado en su muleta, cruzó el pasillo que le separaba de la puerta con mayor decisión que las veces anteriores. Estaba seguro de que, esta vez, la información que llevaba sería suficiente para que le otorgaran lo prometido.

Pese al temor que le infundía tener que cruzar aquel lugar, en el que se sentía vigilado por los cuerpos colgados de las columnas, se comprometió a no volver a vomitar en el umbral. No quería tener que volver a limpiarlo. Había tenido que soportar el olor de su

miedo manchando su ropa desde entonces.

Había llegado el momento de obtener su recompensa, de volver a ser el hombre que fue antes de la Tercera Guerra Mundial. No iba a salir de allí conformándose con menos. Ya estaba harto de esperar. Si no cumplían lo prometido, prefería quedarse allí para siempre.

Sin detenerse, llamó a la puerta. Esta tardó unos segundos en abrirse, los suficientes para resquebrajar su confianza y generarle dudas. ¿Y si volvía a negarse? ¿Se atrevería a plantar cara aun a riesgo de terminar colgado en alguna de aquellas columnas?

—¿Y bien? —Dos ojos centelleantes lo miraron en cuanto cruzó las puertas. Una mirada que le infundía tanto respeto, tanto miedo, que no pudo evitar que se le escapara un pedo y que le temblara la única pierna que le quedaba.

—Ha viajado a Grawell. Si me da su permiso, ahora podríamos deshacernos de su cuerpo y encerrarla allí para siempre —manifestó deseoso de terminar con aquella misión de vigilancia.

—¿Y eso de qué nos serviría exactamente? —La mirada era tan aterradora que la pierna le falló y cayó de rodilla al suelo.

—Si ha viajado a Grawell, es porque lo que busca se encuentra allí. Solo tendría que ir y conseguírselo. Si destrozo su cuerpo en la Tierra, jamás podrá volver, y el mundo de los vivos caerá pronto en sus manos. Sus restos están vigilados por un pobre hombre bueno para nada. Será fácil.

—No es en Grawell donde Astrid quedó encerrada. Yo me encargué de desterrarla de allí. Su viaje todavía no ha terminado, pero está cerca de acabar.

—Pero estoy harto de vigilarla. ¡Quiero hacer algo más! Entrar en acción, que se me otorguen todos mis poderes. ¡Dejar de ser un mutilado! Me prometió sanarme. ¡Me prometió recuperar mi imagen! ¡Tenerlo todo! Quiero que pague por el desprecio que me hizo hace años y empezar de nuevo.

—¡Vuelves a dudar de mi palabra!

—No. Prometí que nunca os traicionaría, ser siempre fiel... Pero estoy tan harto de ser un sucio mutilado, andrajoso y medio muerto... ¡Yo era guapo, rico, poderoso! ¡Puta guerra de mierda! Quiero, deseo, necesito volver a ser quien era antes. Se lo ruego. Podría ayudar más a la causa si fuera el de antes.

—Está bien. Lo tendrás. Cuando regreses verás cumplida mi promesa. Volverás a ser quien eras, mejor incluso; ahora tendrás el poder de la magia en tus manos. Conseguirás todo lo que siempre has deseado. Podrás seducirla o acabar con ella, lo que quieras, pero antes tienes que esperar a su regreso de Grawell y seguirla hasta donde lo que allí descubra la lleve. Solo cuando Astrid le dé lo

que busca podrás ofrecerle un trato. Si lo acepta, tendrás lo que deseas, y si no lo hace... podrás matarla. Reservo un sitio perfecto para ella.

—Así lo haré. La vigilaré una última vez. Conseguiré lo que está buscando y pronto ambos tendremos lo que deseamos.

Se despidió con una reverencia y salió cojeando de la estancia.

—Maldito estúpido... —murmuró la sombra de ojos centelleantes antes de volver a tomar asiento—. Por supuesto que conseguiré mi propósito. Tú, en cambio, deberías tener cuidado con lo que, a veces, deseas.

—24—

Grawell, el mundo de las brujas

El dolor había menguado, las llamas se habían extinguido y Triz se aventuró a abrir los ojos. Tras aclimatar la vista a la oscuridad del lugar, pudo ver que estaba rodeada de árboles. El olor le recordaba al del bosque al que solía ir con sus padres de acampada cuando era pequeña.

Eran árboles frondosos que no dejaban pasar la luz de las estrellas y que se mecían bajo una suave brisa. Los animales poblaban sus ramas y emitían sus cantos, llenando el aire de melodías.

Extrañaba aquellos paisajes con los que el cambio de temperaturas tras la tormenta solar había terminado.

Quiso dar un paso para sentir las hojas bajo sus pies, como cuando se descalzaba y correteaba por el bosque mientras su madre la llamaba para comer en aquellas acampadas, pero sintió un dolor intenso en los hombros y en las muñecas que le hizo maldecir.

Extasiada, durante los primeros segundos, con la imagen casi olvidada de un bosque, se había olvidado de que tenía los brazos atados al tronco de un árbol a su espalda.

Como si de un *flashback* se tratara, su mente se llenó de imágenes de la infancia. Estaba en el mismo lugar al que solía subir con el colegio. En el mismo bosque lleno de bancos que había recordado con nostalgia al ascender hasta la cima de la montaña con Gare. Se encontraba atada al mismo árbol que habían usado como soporte de la hoguera, solo que ahora este no estaba muerto, ni cortado a la mitad de su tronco. Era un árbol vivo, que se perdía

por encima de su cabeza hasta entremezclar sus ramas con el resto de su especie.

Dio otro tirón para intentar soltarse de las cuerdas que la mantenían atada.

—Joder, Gare, ya podrías haberme atado un poco más flojo —musitó cuando vio que la soga no cedía y que seguía sin poder moverse.

No tenía ni idea de que al cruzar al mundo de las brujas se iba a encontrar en la misma situación en la que había dejado el anterior mundo. Nadie se lo había explicado. Ahora había conseguido cruzar al otro lado, pero no podía hacer nada. No podía ir a ninguna parte y tampoco se atrevía a pedir ayuda a gritos. A Grawell no solo iban a parar las brujas buenas, también iban las que usaban magia negra para sus hechizos. Y no quería encontrarse con ninguna de estas últimas.

Siguió forcejeando con las cuerdas intentando soltarse. Probó rasgarlas contra la corteza del árbol, pero, además de representar un arduo trabajo con pocos réditos, también terminó por arañarse la piel de los brazos. Con la piel enrojecida y los brazos ensangrentados, maldijo su mala estrella dando golpes con los pies contra el tronco del árbol. Sobre su cabeza, decenas de aves salieron volando despertando los ruidos del bosque.

El paisaje ya no le parecía idílico, empezaba a recordarle a las películas de miedo en las que la víctima huye asustada en la oscuridad sin saber por dónde van a surgir los peligros. Se acordó del sueño de su hija en el que el hombre malo la atacaba en un bosque. Un bosque como en el que ahora se encontraba. La sensación de angustia aumentó al darse cuenta de que no tenía la posibilidad de huir a ninguna parte, ni siquiera de defenderse. Sin importarle el dolor de los brazos, volvió a intentar romper las cuerdas.

Un ruido de pisadas entre los árboles, la detuvo. Alguien, o peor aún, algo, se acercaba entre las sombras. En su mundo, cuando aquel lugar todavía existía, no encerraba mayores peligros que algún conejo silvestre, algún pequeño ciervo o algún perro callejero en busca de comida, pero aquellas pisadas no sonaban como las de ninguno de aquellos animales. Temió que se tratara del hombre de los sueños de Alana y empezó a desesperarse.

Al sentir que los pasos seguían acercándose, retomó sus esfuerzos por soltarse. Tenía que conseguir escapar antes de que la descubrieran, o no podría defenderse.

El quebrar de una rama a su espalda la estremeció. Ya no tenía tiempo. La habían encontrado.

—¿Hay alguien ahí? ¿Podrías ayudarme, por favor? —preguntó

con voz temblorosa, esperando equivocarse y que quien se acercara fuera una ayuda.

No pudo contener un grito cuando notó dos frías manos sobre las suyas. Estaba a punto de volver a gritar cuando sintió que los nudos que aferraban sus muñecas empezaban a aflojarse.

—Gracias, muchas gracias —murmuró al sentirlas libres mientras se las acariciaba y luego se frotaba los hombros para aliviar el dolor—. Gracias por... —Al girarse y descubrir quién la había soltado se quedó sin habla.

Una mujer, aproximadamente de su misma edad, la miraba con una sonrisa en la cara. Triz la reconoció de inmediato. Estaba igual que la última vez que la vio. Pero eso era imposible...

—¡Tía Helen! —gritó entusiasmada, corriendo a abrazarla cuando su garganta recuperó el habla y su cuerpo la movilidad.

—Triz, cariño, qué mayor estás... Te he echado tanto de menos, pequeña.

—Pero... pero... ¿qué haces aquí? No lo entiendo, creí que a este mundo solo venían las brujas que morían perseguidas. Tú...

—Sí, yo me moría por mi mala salud y no iba a poder quedarme mucho más tiempo contigo antes de que la enfermedad terminara por vencerme. Pero no podía dejarte sola, no había tenido tiempo suficiente para contártelo todo, tenía que hacer algo y a tu madre y a mí se nos ocurrió esto...

—¿A mamá? Pero si nunca ha entendido nada del mundo mágico, siempre lo ha rechazado.

—Que no le haga gracia que seamos brujas no significa que no quiera lo mejor para nosotras. Cuando le hablé de Grawell y de la posibilidad que tenía de poder viajar aquí y librarme de la enfermedad, no dudó en ayudarme.

—¿Fue mamá quien te ayudó a pasar?

—Sí, le costó lo suyo armarse de valor para hacerlo, pero lo hizo. ¿A ti quién te ha ayudado?

—Un amigo.

—¿Un amigo «especial»?

—Tía, estoy casada y tengo dos hijas, Alana y Maya. No tengo amigos especiales, como los que insinúas con ese tonito de voz.

—¿Y por qué no te ha ayudado a cruzar tu marido?

—Eso es más complicado de explicar. Digamos que tampoco entiende mucho eso de que su mujer sea una bruja que puede viajar entre mundos. ¿Por qué nunca has vuelto, tía? No sabes lo mucho que te he echado de menos.

—Porque no me serviría de nada volver. Mi cuerpo estaba enfermo y sabes que solo podemos regresar dentro del nuestro. Si regresaba moriría igual, pero dejé las pistas necesarias para que me

encontraras, en caso de ser necesario.

—¿Cómo has sabido que había cruzado?

—Pero bueno, ¿qué pregunta es esa? Era la mejor bruja de tu mundo y sigo siendo la mejor de este. Además, en las últimas décadas, son pocas las brujas que viajan aquí. Ya no son perseguidas como antaño. Que se abriera el portal cerca del lugar donde vivíamos cuando tú eras pequeña solo podía significar tu llegada. Llevo años esperando este momento.

—¡Pero sigues igual de joven y guapa que cuando...! —Triz no pudo terminar la frase.

—Es una de las ventajas del mundo de las brujas, aquí no envejecemos.

—¡Este mundo es genial! —exclamó Triz volviendo a abrazar a su tía.

—No todo es bueno. De hecho son muchos más los inconvenientes. No podemos ponernos en contacto con los seres queridos del otro lado, las peleas entre nosotras son casi continuas y la población es un noventa por ciento femenina. No hay hombres para todas y los que hay son brujos en su mayoría con tendencia a la magia negra que, la verdad, a mí no me dan ningún morbo —replicó Helen sin perder la sonrisa.

—Lo de los hombres que no valen la pena me temo que es un mal endémico en los dos mundos, tía. Alguna vez, hasta me he planteado cambiar de acera y hacerme lesbiana —repuso Triz estallando en una carcajada.

—No te creas, que yo desde que estoy aquí también me lo he planteado alguna que otra vez —contestó Helen agarrando de los hombros a su querida sobrina—. Ahora vamos a casa que me tienes que poner al día de cómo está la situación en tu mundo.

Triz se sentía tan feliz que creía viajar en una nube mientras caminaba por el bosque agarrada a la cintura de su tía.

Durante el camino, no pudo dejar de hablar. Tenía tantas cosas que contarle, tantas vivencias que compartir con ella de esos últimos casi treinta años, que mezclaba la línea temporal de los acontecimientos. Tan pronto estaba hablando del día de su boda con Óscar, como se acordaba de la primera vez que uso la magia sin su presencia para terminar hablando de la guerra mundial que casi acaba con todo el mundo. Su tía la escuchaba pacientemente sin perder la sonrisa.

—El último desastre al que casi no sobrevivimos, si no llega a ser por mis sueños, fue la tormenta solar que ha dejado sin electricidad al planeta. ¿Te puedes creer que ahora no existen los móviles y que tenemos que pagar en vatios en lugar de euros? —explicó buscando, por primera vez, la interacción de su tía en la

conversación.

—¿No hay móviles? ¿Y qué haces ahora con todo el tiempo libre que eso te tiene que dejar? —preguntó Helen riendo a carcajadas, recordando lo difícil que era apartar a su sobrina de aquellos aparatos electrónicos que tanto usaban los jóvenes en aquel entonces.

—Lo llenan dos niñas inquietas a las que amo con locura y que me vuelven loca a partes iguales. Eso y mi trabajo ocupan todo mi tiempo.

—¿Has conseguido ser veterinaria como soñabas de pequeña?

—Parecido, tía, parecido. También me encargo de curar a animales, pero solo de dos patas. Soy doctora. —Las dos rieron.

Al salir del bosque y llegar a la zona habitada, Triz empezó a ver las diferencias de aquel mundo con el que ella conocía. Allí no había edificios de más de dos plantas. No había grandes concentraciones de casas, ni enormes carreteras que cortaran el paisaje como feas cicatrices. Unas cuantas viviendas solitarias salpicaban el paisaje de campos verdes, separadas por pequeños caminos.

—¿Y dices que este mundo no es genial? —preguntó sin dejar de maravillarse con el paisaje.

—Imagínate al hombre más guapo del mundo. Con un pelo frondoso y brillante, con la sonrisa llena de dientes blancos y la mirada más seductora del mundo. Imagínatelo de la altura ideal, fibroso, con unos abdominales tallados como si estuvieran esculpidos en marfil y con la voz más dulce y embaucadora que jamás has conocido.

—¡Tía! Que una no es de piedra... ¿Adónde quieres llegar? —preguntó Triz, quien su potente imaginación empezaba a acalorarla.

—Ahora, añádele un cerebro minúsculo, un carácter grosero, un comportamiento pedante y unas costumbres vulgares y sucias.

—¡Buff! Qué bajón de libido...

—Además, agrega que padece todas las enfermedades venéreas del mundo y un cáncer que le está pudriendo por dentro y entenderás porqué te digo que este mundo no es lo que parece. Su problema no reside en su apariencia, sino en lo podrido que está por dentro.

—Entendido —aceptó Triz, a quien la imagen de su hombre ideal ya se le había difuminado—. Desde que he llegado solo te he hablado de mi mundo. Háblame tú del tuyo.

—Lo haré cuando estemos a salvo en casa...

Triz no entendía qué era lo que podía ponerlas en peligro en aquel lugar, pero el tono de voz de su tía había sonado tan preocupado que se limitó a caminar a su lado sin hacer preguntas.

Se contentó con observarla y alegrarse de volver a verla después de tanto tiempo.

La casa de su tía era una pequeña construcción de color blanco, con las puertas verdes, rodeada de un jardín con flores de color azul y cercada por una valla de madera. El lugar olía a lirios y rosas y transmitía un confort y una tranquilidad que a Triz le hicieron olvidarse, por un momento, de todas sus preocupaciones.

—Cuando amanezca nos espera un día duro. Deberías descansar un poco —aconsejó Helen cuando cruzaron las puertas su hogar.

—Hace muchos años que no te veo como para perder alguna de las pocas horas que tenemos en dormir. Quiero que me cuentes todo lo de este mundo y de ti estos años.

—Muy bien. Eso haremos —aceptó Helen con una sonrisa llena de ternura que logró transmitir a Triz un abrazo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un vaso de leche?

—Tía, eso lo tomaba por las noches cuando tenía nueve años. A estas alturas de la noche, te pediría un mojito, o dos —replicó—. Una pena que aquí no tengas ron blanco y lima.

—Soy una bruja, ¿recuerdas? Me resulta más difícil acostumbrarme a que tengas casi cuarenta años que hacer un buen mojito.

Mientras daba unos sorbos a su bebida, Triz no dejó de prestar atención a lo que le contaba su tía sobre el mundo de las brujas. Como en todos los mundos, había distintas clases sociales y distintos tipos de brujas, además de disputas y peleas entre ellas.

Helen le explicó que existían tres tipos de bruja. Las de sangre, como ellas, heredaban su condición y pertenecían a un linaje. Siempre eran las más poderosas, las que tenían la capacidad de predecir los acontecimientos futuros y las que ostentaban una mayor responsabilidad dentro de Grawell. Después estaban las de corazón. Aquellas que habían aprendido a manejar la magia por las enseñanzas de alguna bruja de sangre y que eran capaces de manejar los hechizos y las pociones con la misma habilidad que las primeras, pero que no tenían sueños premonitorios ni llevaban a cabo algunos rituales. Era en este grupo donde abundaban los hombres. Ninguno se correspondía con un brujo de sangre, pero muchos se habían iniciado en la magia de la mano de madres o esposas, brujas de sangre, que los amaban o a las que amaban, y habían llegado a ser grandes brujos. El amor representaba una gran fuerza mágica. Por último, se encontraban las brujas por aprendizaje. Esta categoría era la más abundante. Las que más habían sido quemadas en las hogueras, las de más bajo rango que habían aprendido a hacer pociones y algún hechizo con la lectura de los libros de las sombras de brujas de sangre o de otras como

ellas. En este grupo abundaban las mujeres porque eran las que más habían sido perseguidas, pero también había algún hombre. Eran capaces de realizar pequeños hechizos y pociones aprendidos que mejoraban con la práctica y con el estudio. No tenían sueños premonitorios, ni la magia del amor para potenciar sus conjuros, solo elixires con ingredientes naturales para curar algún mal o para desear algo. Eran las menos poderosas, pero las más inconformistas.

Cada grupo tenía que lidiar con sus propios problemas. Ninguna bruja era igual a otra y ninguna magia era similar. Le contó que la gente siempre habla de magia blanca o de magia negra cuando se refiere a si la bruja hacia el bien o el mal, pero nunca habla de los distintos tipos de magia gris.

—Hay tantos tonos de gris como maldad oculta el corazón de una bruja —declaró Helen.

Le explicó que cada grupo, cada nivel de jerarquía, contaba con brujas de todo tipo de grises. El equilibrio resultaba difícil de mantener.

—Vivo en un mundo en el que las brujas de sangre de magia negra no soportan a las de magia blanca porque las consideran débiles, pero a quienes no se enfrentan porque sus fuerzas son parejas y corren el riesgo de perder. Buscan la manera de atacar a las de corazón de magia blanca para hacer daño a las de sangre que aman o son amadas por esas brujas y, para ello, no dudan en relacionarse con brujos y brujas de aprendizaje para otorgarles más poder y desequilibrar la balanza a su favor.

»Como te decía antes de llegar a casa, este mundo se parece al hombre más guapo, pero le falta cerebro y está enfermo por dentro.

—¿Y qué hacen las brujas de magia blanca para evitarlo?

—Ese es el problema, cariño. La diferencia entre las brujas de magia blanca y las brujas de magia negra reside en que las primeras tienen limitaciones, principios. Las brujas de magia negra solo tienen objetivos, no les importan las formas para alcanzarlos.

»Por el momento, el equilibrio se mantiene, pero es un cáncer que amenaza a este mundo y que algún día lo hará perecer.

—Pero... ¿las brujas de este mundo pueden morir? —preguntó Triz con preocupación.

—En este mundo no envejeces y no hay enfermedades. Se creó para que las brujas nunca muriéramos... pero nadie pensó en que pudiéramos matarnos entre nosotras.

—¿Y si alguien os mata a dónde vais?

—Ya nos concedimos una oportunidad si moríamos perseguidas en tu mundo, pero, si lo hacemos en este, vamos al de los muertos, como el resto. Pero no te preocupes por eso ahora. Tenemos otros problemas más urgentes que necesitan nuestra atención. En poco

tiempo amanecerá y solo tenemos unas horas antes de que se produzca el eclipse de la estrella azul. Hay que preparar todo lo necesario para ese momento y encontrar lo que dejó escondido Astrid. La primera gran bruja que viajó a Grawell. No pienses que las aguas que buscamos están cerca. Nos espera una buena caminata.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntó Triz, dejando su vaso de mojito vacío sobre la mesa y poniéndose en pie.

La luz del día llegó cuando terminaban de llenar unas mochilas con los materiales que iban a necesitar. Al ver el amanecer, Triz se quedó mirando por la ventana. Los tonos no eran anaranjados, sino que mostraban un color violeta que los volvía completamente distintos a lo que estaba acostumbrada a ver.

—Cuando llevas unos años aquí, como yo, te acostumbras. Cada año tenemos más de mil cuatrocientos amaneceres como ese.

—¿Cómo? ¿Mil cuatrocientos al año?

—Este mundo se creó a imagen y semejanza de donde nacimos, pero tuvo que llevarse a cabo en otro lugar. En un planeta que orbitara alrededor de otra estrella, una azul más grande que el sol que conoces y mucho más cálida. Así que nuestro planeta está mucho más lejos de la estrella que lo ilumina. Tardamos el doble de tiempo en rodearla, con lo que nuestros años son más largos.

—Pero el doble de tiempo sería alrededor de setecientos cincuenta días. ¿Por qué mil cuatrocientos amaneceres?

—Porque, además de estar más lejos, este lugar gira más rápido sobre su eje. Los días duran lo que tu medirías como doce horas. Aquí el tiempo lo medimos de otra forma.

—¿Y eso cuántas horas nos dejan hasta el eclipse?

—Seis. Tenemos que ponernos en marcha. El lago de Meath se encuentra a cuatro horas de aquí.

—¿Le ponéis a los lagos nombres de brujas famosas?

—En realidad, tiene ese nombre porque Petronilla de Meath[15] vive allí.

Triz conocía la historia de aquella mujer y la de Alice Kyteler porque su tía se las contaba por las tardes. Quería que su sobrina supiera la historia de las brujas antes de que ella misma entrara a formar parte. También le contaba cuentos de las brujas de Salem, de Elly Kedward, conocida como la bruja de Blair y de quien, años antes de que Triz naciera, se habían hecho películas que no le gustaba ver porque no se parecían en nada a los cuentos de su tía. A Triz, la que más le gustaba era la historia de Margaret Jones, una doctora ejecutada en 1648 que usaba medicinas muy adelantadas a su época y que los pacientes se negaban a tomar. Si se había decidido por ser médico era por los cuentos que su tía Helen le

contaba sobre ella.

Pese al peso de las mochilas, Triz se sentía más ligera caminando por aquel mundo que cuando lo hacía en el suyo. Se dio cuenta de que era porque, en un planeta que gira más rápido, la gravedad tiene menos efecto y su peso se sentía más liviano.

—Sigo pensando que este mundo es estupendo. Me encantaría vivir aquí si pudiera —comentó, dando saltos por los caminos como cuando era una niña.

—Siempre puedes hacerlo más adelante.

—No tendrá tanta gracia. A mí me hubiera gustado venir a vivir aquí conservándome tan guapa como lo estás tú. No quiero vivir una eternidad siendo una vieja arrugada. Hubiera venido hace quince años, cuando todavía estaba joven. Mientras llegamos, cuéntame algo más sobre Astrid, esa primera gran bruja que vino a Grawell. No me hablaste de ella en los cuentos que me contabas de pequeña.

—Astrid fue el motivo por el que se creó Grawell. Las brujas de su época, la magia en realidad, no se podían permitir la pérdida de una bruja como ella. Era distinta a todo lo que se había conocido hasta entonces. Cuando los hombres la acusaron de brujería, decidió no defenderse. No quería hacerles daño, aunque ello supusiera su muerte. El resto de las brujas unieron su poder para crear Grawell y poder salvar el alma de Astrid en un mundo sin hombres ignorantes.

—Si Astrid cruzó a este mundo, ¿podríamos ir a verla? —preguntó Triz deseosa de conocer a una bruja tan poderosa.

—Astrid ya no está en Grawell.

—¿Regresó a nuestro mundo?

—No exactamente.

—Explícate, tía, que me tienes de los nervios.

—Astrid era la bruja más poderosa que se ha llegado a conocer y, por ese motivo, la más perseguida, incluso en Grawell. Tuvo que librar una importante batalla para salvarse a sí misma y a todos los demás. Desde entonces, no hemos vuelto a saber nada de ella. Solo sabemos que dejó algo escondido en el lago de Meath, que antes se llamaba el lago de Astrid. Algo que solo es visible durante el eclipse de nuestra luna con la estrella azul. Durante años, decenas de brujas han intentado descubrir qué es lo que dejó en el lago. Petronilla de Meath se trasladó a vivir allí con la intención de localizarlo. Lleva siglos escudriñando cada eclipse sin encontrar nada.

—¿Y qué te hace pensar que yo voy a correr distinta suerte? Si una bruja como Petronilla, o tú misma, que me lo has enseñado todo, no habéis sido capaces de encontrar lo que dejó Astrid en el lago, ¿cómo demonios voy a ser capaz de hacerlo yo? ¿Por qué me dejaste ese mensaje?

—Mi niña, porque eres la única bruja que conozco que, en su décimo cumpleaños, soñó con los Dioses. Eres la única que soñó con la Diosa Luna y el Dios Astado el día que recibió sus poderes. Tú, aunque no lo creas, eres una bruja muy poderosa. Por eso creo que vas a poder encontrar lo que dejó Astrid.

—He soñado más veces con los Dioses, tía Helen, y la verdad es que los sueños cada vez son más perturbadores.

—Por eso eres la elegida para encontrar lo que dejó escondido Astrid. Vamos, ya no queda mucho tiempo para que la luna eclipse a la estrella azul.

El lago de Meath era una enorme balsa de agua en la cima de una de las montañas que bordeaban el valle en el que vivía su tía. Rodeado de vegetación, reflejaba en sus aguas los árboles, el cielo, la estrella azul y una luna llena de color amarillento que recorría el firmamento a gran velocidad. En la orilla contraria a la que se encontraban, había una casa de dos plantas con las luces apagadas.

—¿Podremos visitar a Petronilla cuando terminemos? —preguntó Triz deseando conocer a una de las protagonistas de los cuentos de su tía.

—No es muy recomendable que nos vea. No es una bruja muy sociable. Recuerda que fue de las primeras brujas quemadas en la hoguera, cuando todavía no habíamos conjurado este mundo, y nunca nos lo ha perdonado. Solo años más tarde pudo viajar a este lugar, pero su cuerpo vino tal y como había quedado después de quemarse. No le gusta que nadie la vea. Está convencida de que lo que escondió Astrid en el lago la ayudará a regresar a tu mundo con su figura recuperada. Tiene una fijación con eso. Lo mejor es que consigamos lo que hemos venido a buscar y que, después, salgamos de aquí cuanto antes. Si descubre que lo hemos conseguido, no dudará en intentar quitárnoslo. Su magia es de las más grises de este lugar.

Sacaron de sus mochilas todo lo necesario para crear el círculo mágico. Tras culminar los preparativos, ocultas entre los árboles, tía y sobrina esperaron a que Rigel[16] y la luna se besaran en el firmamento. Cuando la luna empezó a eclipsar a la estrella azul, iniciaron el conjuro, que consistía en repetir las palabras que había dejado escritas Helen en el poema de la Rede Wicca, mientras vertían sobre las aguas del lago corteza de madera de quino molida[17].

Cuando el eclipse de la estrella fue total y sumió el lugar en la oscuridad, las aguas empezaron a brillar y se levantó un fuerte viento que aullaba entre las ramas de los árboles. La luz, que en un principio se extendió por toda la zona en la que habían esparcido la corteza de árbol, empezó a concentrarse en un solo punto, ante la

mirada atenta de tía y sobrina.

En aquella ubicación, el agua empezó a bullir como si alguien hubiera encendido un fuego bajo el lago y burbujas de color azul subieron hasta la superficie como si fueran luciérnagas submarinas.

—¡Creo que esa es la verdad que tenía que ser descubierta! —gritó Helen intentando hacerse oír sobre el sonido del viento.

—¿Así de fácil? —preguntó Triz sorprendida de que la verdad se mostrara ante ellas, cuando llevaba siglos sin ser revelada.

—No tiene nada de fácil encontrar una bruja como tú, mi niña. ¡Tienes que darte prisa!

El viento seguía aumentando en intensidad. Las ramas de los árboles bramaban golpeando unas contra otras. El agua del lago empezaba a bullir como la de un caldero en llamas y en la casa de Petronilla se había encendido una de las luces.

—¿Y tengo que arrojarme al lago para recogerla? —preguntó Triz, al ver que la luz seguía brillando en el fondo del lago. Un lago que parecía de agua hirviendo—. ¡Me voy a quemar entera!

—¡Eso me temo! Ya lo has hecho para entrar en Grawell. ¡No te preocupes!

Triz suspiró resignada. Se quitó el jersey y los pantalones y, sin atreverse a quitarse la blusa, se arrojó al agua.

Aunque el lago parecía bullir, al contacto con la piel no llegaba a quemarla. Suspiró aliviada y se sumergió hasta llegar al lugar donde la luz brillaba con intensidad. A su alrededor, el líquido se evaporaba y burbujas de vapor subían hasta la superficie. No se atrevía a cogerlo por miedo a que ardiera y quemarse. Sin saber qué hacer, regresó a la superficie a tomar aire.

—¡Es una ostra! —exclamó Triz a su tía al salir del agua—. ¿Qué verdad puede ocultar una ostra? —preguntó incrédula.

—No lo sabremos si no la sacas del agua —replicó Helen—. ¡Y date prisa! ¡Pretonilla está en la puerta de su casa!

—¡Es que me da miedo que queme! —protestó Triz apartándose el pelo mojado de la cara.

—Te has dejado quemar en una hoguera para llegar aquí y te has tirado a un lago que parecía hervir. ¿Te vas a preocupar ahora de quemarte un poco la mano?

Triz volvió a sumergirse mientras se debatía en sus propios pensamientos. Estaba convencida de hacer cualquier cosa por acabar con los acontecimientos que le anunciaban sus pesadillas, no le importaba quemarse la mano por ello, pero no entendía en qué podría ayudarle una ostra que brillaba bajo el agua en su propósito. Esperaba algo más de aquel viaje. Algo que le hiciera pensar que merecía la pena haberse dejado quemar viva en una hoguera y el dolor sufrido. Algo que le hiciera sentir que estaba más cerca de su

objetivo. Una espada mágica, un conjuro poderoso, algo con lo que enfrentarse a los espíritus no deseados. No un nuevo misterio, una nueva pista o un nuevo problema que resolver.

Maldiciendo en su interior, agarró la ostra con su mano. Al hacerlo sintió una descarga eléctrica cruzando todo su cuerpo y perdió el conocimiento.

Al recuperarlo se vio arrastrada hacia las profundidades. Una mujer rubia tenía aferrada su mano y la hacía sumergirse. Sintiendo que le faltaba el aire en los pulmones intentó zafarse y volver a la superficie, pero la agarraba con tanta fuerza que no pudo.

La mujer dejó de nadar y se giró a mirarla. Sus profundos ojos verdes le insuflaron tranquilidad. Se puso a su lado y le sonrió. Después le dio un beso en los labios dejándola desconcertada.

«Lo siento. Con las prisas se me había olvidado el conjuro para que pudieras respirar bajo el agua». El pensamiento de la mujer llegó nítido a su cerebro.

El beso le había pillado tan por sorpresa que ni se había dado cuenta que tras él ya no tenía la sensación de estar ahogándose. Podía respirar con tranquilidad.

«¿Astrid?», preguntó comunicándose como ella había hecho, sin abrir la boca. La mujer asintió.

Se dejó llevar hasta que, de súbito, ella detuvo su camino. A su alrededor solo había el silencio y la negrura de las profundidades. Astrid se llevó un dedo a la boca como señal de que mantuviera el silencio. A Triz le pareció ver la misma sombra que había visto escabullirse entre las vallas de su jardín. Unos segundos más tarde, Astrid continuó nadando.

«Casi nos pillan. ¡Corre!», escuchó Triz en sus pensamientos cuando Astrid volvió a mirarla sonriendo. Intentó nadar lo más rápido que pudo.

Una luz se vislumbraba al final del camino. Astrid nadó hacia ella. Cuando salieron del agua estaban en las profundidades de una cueva.

«Las cosas se están complicando en tu mundo. El primer espíritu ya ha sido enviado. Ten cuidado, te está vigilando. Yo puedo ayudarte a derrotarlo. Te espero aquí, al otro lado del agua. No tardes.», comentó Astrid subiéndose en una de las rocas.

Entonces se despertó.

Seguía bajo el agua del lago, con la ostra aferrada en una de sus manos, y volvía a sentir que se ahogaba.

—¡La tengo! Deberíamos abrirla —anunció Triz saliendo del agua nerviosa y tosiendo.

—¡No tenemos tiempo! —replicó su tía señalando la casa de la

bruja Petronilla—. Deberías regresar a tu casa. Ya abrirás allí la ostra y descubrirás su mensaje. Ya me encargo yo de la señora de Meath.

—¿Volveremos a vernos, tía Helen? —preguntó Triz, mientras se quitaba la ropa mojada y se vestía con la que había dejado en la orilla, triste por tenerse que marchar y por no disponer de más tiempo para estar con ella. Despedirse le resultaba muy doloroso. Ya se lo había resultado siendo niña y la pena no se mitigaba con los años.

—Yo no puedo regresar, pero tú puedes volver cuando quieras. No es fácil cruzar, pero estaré aquí siempre que me necesites, cariño.

—Tengo tantas cosas que contarte todavía... —declaró Triz dándole a su tía un último abrazo.

—La más importante de todas ya la sé... Yo también te quiero mucho, mi niña. Ahora vete. ¡Corre!

Petronilla de Meath apareció entre los árboles.

—¡Eso es mío! —gritó con una voz que parecía salir de las profundidades del infierno.

Solo cruzar su mirada con los ojos inyectados en rabia de Petronilla, fue suficiente para que Triz se asustara y diera un paso atrás. La piel de la bruja estaba carbonizada y daba miedo solo verla, pero, cuando de sus manos quemadas empezaron a brotar llamas, Triz, como una niña pequeña, corrió a protegerse detrás de su tía.

—Llevo siglos esperando a que el lago revele su secreto. ¡Dame lo que has encontrado! —bramó de nuevo la bruja apuntando hacia ellas con sus manos ardiendo.

—Si hubiera estado destinado a que tú lo encontraras, el lago te lo habría entregado hace años, Petronilla —replicó Helen alzando los brazos—. Es mi sobrina quien está predestinada a descubrir la magia de Astrid, no tú.

—¡Me importa muy poco tu sobrina! ¡Quiero esa magia! —vociferó Petronilla y lanzó las llamas hacia las dos.

Con un ligero movimiento de sus manos Helen elevó un manto de agua del lago que las cubrió como si de una bóveda se tratara. Las llamas no pudieron atravesar el líquido y se apagaron emitiendo el mismo ruido que una olla a vapor.

—¡Maldita seas, Helen! Llevo siglos queriendo regresar a la Tierra para vengarme de los humanos que me quemaron viva. ¡Siglos! No voy a permitir que te salgas con la tuya. ¡Es mi única manera de regresar! —Petronilla cada vez se mostraba más furiosa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó nerviosa Triz agarrada a la cintura de su tía, deseando que el agua sobre sus cabezas fuera

protección suficiente para el siguiente ataque.

—Vas a tener que ayudarme, cariño.

—¿Yo? Pero si yo nunca he usado la magia para una batalla. No he pasado nunca de realizar pócimas y algún hechizo —replicó Triz cada vez más inquieta.

—Solo tienes que concentrarte. Necesito que te traslades fuera del círculo sin abrirlo. Con ello romperás una de las leyes de la magia Wicca y serás expulsada de Grawell. Tienes que separarte de mí y hacer que tenga que dividir sus fuerzas.

Un nuevo ataque de Petronilla consiguió que el agua hirviera sobre sus cabezas. El vapor empezó a llenar la burbuja que las protegía.

—¿Y qué vas a hacer tú después? —preguntó Triz preocupada por el destino de su tía.

—En cuanto tú te vayas, se dará por vencida. Solo quiere la ostra de Astrid. Y contigo fuera de este mundo ya no podrá hacer nada para conseguirla. Pero, ¡tienes que irte ya!

Triz abrazó a su tía por la espalda. No quería tener que despedirse, y menos en aquellas circunstancias. Había viajado a Grawell sin saber que la iba a encontrar allí y ahora no quería tener que volver a separarse de ella.

Sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas intentó cumplir con lo que su tía le había pedido: trasladarse fuera del círculo mágico. Concentró todos sus pensamientos en salir de allí, pero la niebla que llenaba la burbuja le ponía nerviosa y no le permitía liberar sus pensamientos.

—¡No voy a poder! —exclamó al sentir que el vapor de agua empezaba a hervirle la piel.

—¡Tienes que hacerlo! —gritó su tía moviendo de nuevo las manos y haciendo que otra ola de agua del lago volviera a sustituir a la que se estaba evaporando—. ¡Y rápido!

Triz intentó serenarse, centrar sus pensamientos y salir del círculo. Dejar atrás todas las emociones y miedos y pensar únicamente en dar un paso fuera.

En ese momento unas palabras vinieron a su mente.

«Ayudme sali crulo. Ayudme ioes.
Ayudmesalicruloayudmeioses.»

Para su sorpresa, sintió como empezaba a separarse del suelo. Parte del agua que había levantado del lago su tía se elevó con ella protegiéndola en una burbuja. Petronilla aulló de rabia y dirigió su ataque hacia ella.

Al hacerlo, Helen pudo dejar de protegerse y lanzar un ataque. El agua del lago se alzó como un tsunami y golpeó a Petronilla que cayó de espaldas.

—¡Ahora, Triz! ¡Sal del círculo!

Con lágrimas en los ojos Triz llegó al linde marcado.

—¡Cuídate, tía! Espero volver a verte… —se despidió intentando sonreír antes de poner un pie al otro lado.

—¡No me has dicho cómo se llama ese «amigo» que te ha ayudado a cruzar! —exclamó su tía mientras lanzaba un nuevo ataque sobre Petronilla antes de que esta consiguiera ponerse en pie.

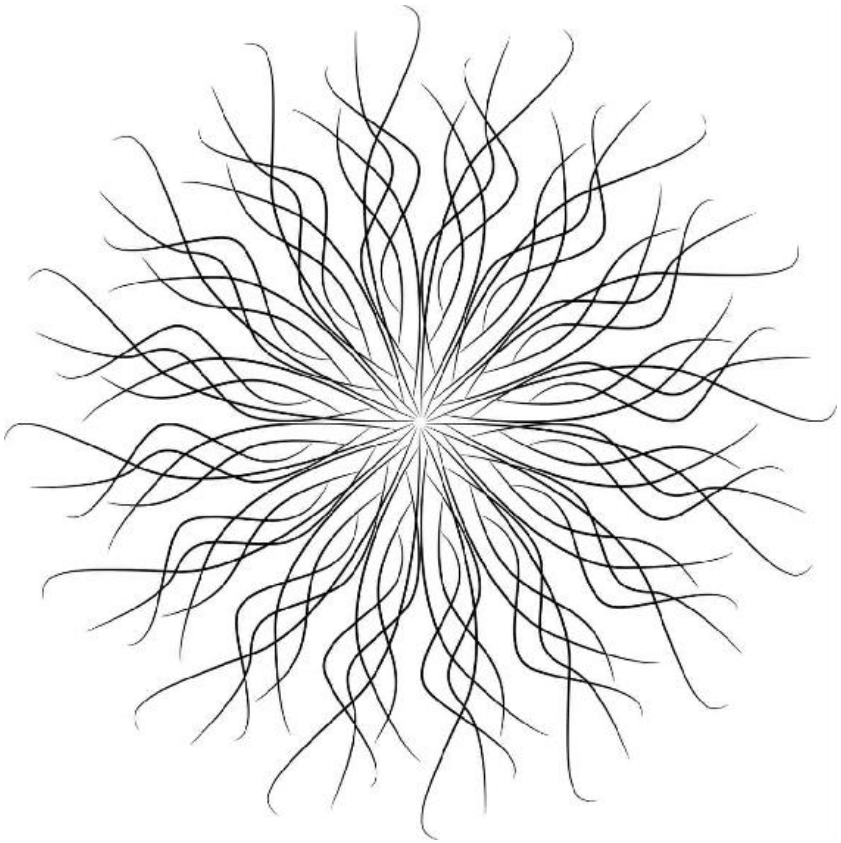
—¡Gare! ¡Se llama Gare! —respondió Triz.

La cara de Helen mutó el gesto al escuchar el nombre, justo cuando Triz ya colocaba ambos pies fuera del círculo y solo le daba tiempo a oír sus últimas palabras.

—¡Ten mucho cuidado con él!

Imagen de la estrella azul Rigel junto a la Nebulosa Cabeza de Bruja.

—25—



Regreso del mundo de las brujas. Noviembre 2048

Triz despertó con un tremendo dolor de cabeza y desorientada. Estaba tumbada en el suelo, detrás de un saliente de piedra, dentro de lo que parecía ser una cueva tan húmeda que le dolía la rodilla como solía ocurrir cuando estaba a punto de llover. La luz del día se colaba por entre las rocas de la entrada. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver que estaba sola.

Tenía en la mano la ostra, que había dejado de brillar en cuanto la sacó del agua, el pelo mojado y se sentía incómoda por haberse tenido que quitar la ropa interior para ponerse los pantalones y el jersey secos. Una parte de ella se entristeció al no ver a Gare a su lado mientras que por otro lado resonaban las palabras de su tía antes de marcharse. Quizás tuviera razón y Gare no fuera de fiar, no en vano había prometido custodiar su cuerpo hasta que ella regresara y, sin embargo, la había dejado sola en aquella cueva. ¿O

se tendría que haber dejado detener por la N.P.V.N para protegerla?

Se puso en pie, se sacudió la ropa de la tierra y se aventuró a asomarse a la entrada. Cuando Gare la quemó en la hoguera acababa de hacerse de noche y ahora el sol estaba en lo más alto del cielo. Habían transcurrido las mismas horas en los dos mundos. Segura de que durante el día nadie iba a retenerla por caminar por la montaña, pensó en regresar a la ciudad. Allí cogería el autobús a casa. No quería tener que explicar a su marido dos noches seguidas fuera. Se preocuparía por Gare y le pediría explicaciones de por qué la había dejado sola en la cueva, en Aisling.

No había alcanzado la cima para iniciar el regreso, cuando alguien la llamó a su espalda.

—¡Triz! ¡Triz! —Quien gritaba era Gare que llegaba corriendo desde el otro lado de la colina—. Cómo me alegro de que hayas vuelto y estés bien —declaró cuando estuvo a su lado y la abrazó con fuerza contra su pecho.

—¿Se puede saber por qué me has dejado sola en la cueva? ¿Y si me hubiera pasado algo? —preguntó Triz al ver que no le habían detenido, sin corresponder al abrazo. Nuevamente esa sensación extraña en su cuerpo cada vez que él la abrazaba le recorría la piel.

—Tuve que hacerlo. Me he pasado la noche y gran parte de la mañana evitando que te encuentren y que me localicen.

—¿Me has abrazado con esas manos? —inquirió ella al ver que llevaba las manos cubiertas de barro.

—Sí, lo siento, me he alegrado tanto de verte que me he olvidado de que las tenía sucias. Te he manchado el jersey sin darme cuenta. Puedes quitártelo si quieres y ya te presto yo el mío.

—¡No, deja! Ya da igual... —respondió Triz, recordando que bajo el jersey no llevaba ni el sujetador ni la blusa, que se habían mojado, y quedado, en el mundo de las brujas—. ¿Por qué llevas las manos tan sucias?

—Te dije que olvidamos comprar unos guantes. Tuve que sacarte de las llamas con prisas y me quemé las manos. He hecho una especie de arcilla con lo que he encontrado y me he cubierto las heridas para que no me salgan ampollas, pero no he hallado agua para lavarme.

—¿Y con qué hiciste la arcilla, si no has encontrado agua?

—Han sido muchas horas por aquí, mejor no preguntes...

—¡Joder, qué asco! ¿Y me has manchado con eso el jersey? —se quejó Triz, intentando mirarse la espalda.

—Ya te he dicho que te lo quites y que te presto yo el mío.

—¡Y yo ya te he dicho que ni loca!

—¿Quieres dejar de gritarme y darme, al menos, las gracias? —preguntó Gare, sin llegar a entender el carácter de su amiga.

—¿Las gracias por qué? ¿Por mancharme el jersey? ¿Por dejarme sola en la cueva? ¿Por qué quieres que te dé las gracias, exactamente? —contraatacó Triz algo enojada.

—Quizás por haberte prendido fuego porque tú me lo pediste, por haberte sacado de él quemándome las manos, por haber cargado contigo hasta la cueva para evitar que te encontrara la N.P.V.N, por haberme ido corriendo al otro lado de la montaña a esperar a que la policía llegara y haber hecho otro fuego para desviar su atención hacia otro lugar; puede que por haberme pasado la noche y parte de la mañana sin dormir jugando al escondite con la policía para que no encontraran tu cuerpo hasta que se han marchado, o solo por haber estado vigilando la entrada de la cueva para que nadie se acercara hasta que te he visto salir.

Triz se quedó en silencio. Tenía razón, tenía muchos motivos por los que darle las gracias, pero se sentía incómoda por la ropa, triste por haber tenido que despedirse con prisas de su tía Helen y sin saber si habría conseguido detener a Petronilla de Meath, enojada por no haber encontrado las respuestas que buscaba en el mundo de las brujas y preocupada por las palabras que su tía le había gritado sobre él.

—Lo siento, gracias... —musitó al final—. No me hagas caso, es que mi viaje a Grawell no ha sido como esperaba y ha estado lleno de emociones.

Mientras regresaban a la ciudad le contó todo lo que había vivido allí. Cómo había aparecido atada al mismo árbol, su reencuentro inesperado con su tía, la historia de Astrid, el viaje hasta el lago de Meath y cómo había aparecido aquella ostra en el lago. No dijo nada del enfrentamiento con Petronilla ni del último comentario de su tía.

—Por eso tienes el pelo mojado...

—Sí, y por eso estoy enfadada, porque la verdad que se escondía tras el beso de la estrella azul y la luna no era otra cosa que una ostra en un lago que no sé qué significa, ni qué demonios voy a hacer con ella. Y ahora, espíritus no deseados llegarán, según Astrid el primero ya ha llegado, y yo no sé cómo enfrentarme a ellos.

—En este caso, no se puede decir que te vayan a pillar en bragas, porque te las has dejado en el mundo de las brujas —comentó Gare sonriendo.

—¡Vete a la mierda! —replicó Triz sin poder evitar reír con la ocurrencia—. Tú y tu costumbre de distender las conversaciones.

—Cuando lleguemos a casa abriremos la ostra, veremos qué sorpresas nos oculta y pensaremos qué pasos tenemos que seguir. Todavía hay muchas cosas que me tienes que contar y no quiero que lo hagas estando enfadada. Tienes una sonrisa muy bonita.

—Otra vez *roneándome*... No te cansas, ¿eh?

—Ya perdí muchos años por no hacerlo. Quiero aprovechar cada momento. Nunca se sabe cuándo voy a tener que volver a quemarte o vamos a dejar de vernos.

En casa de Gare las cosas no fueron como ambos esperaban. Triz pudo ponerse algo debajo del jersey, que sería de la anterior inquilina, pero no fueron capaces de abrir la ostra.

Probaron con cuchillos, pero todos acababan rompiéndose antes de que la concha se separara, por lo que decidieron parar cuando Gare vio que se estaban quedando sin ajuar. Golpearla con objetos pesados o arrojarla contra las paredes tampoco sirvió de nada.

—Es una ostra mágica, no vamos a poder abrirla de este modo.

—¿Y conoces algún hechizo para abrir ostras? —preguntó Gare, a quien le dolían las manos por las quemaduras y tampoco le hacía gracia seguir dando golpes.

—Conozco hechizos para abrir portales, para abrir comunicaciones interdimensionales, pero ninguno para abrir ostras.

—Pues estamos jodidos. ¿Qué vamos a hacer?

—Deberías hacer lo que te mandé el primer día, buscar un trabajo. Yo tengo que regresar a mi casa antes de que mi marido acuda a la policía y denuncie mi desaparición. Como le dé por presentarse en el hospital voy a tener un problema y muchas explicaciones que dar. Además, estoy deseando abrazar a mis pequeñas. Ayer no pasé la noche con ellas y no sé qué tal habrán dormido. Como Alana haya tenido otra pesadilla o haya visto al hombre malo en su ventana y no haya estado a su lado, no me lo voy a perdonar.

—¿Nos volveremos a ver pronto? —preguntó Gare deseoso de seguir teniendo a Triz cerca.

—No lo creo. Es complicado. Ya me he ausentado dos noches de casa en poco tiempo y no va a ser fácil tener que explicar una nueva ausencia. Me quedo sin coartadas. Es mejor que hablemos por las noches en Aisling.

—¿Podremos imaginar lugares además de conversaciones? Te voy a echar de menos.

—Ya veremos... Y ya sé que me vas a echar de menos.

—¡Serás creída! —replicó Gare y abrió la boca incrédulo por la respuesta que le acababa de dar —. ¿Tú me vas a echar de menos?

Triz se limitó a sonreír antes de despedirse y salir por la puerta. En realidad, tenía tal lío de sentimientos en su cabeza que no habría sabido qué respuesta darle. Y tampoco quería pensar demasiado, bastante tenía con volver a casa y dar explicaciones. A eso dedicó todo su viaje de vuelta.

Entrada la tarde, abrió la puerta de casa esperando no tener que afrontar un tercer grado antes de poder hacer la cena y acostarse. La noche anterior, en Grawell, no había pegado ojo en toda la corta noche y estaba agotada de viajes y emociones. Sus hijas la recibieron con la misma alegría de siempre y con esas ansias incontenibles que solían tener por querer contárselo todo, sin darle tiempo siquiera a cambiarse de ropa. Su marido, sin embargo, se limitó a darle un beso sin excesivo entusiasmo y a esperar su turno mientras la miraba con gesto disconforme.

Cuando las niñas se tranquilizaron y volvieron a sus tareas, y se quedaron a solas en la cocina, Óscar tomó la palabra con un tono de voz que no enmascaraba su malestar.

—¿Qué tal ha ido todo en el hospital?

—¿En el hospital? —preguntó en un primer momento Triz hasta caer en la cuenta de la coartada que había usado para ausentarse—. ¡Ah, sí! Bien, gracias. Mucho trabajo.

—¿Cuál era la emergencia que te ha retenido allí toda la noche y casi todo el día? ¿Tan grave era?

—La emergencia... —Triz se dio cuenta de que empezaba todas sus respuestas repitiendo parte de la pregunta y que Óscar se daría cuenta de que intentaba ganar tiempo para responder—. Un contagio por radiación en una empresa química encargada de fabricar las baterías donde se conserva la electricidad. Ya sabes que las eléctricas usan malos materiales para aumentar aún más su beneficio y eso conlleva accidentes graves —argumentó Triz mientras se quitaba el jersey manchado y lo metía en el cesto de la ropa sucia.

—¿Y de quién es esa blusa? No me suena de haberla visto —replicó Óscar, al ver la ropa que Triz había cogido de casa de Gare.

—Me la ha tenido que prestar una compañera. La mía se vio contaminada por un fallo en el traje y he tenido que incinerarla —respondió Triz más rápida de reflejos esta vez, pero sintiéndose mal por tener que volver a mentir. Se estaba acostumbrado a hacerlo y cada vez tenía más soltura.

—¿La misma compañera que te dejó dormir en su casa en el cursillo?

—Obvio que no, esa compañera es de otro hospital y no trabaja conmigo, pero gracias por preocuparte por eso y no por saber si estoy bien o me ha afectado en algo la contaminación.

—Eso es evidente.

—¿El qué? ¿Que estoy bien o que te preocupas?

—Que me preocupo.

—Deberías demostrarlo más, alegrarte de que esté en casa y no recibirme siempre con preguntas y con cara de enfado como si fuera

todo culpa mía.

Eran varios los motivos por los que se sentía mal. Se sentía mal por mentir, pero también por tener que hacerlo porque su marido nunca se había molestado en intentar comprender sus motivos. Si hubiera sido capaz de sentarse a hablar con ella y apoyarla en sus decisiones, no se hubiera visto obligada a mentirle. Si Óscar le hiciera sentirse querida, respetada; si en lugar de encontrar en él a un interrogador encontrara un bastón en el que apoyarse, se sentiría mucho mejor y no tendría que mentir.

Su malestar lo provocaba encontrar menos apoyo en casa que fuera por una persona que, aunque había sido un buen amigo de la infancia, hacía años que no veía y, sin embargo, no había dudado en apoyarla, aunque las historias que le había contado habrían sido difíciles de creer hasta para ella misma en otras circunstancias. También se sentía mal por no terminar de confiar en Gare, a pesar de que desde que lo encontró en la dimensión virtual no le había dado motivos para tal cosa.

Gare se estaba portando muy bien con ella, pero había comportamientos de su pasado que le hacían dudar y, además, estaban las palabras de su tía, que aumentaban esa desconfianza, aparte de esa manía de Gare de decirle cosas bonitas y de coquetear con ella, aun sabiendo que era una mujer casada. Le hacía sentirse halagada e incómoda a partes iguales. Él afirmaba que era para distender las conversaciones, pero ella sabía que, en el fondo, él pensaba y sentía cada una de las palabras que pronunciaba y que las disfrazaba de conversación banal para no sentirse mal al ser rechazado. Pero lo que más la estaba volviendo loca era que, por momentos, a ella le gustaba tanto que le dijera aquellas cosas que tenía que esforzarse en recordar que estaba casada para no dejarse embaucar y fantasear con que Gare se dejara de palabras bonitas y se decidiera a dar el paso de besarla. Cuando se lo había propuesto, atada en la hoguera, su negativa había sido más intensa que sus verdaderos deseos. Y tener esos pensamientos, también le causaban malestar.

En ese momento, se dio cuenta de que no le había pedido a Gare que le devolviera el colgante. Con el disgusto de regresar de Grawell sin las respuestas que buscaba e incómoda por las palabras de su tía, se había olvidado. En caso de necesitarlo de nuevo, iba a tener que volver a verle.

Tras la cena, y después de asegurarse de que sus hijas se dormían, se fue a la cama con la intención de comunicarse con él para decirle que había llegado bien a casa e intentar descansar, porque le dolía la cabeza casi hasta el desmayo y por delante le quedaba resolver el resultado apocalíptico que se avecinaba y el

enigma de la ostra que todavía no sabía cómo abrir.

—¿Hola? —preguntó en cuanto se quedó dormida.

—Hola, guapa —respondió Gare al instante—. ¿Todo bien en casa?

—Todo como siempre, pero no tengo ganas de hablar de ello. Solo quería que supieras que he llegado bien y desconectar. Ojalá pudiera dormir un día entero, pero no creo que mis hijas me dejen.

—¿Ya sabes qué hacer con la ostra?

—No, ni idea. Necesito tener la mente despejada para pensar en ello, y ahora me duele demasiado como para que me funcione.

—Muy bien. Te dejo descansar, y a ver si mañana estás mejor para hablar un rato más largo.

—No creo que pueda...

—¿Y eso? —preguntó Gare, que notó en el tono de voz cierto distanciamiento.

—Necesito desconectar un tiempo. Necesito resolver mis problemas y, para ello, necesito descansar. Necesito aprovechar todos los momentos de sueño para dormir. Abrir estas conversaciones en Aisling me consume muchas energías.

—Espero equivocarme, pero desde tu vuelta del mundo de las brujas te noto más distante —declaró Gare notando que algo le pasaba a Triz—. ¿Triz?

Pero ella había cerrado la conversación. Intentó seguir dormido por si regresaba, pero terminó por desvelarse. Algo iba mal con Triz.

—26—

La respuesta más sencilla. Noviembre de 2048

Se despertó con el mismo dolor de cabeza con el que se había acostado. No había dormido ni seis horas y necesitaba muchas más de descanso para recuperarse, pero sus hijas ya se habían levantado y sus responsabilidades no se lo iban a permitir.

Durante la noche no había tenido sueños premonitorios. Esperaba que sus visiones le ayudaran a resolver el problema para abrir la ostra y poder descubrir su mensaje, pero solo había soñado con recuerdos del pasado.

Recuerdos de su adolescencia provocados por los pensamientos con los que se había metido en la cama. Un sueño en el que había vuelto a verse con diecisiete años, incomprendida, sin nadie a quien poder confiar sus sueños premonitorios y sus preocupaciones.

Se había acostado pensando en si podía confiar plenamente en Gare, tras escuchar las palabras de su tía, y había soñado con la primera vez que él le falló, con el día en que decidió contarle su secreto y en el que él la dejó plantada en medio de la calle de manera incomprensible.

Aquel día, tras su decimoséptimo cumpleaños, se sentía triste. Tras la muerte de su tía sus cumpleaños ya no eran lo mismo, ya no tenía con quién hablar de sueños, de magia o de pociones, y había decidido que Gare fuera su nuevo confidente. Para algo era uno de sus mejores amigos y, tras los nueve meses que había pasado en el extranjero y las conversaciones que tuvieron en ese tiempo, creía que era en él en quien más podía confiar. Pero no fue así.

Cuando ella quiso hablar con él, se limitó a negarse a salir, desde la puerta de la cibersala, por mucho que ella le insistió con que era importante, que necesitaba hablar con él a solas.

Aún pasados los años no entendía el comportamiento de Gare aquel día y, desde aquel momento, nunca volvió a confiar en él de la misma manera. Soñar con aquello solo podía ser una señal de que su tía tenía razón, que tenía que tener cuidado.

Al menos era sábado y ese día libraba en el trabajo. Podría salir con su familia a dar un paseo y a despejarse, descansar en casa e, incluso, si sus hijas se portaban bien, podría echarse una siesta que le ayudara a mejorar su dolor de cabeza y su ánimo. Se había levantado con un humor de perros por culpa de sus preocupaciones y recuerdos.

Maya molestaba a Alana en el salón. Con el día libre en el colegio, las niñas estaban hiperactivas y no dejaban de darse voces, pelearse o corretear por los pasillos. Tuvo que poner orden con la primera reprimenda del día y eso no le ayudó a aliviar su malestar.

—¿Vamos un rato a la calle? —preguntó a su marido, más como una súplica que como una sugerencia.

Óscar se encogió de hombros. Siempre le hacía lo mismo a la hora de tomar decisiones. En los primeros años de relación, le resultaba encantador que siempre le respondiera con un «lo que a ti te apetezca, cariño», pero, con el paso de los años, empezó a resultarle desesperante. Cuando dejó de usar aquellas palabras y se limitó a mostrar su conformidad con un gesto de hombros, ya le sacaba de quicio.

—Niñas, iros a vestir. En diez minutos nos vamos todos a tomar el aire al parque —anunció tomando ella la decisión como hacía todas las veces.

Óscar no dijo nada. Se limitó a terminar su desayuno y a estar listo en la puerta, pasados los diez minutos.

Antes de salir, cogió la protección solar que tenía en la puerta de la entrada para no olvidarse nunca de ella y se la aplicó a sus hijas y a ella misma hasta no dejar ningún trozo de piel expuesto a los rayos del sol.

El cielo no presentaba nubes y lucía un tono rojizo característico de los días soleados desde la tormenta solar. El aire olía a hierro oxidado y no pudo evitar echar de menos el olor que había en el mundo de las brujas y que le recordaba a sus paseos por el monte en la infancia. Tentada estuvo de volver a pedir que la quemaran y regresar a Grawell, pero declinó la idea al pensar que, para poder llevarse a sus dos hijas, tendría que obligarlas a pasar por la agonía causada por las llamas.

Cuando llegaron al parque, se sentaron en uno de los bancos

mientras las pequeñas se fueron a jugar. Tuvieron que pasar cinco minutos hasta que uno de los dos se decidió a hablar.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar mirando hacia donde jugaban sus hijas.

—Me duele mucho la cabeza.

—Eso es por las preocupaciones que te hacen pasar noches fuera de casa.

—En serio, Óscar, no tengo ganas de discutir. Si vamos a volver a hablar de lo mismo, prefiero estar en silencio —replicó frotándose las sienes con las manos.

—No es mi intención discutir ni hacer que te duela más la cabeza. Solo quiero que sepas que estoy preocupado por ti —declaró Óscar girando el cuello para mirar a su mujer—. Te noto tensa, cansada. No me gusta que trabajes tanto y me preocupa que acabes cayendo enferma si no te tomas un respiro. Eso es todo.

—Gracias, pero estoy bien.

—No. No lo estás y lo sabes. Sé que hay algo que te tiene preocupada. Algo que no me quieres contar. Algo que te hace estar irascible y saltar a la mínima.

—¿Irascible? ¿Yo? Si eres tú quien no deja de agobiarme con preguntas absurdas —contestó Triz lanzando una mirada punzante.

—¿Lo ves? Otra vez enfadada y a la defensiva. ¿Qué he hecho ahora para enfadarte?

Triz agachó la cabeza. Óscar tenía razón. No había hecho nada para provocar que estuviera enfadada. Solo se había preocupado por saber si estaba bien y sabía que ella no quería contarle algo. También tenía razón en que estaba irascible y que necesitaba relajarse porque, si no, los nervios iban a terminar por estallarle y acabaría cayendo enferma como le decía.

—Son los sueños... No puedo quitármelos de la cabeza —murmuró, sin sacar la cara de entre sus manos.

—¿Sigues con tus pesadillas? —preguntó Óscar, a la vez que le colocaba una mano sobre los hombros.

—Ese es el problema, que siempre son pesadillas. Siempre. Nunca me anuncian nada bueno, nunca me avanzan un futuro mejor. Siempre son terroríficos… siempre.

—¿Y qué te dijo el especialista?

—Ni siquiera debería haber ido. No lo entiende. Piensa que estoy loca o que me estoy volviendo loca que, para el caso, es lo mismo. Solo fui para que te quedaras tranquilo, pero no me ayudó en nada. Me hacía hablar de mi pasado, de mis preocupaciones y no comprendía que mi problema es lo que veo en mis sueños. Me encantaría soñar con verdes campos a la orilla del mar, mientras nuestras hijas corren felices persiguiendo mariposas. Pero este

mundo ya no es así y mis sueños advierten que va a ser peor.

—Él es el experto. Deberías hacer caso a sus consejos.

—¿Experto? ¿En qué? ¿Cómo va a ser experto en algo que no entiende? ¿Cómo va a aconsejarme sobre cosas que escapan a su capacidad?

—Es experto en comprender los problemas de la mente humana.

—¡Yo no tengo problemas en mi mente, Óscar! Eso es lo que no entiendes y lo que me hace estar siempre enfadada contigo. Llevamos juntos dieciocho años y aún eres incapaz de aceptar que soy una bruja, que veo el futuro en mis sueños y, lo que es peor, tampoco aceptas que tu hija mayor también lo es y también tiene esas visiones.

—Yo me enamoré de una mujer dulce y cariñosa que estudiaba para ser doctora...

—Ya era bruja cuando nos conocimos. Tengo mis sueños desde los diez años, a la misma edad que empezó a tenerlos Alana...

—Pero eso no me lo dijiste hasta años más tarde —replicó Óscar, que había quitado la mano del hombro de su mujer y tenía las dos sobre sus propias rodillas.

—Porque me gustabas mucho, te quería mucho y no quería que pensaras mal de mí. Pero te avisé de mis sueños durante la guerra y puse a salvo a toda la familia antes de la tormenta solar. Eso debería de haber sido suficiente para que confiaras en mí y sin embargo...

—Confío en ti, Triz, pero hay cosas que me dices que no puedo comprender y que creo que son fruto del estrés. La Tercera Guerra Mundial todo el mundo la veía venir, la situación política del mundo era insostenible. Por su parte la amenaza de tormenta solar siempre ha estado sobre nosotros, era una posibilidad cada vez más peligrosa con el deterioro de la capa de ozono y los animales fueron los primeros en avisarnos. Pero ¿seres malignos?, ¿demonios? ¿En serio? ¿Cómo puedes pretender que me crea esas cosas?

—Porque es tu mujer quien te las dice, solo por eso.

—Lo siento, pero no puedo.

El silencio, como un buitre que vigila la cercana muerte de su presa, volvió a sobrevolar sus cabezas. Ninguno de los dos tenía nada más que añadir y ambos se quedaron mirando a sus hijas, con los pensamientos en otra parte.

Triz intentó olvidarse de sus problemas personales y pensar en solucionar los que tenía para poder abrir la ostra y entender su contenido.

Esta era mágica y había comprobado que no se podía forzar con cuchillos ni a golpes. Tenía que haber una manera mágica de abrirla, un conjuro, un hechizo. La fuerza bruta no servía.

Estaba pensando en que tendría que leer varios libros de hechicería para dar con el conjuro cuando su hija Maya se acercó al banco.

—Mami, ¿me ayudas a atarme los cordones? Sola todavía no puedo.

—Claro, ¿cómo te has manchado así los pantalones? —preguntó al ver que su hija tenía una mancha de grasa a la altura de las rodillas.

—Ha sido jugando con Lidia...

En un primer momento no llegó a escuchar bien a su hija, pensando en lo que le iba a costar deshacerse de esa mancha sin usar la lavadora, que la dejaba para ocasiones muy puntuales para intentar ahorrar la máxima cantidad de vatios posibles hasta que Óscar tuviera un trabajo fijo. Después reaccionó, al darse cuenta de que el nombre que le había dicho su hija pequeña no le sonaba de nada.

—¿Quién es Lidia?

—Aquella niña rubia de allí —respondió su hija señalando con el dedo con toda la naturalidad del mundo.

—¿Es amiga tuya del colegio? —interrogó mirando alrededor de la niña, por si estaba su madre cerca y podía reconocerla.

—¡No! —exclamó Maya—. Nos acabamos de conocer en el parque y estamos jugando juntas. Alana es muy mayor para jugar conmigo y me aburría...

En cuanto le ató la zapatilla, Maya salió al encuentro de su nueva amiga y volvieron a jugar juntas y a reír. Triz sonrió. Le encantaba la naturalidad e inocencia con la que se comportaba su hija pequeña. Le gustaría ser tan sociable como ella, pero la vida le había enseñado que la gente no es de fiar. Le costaba conocer, entablar una conversación con gente fuera de su círculo; le resultaba difícil confiar en ella y, en cambio, su hija hacía nuevas amigas cada vez que salía de casa. Ella no había sido tan sociable ni de pequeña, aunque envidiaba esa capacidad de confiar en los desconocidos, de abrirse a los demás.

Una luz se le encendió en su embotada mente, como si un rayo de sol consiguiera abrirse paso entre las nubes negras de sus pensamientos. ¿Sería tan fácil?

—¿Qué hora es? —preguntó en voz alta esperando que Óscar le respondiera.

—Son las doce más o menos.

Empezó a mover inquieta la pierna en el banco. Era pronto para pedir a sus hijas que regresaran a casa. Ella era quien les había animado a salir y no quería tener que ser ella quien cortara su diversión, pero, de pronto, le habían entrado prisas. Tenía una idea

para abrir la ostra y no quería perder ni un minuto en probarla. Entre su impaciencia y sus cualidades de buena madre se estuvo debatiendo un rato, hasta que creyó que ya había pasado un tiempo prudencial.

—Creo que ya es hora de volver a casa. El sol empieza a ser muy fuerte y las niñas se pueden quemar —comentó esperando que Óscar estuviera de acuerdo.

—Es pronto para ir a comer. Déjalas que jueguen un rato más… A la una volvemos a casa.

—¿Todavía no es la una? —preguntó sorprendida, porque estaba segura de que había pasado por lo menos una hora desde que había preguntado la primera vez.

—No. Son solo las doce y media.

Cuando, por fin, dio la una, y aunque sus hijas se hicieron las remolonas para regresar, las llevó casi en volandas. Quería llegar, preparar la comida, darles de comer, dejarlas en el salón con sus deberes o sus juegos y bajar al sótano en donde había guardado la ostra. Creía tener la respuesta de cómo abrirla. Solo tenía que dejar que confiara en ella. Permitir que la ostra se abriera a una desconocida.

En un primer momento, se sintió un poco estúpida. Allí sentada, frente a una ostra, hablándole como si fuera una amiga de toda la vida. No sabía qué decirle, ni de qué hablarle, pero se esforzaba por intentarlo. Había oído sobre lo beneficioso que resultaba para las plantas hablarles o ponerles música, pero se sentía rara haciéndolo con una ostra.

Con el paso de los minutos, se convirtió en una terapia para ella misma. Empezó a contarle sus problemas, a confesarle cómo se sentía, las preocupaciones que tenía. Al menos, aquello le servía para sacar todo lo que llevaba dentro, para pensar y analizar sus problemas, aunque la ostra no respondiera.

Sintió como, con cada una de las palabras que iba diciendo, se vaciaba por dentro, como los sentimientos empezaban a brotar y se le llenaban los ojos de lágrimas. Tenía la visión tan emborronada por las emociones que no se dio cuenta de que la ostra emitía un pequeño brillo de color azulado, similar a cuando estaba bajo el agua del lago.

Siguió hablando de lo que sentía, de sus emociones, de lo difícil que era la vida y de lo mucho que la complicaba tener sus capacidades, tan absorta en sí misma que, para cuando se dio cuenta de que su idea estaba funcionando, la luz azul de la ostra ya iluminaba todo el sótano.

Se secó las lágrimas con un pañuelo, se sonó la nariz y durante

unos segundos se quedó boquiabierta observando la ostra brillar. Era como un zafiro de gran tamaño. Al quedarse en silencio, su brillo empezó a atenuarse.

—¡No! No, espera. Yo sigo hablando todo lo que haga falta, pero no te apagues. Necesito saber cuál es tu mensaje, necesito tu ayuda para acabar con mis pesadillas y poder volver a tener una vida normal. Si es que alguna vez la he tenido. Vamos, no me falles ahora.

La ostra volvió a brillar con fuerza. Triz seguía hablando, esperando que, en cualquier momento, la concha se abriera por la mitad. Ya no hablaba de sus preocupaciones o de sus miedos, sino que se expresaba con entusiasmo y alegría, al ver que había encontrado la solución y que estaba cerca de saber cómo podía seguir actuando.

—¡Ah! Que no se me olvide. Gracias. Muchas gracias por haberme escuchado. Necesitaba poder hablar abiertamente de mí misma y que no me interrumpieran con preguntas absurdas. Gracias por escuchar en silencio.

Un brillo dorado cruzó en horizontal la luz azul que emitía la ostra. Esta se estaba abriendo y en su interior nacía la luz amarilla con cada nueva palabra.

Cogió la ostra entre sus manos, conocedora de que la luz azul no quemaba, y la cobijó contra su pecho. Le salió de dentro abrazarla, de esos sentimientos que tenía a flor de piel. La ostra terminó de abrirse.

En su interior, brillante como una pepita de oro del tamaño de una gran canica, una perla serigrafiada en la que se podía ver una especie de mapa. La extrajo y dejó la concha sobre la mesa. Además del mapa, tenía unas palabras escritas que brillaban en un tono más dorado, en un idioma que no era capaz de entender.

«Le irgomoir ed al irpemar narg urbaj neucneart nujot a al obac edacipatad.»

—27—

Resolviendo acertijos. Noviembre de 2048

Estaba tumbado en el sofá, mirando al techo, aunque ya era noche cerrada y la hora invitaba más a acostarse en la cama, pero no tenía ganas de moverse. Ni siquiera se había preparado nada de cenar y, con lo que le gustaba la comida, eso era algo muy raro.

Habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con Triz. Por mucho que la había esperado en el mundo de los sueños, no había aparecido. Le había pedido tiempo para descansar y ordenar sus ideas, pero con su ausencia estaba consiguiendo que fuera él quien no consiguiera dormir bien y tuviera la cabeza hecha un lío.

Triz había estado guardada en el rincón de los sueños imposibles, fuera de su vida durante más de quince años. Había vuelto por sorpresa, cuando ya no la esperaba, cuando todo parecía indicar que sus caminos se habían separado para siempre y que su

amistad solo sería el recuerdo de una adolescencia mucho más feliz que la vida adulta. Al regresar, al reencontrarse, había dejado todas las puertas abiertas.

Le gustaba poder hablar con ella todos los días, disfrutaba rememorando el tiempo en el que habían sido buenos amigos porque echaba de menos aquellas tardes sin complicaciones. Se alegraba de recuperar la complicidad que les unía y agradecía que el paso de los años le hubiera dado el valor para decirle algunas cosas que en el pasado no se atrevió. Si algo bueno tenía la vuelta de Triz era que se había sacado la espina de confesarle que era una mujer muy especial para él. Lo era cuando niña y seguía siéndolo ahora, que rondaba los cuarenta años y era madre de familia.

Desde su vuelta de la dimensión virtual, pensaba que esa complicidad era correspondida. Ella se comportaba con él con la misma naturalidad, se reía con sus comentarios y bromas, veía en su mirada, en las veces que se habían visto, que confiaba en él y que estaba cómoda a su lado. Sin embargo, tras su vuelta de Grawell, algo había cambiado.

Había perdido su habitual sonrisa, su mirada había dejado de ser acogedora y se había vuelto fría, distante; su comportamiento se había tornado huidizo y ni siquiera le dio un abrazo la última vez que se tuvo que marchar. Su última conversación en Aisling había estado llena de monosílabos y de expresiones tajantes, y cuando le propuso hablar al día siguiente, ella le dejó con la palabra en la boca en la despedida y había desaparecido varios días.

Miraba el techo, debatiéndose entre ir a la cama, por si estaba esperándole para volver a hablar, o demorar el tiempo para no llevarse un disgusto si pasaba un día más sin poder comunicarse con ella. En realidad, si seguía con su conversación distante no iba a saber qué decirle. Aunque, el solo hecho de poder cruzar dos palabras con ella ya le hiciera sentir mejor.

Al final pudo más su deseo que su miedo a no encontrarla y, aunque había estado demorando el momento para no enfrentarse a él, se fue a dormir.

Sus inquietudes, sus preocupaciones, sus nervios hicieron que el sueño tardara en llegar. Tras varias vueltas sobre la cama intentando buscar una postura cómoda, el sueño llegó como quien vence en una batalla. Se durmió por agotamiento cuando el reloj ya marcaba las dos de la madrugada.

—¿Dónde estabas? —La voz de Triz lo agarró tan por sorpresa y con el sueño tan recién cogido que casi se desvela—. Llevo horas esperándote.

—Lo siento. No sabía si ibas a venir y los nervios no me dejaban dormir.

—¿Nervios? ¿Por qué estás nervioso?

No le dijo que era porque hacía días que no hablaban y que su última conversación le tenía preocupado. Triz ya había vuelto y ahora se conformaba con que esa conversación fuera mejor que la última. No quería estropearla.

—Nada, cosas mías. Sigo sin encontrar trabajo —En realidad, tampoco había salido a buscarlo— y no termino de acostumbrarme a la vida en este nuevo mundo. Es todo tan complicado...

—Sí. Yo, que llevo en él desde el primer momento, también tengo problemas para adaptarme. Imagino que regresar después de dos años fuera no será fácil.

—Bueno, algo haremos. ¿Has avanzado algo con la ostra? —preguntó Gare, que sentía la ansiedad de Triz por hablarle de algo en sus palabras y en las vibraciones que le llegaban.

—¡Sí! ¡He conseguido abrirla!

—¿En serio? ¿Cómo?

—No te lo vas a creer, pero la idea se me ocurrió observando cómo Maya en el parque se relacionaba con otras personas. Lo único que había que hacer era confiar en ella. Mostrarle tus sentimientos y dejar que se abriera a tus emociones.

—¡Vaya! Y nosotros intentando asesinarla con un cuchillo —respondió Gare en tono jocoso, aunque por dentro pensaba en que ojalá entre seres humanos y brujas fuera tan fácil conseguir que se abrieran—. ¿Y qué había dentro? ¿Has encontrado lo que buscabas?

—He encontrado otra pista imposible. Otro acertijo. Otra búsqueda que no sé a dónde me va a llevar y no consigo descifrar. —El tono de Triz era, ahora, menos entusiasta.

—¿Me lo cuentas o voy a tener que adivinarlo yo también?

Triz se rio. Gare casi se pierde las primeras explicaciones por estar disfrutando de aquella sonrisa. Se alegraba de que Triz volviera a reírse con sus tonterías. Parecía que, transcurridos dos días, volvía a mostrarse más cercana. Ya no estaba distante como la última vez y no tenía de qué preocuparse.

—Así que has encontrado un mapa y una frase, pero no tienes ni idea de qué demonios significa. ¿Sabes qué idioma puede ser?

—No tengo ni la más remota idea. Ni siquiera sé si es un idioma o un revoltijo de letras a la espera de ser descifradas. Por lo menos, no son jeroglíficos o letras chinas...

—¿Y el mapa? ¿Sabes a qué mundo pertenece? ¿Adónde vas a tener que irte ahora?

—Esta vez, no tengo que cambiar de mundo. El lugar es un bosque, a mitad de camino entre nuestras casas. El único bosque de hayas que ha logrado sobrevivir a la tormenta solar.

—Te recuerdo que soy nuevo en este mundo. ¿No queda ningún

bosque más que ese?

—Ya viste el paisaje que rodea tu ciudad. Todo el verde y los árboles que poblaban lo alto del monte han desaparecido o están muertos. El resto de los paisajes están igual. Solo el bosque de Otsa se mantuvo intacto. Nadie pudo explicarlo, pero ahora que he descubierto el mapa empiezo a entenderlo. Es un bosque especial que oculta un poder mágico enorme en su interior. Un poder que necesito para terminar con el que provoca mis pesadillas.

—¿Y cuándo vas a ir?

—No lo sé. Debería irme de inmediato y recorrer el bosque hasta encontrar lo que busco, pero no puedo. Si me ausento un día más de casa, Óscar acabará por dejarme de hablar y tampoco quiero dejar a mis hijas otra noche. Además, está el contenido de la frase. De nada me va a servir ir al bosque, si no descubro antes el significado. No sé qué voy a hacer. El próximo fin de semana es el cumpleaños de mi padre. Iremos toda la familia. Si para entonces he conseguido revelar el contenido del mensaje, buscaré la manera de ausentarme unas horas dejando a mis hijas con sus abuelos. Algo se me ocurrirá.

—Si quieres, puedo acompañarte... —murmuró Gare en un tono suficientemente audible para ser escuchado, pero no muy alto para no sentirse rechazado si ella se decantaba por ignorarlo.

—No es necesario. Ya has hecho más que suficiente para intentar ayudarme y te lo agradezco, pero tampoco quiero que te involucres demasiado en mis asuntos relacionados con la magia.

El tono distante de Triz había regresado.

—Oye, ¿seguro que estás bien? Te noto distante.

—¿Distante? No, qué va... Si ayer por la noche hasta recordé uno de nuestros días de jóvenes…

—Ah, ¿si? ¿Cuál? ¿Alguno bueno?

—La verdad es que no mucho... ¿Te acuerdas del día, después de mi decimoséptimo cumpleaños, que quise hablar contigo a solas y no quisiste salir de la cibersala?

—Sí, claro que me acuerdo...

—Aquel día quería contarte que era una bruja. Pensé que eras la persona a quien podía confiárselo tras la ausencia de mi tía, pero tú te negaste a salir del local y aún, pasados treinta años, no entiendo el porqué.

—Porque era un auténtico idiota —respondió Gare—. Me acuerdo muy bien de aquel día, me he arrepentido tantas veces... No salí porque estaba cagado de miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—Ahora suena estúpido, pero entonces no lo era. Tenía miedo a que, después de regresar de mis meses en Coventry, me notaras lo mucho que me gustabas. Ya me sentía atraído por ti antes de irme,

pero tras nuestras conversaciones estando fuera, al verte a mi regreso, me di cuenta de mis sentimientos en realidad. Tenía miedo de quedarme a solas contigo y no saber qué decir o sonrojarme hasta las orejas. Me pediste salir a hablar y me puse tan nervioso que hice una gran estupidez, porque en realidad me moría de ganas.

—Sí que fue una estupidez, sí. Creo que por culpa de esa estupidez empezamos a distanciarnos. Que no quisieras salir me hizo dudar de nuestra confianza. Me hiciste dudar de ti. Desde ese día te comportabas como un imbécil.

—Lo siento, no era mi intención. Solo era un idiota al que le daba miedo quedarse a solas con la chica que le gustaba. Ahora ya puedes confiar en mí. Puedo ayudarte con todo este asunto, si me dejas.

—Mis asuntos con la magia pueden ser peligrosos y no quiero que te pase nada por mi culpa. Cuanto menos te acerques a mí, menos peligro correrás —replicó Triz, recordando las palabras de su tía Helen. Confiaba en él como amigo, pero su tía le había hecho dudar de que fuera un buen compañero para resolver sus pesadillas.

Gare no quiso insistir, aunque le daba igual ponerse en peligro. Tampoco tenía mucho que perder. Una vida sin amigos, sin trabajo, en un mundo que no era capaz de reconocer, en el que lo único que le resultaba reconocible y agradable era, precisamente, la presencia de aquella que no quería tenerle a su lado por miedo a que le pasara algo. No iba a insistir, pero tampoco iba a dar su brazo a torcer. A su edad le daba más miedo estar lejos de ella que los peligros que pudiera correr estando a su lado. Intentaría ayudarla a resolver el mensaje y, llegado el momento de acudir al bosque de Otsa, iría por su cuenta si era necesario.

Triz no tardó en despedirse queriendo descansar. Llevaba mucho tiempo con la conversación abierta esperando su llegada y se encontraba agotada. Gare se limitó a despedirse con un hasta mañana, esperando que realmente fuera a la noche siguiente cuando pudieran volver a hablar.

Cerrada la conversación, se despertó y se levantó de un salto de la cama. Quería apuntar en un papel la frase que Triz había leído en la perla.

«Le irgomoir ed al irpemar narg urbaj neucneart nujot a al obac edacipatad».

Siempre le había gustado el mundo del espionaje, de los acertijos. Incluso, en sus años adolescentes, fue un apasionado de los jeroglíficos egipcios y del misterio que ocultaban, además de encantarle leer historias de Sherlock Holmes, por su capacidad deductiva para resolver misterios. Ahora era quien tenía que

enfrentarse a uno, aunque sobrepasada la barrera de los cuarenta años su mente ya no fuera tan abierta a nuevos retos.

Había ayudado a Triz a resolver el mensaje de su colgante. Ese en el que no ponía Rebecca si no Redecca, y ahora estaba deseando poder ayudarla con este nuevo y más complicado acertijo, para demostrarle que debía estar a su lado y su ayuda era indispensable.

Rebuscó en armarios y cajones de su nueva casa, en busca de papeles y bolígrafos con los que tomar nota de sus avances. Tenía un día para demostrarle que era el mejor compañero posible para aquel viaje.

Lo intentó primero con el inglés; no en vano el anterior mensaje encontrado y el poema de La Rede Wicca que había usado Triz para descifrarlo estaban en ese idioma, pero ninguna de las palabras del texto se correspondía, por mucho que se empeñó en desglosarlas, cambiar el orden de las letras o leerlas al revés.

Fue en este último intento cuando descubrió que algunos de los términos tomaban sentido en castellano y decidió escribir en el papel toda la frase de atrás a adelante.

«datapicade cabo la a tojun traencuen jabru gran ramepri la de riomogri eL».

No era mucho, pero de esa forma se leían palabras como «cabo» o «gran» y los artículos «la, de o el».

Se entusiasmó al leer la frase en voz alta. Había dos palabras que le habían recordado a un trabalenguas que solía recitar en su infancia. Cuando era pequeño, su madre le hacía reír contándole el cuento de Caperucita Roja con las sílabas al revés.

«Va Tacirupeca jarro por el quebos y jodi: ¡Ñoco, un bolo!». solía decir su madre y él se echaba a reír a carcajadas, imaginándose a la joven Caperucita por el bosque gritando a pleno pulmón: ¡Coño, un lobo!

Las palabras «tojun» y «jabru» se correspondían con junto y bruja, si se leían de la misma manera que su madre le contaba el cuento. Probó a cambiar el orden de las sílabas de todas las palabras.

—¡Joder, lo tengo! —gritó cuando leyó la frase en el orden en el que se la había transmitido Triz.

«El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca decapitada».

Lo único que le faltaba por saber era qué diablos era un grimorio[18].

Quedaban un par de horas para que amaneciera. Regresó a la cama con la esperanza de quedarse dormido y de que Triz estableciera la comunicación, pero, aunque consiguió dormir, pese a la emoción de haber resuelto el acertijo, ella no estaba al otro lado

y él no era capaz de abrir ese tipo de comunicaciones.

No se levantó de la cama hasta que la luz del día ya entraba con fuerza por la ventana y se fue directo a la cocina. Se preparó un suculento desayuno y lo devoró en menos tiempo que el que le había llevado prepararlo. No había cenado y la ansiedad siempre le abría el apetito.

Las horas del día, esperando a poder dormirse de nuevo para hablar con Triz, se le hicieron eternas. Casi tan largas como las horas que pasaron cuando Cristian invitó a ambos, junto con el resto de amigos, a su fiesta de cumpleaños.

—28—

Fiesta de cumpleaños de Cristian. Abril de 2028

Se había probado tres pantalones y seis camisas y no terminaba de estar conforme con el resultado. Era más de vestir en vaqueros y con camisetas que de ponerse ropa de vestir para acudir a fiestas, pero Cristian le había invitado a su cumpleaños y sabía que iban las chicas. Quería ir lo más guapo posible, quería sorprender, sobre todo a Triz, con una apariencia distinta a la que estaba acostumbrada a verlo.

Tras regresar de Coventry, las cosas entre ellos llevaban unos meses que no iban del todo bien. Las visitas a la cibersala de Triz habían disminuido, ya no la veía muchos días en el balcón de su casa y, siempre que hablaban, las conversaciones eran insustanciales, sin profundidad, sin apenas contenido. Se limitaban a saludarse, a preguntar qué tal estaban y a hablar de temas sin importancia, siempre con una sensación de incomodidad flotando en el ambiente. Conversaciones muy diferentes a las que tenían por email o por FireChat cuando estaba en Inglaterra. Aquellas eran casi confesiones, profundas y sinceras, pero a su regreso, todo había cambiado.

Sabía que era culpa suya. Se había ido a Coventry sintiéndose atraído por Triz, pero siempre negándoselo a sí mismo por esas dudas que le causaba la diferencia de edad. Había sido difícil reconocer que ella le gustaba cuando él tenía casi diecisiete años y ella apenas trece. Pero, después de nueve meses fuera, la primera vez que la vio, sintió cómo esos miedos saltaban por los aires. Triz había cambiado mucho en esos nueve meses o, al menos, así se lo

había parecido. La había visto más madura, más mujer, no quedaba rastro de la niña que había dejado antes de marcharse. Ahora, Triz tenía diecisiete años y le quedaban unos meses para ser mayor de edad. Él tenía veinte, aunque solo quedaran unas semanas para que cumpliera veintiuno, y le parecía que Triz era incluso más madura que él.

Darse cuenta de que sus sentimientos hacia ella eran tan intensos, verla tan guapa a su regreso y comprender que se estaba enamorando de ella, si no lo estaba ya, desencadenó que empezara a comportarse como un idiota. Por un lado, quería decírselo, por el otro, no se atrevía y cada vez que se veían se moría de la vergüenza. Temía tanto ser rechazado como ser descubierto y para evitar ambas cosas no le expresaba sus sentimientos y se alejaba de ella. Y lo más bochornoso de todo: cada vez que hablaban, solo era capaz de emitir palabras estúpidas y frases sin gracia.

Se había prometido que en la fiesta de Cristian todo sería distinto. Iba a arreglarse tanto que Triz no iba a poder evitar fijarse en él y, cuando lo hiciera, hablaría con ella y le confesaría lo que sentía. Se dejaría de tonterías. Repasaba en la cabeza lo que le iba a decir, para no volver a soltar ninguna frase sin sentido. Lo tenía todo pensado y, esta vez, nada iba a salir mal.

Triz también estaba en su casa probándose ropa. Tras dos años saliendo con Derek, aquella era la primera fiesta de cumpleaños a la que la invitaban y lo que menos esperaba era que fuera Cristian quien lo hiciera.

Cuando conoció a los chicos, hacía ya cuatro años, él le pareció el más guapo. Casi se podría decir que se pasó el primer año suspirando por él. Cristian era el más atractivo, pero también el más engreído, pedante e insoportable, aunque con trece años una tarda en darse cuenta de esas cosas. Por suerte, poco a poco, había ido madurando y se había dado cuenta de que la apariencia no lo es todo. Se llevaba mucho mejor con Aaron, con Paul y, sobre todo, con Gare. Aun así era muy vergonzosa, y cuando Cristian se le acercó para hablar a solas e invitarla a su fiesta, se sonrojó como una amapola de campo.

Hacía unos meses que ya no los veía tanto como antes, que ya no bajaba a la sala con asiduidad, desde que Gare la dejara plantada en medio de la calle cuando estaba dispuesta a confiar plenamente en él. Por eso, le había sorprendido todavía más que Cristian la invitara a su cumpleaños. Estaba convencida de que él casi ni se acordaba de su existencia.

Gare también iba a ir a la fiesta. Posiblemente, la persona con la que más afinidad tenía de todos los asistentes, pese a que llevaba

meses notándolo raro, distinto, como si las semanas fuera de casa, en lugar de espabilarlo, le hubieran vuelto idiota. Solo hacía estupideces, como no querer salir a hablar con ella o comentarios sin ninguna gracia, pero, aun así, seguía siendo el mejor de sus amigos en aquel grupo. Quizás, durante el cumpleaños, podría encontrar un momento para hablar con él y pedirle explicaciones por su extraño comportamiento. Solo quería asegurarse de que, entre ellos, todo seguía estando bien como antes.

Miró la hora en su teléfono móvil y se puso más nerviosa, al ver que todavía quedaba una hora para que sus amigas pasaran a recogerla. Tenía la sensación de que la fiesta iba a ser importante en su vida de algún modo y lo que más le ilusionaba era que no había tenido ningún sueño sobre ese día. Ningún mal augurio que le dijera que iba a terminar mal, porque sus sueños siempre le avisaban de las cosas malas que estaban por venir. No había soñado con el cumpleaños y eso era buena señal.

Norma, Jeni y Vicky pasaron a recogerla, como siempre, diez minutos después de la hora acordada, cuando ella ya estaba de los nervios, segura de que iban a llegar tarde. Como siempre venían muy arregladas y con vestidos nuevos. En esta ocasión ella no desentonaba.

Cuando llegaron a casa de Cristian, que había aprovechado la ausencia de sus padres para celebrar su decimonoveno cumpleaños, y pese a su voluntad inicial de mostrarse decidida, Triz se quedó un paso por detrás cuando sus amigas llamaron a la puerta.

Fue el propio Cristian quien salió a recibirlas, dio dos besos a cada una de sus amigas y, cuando llegó su turno, antes de saludarla, Cristian murmuró un «qué guapa vienes» que le hizo sentir una mezcla de sorpresa y vergüenza. Respondió con un lacónico «gracias» ante el inesperado piropo.

En la fiesta había más gente de la que ella pensó que asistiría. Además de los amigos y chicas que solían encontrarse en la cibersala, Cristian había invitado a otro grupo de chicos a los que Triz no conocía y a varias chicas, mayores que ella, que caminaban por la casa como si fuera suya o ya hubieran estado allí antes.

Triz empezó a sentirse un poco incómoda entre tanta gente, sus amigas se habían integrado en la fiesta y hablaban con grupos de chicos que acababan de conocer, dispersas por el salón de la casa o la cocina, pero a ella siempre le había costado más relacionarse con desconocidos. Solo cuando vio al grupo de chicos de la sala, en una de las esquinas del salón, se sintió un poco mejor y fue a saludarles.

Allí estaban Aaron, Yago, Paul y Gare. Todos la saludaron con efusividad, al verla acercarse.

—¡Ey, Triz! ¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde están

Jeni y las demás? —preguntó Yago, al que hacía tiempo que se le notaba que le gustaba la hermana pequeña de Norma.

—No habrás venido sola, ¿verdad? —indagó Aaron, que miraba por encima de la cabeza de todos a ver si veía a Norma. Otro al que se le notaba a distancia cuáles eran sus preferencias.

—Tranquilos, que han venido todas —respondió Triz entendiendo que la alegría de verla no era por ella, sino por la llegada de sus amigas. Sintió que le hacían de menos, otra vez. Miró a Gare y le sonrió buscando en él un tablón de amistad al que aferrarse.

—¿Qué haces con vestido? —preguntó este mirándola sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —replicó Triz sintiéndose enrabietada, recordando el día que la dejó plantada. ¿En serio era eso lo primero que se le ocurría decirle?

—Estás distinta. Solo es eso.

—Tú también estás distinto últimamente. ¡Más idiota! Si no os importa, voy a ver si encuentro a estas —dijo Triz enfadada y regresó al centro del salón y fingiendo que buscaba a sus amigas. En realidad tampoco tenía mucha intención de encontrarlas. Estarían bebiendo y tonteando con gente que a ella no le importaba.

Dos segundos más tarde, cuando ya la había perdido de vista entre la gente, Gare cerró los ojos y murmuró:

—Seré gilipollas...

—¿Qué te pasa? —preguntó Paul a su lado.

—Que he vuelto a meter la pata con Triz. No quería decirle lo que he dicho. Lo que pretendía era decirle que estaba muy guapa con ese vestido. Que estaba distinta, pero para mejor. Me había propuesto no hacer el idiota hoy, y a la primera ya la he pifiado, y parece que le ha sentado mal.

—¿Y por qué no vas a hablar con ella y lo aclaras?

—Porque me da vergüenza. ¿Y si vuelvo a cagarla?

—Yo creo que la vas a cagar si no vas a hablar con ella. Déjate de pensar cada palabra que le vas a decir. Cada vez que la ves acabas soltando una tontería. Te pones frente a ella, os vais a un rincón tranquilo de la casa y se lo sueltas: «Mira Triz, estoy *in love* contigo».

—¡Joder, Paul! Ya nadie utiliza esa expresión.

—Claro, es mucho más actual expresar tus sentimientos diciendo: «Qué rara estás con vestido».

—¡Vete a la mierda!

Pasado un rato, cuando Yago ya se había ido a buscar a Jeni y Aaron buscaba la manera de acercarse a bailar con Norma, Cristian se acercó a Paul y Gare, que se habían quedado solos en una de las

esquinas del salón.

—¡Ey, chicos! ¿Qué os parece la fiesta?

—Está genial. Has invitado a un montón de gente —respondió Paul, que no dejaba de mirar a un lado y a otro viendo chicas pasar.

—Sí, además de los amigos de siempre, he invitado a alguna compañera de clase.

—¡Qué cabrón! La verdad es que en clase no te rodeas mal —exclamó, de nuevo, Paul.

—Vamos a dar una vuelta por la casa y te las presento —propuso Cristian poniendo la mano sobre el hombro de su amigo—. ¿Y tú, Gare? ¿Has visto lo guapa que ha venido hoy Triz?

—No se lo recuerdes, que ha metido la pata nada más verla.

—¡No jodas, tío! Lo tuyo con esa chica es un don. Pensaba que ya no te quedaban más patas que meter. ¿Qué has hecho esta vez?

—En lugar de decirle que estaba muy guapa, le he dicho que estaba distinta con vestido. Como insinuando que estaba rara, y no le ha sentado muy bien.

—Lo tuyo es digno de estudio. Cómo puedes ser tan idiota con las chicas. ¿Quieres que vaya a hablar con ella a ver si lo arreglo?

—¿En serio? ¿Puedes hablar con ella y ver si no le ha molestado mucho? Así me acerco a aclararlo, si no está enfadada… —respondió Gare viendo una salida a su metedura de pata.

—Quedaos aquí los dos. Hablo con Triz y os cuento. Luego os presento a mis compañeras de clase.

Triz vio acercarse a Cristian y miró a su espalda por si había alguien tras ella con quien él quisiera hablar, pero vio que solo estaba la pared.

—Hola, Triz. ¿Lo estás pasando bien? —preguntó él con una amplia sonrisa.

—Hay más gente de la que pensaba. Creí que íbamos a estar el grupo de siempre, pero sí, la música me gusta y lo estoy pasando bien.

—No se nota, que te veo aquí un poco sola. ¿Te apetece bailar?

—Eh... Bueno, vale. ¿Por qué no? —concedió más sorprendida que si hubiera visto un elefante volando.

Cristian la agarró de la cintura y la acercó a él. Ella dejó el vaso que tenía en la mano sobre la balda de una librería y puso sus brazos alrededor de su cuello. Se sentía un poco incómoda porque no estaba acostumbrada a bailar una música tan lenta, y menos con tanta gente observándola. Varios de los asistentes a la fiesta se habían quedado mirándolos.

—Cuéntame... ¿qué tal te va todo? Ahora te vemos menos que antes. ¿Has vuelto a salir con algún chico? —interrogó Cristian mirándola a los ojos.

—No, no salgo con nadie, pero ya no tengo trece años y ahora tengo otras preocupaciones como para ir a la cibersala todos los días —contestó Triz. En realidad no iba a la cibersala porque el ambiente que había ahora era distinto.

—Que no tienes trece años se nota. Estas muy guapa esta noche. Este vestido te queda genial —susurró casi a su oído Cristian.

—Gracias —respondió Triz de nuevo, incómoda al notar que las manos de Cristian ya no estaban en su cintura y amenazaban con seguir bajando.

Intentó separarse un poco usando sus brazos como escudo, pero Cristian seguía atrayéndola hacia él con sus brazos.

—Creo que la canción está acabando. Y tengo un poco de sed. Debería ir a tomar algo y a ver si encuentro a estas —comentó intentando dar por concluido el baile.

—Si tienes los labios secos, yo puedo humedecértelos —insinuó Cristian mordisqueando su labio inferior antes de intentar besarla.

—¡Pero qué coño haces! —exclamó Triz y le propinó una patada en la espinilla para alejarse de él mientras casi todo el mundo a su alrededor los miraba.

Salió corriendo del salón y se refugió en el cuarto de baño. Cristian había intentado aprovecharse de ella. Un trofeo más que añadir a su lista de conquistas y del que alardear delante de todos sus invitados. Convencido de que ninguna mujer podía resistirse a sus encantos.

Gare, por su parte, seguía comportándose de manera sorprendente y era incapaz de volver a ser el muchacho que se había convertido en su mejor amigo. Era uno más de los chicos sin cerebro con los que tenía que cruzarse todos los días. Sus amigas seguían ocupadas bebiendo y bailando mientras reían. Sintiendo que nadie la iba a echar de menos si se largaba a la francesa, salió del cuarto de baño y, sin decir nada, se marchó.

Gare fue el único que la vio salir. Su primer impulso fue ir tras ella, pero se cruzó con Cristian.

—¡Ey! ¿No ibas a hablar con Triz? ¿Qué te ha dicho? La acabo de ver marcharse.

—Estaba enfadada. Muy enfadada. He intentado hablar con ella y explicarle que lo que querías decir era que estaba muy guapa, pero no me ha dado oportunidad y me ha dejado con la palabra en la boca.

—¿Estás seguro de haberle dicho eso? ¿En serio estaba tan enfadada conmigo como para marcharse tan pronto?

—En serio. Con los años, cada vez es más rara. Deberías olvidarte de ella. No merece la pena. Sigue siendo una cría. ¿Por qué no te presento a unas amigas? Estoy seguro de que alguna te va

a caer muy bien. Una de ellas, Nadia, me ha preguntado por ti.

Cristian tiró de Gare hacia dentro de la casa y le presentó a varias compañeras de clase. En cuanto Cristian le dejó a solas con ellas, Gare se disculpó y regresó al lado de Paul.

—Debería haber ido tras Triz. Me había propuesto hablar con ella y decirle que me gusta, y es la segunda vez en mi vida que algo lo estropea cuando voy a hacerlo.

—Si sales ahora, todavía estás a tiempo de encontrarla en la calle…

—¿Tú crees? No sé. Seguro que ya está llegando a su casa y, por mucho que corra, no llegaré a tiempo. Además, Cristian me ha dicho que estaba muy enfadada.

Vieron como Nadia y sus amigas se acercaban. Gare decidió que era mejor dejar tranquila a Triz, hablar con ella en otro momento, y no dejar solo a Paul con las chicas que acababan de conocer.

Triz apenas había llegado al final de la calle. Caminaba despacio y se giraba a cada instante por si alguien salía tras ella de la fiesta. Sobre todo, esperaba ver salir a Gare. Cuando llegó a la esquina, negó con la cabeza y aceleró el paso hasta llegar a casa, se quitó el vestido, el maquillaje y se metió en la cama. Aquella fiesta había durado menos de lo esperado y bien podría haber soñado con ella en alguna de sus pesadillas.

«A la mierda todos».

—29—

Mejor sola… Noviembre de 2048

Se acostó temprano deseoso de oír a Triz y contarle su descubrimiento, pero pasaban las horas y no aparecía. Cada vez estaba más seguro de que tenía el don de la inoportunidad. Era la mujer más inoportuna del mundo.

Que tenía que hablar con ella, no aparecía; que ella necesitaba una explicación, él metía la pata; que vivía tranquilamente sin complicaciones, ella aparecía en su vida poniéndola patas arriba; que necesitaba un amigo, a él le entraba miedo…

Así había sido su relación desde que se conocían. Nunca se ponían de acuerdo, eran como dos imanes que no pueden evitar atraerse pero que, cuando están cerca, invierten sus polos y se repelen, imposibilitando que lleguen a juntarse.

—Hola. —La voz afligida de Triz resonó en su cabeza.

—¡Ey! Hola, guapa. ¿Qué tal? —preguntó más locuaz.

—Mal. Ha sido un día horroroso en el que no he conseguido que nada me salga bien. Solo he entrado a saludarte, porque estoy tan agotada que casi no tengo fuerzas ni para abrir la comunicación. Quiero soñar con que soy un oso hibernando y no despertar hasta la primavera.

—Vaya, lo siento, pero te estaba esperando porque tenía algo importante que contarte. ¡He descubierto el significado de la frase de la perla!

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pone? —La voz de Triz sonaba iluminada por el entusiasmo.

—El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca

decapitada. ¿Qué es un grimorio?

—Es un libro de las sombras. Si has descifrado el mensaje correctamente, quiere decir que en el bosque de Otsa se encuentra el libro de las sombras de una de las brujas más poderosas de la historia, y con él podré hallar la manera de evitar que mis sueños se hagan realidad.

—¡Oye! ¿Qué es eso de dudar de mí? Claro que lo he descifrado de forma correcta. Era bastante sencillo, solo había que leer las palabras al revés y cambiar el orden de las sílabas.

—Vale. No te enfades. —El tono de voz de Gare se había ido elevando según decía la frase—. Tengo que buscar la manera de ir al bosque, sin crearme más problemas en casa.

—Te acompaño.

—De eso nada... Voy sola. Si en el bosque se esconde el grimorio de la primera gran bruja, estará bien protegido. Estoy segura de que va a ser peligroso y no quiero ponerte en peligro.

—Yo tampoco quiero que te pongas en peligro tú sola. Insisto, te acompaño. Tengo el colgante de tu tía Helen, igual lo necesitas.

—Y yo insisto en que no. Yo soy bruja y tengo formas para defenderme. Tú no. Si me tengo que preocupar porque no te pase nada, lo único que vas a conseguir es desconcentrarme. Si vienes, solo vas a estorbar.

—Tendrás formas de defenderte, pero ¡si encuentras otro mensaje encriptado no vas a poder resolverlo sin mi ayuda! ¡Yo he resuelto los dos anteriores! —exclamó Gare ofendido por el comentario.

Triz se quedó callada. Una parte de ella estaba deseando que Gare la acompañara. Esa parte que se sentía muy a gusto con su presencia, que se reía con sus gracias, que se sentía entendida y comprendida. Otra parte rechazaba la idea. Esa que se acordaba de los momentos de desconfianza y de las palabras de su tía, advirtiéndole de que tuviera cuidado con él. Pero lo que más pesaba en ella era el deseo de no ponerle en peligro. Desconfianzas aparte, Gare siempre había sido especial para ella y por nada del mundo se perdonaría que le pasara algo por su culpa.

—Lo siento, pero no te voy a dejar venir conmigo. —Y para evitar tener que dar explicaciones, cerró la conversación.

—¡Triz! ¡Triz! ¡Joder!

Se despertó sobresaltado. Se levantó, arrojó las sábanas al otro lado de la habitación y golpeó la pared del cuarto con los nudillos. Otra vez se lastimó la mano.

—¡Joder! ¡Hostias! —Seguía maldiciendo mientras la agitaba en el aire intentando calmar el dolor—. ¿No quieres que vaya contigo? Muy bien. Iré solo. Me has dicho que intentarás escaparte durante el

fin de semana, así que iré al bosque de Otsa el viernes y me quedaré allí hasta que aparezcas, aunque tenga que dormir dos noches acampado entre los putos árboles.

Incapaz de volverse a dormir y tras limpiarse la herida de la mano, rebuscó en casa hasta encontrar una mochila en la que fue metiendo algo de ropa y reservas de comida.

El lunes por la mañana bajó a la calle e intentó informarse de cómo llegar hasta allí. El bosque de Otsa se ubicaba a unos cien kilómetros de su casa, pero lo que hubiera sido un viaje más que sencillo en su mundo virtual, o antes de la tormenta solar, se complicaba sobremanera en la realidad que le tocaba vivir.

No había autobuses que lo llevaran hasta allí. Los que más le acercaban, solo llegaban hasta mitad de camino y el precio de sus billetes le dejaban temblando las reservas de vatios en su T.V.E. Podría arriesgarse a gastar alguno de los que no había traspasado a la cuenta de Paul todavía, pero no estaba seguro de poder reponerlos a tiempo, vista su desidia a la hora de buscar un empleo. Si gastaba de más, se arriesgaba a terminar recibiendo una incómoda visita.

Sin embargo, si no lo hacía, no iba a poder ayudar a Triz a salvar el mundo y, si el mundo se iba al carajo, no tendría la necesidad de devolver nada a nadie. Tenía que preguntarle cuánto quedaba para que sus sueños se hicieran realidad, cosa que aún no le había contado.

Se había limitado a decirle que el mundo se iba a acabar y que necesitaba su ayuda y no había dudado en hacerlo, pero no le había dado detalles. Y cuando se había ofrecido a acompañarla, ella se había negado. Si no fuera por lo que sentía por ella, se hubiera gastado los vatios en regresar a la realidad virtual. Aunque eso tampoco le serviría de nada ya que no podría quedarse en él, si no volvía a producirse una tormenta solar en el momento oportuno.

—¿No hay otra manera de llegar que sea más económica? —preguntó al taquillero de la estación de autobuses.

—Sí. Hay dos.

—¿Y por qué no ha empezado por ahí? Dígame, ¿cuáles son?

—En bicicleta o andando —respondió el taquillero y cerró la ventanilla.

Gare no pudo evitar que le hiciera gracia la irónica respuesta. Aunque no le había solucionado su problema, no podía negar que había sido ingeniosa y siempre le habían hecho gracia las respuestas con ingenio.

Se sentó junto a una pared que proyectaba sombra. Era increíble cómo calentaba el sol a primera hora de la mañana y la sensación de quemazón que producía en la piel, pese a estar casi en el mes de

diciembre. Dudaba de ser capaz de acostumbrarse a aquel nuevo mundo en el que el clima era tan radical y el cielo brillaba de color rojo fuego como si la atmósfera estuviera de forma continua en llamas.

La sola idea de tener que recorrer cien kilómetros andando o en bicicleta bajo aquel sol abrasador le quitaba las ganas de seguir viviendo. Ni siquiera recordaba la última vez que había hecho deporte en un mundo donde el cielo era azul y la temperatura no llegaba a los veinte grados. Incluso dudaba de ser capaz de mantener el equilibrio encima de una bicicleta. Llevaba tantos años sin montarse en una que creía que necesitaría ruedines, como los críos, para mantener la posición vertical.

La amenaza de la intervención de la policía de vigilancia nocturna, después de haber conocido sus comportamientos durante la noche que había pasado dándoles esquinazo para ocultar el cuerpo de Triz, descartaba también la idea de hacer el viaje por la noche para evitar las altas temperaturas.

Sin llegar a encontrar una solución satisfactoria, pero con el convencimiento de que iba a ir hasta el bosque de Otsa, aunque para ello tuviera que hacer los kilómetros a rastras, se levantó del suelo y se acercó de nuevo a la ventanilla del irónico taquillero.

—Disculpe, ¿me puede decir en dónde puedo alquilar una bicicleta?

—En una tienda de alquiler de bicicletas. Encontrarás una en el centro comercial. Pídela con refuerzo en las llantas, que te hará falta —respondió el hombre con sonrisa burlona.

En la tienda de bicicletas del centro comercial, la situación no mejoró. Empezaba a entender por qué le había dicho Triz que nadie era capaz de ahorrar nada. Era imposible que la gente lo hiciera con aquellos precios. Alquilar una bicicleta era tan caro como comprarse un dron.

—¿Cien vatios por alquilar una bici para tres días? ¿En serio? —preguntó sorprendido.

—No, señor. Somos económicos, pero no tanto. Cien vatios es el alquiler por un día. Si quiere alquilarla por tres días, le haríamos un descuento especial y el precio le quedaría en doscientos cincuenta vatios solamente.

El mundo se había vuelto loco de remate. Le entró un ataque de risa, mezcla de nervios y confusión.

—¡Piensa que mi sorpresa es porque me ha parecido barato! —exclamó mientras le caían lágrimas de la risa y se marchaba de la tienda.

Solo pudo parar de reír cuando tuvo que enfrentarse a las escaleras de su casa y se quedó sin aire mientras las subía.

Tenía un par de días para pensar en cómo llegar al bosque de Otsa. Debía darse prisa porque, si al final se decidía por ir andando, iba a tener que salir pronto de casa.

—30—

Hogar, dulce hogar. Noviembre de 2048

Llevaba dos días pensando en cómo lo iba a hacer para, una vez llegados a casa de sus padres, disculparse para ausentarse y marcharse al bosque de Otsa, sin que Óscar le pusiera mala cara y sin que sus padres se interesaran por los motivos. Por mucho que lo había pensado, había descartado todas las ideas que se le ocurrieron. Cuando ya daba por hecho que no iba a poder evitar una nueva discusión, parte de la respuesta le llegó cuando menos lo esperaba.

—No puedo ir este fin de semana a casa de tus padres —anunció Óscar durante la cena.

—¿Y eso? Todos los años vamos en su cumpleaños para que estén con sus nietas.

—Lo sé, pero hoy me han ofrecido la posibilidad de ganar unos vatios extra en el trabajo si me quedaba a trabajar el fin de semana

y, después de lo mal que hemos estado de energía por mi tiempo de baja, he aceptado pensando que nos vendrán muy bien. Puedes ir tú con las niñas, que a ellos solo les hace ilusión ver a sus nietas. Les dará igual si voy yo o no.

—Sabes que eso no es verdad. Mis padres te tienen mucho cariño y te echaran de menos si no vienes. —Triz se debatía entre no dejar a Óscar en casa disgustado y con la sensación de ser despreciado por su familia y lo oportuno que le resultaba que no pudiera viajar. Convencer a sus padres de que tenían que quedarse unas horas a solas con sus nietas era mucho más sencillo que excusar su ausencia a su marido.

—Lo que tú digas. El caso es que ya me he comprometido con la empresa y no voy a poder ir.

Cuando el viernes por la tarde llegó del trabajo, Maya y Alana estaban esperándola en la puerta, con sus pequeñas maletas, deseosas de ir a casa de los abuelos donde siempre las mimaban y malcriaban con regalos. Triz subió a su habitación, cogió el equipaje que había preparado la noche anterior y bajó al salón donde sus hijas esperaban impacientes.

—¿Habéis ido al baño? No quiero que ninguna me diga durante el viaje que necesita bajar. El autobús no para cuando una quiere. —Las dos asintieron con la cabeza—. Muy bien. Dadle un abrazo a vuestro padre y vamos rápido, que llegamos tarde.

Las dos pequeñas salieron corriendo a la cocina a dar un abrazo a Óscar y regresaron al salón para coger cada una su maleta. Triz abrió la puerta y salieron hacia la estación de autobuses.

—¿Tú no vas a darme un beso antes de irte? —preguntó Óscar, asomándose al salón.

Triz se giró y lo besó sin soltar la maleta.

—Tienes comida en la despensa para todo el fin de semana. Espero que no te hagan trabajar mucho en la empresa. Nos vemos el domingo. Te dejo, que estas hijas nuestras se escapan sin mí.

Óscar se quedó mirando desde la puerta como las tres giraban al final de la calle, cerró la puerta y se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos. Además de tener que pedírselo, el beso de Triz había sido tan frío como una noche de enero antes de la tormenta solar.

Durante el viaje en autobús, a Triz tampoco le dio tiempo a pensar en cómo se iba a explicar para ausentarse. Sus hijas no pararon quietas en todo el trayecto. Pese a que les había preguntado, Maya no tardó ni diez minutos en decir que tenía que ir al baño y Alana no paraba de girarse en el asiento para decirle que se estaba mareando. No pudo centrarse ni un solo minuto en sus pensamientos ni en buscar una justificación a su necesaria ausencia. Ni siquiera sabía cuantas horas iba a tener que pasar fuera

hasta encontrar el lugar exacto en el bosque donde una boca decapitada escondía el grimorio de la primera gran bruja. Igual tenía que pasar el día entero fuera de casa y eso no era fácil de justificar.

Sobrevivió al viaje con un ligero dolor de cabeza, mientras que a Maya se le olvidó que tenía que ir al baño y a Alana se le pasó el mareo en cuanto vieron a su abuelo esperando en la estación de autobuses.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó su padre, en cuanto la vio bajar las escaleras, mientras abrazaba a sus dos nietas.

—Agotador. No han parado quietas ni un minuto.

—Pero, ¡si son un encanto de niñas!

—Si yo te contara…

Las horas del viernes se acababan y Triz estaba sentada en el mismo salón de su infancia sin saber cómo ausentarse durante el sábado. Las niñas ya se habían acostado, agotadas del viaje, y ella ponía al día a sus padres de cómo iban las pequeñas en el colegio, de cómo iban las cosas en casa con Óscar y de su trabajo. Ni una sola mención a sus pesadillas ni al motivo de su preocupación.

Ya entrada la noche, su padre se excusó y se marchó a la cama.

—¿Qué te pasa? —indagó su madre en cuanto se quedaron a solas en el salón.

—Nada, ¿por?

—Porque conozco mejor que nadie a mi hija y sé que algo que no nos has querido contar todavía te preocupa.

Su madre no era bruja, se había librado de esa marca familiar por ser la hermana pequeña, pero tenía una habilidad especial para descubrir sus pensamientos más profundos que había llegado a considerar magia. Decidió que era el momento de dejar de buscar falsas justificaciones y enfrentarse al problema con la verdad más directa.

—Mamá, he estado con la tía Helen —declaró después de resoplar y de sentarse en el borde del asiento para estar más cerca de su madre.

—¿Con mi hermana? ¿Dices que has estado con ella en uno de esos sueños que tienes?

—No, mamá. Digo que he estado con ella. En persona. Que sé lo que hiciste por ella. Que está bien y te da las gracias.

—¿De qué hablas, Triz? —reaccionó su madre con gesto contrariado.

—¡Joder, mamá! Que he estado en Grawell, que conozco el mundo de las brujas y que he hablado con tu hermana. Y que sé que fuiste tú quien la ayudó a cruzar cuando aceptaste que se moría por su enfermedad. Quiere que sepas que todo salió bien y que sigue

estando igual de guapa y de joven que cuando se marchó.

—Pero para ir a Grawell hay que morir quemada en una hoguera o perseguida y tú... —murmuró su madre, mirándola con estupor.

—Sí, lo sé. Y sí, crucé al mundo de las brujas dejando que me quemaran viva en una hoguera. Fue muy doloroso, pero mereció la pena solo por poder volver a abrazar a tía Helen.

—Pero ¿estás bien? ¿Por qué hiciste eso? ¿Cómo es posible que estés...?

—¿Viva? Veo que tía Helen no te lo contó todo sobre el mundo de las brujas. Imagino que fue porque sabía que ella no iba a poder regresar nunca. Mamá, a ese mundo puedes ir con billete de ida y vuelta. Por suerte, la vuelta es mucho más sencilla. Si tía Helen no ha regresado es porque su cuerpo en este mundo estaba enfermo y si lo hacía iba a morir igual. Yo, en cambio, he podido ir y volver sin problemas.

—Gracias a Dios que todo salió bien. Me gustaría tanto poder volver a ver a mi hermana... ¿Y para qué fuiste a Grawell? —La mirada de su madre había cambiado. Ahora la miraba con una mezcla de entusiasmo y preocupación.

—¿Te acuerdas del colgante que me regaló tía Helen cuando cumplí diez años? Uno de mis sueños me desveló que era un mensaje suyo y con la ayuda de su libro de las sombras encontré su significado. Tenía que ir para encontrar algo que necesitaba para intentar detener algo catastrófico que se avecina.

—¿Y lo has encontrado? Por cómo te comportas y la cara de preocupación que tienes, creo que no has conseguido parar esa catástrofe que dices.

—No, aún no la he parado. Necesito hallar el grimorio de la primera gran bruja antes, pero, gracias a mi visita a Grawell, tengo el mapa que me hace falta. Ahora sé dónde está y necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué puedo hacer yo? Sabes que desconozco todo lo referente al mundo de la magia.

—Sé que te asusta y que no quieres que me ponga en peligro como hacía tía Helen, pero no solo estoy yo en problemas, estamos todos, y me tienes que ayudar a evitarlo. Necesito que te quedes con tus nietas mañana todo el día mientras voy en busca del grimorio, que no le digas a papá el motivo por el que me he ido y, sobre todo, que no le cuentes, jamás, a Óscar que me marché todo el día fuera. ¿Lo harás?

—¿Cómo van las cosas con tu marido? —Quiso saber su madre, a quien no se le escapaba una.

—No muy bien. Sigue sin confiar en mí y sigue complicándome las cosas. Sería todo tan fácil si él creyera en mis sueños... Por eso,

necesito que no le cuentes nada, para evitar otra discusión.

—Lo haré —respondió su madre después de quedarse unos segundos meditando.

Madre e hija se abrazaron. Triz le dio un beso y se excusó para irse a la cama. Quería estar descansada para la jornada que le esperaba el sábado.

Se levantó a primera hora de la mañana cuando el sol todavía no anunciaba la llegada de un nuevo día. Quería estar lista para marcharse en cuanto se anulara el toque de queda, antes de que sus hijas y sus padres se levantaran de la cama. Cuando llegó a la cocina para prepararse el desayuno, descubrió que no era la única madrugadora.

—Mamá, ¿qué haces despierta?

—No podía dormir pensando en lo que me contaste anoche, pensando en mi hermana, y no quería que te marcharas sin haber desayunado bien. Ya que pretendes salvar al mundo tú sola, qué menos que hacerlo con el estómago lleno.

—Una cosa es desayunar bien y otra cebarme como a un cerdo antes de mandarlo al matadero —replicó Triz echando una ojeada a todo lo que había puesto su madre sobre la mesa de la cocina.

—Ya sabes que, cuando estoy nerviosa, no puedo parar quieta. Come lo que quieras y el resto ya se lo comerán tu padre y las pequeñas.

Triz se tomó un par de rebanadas. Disfrutó con cada bocado de pan recién tostado que se llevó a la boca. En su casa hacía meses que andaban tan escasos de vatios que no podían permitirse encender mucho tiempo la cocina. Aprovechó para tomar un café caliente que terminó de despertarla.

—Se me estaba olvidando lo rico que sabe el café.

—¿No sueles tomarlo en casa?

—Durante los meses que ha estado Óscar de baja hemos tenido que ahorrar toda la electricidad que hemos podido para poder pagar el resto de los gastos. Me he acostumbrado a desayunar un vaso de leche fría.

—Eso también quería preguntarte... —comentó su madre antes de que Triz terminara el desayuno— Si las cosas no te van bien, si Óscar no entiende tus sueños y no quieres que sepa nada de este tema... ¿quién te ayudó a cruzar al mundo de las brujas?

—Fue Gare, mamá. ¿Te acuerdas de Gare?

—¡Claro que me acuerdo! El chico de la cibersala que estaba enamorado de ti desde que erais unos críos. —Su madre sonrió al ver que Triz abría los ojos como platos—. ¡No me digas que no te habías dado cuenta! Pero si el chaval temblaba tanto de los nervios al verte que lo notábamos hasta en casa. Hasta tu padre, que para

estas cosas es un desastre, me preguntó varias veces si erais novios. Veo que lo de no darte cuenta de esas cosas lo has heredado de él. No sabía que habíais vuelto a veros. Hacía años que no sabía nada de él. ¿Qué tal está? ¿Le va todo bien? Yo siempre pensé que acabaríais juntos de alguna manera. Gare era un buen chico que se preocupaba mucho por ti y, si te ayudó a cruzar a Grawell, veo que lo sigue haciendo.

—Tía Helen no piensa lo mismo...

—¿Tía Helen? Pero si ella nunca llegó a conocerlo. Ya no estaba con nosotros cuando os conocisteis.

—Por eso me preocupa tanto su opinión. Me advirtió que tuviera mucho cuidado con Gare cuando se despidió de mí en el mundo de las brujas. Y tía Helen solo puede conocerlo de alguno de sus sueños premonitorios. Si ella dice que no me fíe de él, es porque algo ha visto que no le dio tiempo a contarme...

—Prométeme que volverás sana y salva —pidió su madre cuando, terminado el desayuno, Triz la abrazó antes de marcharse.

—Te prometo, mamá, que haré todo lo posible para que así sea.

—31—

Bosque de Otsa

Gracias al coche de su madre, que había sobrevivido a la tormenta solar por estar guardado en la segunda planta de un garaje subterráneo y que todavía tenía gasolina porque apenas lo usaba, pudo llegar al bosque de Otsa en menos de una hora. Si tenía suerte para hallar el lugar marcado en el mapa de la ostra y no encontraba complicaciones, podría estar de vuelta incluso antes de la hora de comer. Pero no era muy optimista, nunca se había encontrado nada vinculado al mundo de la brujería sin que se presentaran problemas.

No había nadie en las cercanías del bosque, pese a ser la única zona verde que se conservaba en el país, pese a ser el paisaje más bonito y mágico que se podía visitar. Quizá, precisamente por eso, las historias, habladurías y mitos, que habían surgido sobre el lugar en el último año, conseguían que nadie se atreviera a aproximarse.

Tras la tormenta solar, todo el mundo quería visitar aquel bosque que, de forma milagrosa, había sobrevivido a la radiación, las altas temperaturas y a las lluvias nocivas, fruto de la fuerte evaporación del agua de los ríos y la formación de nubes tóxicas al mezclarse con el gas metano de la atmósfera, junto con la radiación procedente de los rayos del sol. Un espacio de tres hectáreas en el que el color verde de las copas de sus árboles se mezclaba con el marrón de las hojas secas en el suelo y el rojo del firmamento. Un lugar por el que seguía emanando agua de entre las piedras, clara y cristalina, que antaño formaba un afluente y que ahora se secaba al

alejarse unos kilómetros.

La muerte inexplicable de un joven en aquellas aparentes tranquilas aguas, y los rumores que surgieron desde entonces, lograron que la gente empezara a tener miedo de adentrarse en aquel paraje y pasara de ser un lugar mágico a ser un terreno hechizado y siniestro.

El chico apareció ahogado en una zona con tan poca profundidad que el agua no llegaba ni a la altura de los tobillos. En ninguna parte del cauce el pequeño riachuelo llegaba a tener una profundidad mayor al medio metro. Nadie podía explicarse cómo alguien se había ahogado en aquel lugar. El joven no parecía haber sido agredido, no presentaba signos de violencia o de haberse defendido de un ataque. Para todo el mundo resultaba incomprensible aquella muerte hasta que una niña, días más tarde, le confesó a su madre que había visto como la niebla que cubría el suelo del bosque aquella mañana lo arrastró al río.

Desde ese momento, las supersticiones, los miedos y las leyendas empezaron a circular entre la gente. Aparecieron historias que hablaban de voces siniestras entre las ramas de los árboles por la mañana; de sombras que se reían mientras se oía el ruido de sus pisadas sobre las hojas secas; gente que había visto cómo en la cascada en la que se originaba el pequeño riachuelo una mujer parecía bañarse bajo sus aguas, pero que no se podía apreciar su cuerpo, solo su silueta recortada tras la caída del agua. Todo dio lugar a la leyenda que contaba que había sido aquella mujer la que había ahogado al joven para que le hiciera compañía en aquel bosque siniestro.

En la consciencia popular, lo que en un primer momento se veía como un milagro de la naturaleza empezó a considerarse una anomalía, algo extraño. Llegaron a la conclusión de que era un lugar del que era mejor mantenerse alejado. Si todo el mundo había sucumbido a la tormenta solar, y solo ese sitio había sobrevivido a su mal, tenía que ser porque el propio mal se refugiaba allí.

Triz, sin embargo, no podía dejar de verlo como un emplazamiento hermoso en el que aún era posible respirar vida y soñar con recuperar un planeta lleno de árboles, plantas y animales salvajes, de riachuelos llenos de peces surcando sus aguas y de paisajes verdes. Sintió una oleada de optimismo al notar como su pie se hundía bajo las hojas secas del suelo, al oír el sonido de sus pisadas en aquel manto marrón, al oler el musgo que teñía de verde las raíces de los árboles que sobresalían de la tierra. Para ella, aquel sitio representaba el lugar idílico con el que soñar.

Tras dejar atrás el solar donde había aparcado y adentrarse entre los árboles, rodeada de extrañas hayas con las ramas apuntando

hacia el cielo como brazos en alto rendidos al poder del sol y vestidas del manto verde del musgo, caminando sobre las hojas, sentía como la energía del bosque la llenaba de esperanza. Por primera vez, se sentía capacitada para recuperar el grimorio y acabar con el mal que se avecinaba.

Al profundizar unos pasos más entre los árboles, su optimismo se tornó en ligera preocupación. A lo lejos, donde la floresta se adueñaba del camino y la senda se difuminaba entre raíces y hojas, una densa niebla cubría la parte baja del tronco de los hayedos. El recuerdo de la historia de la niña tensó sus músculos y todos sus sentidos se pusieron en alerta.

La niebla comenzaba de manera abrupta, como si una fuerza sobrenatural le impidiera cruzar una línea imaginaria. Triz se quedó inmóvil frente a la linde que marcaba, sin atreverse a dar el paso que le hiciera pisar la capa blanca. Desde allí hasta la cascada donde se dirigía, no podía verse el suelo. Hojas, raíces salientes, posibles agujeros o trampas quedaban ocultos bajo aquel manto estático.

En un impulso infantil, como cuando un niño se esconde bajo la manta de su cama esperando que el monstruo del armario así no pueda verlo, cerró los ojos antes de atreverse a dar el paso. Solo al comprobar, ya con los dos pies dentro de la niebla, que el suelo seguía firme bajo sus pies se atrevió a volver a abrirlos. Pudo ver como se alejaba una pequeña ola de bruma desde donde ella estaba hasta la cascada, como las ondas que se producen en el agua al lanzar una piedra.

Su presencia despertó al bosque. Desde las ramas más altas de los árboles, el murmullo del viento parecía querer hablar, las ramas se agitaron y las criaturas que las poblaban la recibieron con zumbidos, ululatos, graznidos y gorjeos.

Tanteaba el terreno antes de dar un paso, queriendo avanzar de forma segura hasta alcanzar la cascada, pero se debatía entre la prudencia para asegurarse no tropezar y la impaciencia que aquellos extraños sonidos sobre su cabeza le provocaban.

Un frío helador empezó a subirle por los pies hasta hacerle temblar todo el cuerpo. A cada paso que se adentraba en la niebla, este aumentaba y le causaba un dolor tan intenso que pensaba que iba a terminar por congelarse. Se aferró a su abrigo intentando mantener el calor que se le escapaba por los pies.

Cuando el camino recorrido representaba la misma distancia que el que le faltaba por recorrer, por lo que huir hacia cualquier lado se aventuraba tortuoso, la niebla se tornó gris y el cielo se tiñó de negro como si una noche de novilunio cayera de pronto sobre el lugar. Intentó acelerar el paso para salir de allí cuanto antes, pero

una raíz se interpuso en su camino haciendo que tropezara y cayera de bruces al suelo. Todo su cuerpo quedó sepultado bajo la niebla por un instante. El tiempo suficiente para que el frío se clavara en sus huesos como témpanos de hielo afilados. Intentó ponerse en pie, pero la raíz que le había hecho tropezar parecía crecer alrededor de su tobillo y la mantenía bajo el manto grisáceo. El bosque intentaba congelarla.

Bajo la niebla, con los dedos entumecidos, intentó zafarse de la rama, pero no podía. A tientas buscó en el suelo, bajo las hojas, una piedra con la que golpearla y, tiritando, así lo hizo hasta quebrarla.

Sin preocuparse ya por la prudencia, y aun a riesgo de chocar con el tronco de un árbol en la oscuridad o volver a caer de bruces en la niebla, salió corriendo hacia la cascada. Un cuervo negro, de ojos rojos, cruzó por delante de ella y la hizo gritar asustada. Tras él, un rayo iluminó la noche para dejarle ver una silueta recortada entre los árboles.

—¡Si eres la primera gran bruja, necesito tu ayuda! —gritó intentando hacerse oír sobre el creciente sonido de las ramas del bosque, consciente de que Astrid nunca la atacaría de esa forma, pero llevada por la desesperación.

Reinició la carrera y no se detuvo, pese a sentir como algo se clavaba en sus piernas. De los árboles empezó a caer una lluvia de hojas tan intensa que tenía que apartarla con las manos mientras corría. Algunas de ellas se quedaron enganchadas a su ropa y en su pelo y sintió pinchazos en la cabeza, en la espalda y en los brazos, que se unieron al dolor que le subía por las piernas. Las hojas se agarraban a ella e intentaban enraizar en su piel. Asustada, gritó de dolor.

Se quitó el abrigo y el jersey, intentando desprenderse de las que se le clavaban en la piel, pero la lluvia desde los árboles se intensificó y caían sobre su cuerpo como cuervos intentando picotearla.

Al borde del desmayo, con las últimas fuerzas que le quedaban, llegó a la pequeña laguna que se formaba en el inicio del riachuelo, bajo la cascada, y sin pensarlo en exceso se metió en el agua.

En ese momento el suelo pareció abrirse bajo sus pies. Lo que era un pequeño estanque con poca profundidad se convirtió, de pronto, en un pozo sin fondo en el que se sumergió por completo. La sorpresa inicial le hizo tragar agua por lo que al emerger tuvo que toser para poder coger aire.

Las punzadas de dolor se calmaron. Como las abejas se aletargan con el humo, las brozas dejaban de clavarse en su piel bajo el agua, pero la lluvia de hojas seguía cayendo sobre su pelo y enraizaban en su cabeza. Para librarse de ellas volvió a sumergirse.

No sabía qué hacer, las brozas cubrían toda la superficie del estanque. Si emergía, volverían a atacarla y no sabía cuánto tiempo podría aguantar la respiración bajo el agua.

Intentó ver si bajo la cascada podría protegerse y respirar, pero las aguas eran tan oscuras que, pese a tener los ojos abiertos, no veía la mano bracear delante de su cara. Suplicó para sus adentros por volver a ver aparecer a Astrid y que la besara para poder volver a respirar bajo el agua, pero no lo hizo.

Sin poder aguantar más tiempo la respiración, emergió para coger aire. Las hojas se abalanzaron sobre ella como pirañas hambrientas. Sin tiempo de coger una buena bocanada, tuvo que volver a sumergirse. El aire en sus pulmones solo le permitió estar unos segundos bajo el agua antes de tener que volver a enfrentarse a las hojas. Al hacerlo, le pareció ver una sombra arrodillada en la orilla del estanque.

Una mano le agarró del pelo al volver a sumergirse y tiró de ella hacia la superficie haciéndola daño. Le dio tiempo a ver quién era quien intentaba sacarla del agua. ¡Era Gare!

—¡No! ¡Gare, por favor! ¡No! —gritó con las fuerzas sacadas de la voluntad de volver a ver a sus hijas, soportando el dolor que le producían las hojas clavándose en su cara. Una de ellas entró en su boca abierta arrastrada por el agua que tragó y consiguió enraizar en su lengua lo que le produjo arcadas.

Sin soltarla, Gare volvió a sumergirla en el agua y, con la otra mano, consiguió agarrarla por la axila. Soltó su pelo y la sujetó por el otro brazo para tirar de ella y sacarla del agua.

—¡No Gare! ¡Las hojas! ¡Me duele! —gritó Triz con medio cuerpo fuera del agua, pero intentando volver a sumergirse.

—¡Lo sé! Pero déjame ayudarte o te ahogarás —replicó Gare—. ¡Pon de tu parte para salir del agua!

Triz dejó de oponerse a salir del estanque y dejó que la sacara a la orilla. La llevó contra una enorme piedra que estaba junto a la cascada, hizo que apoyara la espalda contra ella y cubrió el resto de su cuerpo con el suyo. Las hojas a él parecían no asediarle.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Triz entre toses mientras intentaba coger aire.

—Creo que salvarte —respondió Gare mientras seguía evitando con su cuerpo que la lluvia de hojas la atacara—. Te dije que ibas a necesitar mi ayuda en el bosque y no pensaba dejarte sola.

—Pero ¿cómo sabías cuándo iba a venir? Ni siquiera yo he sabido que iba a poder venir hasta ayer. —Triz comenzaba a recuperar la respiración y dejó de toser.

—No tenía ni idea de cuándo ibas a venir. Solo sabía que ibas a intentar hacerlo este fin de semana, aprovechando que podías dejar

a tus hijas en casa de tus padres. Vine al bosque el viernes por la mañana. He pasado el día acampado en la zona sin niebla.

—No había ningún coche en el *parking* cuando llegué.

—No he venido en coche. Te recuerdo que soy como un emigrante, pobre y sin trabajo. Tuve que robar una bicicleta para venir y pedalear durante ocho horas para llegar. La tengo aparcada junto a mi mochila.

—¿Tú haciendo deporte? —preguntó Triz, que una vez superada la angustia de poder respirar, empezaba a tiritar de frío.

—Ya ves lo que tenemos que hacer algunos para ayudarte. Casi muero. Anda, quítate esa ropa.

—Te agradezco que me hayas salvado de ahogarme y que me protejas de las hojas, pero no tanto como para eso, Gare —bromeó Triz intentando recuperar la sonrisa.

—Qué boba eres... Te vas a congelar con este frío si no te quitas esa ropa mojada. Te puedo dejar parte de la mía. Tengo más ropa seca en el campamento. Dejaré mis pensamientos más libidinosos de querer verte sin ropa para una mejor ocasión —replicó Gare y la abrazó para que dejara de temblar.

La lluvia de hojas cesó de pronto, pero Gare tardó unos segundos en dejar de abrazarla. El corazón le latía con fuerza, y no solo por la adrenalina de haberla rescatado del agua. Se sentía a gusto con ella entre sus brazos y no quería tener que soltarla. Notaba que sus energías se mezclaban.

—Ya no llueven hojas. Será mejor que vayamos a encontrar esa boca decapitada y el grimorio antes de que este bosque nos depare nuevas sorpresas. Puedes dejar de abrazarme, parece que el peligro ya ha pasado.

—Lo sé, pero lo hago por vicio.

—Anda, quita —protestó Triz y lo apartó con suavidad con las manos, en medio de un pequeño ataque de tos—. Ya que llevas más de un día en el bosque, podrías haber buscado el lugar, dado que parece que a ti el bosque no te ataca —añadió estrujándose el pelo con las manos.

—¿Y quién te ha dicho que no lo he hecho?

—¿Tienes el grimorio y no me has avisado antes de estar a punto de ahogarme? —preguntó ella torciendo el gesto.

—¿Y perderme la oportunidad de ser tu héroe rescatándote, verte tan sexi con la ropa mojada pegada al cuerpo y poder abrazarte? Sería tonto por mi parte. ¿No crees? Pero antes de que me tires al estanque, te diré que no. No tengo el grimorio. Solo he encontrado una cueva, pero no he visto nada en ese lugar. Quizás sean cosas de brujas, como que las hojas de los árboles ataquen o que se haya hecho de noche un par de horas después de amanecer.

La niebla que los rodeaba también empezó a disiparse a cada paso que daban hacia el lugar de acampada. Era como si al encontrarse, al estar juntos, el bosque les hubiera dado una tregua. Aprovechando la aparente calma del momento, se alejaron del estanque. En el improvisado campamento, Triz se puso ropa seca.

—Menuda pinta —comentó al mirarse con una camisa que le quedaba grande y unos pantalones que había tenido que remangarse dos veces para no arrastrarlos por el suelo y a los que había tenido que poner un cinturón, al que había tenido que hacer un agujero nuevo, para que no se le cayeran.

—Vamos a recuperar un libro de las sombras, no a un cóctel de gala. Además, a mí me sigue pareciendo que estás muy guapa.

—¿Cómo voy a estar guapa con estas pintas? Tú que no dejas de mirarme con buenos ojos —replicó Triz remangándose la camisa para que no le cubriera las manos—. ¿Dónde dices que encontraste la cueva?

—Al otro lado de la catarata hay una gruta que termina junto a un estanque pero, como te digo, no vi nada parecido a una cabeza decapitada en ese sitio.

—Llévame a verla, creo que sé qué tenemos que hacer, pero no te separes mucho de mí. No me haría ninguna gracia que las hojas volvieran a atacarme —pidió Triz volviendo a toser, esta vez con más fuerza.

—No tengo ninguna intención de separarme de tu lado. ¿Estás bien?

—Sí. Es solo el agua que tragué en el estanque. No deja de picarme la garganta —respondió sin dejar de toser.

Mientras avanzaban por el bosque, de regreso a la cascada, el ataque de tos de Triz fue a más. Al punto que tuvo que detenerse y apoyarse en un árbol.

—¡Gare! No puedo respirar... —se quejó antes de caer sentada en el suelo.

Gare se arrodilló a su lado y viendo que se estaba quedando pálida, le abrió la boca para ver qué era lo que le estaba impidiendo tomar aire. Una de las hojas que estaban sobre el agua se le había pegado en el paladar y sus raíces taponaban su garganta.

Triz había dejado de toser. La raíz había cerrado del todo y ya no podía respirar ni hablar. Gare le metió la mano dentro de la boca con la intención de arrancarle las raíces o de provocarle una arcada que le hiciera expulsarlas, pero, cuando sacó la mano, solo tenía unas pocas entre los dedos. Las raíces seguían impidiendo respirar a Triz, que terminó por perder la consciencia.

La tumbó en el suelo de costado, le quitó el cinturón, le abrió la boca y no dudó en romper las finas raíces que brotaban del paladar

con la hebilla. La puso boca abajo para sacarlas de su garganta y que no se las tragara y después la colocó boca arriba. Pero ella seguía sin respirar. Empezó a realizarle la reanimación cardiopulmonar y le insufló aire, boca a boca.

—¡Vamos, Triz, respira! Vamos, reacciona. ¡Vamos!

No dejó de intentar reanimarla hasta que se quedó sin fuerzas y, agotado, sintió como la cabeza le daba vueltas. En un primer momento se le nubló la vista, se tumbó en el suelo intentando que se le pasara el marero y después todo se fundió en negro.

Unos instantes más tarde, recuperó la consciencia. Triz seguía sin respirar a su lado. Desesperado, no se rindió y volvió a intentar reanimarla.

—¡Ni se te ocurra, Triz! No puedes dejarme solo ahora en este bosque. ¡Vamos!

Triz empezó a toser de nuevo y, aliviado, se dejó caer.

—No dejas de darme sustos —suspiró cuando Triz se incorporó para sentarse.

—Y tú no dejas de intentar besarme —replicó ella intentando sonreír.

—Esta vez, no solo lo he intentado, lo he conseguido, pero, chica, la verdad es que esperaba más de nuestro primer beso. No has puesto nada de tu parte —añadió Gare, intentando sonreír y calmarse del mal trago.

Se quedaron sentados en el suelo hasta que Triz terminó de recuperar el color y el aliento. Antes de levantarse, Gare le pidió que abriera la boca para asegurarse de que ninguna de las raíces volvía a crecer. Cuando estuvo seguro, se irguió para iniciar el camino. Triz hizo lo mismo, deseosa de terminar de una vez con todo aquello. Al hacerlo, sus pantalones se cayeron al suelo. Gare no pudo evitar la risa.

—En serio, lo de salvarte la vida lo hago por nuestra amistad. No es necesario que me recompenses quitándote la ropa.

—Anda, calla, idiota, y devuélveme el cinturón —contestó Triz muerta de vergüenza, recogió los pantalones del suelo y se los sujetó en la cintura.

No hubo más contratiempos hasta llegar a la gruta que había descubierto Gare. Tras rodear el estanque y la pequeña cascada, oculta entre dos grandes rocas cubiertas por musgo, había una pequeña hendidura de la que emanaba un extraño olor.

—¿Te metiste ahí tú solo? —preguntó Triz con una mueca.

—Teniendo en cuenta que para conseguir el mapa tuve que quemarte en una hoguera, supuse que la cabeza decapitada no sería fácil de encontrar. Aunque no lo parezca, dentro hay bastante luz,

pero lo del olor no mejora —respondió Gare mientras se abría paso entre las dos rocas.

—¿No decías que dentro había luz? —replicó Triz cuando cruzó al otro lado y se vio envuelta en la oscuridad de la gruta.

—No me acordaba de que entré de día y que, ahora, de forma mágica, es en noche cerrada a las doce del mediodía. Dame la mano, prefiero tenerte vigilada para que no me des más sustos.

Cuando Triz le agarró, sintió un cosquilleo que le subía por el brazo. Se sentía como cuando era adolescente. Estaba más nervioso por ir sujeto de su mano que por caminar a oscuras por una gruta escondida en medio de un bosque encantado.

Con cada paso que daban adentrándose entre las rocas, el aire se volvía más húmedo. Unos metros más adelante, las paredes empezaron a sudar agua.

—Nos estamos acercando a la cascada —manifestó Triz, al sentir como se le mojaban los dedos por sujetarse en una de las paredes.

—Es justo aquí —interpuso Gare deteniéndose frente a un pequeño estanque—. No seguí más adelante. Tú dirás qué hacemos ahora.

—Estando en Grawell tuve una visión con Astrid. Me hundía en un agua como esta y aparecíamos en otra gruta. Me dijo que me esperaba allí.

—¿Había que bucear mucho?

—Bastante, pero ella me dio un beso en los labios y podíamos respirar bajo el agua. La pena es que yo no conozco ese hechizo.

—Ya te digo... Me hubiera encantado que me besaras.

—¡Y dale! Vas a tener que respirar tú solo.

—Pues espero que no sea mucho rato porque soy muy malo sumergiéndome. Mis cien kilos de peso no son fáciles de hundir.

—¿No insistias en acompañarme? Pues a estas cosas son a las que me tengo que enfrentar. ¡Vamos! —dijo Triz quitándose los pantalones y lanzándose al agua de cabeza. Gare fue tras ella.

El estanque tenía más profundidad de la que aparentaba en un principio. Cuando no habían recorrido ni la mitad del camino Gare ya empezó a sentir que se le acababa el aire. Angustiado intentó nadar con prisas y terminó por adelantar a Triz. Sentía como le ardían los pulmones y como su cuerpo le pedía a gritos una bocanada de aire, pero no podía respirar y la angustia era cada vez mayor. Cuando ya pensaba que no iba a poder aguantar más la respiración, vio la salida. Los últimos metros fueron eternos, pero consiguió alcanzar la orilla.

Tosiendo y recuperando el color se sentó en la roca esperando ver aparecer a Triz. Cuando ya volvía a angustiarse y tentado estaba de volver a sumergirse, ella apareció a su lado.

—¿Has visto algo? —preguntó ella al apoyarse en la roca.

—No he tenido tiempo ni de recuperar el aliento.

—Pues vamos —replicó ella poniéndose en pie.

Gare la siguió y le agarró la mano como habían hecho al entrar en la cueva. Al hacerlo se detuvo.

—Triz... —susurró—. Si yo te tengo agarrada con mi mano izquierda... ¿Quién me ha cogido de la derecha?

Se había quedado paralizado porque, al coger de la mano de Triz, había sentido como otra mano, fría, de dedos largos y afilados, aferraba su otra mano. No se atrevía a moverse.

La gruta empezó a iluminarse. Por entre alguna de las rocas se empezaron a filtrar rayos de luz, como si en el exterior volviera a hacerse de día. Gare pudo empezar a distinguir la silueta de la roca. No se atrevía a mirar quién estaba sujetando su mano, y menos al ver el rostro desencajado de Triz mirando hacia su derecha. Solo se aventuró a bajar la mirada y distinguió la silueta de una mano femenina, bañada en rayos de sol, entrelazada entre sus dedos.

La luz, cada vez más intensa, dibujó un brazo que Gare siguió con la mirada hasta llegar a un hombro, una melena dorada y los primeros rasgos de un rostro de piel joven.

—Jo… jo… jo... ¡Joder! —Dos ojos verdes de mirada intensa le hicieron balbucear un exabrupto.

—Bienvenidos. —El rostro de la mujer no se había movido. Sus labios permanecían cerrados, pero tanto Gare como Triz escucharon a la perfección su voz melódica —. Os esperaba.

—As... ¿Astrid? —tartamudeó Triz.

—Veo que me recuerdas, Triz. —La voz volvió a resonar en sus cabezas. En el rostro de la mujer solo se dibujó una sonrisa mientras soltaba la mano de Gare. Luego caminó flotando sobre el suelo—. Yo tampoco he olvidado nuestro beso —añadió Astrid mirándole a los ojos.

—Claro —balbuceó Triz sonrojándose—. También sabrás el porqué de nuestra visita. Necesito tu ayuda.

—Sí, lo sé. —La mujer seguía caminando por la gruta, alrededor de una roca—. Como he dicho os esperaba, y quiero ayudarte.

—Si quieres ayudarnos, ¿por qué la has atacado? ¿Por qué casi haces que muera dos veces? —preguntó Gare levantando el tono de voz.

—¡Eso no lo he hecho yo! —Los ojos verdes de la mujer se clavaron en Gare, que sintió cómo se encogía y se le paraba el corazón.

—Lo sé, Astrid. Yo sé que no has sido tú. Nunca le harías eso a otra bruja —replicó Triz sujetando a Gare para que no se cayera al suelo—. Esa magia negra sé que no era tuya.

La presión en el pecho de Gare se redujo cuando la mirada de la mujer se tornó más amable.

—Ahí te equivocas, Triz. Sí que le haría daño a otra bruja. Por eso estoy condenada a vivir aquí, por enfrentarme a alguien con mi mismo poder. Un enfrentamiento que duró años y que solo podía terminar de una manera, con la derrota de los dos.

—¿La derrota? —preguntó Triz sin llegar a entender.

—El enfrentamiento fue tan parejo, las fuerzas estaban tan igualadas que nadie podía salir victorioso. Nuestra lucha fue tan encarnizada que miles de seres inocentes murieron durante la batalla. No podía permitir que nuestro conflicto se prolongara en el tiempo, o todos los mundos por los que luchaba habrían acabado por perecer. Tuve que tomar una decisión drástica.

—Si ninguno de los dos bandos podía ganar, ambos teníais que perder... —murmuró Triz.

—Exacto. Si los mundos terminaban por perecer durante la cruenta batalla, no habría nada que salvar. Así que hice que perdiéramos los dos. Confiné su alma en los límites del mundo de los muertos y la mía quedó encerrada en esta cueva, en este mundo, sin poder regresar a Grawell.

—Pero algo vuelve a ir mal. Tengo sueños que me anuncian que los mundos van a acabar sucumbiendo. Por eso necesito tu ayuda.

—Por eso te esperaba...

—Si tú no has sido quien ha estado a punto de matar a mi amiga, ¿quién ha sido? —preguntó Gare, que no se olvidaba de lo cerca que había estado de perder a Triz en el bosque.

—Quienes sirven a las sombras son conocidos como «las fuerzas del mal» por un sencillo motivo; porque son más de uno. Quien se enfrentó a mí tiene el mismo número de seguidores que gente combatió de mi lado. Seguramente sean ellos quienes han intentado evitar que Triz llegue hasta mi grimorio.

—Si querían evitar que llegara hasta ti, ¿por qué el bosque no me atacó a mí también?

—Gare, ¿no te cansas de hacer preguntas? —La mujer le había llamado por su nombre—. Llevas la protección de una gran bruja. El colgante de tu muñeca evitó que las hojas y el bosque te agredieran.

—¡El colgante! Te dije que me hacía sentir protegido —confirmó Gare mirando a Triz—. Esta vez nos ha protegido a los dos. ¿También sabes quién soy?

La risa de la mujer resonó en sus cabezas.

—Otra vez preguntando. ¿No te ha dicho Triz que soy la primera gran bruja? Lo sé todo. Incluso sé por qué estás aquí. —Astrid lo miró sonriendo y Gare se sonrojó—. Triz, mi libro de las sombras está en el interior. Solo tú puedes recuperarlo. Estoy segura de que

cuando lo veas, todo empezará a tener sentido para ti.

Los rayos del sol bañaron el cuerpo de la mujer y su silueta se fue fundiendo con la luz.

—¡Una última pregunta! —exclamó Gare—. Para llegar hasta aquí casi me ahogo cruzando el estanque. ¿Puedes darnos el hechizo de respirar bajo al agua para poder regresar? —preguntó recordándo lo cerca que había estado de quedarse sin aire y con la esperanza de que Astrid le diera el hechizo a Triz para que ella tuviera que besarle.

Astrid, iluminada por una claridad cada vez más intensa, esbozó una sonrisa. Después flotó en el aire hasta colocarse al lado de Gare y, sujetándo su cara con sus frias manos, le besó. Gare no se atrevió a moverse, Triz sintió una punzada en el estómago parecida a la que notó cuando Paul le dijo que Gare estaba pidiendo para salir a Nadia.

Cuando se separó de los labios de Gare, Astrid se deslizó por el aire hasta llegar a su altura. Sonriendo colocó sus manos en su cara.

—No es necesario —replicó Triz poniéndole una mano en la boca a Astrid—. Yo no he estado a punto de ahogarme. Puedo volver sin ayuda, gracias.

—Como quieras —Los pensamientos de la primera gran bruja resonaron en su cabeza—, pero creo que deberías decírselo —añadió, sin dejar de sonreir, antes de que toda la cueva se llenara de luz.

Lo último en desaparecer fueron sus intensos ojos verdes.

—¡Joder! Ni todos los ciberjuegos del mundo pueden acostumbrarme a estas cosas —exclamó Gare cuando, al mitigarse la luz, vio que se habían quedado a solas en el interior de la gruta.

—Ha dicho que el grimorio está en el interior. Tenemos que encontrarlo —declaró Triz antes de ponerse a buscar la roca con forma de cabeza decapitada. Cuando la encontró intentó introducir la mano—. No me cabe. Es imposible que aquí esté oculto el grimorio —maldijo viendo que ni siquiera los dedos terminaban de entrarle en el orificio.

—Déjame probar. Igual se trata de encontrar una palanca que accione algún mecanismo dentro de la cueva que nos descubra el libro.

—Gare, aquí no hay nada. No me caben ni los dedos —protestó Triz poniéndose de pie—. Mi libro de las sombras está en el interior —repitió las palabras que había dicho Astrid—. Pero no puede referirse al interior de la cabeza decapitada.

—En el mensaje escrito en la perla ponía: «El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca decapitada». No dentro de la boca. Miremos si hay algo cerca que pueda esconder un

libro.

Gare se puso a buscar en los alrededores de la piedra. Miraba, palpaba, revisaba cada esquina de la cabeza y de las pequeñas rocas que estaban a su alrededor sin encontrar nada, mientras Triz se había quedado de pie, a su lado, pensativa.

—¿Qué haces? ¿No me vas a ayudar a buscar? La mujer ha dicho que solo tú puedes recuperarlo. No vamos a encontrarlo si no me ayudas.

—Es un libro mágico. No se esconde entre las rocas, se oculta con magia. No tiene sentido buscar entre las piedras, Gare...

—¿Y se te ocurre una idea mejor?

—Mi libro de las sombras está en el interior. Solo tú puedes encontrarlo... —musitó Triz para sí misma—. En el interior, solo yo puedo encontrarlo... ¿Y si se refiere a mi interior?

—¿A tu interior? ¡Ah, no! Ya me has pedido que te queme una vez. No pienso abrirte en canal para sacarte un libro de dentro. ¡Me niego!

—¡Bobo! No me refiero a eso. Me refiero a que el contenido del libro está en mi interior. A que ya lo conozco y solo yo puedo sacarlo a la luz. ¿Cómo vas a tener que sacarme un libro de las tripas?

—¡Y yo que sé! Todo esto de la magia y la brujería me supera. No sé qué me puedo encontrar. Yo solo estoy aquí porque... —Gare dudó al terminar la frase—. Porque eres mi amiga.

—Tengo que buscar en mi interior. Lo más difícil va a ser conseguir dejar la mente en blanco —dijo Triz cerrando los ojos—. Tengo que centrarme en la respiración, pensar solo en aquello que deseo, como hice en Grawell con mi tía.

—Yo deseo encontrar un filete con patatas. Llevo dos días comiendo alimentos sin cocinar...

—¡Sshhh! Calla. Necesito silencio para poder concentrarme.

Gare obedeció y se quedó callado. Buscó una piedra en la gruta que no estuviera muy húmeda para poder sentarse, ya que le dolían las rodillas de estar de pie, y se quedó observando a Triz.

Desde una de las rocas, alejada de las paredes de la gruta, vio cómo se colocaba las manos sobre su estómago y, con los ojos cerrados, se concentraba en relajar su respiración. Él no podía pensar en otra cosa que no fuera en lo sexi que le parecía verla vestida solo con su camisa.

Empezó a impacientarse cuando, pasados unos minutos, no había pasado nada. Estaba a punto de volver a hablar cuando Triz empezó a murmurar unas palabras que él no entendía.

«Ayudme diose de la religón a encontra el grimo en mi intero.
Yudme diose la regón cotra grimo tero. Yudmeiosla regoncra

grimoter».

Triz repitió las frases varias veces como si fueran un mantra o el estribillo de una canción pegadiza. Gare miró a su alrededor esperando que fuera algún hechizo o conjuro que hiciera que algo ocurriera dentro de la cueva. Desde que habían desaparecido los ojos verdes de Astrid, llevaban casi media hora allí sin que ocurriera nada. Y cuando Triz dejó de pronunciar las frases, seguían igual.

Agobiado, incómodo con la piedra clavada en sus posaderas, a punto de agarrar a Triz de los hombros, como había hecho en el estanque, para sacarla de su trance y obligarle a largarse de allí, empezó a sentir que la roca en la que estaba sentado comenzaba a temblar.

Se levantó de un salto. Iba a gritar a Triz que la piedra se movía cuando la vio levitar unos centímetros sobre el suelo.

—Me cago en la... —musitó, pero se tapó la boca para no desconcentrarla.

Los pies de Triz estaban a diez centímetros del suelo. Su cuerpo flotaba en el aire como Gare lo había visto hacer a los magos que salían por la tele cuando todo lo relacionado con la magia le gustaba para intentar descubrir el truco. Pero, esta vez, no había hilos ni peanas en las que sujetarse ocultas bajo la ropa, ni nada parecido a un truco.

Ahogó un grito de asombro cuando los ojos de Triz se abrieron y brillaron en un tono verde idéntico al que había visto en los ojos de Astrid. Se sorprendió porque estaba seguro de que su amiga tenía los ojos castaños. Se había fijado cientos de veces.

Otra serie de palabras, sin sentido aparente, salieron de los labios de Triz:

«Ayudme ahor os luplic diose amdos».

Las palabras se fueron acelerando. Triz cada vez las pronunciaba más rápido hasta que todas ellas parecieron formar una única palabra. «Ayudmeahorosluplicdioseamdos».

La piedra con forma de cabeza empezó a levitar en el aire. El resto temblaba en el suelo como si quisieran salir de la tierra y elevarse. Gare también temblaba, pero era de nervios y miedo. Se escondió en una esquina de la cueva para evitar que las rocas que volaban por la gruta le acabaran golpeando. La cabeza giró en el aire hasta quedarse frente a frente con Triz, que seguía repitiendo la frase en un bucle infinito y acelerado y, de súbito, cayó.

Las piedras dejaron de temblar, la cabeza dejó de flotar en el aire y colisionó con violencia contra el suelo. Triz también cayó de costado sobre la tierra, desmayada en apariencia.

—¡Triz! ¡Triz! —Gare salió corriendo hacia donde estaba y le

levantó el rostro del suelo zarandeándola por los hombros—. Triz despierta, por favor.

—Deja de menearme, que me vas a arrancar la cabeza...

—Deja de asustarme, que me vas a matar de un infarto —replicó Gare, abrazándola con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

—Que las piedras se han puesto a temblar, que has levitado sobre el suelo, que se te han cambiado los ojos a color verde y que la cabeza decapitada ha volado a tu lado hasta que... —Gare señaló al lugar donde había caído la roca—. Hasta que ha caído y se ha partido por la mitad.

—¿Y has mirado dentro para ver si ha aparecido el libro? —preguntó Triz intentando ponerse en pie.

—Llámame loco, pero he preferido preocuparme por ti —contestó Gare, ayudándola.

Se acercaron a mirar y en su interior había un libro de color negro incrustado en el hueco donde se ubicaría el cerebro de la cabeza de piedra.

Triz se puso a leer sus primeras páginas, con Gare mirando por encima de su hombro.

—32—

Grimorio de la primera gran bruja

«En la noche de mi décimo cumpleaños, han visitado mis sueños. Dos seres sobrenaturales, bellos, de los que, en un principio, no conocía ni sus nombres. No los había visto nunca, pero conectaron con mis sentimientos de inmediato.

Ella se ha presentado ante mí como la Diosa Luna. Era una preciosa mujer de pelo rojo y ojos verdes, con un vestido largo de tonos verdes y marrones formado por hojas, tierra, musgo y flores que le cubría solo de cintura para abajo, lo que me ha hecho ruborizarme.

Él era un joven apuesto que ha dicho ser el Dios Astado, de mirada profunda y con los ojos tan negros como el fondo de un pozo, que vestía con la piel curtida de un animal y que lucía dos astas de ciervo sobre su cabeza. O eso me ha parecido a mí, más centrada en conseguir escapar de la magia de su mirada.

Me han dado la bienvenida, me han llamado por mi nombre y me han invitado a visitar su reino. Acobardada, ya que me sentía más pequeña a su lado de lo que ya soy, he caminado entre ellos como una hija pasea de la mano de sus padres, al llegar a un nuevo mundo.

Todo parecía sacado de un cuento de hadas, de un lugar imaginario lleno de magia y me he ido sintiendo más cómoda con cada paso. La voz melodiosa de la Diosa de la luna me relajaba y la voz firme del Dios Astado me llenaba de confianza. Entonces me he dado cuenta de que las astas de ciervo de la cabeza del Dios no eran ornamentos como la piel de animal que cubría su cuerpo, sino que

nacían de su propio cuero cabelludo. Al descubrirlo, me he asustado y me he despertado».

—No puede ser... —murmuró Triz al terminar de leer la primera página del libro—. No puede ser…

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó Gare tras terminar de leer la misma página—. ¿Te ha recordado algo el texto?

—Tuve ese mismo sueño la noche de mi décimo cumpleaños. El mismo. Yo también me desperté al descubrir que los cuernos del Dios Astado nacían de su cabeza. A la mañana siguiente fue cuando mi tía Helen me regaló el colgante con la forma de las fases lunares y un libro de tapas negras para que escribiera mis sueños. La primera página de mi libro de las sombras tiene el mismo sueño que Astrid, la primera gran bruja, tiene en el suyo...

—Deberíamos seguir leyendo. Igual ella también tuvo el sueño que tan preocupada te tiene, pero sabe cómo evitar que ocurra.

Triz empezó a leer la segunda página del libro. Los detalles del sueño que tuvo mientras estaba en la ducha preparándose, el día que había quedado con Óscar, también estaban escritos en las páginas del grimorio de la primera gran bruja. Había partes que no coincidían, como que ella fuera al cine, que le gustara un chico o que no pudiera llamar a su amiga por el móvil, pero los detalles importantes de la luz roja en el cielo, de la niebla y los temblores eran idénticos en ambas visiones.

Triz siguió pasando páginas en busca del segundo sueño que tuvo con la Diosa de la luna y el Dios Astado y lo encontró unas páginas más adelante, en el vigesimoquinto cumpleaños de Astrid. El mismo día que lo había tenido ella.

«Hoy he vuelto a soñar con el Dios Astado y la Diosa de la luna, aunque en un primer momento casi no los reconozco. Estaban tan distintos...

»Él se mostraba más fuerte, más musculado, y su piel, hace quince años suave y perfecta de un tono rosado, lucía ahora morena y marcada por pequeñas cicatrices. Sus ojos negros centelleaban y, si la primera vez me invitaron a perderme en su profundidad, ahora me infundían respeto. De su cabeza ya no brotaban pequeños cuernos de ciervo, sino grandes astas de alce que se erguían como troncos de árbol y le daban un aspecto fiero y amenazante.

Ella también se veía muy diferente a como la recordaba. Ya no tenía el pelo rojo, ahora era de un color negro azabache, y sus ojos verdes ya no destilaban esa luz juvenil de cuando la vi por primera vez. Me miraban de forma serena, madura, con más sabiduría en su interior, pero también albergando una mayor tristeza. Su vestido había perdido el verdor y brillaba con los mismos tonos blancos y

grises que la luna llena en una noche de verano. Ya no solo le cubría hasta la cintura, sino que portaba un velo que caía desde su cabello cubriendo sus hombros, aunque sus pechos seguían mostrándose desnudos. Si con diez años me ruborizó su desnudez, hoy lo que me ha sonrojado y ha despertado, ha sido el beso que me ha dado en los labios».

—¿También soñaste con eso beso con la Diosa? —preguntó Gare con curiosidad.

—Tú siempre pensando en lo mismo —replicó Triz sin llegar a responderlo, aunque en el tono de piel de su cara se notaba que se estaba ruborizando—. Déjame seguir leyendo. Me interesa...

«El mundo en el que estuve durante ese tiempo también era distinto al que visité la primera vez. Más sombrío, menos acogedor y el ambiente que se respiraba era turbio como el agua estancada de un pozo, aunque a mí me sigue pareciendo un lugar mágico al que sueño con regresar cada noche».

—No dice nada de tus pesadillas, ¿verdad?

—Falta un tercer sueño con la Diosa, y lo tuve hace poco más de un año, en mi treinta y siete cumpleaños.

—Es verdad. Tu cumpleaños fue a principios de mes y no te he felicitado.

—Todavía no habíamos vuelto a vernos. Estabas en el mundo virtual. Vamos a seguir leyendo.

Triz siguió pasando las páginas del grimorio de Astrid. Estas se encontraban llenas de hechizos, pócimas, oraciones y conjuros. Había descripciones de la etapa de su vida en la que Astrid había sido perseguida y contaba cómo había acabado quemada en la hoguera por negarse a hacer daño a los hombres que la perseguían. Las siguientes describían su llegada a Grawell y sus primeros días de estancia en el nuevo mundo, pero durante bastantes páginas no había ningún sueño premonitorio.

Parecía que en aquella etapa Astrid también había dejado de tenerlos.

Unos meses más tarde de soñar por segunda vez con los Dioses, Triz se quedó embarazada de su hija mayor y los sueños desaparecieron. No volvieron hasta después de nacer su segunda hija, casi seis años más tarde, cuando ya los daba por olvidados. Entonces soñó con la Tercera Guerra Mundial. Ese sueño no estaba en el libro de Astrid, pero sí el tercero con los Dioses en su trigésimo séptimo cumpleaños.

«¡Tengo que hacer algo! Hoy he vuelto a soñar con los Dioses. Me he visto en un mundo oscuro, envuelto en tinieblas, inhóspito y desolado. Si me lo hubiera encontrado así cuando tenía diez años,

me habría despertado antes de que la Diosa Luna y el Dios Astado hubieran aparecido. Ahora, ya adulta, mantuve la serenidad y contemplé el devastado paisaje.

Caminé entre bosques en llamas, casas derruidas, suelos agrietados, como si la tierra se hubiera llenado de cicatrices, y campos desérticos. Lo hice sola, ni un alma salió a mi encuentro, las escasas personas que me encontré yacían en el suelo con las bocas desencajadas o los ojos vacíos de vida.

Sentí el frío de la muerte intentando congelar mi cuerpo y al miedo germinando en mi espíritu cuando vi a una mujer mayor caminando entre los escombros, apoyada en un cayado.

—¡Señora! —grité intentando que me escuchara y se girara—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está todo vuestro mundo muerto?

La mujer se dio la vuelta y alzó su cabeza para mirarme con sus ojos hundidos. Entonces la reconocí. Estaba muy mayor, pero siempre reconoceré esos ojos verdes. Era la Diosa Luna, ahora con el pelo bañado por completo por el color del astro, con un vestido gris ceniza que parecía aún humear después del incendio que lo hubiera calcinado, cubriéndole todo el cuerpo y la sombra de la muerte habitando en su mirada.

Exhaló mi nombre en medio de un lamento, mientras extendía su mano para que la agarrara. Dichosa de volver a verla, aunque fuera en aquel estado, corrí a su encuentro como una hija corre a abrazar a su madre tras sufrir una caída, con lágrimas en los ojos, deseando recibir su consuelo por el dolor y la tristeza que sentía al ver todo el horror que me rodeaba.

«Ven, Astrid... ven conmigo», musitó mientras yo corría intentando evitar tropezar con las piedras que obstaculizaban mi camino. Estaba a pocos metros de alcanzarla, cuando el suelo se abrió frente a mí en una grieta tan profunda que temía ver el firmamento por el otro lado. Tuve que detener mi carrera para evitar precipitarme al abismo, incapaz de saltar los metros que me separaban de la Diosa. Grité de impotencia al no poder alcanzar su mano.

De las profundidades de la grieta, emergiendo entre las sombras del abismo, surgió la figura del Dios Astado escalando por las paredes como un animal salvaje. Lo primero que me llamó la atención fue que había perdido una de sus astas. Uno de sus cuernos estaba partido y lucía en su cabeza como el tronco de un árbol talado.

Mientras escalaba, alzó su cabeza para mirarme. Sus ojos negros centellaban como las estrellas. En ellos había rabia, dolor, ira; desprendían tanto odio que al mirarlos me hicieron retroceder unos pasos.

Salió de la grieta y se plantó frente a mí. También estaba envejecido, pero seguía conservando su aspecto atlético. Su piel, antaño rosada y perfecta, lucía ennegrecida y cubierta de heridas aún sangrantes. Una sangre que teñía de rojo sus ropajes y que le daban un aspecto siniestro y aterrador.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí la misma distancia. No me llamó por mi nombre ni me tendió la mano, solo se aproximó hacia mí con aire amenazante.

«¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está todo vuestro mundo muerto?».

Le formulé las mismas preguntas que le había realizado a la Diosa. Por primera vez me habló y su respuesta me congeló el alma.

«Este no es nuestro mundo. Es el tuyo, Astrid. El tuyo y el resto de los mundos van a perecer. Las fuerzas se han desnivelado y la guerra solo acaba de empezar».

Al dar el siguiente paso hacia atrás, tropecé con una piedra del suelo y caí de espaldas. El Dios se plantó a mi lado mientras yo temblaba en el suelo como una hoja.

«¡No te acerques a ella!».

Oí gritar a la Diosa a su espalda. El Dios Astado se giró y avanzó hasta el borde de la grieta, por lo que me dio tiempo a ponerme en pie.

«¡Ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer!».

La amenazó con una voz que hizo temblar el suelo. Después, alzó sus manos hacia el cielo y de entre su negrura surgió una bandada de cuervos negros que se abalanzaron sobre los ropajes de la Diosa.

Intenté salir corriendo en su ayuda, pero el firme brazo del Dios me detuvo. Grité con tanta fuerza al ver a los cuervos picoteándola que me desperté.

Ahora me encuentro en mi cama, en mi casa, nada en mi mundo ha cambiado todavía. Estoy a tiempo de evitar que ocurra. Tengo que regresar. Tengo que hacer algo. Tengo que volver y salvarla. Debo descubrir qué ha ocurrido y evitar que mi sueño se haga realidad».

—¿Es eso lo que tú soñaste? —interrogó Gare poniendo la mano sobre el hombro de Triz.

—Sí. Solo que yo no salí corriendo a intentar ayudar a la Diosa. Me quedé petrificada sin saber qué hacer hasta que el Dios Astado se giró hacia mí. Fue entonces cuando me desperté.

—¿Y pone en el libro qué hizo Astrid para evitar que ocurriera ese desastre? Porque imagino que, si seguimos todos aquí, es porque ella lo consiguió.

—Nos ha dicho antes que las fuerzas estaban tan igualadas que la batalla no habría terminado nunca. Que solo tuvo una forma de

detener la guerra: haciendo que perdieran ambos bandos encerrando a su enemigo y quedando prisionera en esta cueva. Solo tengo que saber cómo lo hizo —respondió Triz pasando hojas en el grimorio.

Pero el resto de las páginas del libro solo contenían hechizos y conjuros tan elaborados que era incapaz de comprenderlos.

—Tenemos que volver a casa. Allí podré estudiar estos hechizos y ver para qué sirven. Estoy segura de que, entre estas páginas, se halla la forma de evitar que mi sueño se haga realidad. No disponemos de mucho tiempo.

—¿Por qué estás tan segura de que no nos queda tiempo? Desde que soñaste con la tormenta solar, el día que yo empecé a salir con Nadia, hasta que ocurrió de verdad pasaron muchos años. ¿Por qué ahora crees que va a ocurrir de inmediato?

—Por los sueños de Alana. Es complicado de explicar. Intentaré hacerlo de camino a casa. Porque vendrás conmigo en el coche, ¿o prefieres volver en bicicleta y hacer algo de deporte?

Gare no necesitó ni responder. Triz ya sabía que iban a tener que hacer un hueco en el maletero para la bicicleta con solo mirarlo.

—33—

Un reencuentro inesperado. Bosque de Otsa

Salir de la gruta fue más fácil para Gare. El beso de Astrid le permitió respirar bajo el agua y salir del estanque nadando con tranquilidad unos metros por detrás de Triz con la esperanza de que a ella le faltara el aire y le pidiera ayuda. Pero ella, como le había dicho a Astrid, pudo cruzar aguantando la respiración sin problema.

Cuando salieron, el bosque mantenía la misma apariencia mágica y acogedora que cuando habían llegado. No había rastro de niebla, no soplaba viento entre los árboles y el estanque volvía a tener el agua cristalina y con una profundidad que solo invitaba a refrescarse los pies.

—¿Por qué el bosque dejó de atacarnos cuando te saqué del agua? —preguntó Gare, mientras observaba como Triz volvía a ponerse los pantalones que había dejado junto al estanque.

—Te lo ha dicho Astrid, por la protección del colgante de mi tía. O puede que dejara de atacar porque estaba seguro de que la hoja que había enraizado en mi garganta iba a ser suficiente para acabar conmigo. Si no llegas a estar tú aquí, no habría llegado más lejos.

—Puede, pero no me convence. Te va a parecer increíble después de haber sido atacada por los árboles, de casi morir ahogada en un estanque sin profundidad y de que una hoja estuviera a punto de dejarte sin respiración, pero... conseguir el libro de las sombras de Astrid me ha parecido más sencillo de lo que me imaginaba.

—¿Sencillo? Gare, me has tenido que salvar la vida dos veces.

—Lo sé, pero... ¿por qué no había ninguna trampa en la entrada

de la gruta? ¿Por qué, si el libro es tan importante para evitar el fin de los mundos, nada ni nadie nos ataca ahora que lo tenemos? No sé, si yo fuera el malo en toda esta historia, actuaría de otra manera.

—No le des más vueltas. Volvamos a casa e investiguemos los hechizos del libro a ver adónde nos llevan. Quizás el grimorio no sea la respuesta final que buscamos y por eso nos hayan dejado en paz por el momento.

—¿Volvamos? ¿Investiguemos? ¿Buscamos? No me digas que, a partir de ahora, vas a dejar de querer hacerlo todo sola y me vas a permitir acompañarte —expresó Gare alegrándose de que contara con él para sus planes. Pero Triz no respondió, se quedó parada en medio del camino entre los árboles, mirando hacia el aparcamiento donde tenía su coche—. ¿Pasa algo? Te has quedado helada.

—Hay que ver lo bocazas que eres a veces, Gare. No podrías haber dado por bueno conseguir el libro... ¿Por qué hay dos coches en el aparcamiento? —murmuró Triz como si fuera un pensamiento para sí misma.

Aparcado junto a su coche, había otro de color negro y no parecía haber nadie dentro.

—Alguien habrá venido a acampar al bosque —dedujo Gare—. Es un lugar precioso.

—Nadie viene a este bosque. Es un lugar encantado al que la gente tiene miedo. Nadie se acerca aquí por gusto o a visitar el paisaje desde hace más de un año. Y menos gente que tenga un coche eléctrico como ese. Nadie puede pagarlos ahora... Solo cargar la batería de ese coche para que hiciera cien kilómetros costaría el sueldo medio de cinco familias. ¿Para qué iba a venir un hombre rico a acampar a este bosque?

—¡Gare! ¡Triz! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó una voz familiar a sus espaldas—. Quién me iba a decir que os iba a encontrar a los dos juntos tantos años después.

—¿Cristian? —titubeó Gare al creer reconocer a su viejo amigo —. ¡Cristian! Joder, no sabía nada de ti desde antes de la Tercera Guerra Mundial. ¿Qué diablos haces aquí?

—Eso mismo te iba a preguntar yo, cabronazo. Veo que la vida te trata bien —contestó, dándole palmadas en la tripa— ¿Tú no estabas saliendo con Nadia? ¿Qué haces aquí con Triz?

—Nadia y yo rompimos hace once años. Me reencontré con Triz hace unos días y me pidió que le ayudara a buscar... —Triz lo interrumpió con un codazo en las costillas.

—Cristian, apenas has cambiado —apuntó Triz tomando la palabra—. Tiene que irte muy bien la vida para poder permitirte tener ese coche. ¿Qué haces en este bosque?

—Triz, siempre tan observadora. En esta vida, para triunfar, hay que saber aprovechar las oportunidades que se te ofrecen. Yo he sabido aprovechar las mías. Otras, en cambio, prefieren conservar su ética, aunque eso las lleve a tener una vida de mierda. La vida se disfruta mucho más cuando no se le pone límites o te haces la estrecha.

Cristian le sonreía con la misma sonrisa perfecta que había captado su atención el día que se habían conocido siendo ella una niña. Conservaba su abundante pelo negro sin ninguna cana y seguía teniendo un cuerpo atlético, ahora que ya habría superado los cuarenta años. Mantenía ese aire de confianza en sí mismo que le hacía tan atractivo de adolescente, pero seguía siendo el mismo ególatra insoportable que se había atrevido a intentar besarla.

—¿Aún te duele? Creo que deberías madurar—interpeló apartando la mano que Cristian intentaba ponerle sobre el hombro.

—Sigo teniendo la buena costumbre de conseguir todo lo que deseo.

—¿De qué hablaís? —preguntó Gare, que no se enteraba de nada.

—Cristian intentó besarme en la fiesta a la que nos invitó y ahora me llama estrecha porque lo rechacé.

—Te llamo estrecha porque sigues poniéndote límites, porque sigues con los mismos miedos, con tus restricciones morales, con tus prejuicios. Todas esas limitaciones que te hacen dudar de hacer aquello que debes para triunfar. Yo dejé atrás todas esas limitaciones y, ahora, la vida me sonríe.

—¿Que intentó besarte? Se suponía que ibas a hablar con ella para ver si estaba enfadada conmigo, ¡pedazo de cabrón!

—Y te lo creíste... Simplemente intenté coger lo que tú solo eras capaz de soñar. Alguien tenía que atreverse a dar el paso, y tú llevabas años sin hacerlo. No te quejes, que si no llega a ser por mí y por esa fiesta no habrías conocido a Nadia y todavía serías virgen.

—¡Serás hijo de puta! —exclamó Gare abalanzándose sobre él. Pero Triz le contuvo.

—Llámame desconfiada, pero no creo que sea casualidad que nos encontremos después de tantos años en este bosque que nadie se atreve a visitar. ¿Qué es lo que quieres, Cristian? —increpó Triz separándose unos pasos de él.

—Qué manera de estropear tan encantador reencuentro. ¿No podías limitarte a alegrarte por volver a vernos, a disfrutar de los recuerdos del pasado y a dejarme conseguir lo que he venido a buscar sin ponerte a la defensiva? Lo haremos entonces a tu manera. Quiero el libro y lo quiero ahora —exigió Cristian a quien se le borró la sonrisa de la cara.

—Estás loco si piensas que te lo voy a dar por las buenas —advirtió ella, dando un paso al frente.

—¿Cómo sabes lo del libro? ¿Para qué lo quieres? No entiendo nada, Cristian —balbuceó Gare intentando colocarse entre los dos.

—Gare, como siempre, el último en enterarse de las cosas. No espabilas con los años, ¿eh? Sigues siendo el mismo idiota de hace veinte años. No me extraña que lo tuyo con Nadia terminara mal.

—¿De qué coño hablas? Qué sabrás tú de por qué rompimos.

—No lo sé, pero sospecho que se cansó de aguantar a un imbécil como tú. Ya me pareció raro, por aquel entonces, que hubiera aceptado salir contigo y, más aún, que durarais tantos años juntos, pero bueno, pensé que siempre hay un zapato que termina adaptándose a un pie, por muchos callos que este tenga. También hay malos, pero lo que no hay es zapatos que no terminen rompiéndose. Ahora, si no te importa, deja que hablemos los que sabemos de estas cosas y procura no entrometerte —amenazó Cristian y volvió la mirada hacia Triz.

—Gare, él también es un brujo —apuntó Triz a su lado—. Y quiere el libro para que no podamos usarlo. Será mejor que te apartes porque me temo que esto no va a solucionarse por las buenas —añadió apartándolo con el brazo.

—Sin duda, siempre has sido la lista de vosotros dos. No me extraña que nunca quisieras salir con él. Dame el libro y evitemos confrontaciones absurdas que solo conseguirán que salgáis heridos.

—No pienso dártelo, Cristian. ¡Jamás!

—Vamos, Triz, piénsalo detenidamente. Eres una mujer inteligente y seguro que podrás comprenderlo. Déjame que te explique por qué lo mejor que puedes hacer es darme el libro. Igual que lo mejor que podías haber hecho en mi fiesta es dejar que te besara. Si lo haces, todo aquello que deseas podrá hacerse realidad.

—¿Lo que deseo? No puedes saber lo que deseo. Ni siquiera sabías nada de mí cuando nos veíamos casi todos los días. Si lo supieras no habrías intentado besarme. No sabes nada de mi vida.

—Ahí te equivocas, encanto. Llevo años dedicándome a observarte. Cuatro años para ser exactos. No te puedes imaginar la cara que puse cuando me asignaron tu vigilancia. ¡La pequeña Triz, una poderosa bruja! Yo, que la recordaba como una niñata acomplejada, tímida y temerosa que salía huyendo de las fiestas, y resultaba ser mi primer encargo. Sé que vives en una pequeña casa en la que ni siquiera puedes cocinar todos los días porque no tienes vatios suficientes, con dos hijas y con un marido con el que cada día te cuesta más convivir. Sé que trabajas muchas horas para poco beneficio y que te gustaría tener más tiempo libre para dedicarlo a tus pequeñas.

—Eras tú... Tú eras la sombra que creyó ver Nara entre los escombros, la que vio Alana en su ventana y la que creí ver tras la valla de mi casa...

—No estaba en mi mejor momento y me resultaba más complicado desenvolverme... pero ya vuelvo a ser yo mismo. Ahora ya sabes por qué sé que siempre has deseado ser una mujer decidida, sin complejos, y juntos, con nuestra magia, podrías ser la atractiva mujer que siempre has soñado ser. Puedo conseguirte todo eso a cambio de que me des el grimorio y ese beso que dejamos pendiente. ¿Qué te parece?

—Ya soy la mujer que soñaba ser. Soy madre de dos hijas estupendas y ese ha sido siempre mi sueño —replicó Triz.

—Además, a mí ya me parece una mujer muy atractiva —añadió Gare, un par de pasos por detrás, con voz de niño que se avergüenza de interrumpir en clase por si no está dando la respuesta correcta.

—¡Pero mira que eres patético, Gare! ¿Aún sigues enamorado? No te has atrevido nunca a decirle lo que sientes y aún vas detrás de ella como un puto perro faldero, en silencio y sin poder acercarte más que a lamer sus pies.

—¡Yo no le lamo los pies! Yo...

—¿Le has dicho alguna vez en estos veinticinco años que la quieres? ¿Alguna? ¿Una vez al menos en todo este tiempo, pedazo de imbécil? ¡Ninguna! Eres un inútil, chaval. He estado yo más cerca de besarla en una hora en mi fiesta que tú en toda tu puta vida. ¿Cómo esperas que una mujer como ella se pueda fijar, siquiera, en tu existencia más allá de considerarte un amigo? ¿Un perro fiel? Un hermano mayor... —Cristian usó aquellas últimas palabras entre carcajadas. Él, al haber sido amigo de la juventud, sabía lo que a Gare le dolieron la vez que Triz las usó para definir lo que sentía por él—. Debe aspirar a un hombre con el coraje necesario para decirle lo que siente. Un hombre con cojones y decidido, como yo, que se atreva a agarrarla por la cintura, mirarle a los ojos y decirla lo que siente.

—Jamás saldría con un hombre como tú, Cristian —contraatacó Triz—. Y tú nunca has sentido nada por mí.

—En mi fiesta fue un antojo repentino. Tomar aquello que otro desea por el simple hecho de saber el porqué. Ahora que sé que eres una bruja poderosa te veo con otros ojos... y de joven no pensabas lo mismo. Cuando nos conocimos se te notaba a distancia que te sonrojabas cada vez que estaba cerca. A ti y a tu amiga Norma se os caía la baba conmigo.

—Es lo que tiene madurar, que descubres lo idiota que podías llegar a ser de adolescente y el mal gusto que se tiene con las

hormonas aceleradas.

—Centrémonos en el ahora. Igual cambias de idea. Tienes dos opciones: aceptar mi oferta de dejar atrás la moral y la magia blanca para vivir una vida rodeada de lujos y hombres que puedan satisfacerte dándome el libro por las buenas, o resistirte a mis peticiones y sucumbir a mi magia, quedándote sin nada a la espera de ver cómo todo a tu alrededor se consume rodeada de hombres que no te entienden como tu marido o temerosos e inútiles como Gare. El libro, de cualquiera de las dos maneras, me lo voy a llevar yo.

—¡Eso habrá que verlo! —replicó Triz alzando sus manos.

Cristian estalló en una risa burlona que retumbó entre los árboles como en una caja de resonancia.

—¿Qué pretendes hacer contra mí con tus hechizos de mierda de magia blanca? ¡Es ridícula tu resistencia! Es como enfrentarse a un ejército armada con una cuchara de madera. ¡Ni siquiera te sirve para defenderte!

Cristian levantó los brazos al cielo y pronunció unas palabras mientras el viento formaba círculos y las hojas del suelo se elevaban a su alrededor. Cuando los bajó señalando hacia Triz, tanto las hojas como el viento y un haz de luz con el brillo de un rayo surcaron el espacio que les separaba y se estrellaron contra el cuerpo de la bruja.

Gare ahogó un grito, pero, al ver como las hojas salían repelidas similares al aire que golpea contra el parabrisas de un coche y no llegaban a alcanzarla, respiró aliviado.

Pero ella, que seguía manteniendo los brazos en alto evitando el ataque, no contraatacaba y lo miraba con los ojos llenos de tristeza.

—Tiene razón, Gare... El mal, como dijo mi tía Helen, siempre tiene ventaja —murmuró cuando Cristian cesó en su primer ataque.

—La magia blanca no sirve para dañar a nadie... —susurró Gare afligido.

—Veo que habéis entendido a qué me refería con las limitaciones de la ética. Triz nunca ha usado su magia para pelear, ni siquiera sabe cómo hacerlo. Es tan patético verla hacer conjuros en el patio trasero de su casa que casi me muero de la risa al verla. Aún estás a tiempo de dejarte de peleas absurdas y olvidarte de chicos que se esconden tras los árboles para venirte conmigo, huir de tu vida y descubrir las ventajas de una magia completa, sin restricciones de ningún tipo.

Mientras Cristian hablaba, en la punta de sus dedos se iban formando unas pequeñas nubes negras que chisporroteaban con pequeños relámpagos. Estaba preparando un segundo ataque en caso de que Triz volviera a contestarle de forma negativa.

—¡Yo no me escondo tras los árboles! —vociferó Gare, avergonzado y herido en su orgullo, teniendo que pronunciar aquella frase tras salir de detrás del tronco de un árbol—. Ella tendrá restricciones, ¡pero yo no! —gritó corriendo hacia Cristian envalentonado por su propia rabia.

—¡Gare! —exclamó Triz cuando Cristian con un simple gesto de su mano, le lanzó la pequeña tormenta generada en sus dedos, que aumentó de tamaño hasta que impactó con él con violencia y levantó por los aires sus cien kilos de peso como si fueran una bolsa de papel.

—Tan imbécil como siempre —musitó Cristian—. Tú no tendrás restricciones, pero tampoco tienes magia. Cómo pensabas dañarme, ¿con tus grasas?

Gare se había quedado tendido en el suelo. Para su sorpresa, pese a lo aparatoso del golpe, no estaba herido. En ese momento, sintió el calor del colgante de Triz en su muñeca. Como en la guerra, su protección lo había salvado. Se alegraba tremendamente de haberle pedido a Triz que se lo volviera a prestar.

Le había protegido del ataque de las hojas y del bosque y, gracias a él, había conseguido ayudarla y ahora le había salvado del ataque de Cristian.

Con mayor confianza, volvió a levantarse del suelo y a encararse con él.

—¡Te he dicho que la dejes en paz! —gritó al ver cómo el que había sido su amigo en la adolescencia se acercaba a Triz de forma amenazante. Tenía ya dos tormentas formándose en sus dedos.

Cristian se sorprendió al ver que se había levantado de su primer ataque, pero su sorpresa no tardó en convertirse en indiferencia. Lanzó sus dos conjuros hacia Gare sin dudarlo. Ambos lo alcanzaron de lleno.

En esta ocasión, la protección del colgante no fue suficiente. Le dolió tanto el impacto que tenía la sensación de que se le habían roto a la vez todos los huesos del cuerpo. Pero la herida más dolorosa la sufrió en su orgullo. No ser capaz de poder acercarse a Cristian, no poder ayudar a Triz, ser un inútil. Sollozaba en el suelo intentando no reconocer que Cristian tenía razón. Ella se merecía algo más que un cobarde que se había pasado dos años encerrado en una dimensión virtual por no tener valor de enfrentarse a la realidad de su vida; un timorato incapaz de expresar sus sentimientos, un acomplejado que no podía hacer nada por ayudarla. Y ella también tenía razón, no debería haberla acompañado al bosque, solo era un estorbo.

—¡Gare! —exclamó Triz cuando vio que era incapaz de moverse.

—¿Te preocupas por él? —La voz de Cristian resonó burlona—.

Sabía que estaba enamorado de ti desde jóvenes, pero nunca me imaginé que tuvieras tan poco gusto como para sentir algo por él. ¿No lo ves? Está llorando de impotencia, es débil y solo he tenido que mover una mano para quitármelo de encima. Es incapaz de proteger a una mujer. Sé inteligente, yo soy tu mejor opción —insistió Cristian tendiendo la mano hacia Triz—. Ni tu incomprensivo marido ni el inútil de Gare que no puede defenderte.

—No necesito que nadie me proteja —replicó Triz—. Sé hacerlo yo sola.

—Es posible... pero, ¿puedes defender a los dos?

Cristian volvió a alzar las manos y dos nuevas tormentas fueron creciendo alrededor de sus brazos. Triz salió corriendo hacia donde había quedado tendido Gare, pero el brujo lanzó su ataque antes de que pudiera llegar a su lado. Uno de los conjuros golpeó contra el escudo protector de Triz que salió despedida por el impacto, pero no llegó a dañarla. La otra se estrelló contra el cuerpo de Gare, que se elevó del suelo y fue a dar con sus huesos contra el tronco de un árbol. Quedó casi inconsciente.

—¡Está bien! ¡Para! Tienes razón —exclamó Triz levantándose —. Ha sido un error rechazar tu primera oferta. Como fue un error no dejar que me besaras en tu fiesta. Mi vida sería distinta, puede que más divertida. No me había parado a valorar todas las ventajas que tiene lo que me ofreces —añadió dando pasos que le acercaban a Cristian con el libro entre las manos en señal de ofrenda—. Una vida sin complicaciones, una magia completa, un chico guapo y fuerte a mi lado, una apariencia exterior mejorada... —A cada punto de la lista enumerada, Triz daba un paso más acercándose a él con una sonrisa seductora en su cara y una mirada comprensiva —. Estoy harta de tener que dar explicaciones a gente que no entiende nada de nuestro mundo lleno de magia… Estaba equivocada. Es cierto que hay muchas cosas con las que soñaba que no he podido realizar. Estoy segura de que sabrás cómo hacerme feliz —concluyó cuando ya estaba prácticamente a su lado. Cristian bajó los brazos para coger el libro.

—Puedes estar segura de eso, se me ocurren varias formas de hacerlo... —respondió Cristian acariciando con la yema de los dedos la cara de Triz, que le miraba los labios con la boca entreabierta.

—Se me ocurre una en particular —comentó Triz acercándose más a la sonrisa de Cristian.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —preguntó él, agarrándola por la cintura como cuando bailaban en el salón de su casa y entreabriendo también sus labios, esperando a que ella terminara de recorrer el corto espacio que les separaba.

—¡Muriéndote! —zanjó Triz, borrando su sonrisa, a la vez que

sacaba la punta afilada de una rama de debajo del libro y se la clavaba entre las costillas.

Cristian gritó mientras observaba su propia sangre salir de la herida manchando su ropa y sentía las punzadas de dolor provocadas por la rama clavada en su pulmón izquierdo.

—¡Maldita puta! ¡Estúpida bruja!

—Bruja sí, puta y estúpida solo sería si hubiera dejado que un imbécil como tú me besara. —Triz había aprovechado el exceso de ego y confianza de su rival para encontrar un punto débil. Estaba tan seguro de su victoria que no había considerado necesario protegerse, convencido como estaba de que ella no contaba con el poder necesario para poder atacarle. Por fortuna, las mujeres tienen más armas contra los hombres que la magia. Y el ego de Cristian era su peor defecto.

—¡Y lo sigues siendo! ¡Maldita zorra! —La seguridad en las palabras de Cristian logró que Triz perdiera parte de su optimismo —. Pensar que una simple rama podría llegar a causarme algo más que una molestia —continuó diciendo mientras se la arrancaba del costado como quien se saca un palillo de entre los dientes—. Esta herida no es nada comparada con las que sufrí en la guerra. Ahora te voy a mostrar mi verdadero yo.

Triz dio varios pasos hacia atrás mientras una niebla de color amarillo nacía de los pies de Cristian y lo cubría por completo. Parecía que lo único que había conseguido con su ataque era despertar a la bestia.

La niebla se fue disipando y Triz se tapó la boca con la palma de la mano sin salir de su asombro. Frente a ella no había rastro del Cristian que había estado viendo hasta ahora. Solo un rostro desfigurado, un cuerpo mutilado y una piel abrasada. Él era el hombre que Alana le había descrito en sus sueños, era el hombre malo con el que soñaba su hija.

—¿Ves? Esto es que te hieran de verdad. Fue durante la Tercera Guerra. Tuve la mala suerte de pisar donde no debía. Incomprensiblemente, no morí en el acto. Algo, o alguien, quiso que me quedara un aliento de vida. El suficiente para responder a la pregunta que me hicieron. Escuché una voz a mi lado que me dijo que podía conseguir que volviera a la vida, que me daría todo con lo que siempre había soñado, si le juraba lealtad y permanecía siempre a su lado. La misma oferta que te he hecho a ti, zorra estúpida. No dudé en aceptar y cumplió su promesa. Si su poder consiguió salvarme de esto... ¿crees que vas a matarme con una mierda de rama?

El cielo se resquebrajó y comenzó a llover. Una lluvia roja que hacía parecer que los árboles sangraban. Una niebla negra cubrió a

Cristian. Donde estaban sus ojos, dos lágrimas centelleantes de color carmín le dieron un aspecto más siniestro. Triz recordó el último sueño de su hija, aquel en el que el hombre malo se bajaba del autobús de Maya y terminaban peleando en un bosque. Se encontraba en aquella visión y Cristian no iba a dudar en atacarla.

Alzó los brazos para intentar defenderse, pero la ira del ataque fue tan violenta que rompió su protección. Sus fuerzas empezaban a agotarse. Indefensa, siguió retrocediendo mientras él se acercaba sonriendo burlón.

—Tengo una duda. No sé si matarte directamente o cobrarme ese beso que no me has querido dar, dos veces. ¿Prefieres besarme con mi apariencia actual o te arrepientes de no haberlo hecho con la que recordabas de tu infancia? —preguntó sonriendo con una boca sangrante que parecía haber sido acuchillada en su rostro—. Suelo coger lo que me apetece. Incluso, esta vez, puede que no me conforme solo con un beso. Quizá coja algo más —En la cara de Triz se dibujó una mueca de asco.

Cristian seguía avanzando mientras ella se arrastraba por el suelo, intentando conjurar otro hechizo de protección.

—Qué encantadora eres intentando evitar lo inevitable. ¿Ahora te doy asco? Haberlo pensado antes... —se burló dando un paso más para acercarse a ella, pero, al intentar dar el siguiente, algo lo detuvo.

Por un segundo pensó que a Triz le había dado tiempo a invocar un conjuro que le impidiera seguir acercándose, pero no tardó en descubrir la mano de Gare aferrada a su tobillo. Lo miró condescendiente.

—Vaya, he de reconocer que me sorprende tu insistencia. Inútil, pero perseverante. No eres capaz de levantarte del suelo, pero, aun así, intentas detenerme. Creo que, cuando acabe con Triz y tenga el libro en mi poder, igual puedo hacerte una oferta a ti. Estaríamos encantados de tener un perro faldero obediente de nuestro lado y, quizá, con nuestra magia, dejarías de ser un absoluto estorbo. Solo tienes que mantenerte con vida hasta entonces.

—Triz, lo que hiciste antes... Haz lo que hiciste en la cueva —murmuró Gare antes de que Cristian se soltara con una patada y lo volviera a alejar, con un gesto de su mano, arrastrándole por el suelo.

Después no se detuvo. Aunque golpeó a Gare contra el tronco de un árbol, lo subió hasta las ramas más altas arrastrando su espalda contra la rugosa madera. Las heridas en su piel comenzaron a sangrar. Con una sonrisa inmisericorde, Cristian cerró el puño y Gare cayó desde lo más alto hasta estrellarse contra las piedras.

Triz había aprovechado la corta distracción para ponerse en pie

y alejarse unos pasos hacia el bosque.

—Dejar la mente en blanco, centrarme en mi respiración, pensar en aquello que deseo... —pronunció Triz recordando lo que había hecho dentro de la cueva para encontrar el grimorio.

Colocó las manos contra su pecho, protegiendo el libro con ellas, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Cristian volvió a atacar, pero el hechizo pudo detener el primer golpe. Antes de recibir un segundo ataque, Triz comenzó a murmurar:

«Ayudme diose a derota alm. Que la magi blanc termin conel.
Ayudmeios aderotalm. Quelamgi blanctermi conel».

—¡Está bien! ¡Tú lo has querido! Nada de juegos ni de besos, tú te lo pierdes... ¡Voy a acabar contigo, zorra! —Cristian alzó los brazos al cielo—. «May the forces of evil break your shield! May the rays of the sky make you burn!». —Su segundo ataque fue más fuerte y lleno de rabia.

La protección resistió de milagro la segunda embestida. Si Cristian se tomaba la paciencia suficiente en reunir su poder no tendría nada que hacer. Debía darse prisa. Repitió la oración varias veces hasta que sintió como una fuerza de color verde brillaba en su interior. Se centró en aquello que deseaba, en derrotar a Cristian.

«Ayudmeios aderotalm. Quelamgi blanctermi conel.
Ayudmeiosaderotalm Quelamgiblanctermiconel. Ayudmeiodralm quelamgiblatermicol».

Los ataques de Cristian cesaron por un momento. Triz abrió los ojos.

—¿Qué coño estás haciendo? —bramó Cristian.

Su voz sonaba por primera vez asustada. Los ojos de Triz se veían con un tono verde tan intenso que no parecían humanos. Las hojas, las ramas, las piedras empezaban a levitar a su alrededor. Intentó lanzar un ataque más contundente pero esta vez ni siquiera logró acercarse a ella. Un muro de fuerza más potente detuvo su ataque a unos metros del cuerpo de Triz que empezaba a levitar.

—No puede ser... ¡No puede ser! —exclamó Cristian, lanzando tormentas de forma inmisericorde que se estrellaban, ineficaces, cada vez más cerca de él y más alejadas de Triz. Las arrojaba de forma tan indiscriminada que no les daba tiempo a reunir la fuerza necesaria.

Los árboles que rodeaban a Triz empezaron a desarraigarse del suelo y flotaban a su lado. La onda mágica alcanzó a Cristian, que forcejeó y braceó aturdido, mientras sentía que sus pies se despegaban del suelo.

—¡Suéltame, estúpida! —exclamó sintiéndose indefenso, flotando en el aire sin poder controlar sus movimientos—. ¡Suéltame, maldita bruja! ¡Me prometieron que esto iba a terminar

de otro modo!

Triz seguía en trance con sus ojos verdes llenos de una luz que brotaba como si fueran dos estrellas. Cuando dejó de murmurar sus frases, todo quedó suspendido por un segundo en el aire y al cerrar los puños, lo que volaba a su alrededor se precipitó hacia un mismo punto: Cristian.

No se sabía si ramas, raíces y piedras golpeaban contra él con violencia o si era su cuerpo el que se estrellaba contra todo aquello que se acercaba, pero unos segundos más tarde sus gritos dejaron de resonar en el bosque.

Triz cerró los ojos y todo se desplomó hasta que Cristian quedó prácticamente sepultado.

Gare intentaba ponerse en pie para llegar hasta donde había caído Triz, pero apenas conseguía arrastrarse. Terminado su trance, como la vez anterior, había caído desmayada. Temía que el esfuerzo hubiera sido mayor y no pudiera despertarse.

Se sintió aliviado cuando, al llegar a su lado, pudo comprobar que todavía respiraba, pero seguía sin despertar.

—Triz, cielo, despierta. Lo has conseguido. Vamos, por favor, despierta...

Abrió paulatinamente los ojos entre pestañeos. Volvían a tener el mismo color castaño de siempre. Tosió un par de veces antes de poder hablar.

—¿Qué ha pasado? —Como la vez anterior que había entrado en aquel trance, se sentía desorientada y no recordaba nada de lo ocurrido—. ¿Tenemos el libro? ¿Hemos ganado? ¿Estamos bien?

—Sí, lo tenemos. Lo has conseguido —afirmó Gare sin poder contener su alegría y abrazándola—. Lo de estar bien... creo que tengo que ir a un hospital con urgencia —repuso al sentir como un dolor punzante le recorría el pecho al haber intentado rodearla con sus brazos.

Triz se puso en pie y ayudó a Gare, quien tuvo que reunir las pocas fuerzas que le quedaban para conseguir sujetarse a su hombro y dar un paso.

—¿No recuerdas lo que has hecho? —preguntó mientras intentaban caminar. Triz negó con la cabeza—. Ha sido increíble, todo el bosque flotaba a tu alrededor. Hasta los árboles han salido volando por los aires.

—¿Y Cristian? ¿Qué ha ocurrido con él?

—Ha terminado debajo de aquel montón de piedras y troncos —respondió Gare señalando al lugar—. No ha podido salir con vida de eso.

—No estés tan seguro. ¿Crees que podrás aguantar un segundo en pie mientras echo un vistazo?

—Si me dejas bien apoyado puede que incluso dos —contestó Gare intentando esbozar una sonrisa, pero hasta ese gesto le dolía.

Tras dejarle apoyado en el tronco de un árbol, se acercó al lugar donde debía de estar muerto Cristian. Bajo un montón de maderas y rocas pudo encontrar su cuerpo. Seguía teniendo el aspecto desfigurado que le había mostrado. Triz sintió compasión por él y le cerró los ojos.

—Siento que esto haya tenido que terminar así, pero no puedo dejar que nada ni nadie ponga en peligro el mundo en el que viven mis hijas —murmuró a su lado, sin atreverse a mirarle a la cara.

—Esto no ha terminado, Triz... —La voz de Cristian la sobresaltó. Había vuelto a abrir los ojos y se resistía a morir.

—No hay magia que pueda curarte, Cristian. Debes marchar.

—Puede que me hayas derrotado, pero otros vendrán tras de mí. Más fuertes, más decididos. El final de los mundos ya está escrito y no vas a poder evitarlo con o sin la ayuda de ese libro... Las fuerzas han dejado de estar igualadas y estás en el bando más débil... —Las últimas palabras de Cristian se fueron apagando, pero de su desfigurado rostro no se borró una sonrisa siniestra—. Ni siquiera lo has retrasado. El fin de los mundos está cerca y apenas has tenido magia suficiente para derrotarme a mí. Te faltan fuerzas, Triz. Y las próximas batallas serán más cruentas.

Cristian cerró los ojos. En su demacrado aspecto se dibujó una mueca de dolor. El tránsito al mundo de los muertos parecía no resultarle sencillo.

A Triz le fallaron las piernas. Había usado todas sus energías en la cueva y en derrotar a Cristian. En su cuerpo, ya no le quedaba nada que le permitiera mantenerse en pie. Sin poder evitarlo cayó inconsciente.

Gare la vio caer. Intentó caminar hasta llegar a su lado, pero tenía todos los huesos rotos y no tardó en dar de bruces contra el suelo. No tenía fuerzas ni para llamarla. Se limitó a arrastrarse, pero era tan intenso el dolor que los escasos metros que les separaban se hicieron insoportables.

Necesitaba recuperarse, aunque fuera un poco. Al borde del desmayo, cerró los ojos.

—34—

De regreso al mundo de los muertos

Lo primero que percibió fue el olor. Ese olor a cadáver que lo envolvía todo. Después, y solo tras sentir cómo ese asqueroso aroma corría por sus venas como sangre coagulada, fue consciente de que había regresado. No lo entendía.

Cristian se intentó poner en pie, pero la única pierna que le quedaba estaba rota y solo apoyarla en el suelo le arrancó un aullido. Eso fue lo que más le sorprendió de la primera vez que visitó aquel lugar. Muerto también se podía sentir dolor.

—Make the dead back to life! Make the living prevail! —pronunció invocando un regreso que no llegó a producirse. Ya no quedaba ninguna parte de él con vida que pudiera hacerle regresar. Iba a tener que enfrentarse a su destino habiendo sido derrotado.

La primera vez que estuvo en aquel lugar le prometieron que podría retornar al mundo de los vivos conjurando aquellas palabras.

Que lo muerto vuelva a la vida, que lo vivo prevalezca.

Durante la Tercera Guerra Mundial una bomba cayó cerca de donde él estaba. Tan cerca que la metralla le cercenó una pierna y la onda expansiva le abrasó la piel. Pero no murió, al menos no del todo. Cuando, moribundo, juró lealtad a quien le prometió volver a la vida y con ello le fue otorgada la magia suficiente para invocar hechizos, a partir de ese momento, aquellas palabras le permitíeron viajar entre ambos mundos.

Era el emisario perfecto para quien no podía salir de allí. Alguien muerto, pero vivo; alguien vivo, pero muerto. Capaz de estar en ambos mundos sin pertenecer a ninguno.

Así había pasado los últimos cuatro años. Yendo y viniendo del mundo de los muertos para seguir los pasos de una antigua amiga de la infancia, la única mujer que se había atrevido a dejarle en ridículo delante de sus amistades. Alguien a quien creía tener olvidada dentro de la vida opulenta que llevaba antes de que la guerra lo jodiera todo, pero que, cuando se quedó sin nada y le ofrecieron tener que vigilarla, se convirtió en su objetivo. En la manera de volver a tener todo lo que deseaba. Seducir a Triz, besarla, suponía cerrar una pequeña herida del pasado y empezar de nuevo. Volver a ser el hombre que conseguía todo lo que se proponía. Pero había fracasado.

La segunda vez que no obtenía lo que deseaba y, por segunda vez, la culpable era Triz.

Sin poder hacer otra cosa que arrastrarse por el suelo, derrotado, vio como la puerta del final del pasillo, al que siempre llegaba cuando cambiaba de mundo, se abría. Pero eso no fue lo que hizo que provocó que terminara por cagarse encima. Ver una de las columnas sin cuerpo, fue lo que le hizo no poder controlar sus esfínteres.

—Me lo prometió —balbuceó al ver una sombra cruzar la puerta a su encuentro—. Me prometió que volvería a ser el hombre que fui.

—¿Y acaso no he cumplí mi palabra? ¿Acaso no recuperaste tu cuerpo, tu imagen?

—Sí, lo hice, pero solo duró unos días. Unas horas.

—Nunca prometí que tu regreso fuera a ser eterno. Solo devolverte a la vida.

—¡Y obtener todo lo que siempre he deseado!

—Y también cumplí con lo pactado. Recuperaste tu apariencia, te otorgué poder...

—¡Pero no conseguí derrotar a Triz Cooper! ¡No conseguí humillarla y obligarla a besarme! ¡Ella ha vuelto a dejarme en ridículo!

—Nunca mencionaste en qué mundo querías que eso ocurriera.

Tus encuentros con tu pasado, tus encuentros con Triz, aún no han terminado. Y creo recordar que, antes de eso, hubo algo más que deseaste, que pediste con insistencia.

Cristian se quedó en silencio. Durante un instante estuvo repasando en su cabeza qué podría ser eso que había deseado y que no llegaba a recordar. Siempre había soñado con ser rico, guapo, popular, famoso, todo aquello que tenía antes de la Tercera Guerra Mundial. Recuperarlo había sido su único deseo. Después, cuando supo cuál era su misión, quiso también poder vengarse de Triz. No recordaba ningún otro deseo formulado.

—Yo solo deseé volver a ser como era antes y vengarme. No deseé nada más...

—¿Y morir? Entre los escombros del edificio que cayó sobre tu cuerpo durante la guerra, ¿no deseaste morir? Al salir de aquí y limpiar tu vómito, ¿no deseaste estar muerto?

Cristian lo recordó. Era tanto el dolor que sentía en aquellos momentos, tan insoportable, que por un instante deseo morir y dejar de sufrir.

—Y cuando te viste por primera vez en un espejo, ¿no lo deseaste?

También lo recordaba. No pudo soportar verse con aquel aspecto. Sin pelo, con la piel quemada y una sola pierna. Prefirió estar muerto que con aquella apariencia, desconocedor, en aquel momento, de que morir no significaba desaparecer.

—Deseo concedido —se burló la sombra desde la puerta—. Ahora tengo otro trabajo para ti.

Cristian se echó a temblar.

—No, por favor. No me condene a permanecer en esta galería por toda la eternidad. No lo haga. Se lo ruego. Haré todo lo que me pida. Cumpliré con todo lo que desee, aunque sea con este deplorable aspecto. Pero, por favor, se lo ruego. No me haga estar toda la eternidad en esa columna.

La sombra estalló en una carcajada.

—Tranquilo. Esa columna no es para ti. Como te he dicho, tus encuentros con Triz no han terminado. Ahora que tiene el libro de Astrid estamos más cerca de que todo comience.

—Espere... No entiendo... ¿Mi misión no era impedir que Triz se quedara con el libro?

—Tu misión siempre ha sido vigilarla. Impedir que nada ni nadie obstaculizaran su destino. Un destino que ella misma desconoce.

—Pero yo pensé que...

—Tú siempre has pensando demasiado. Y mira de qué te ha servido. ¿En serio creías que un simple mago aprendiz iba a ser

capaz de derrotarla? Triz es algo más que una bruja de sangre. Es una gran bruja. La primera gran bruja cuya magia no es del todo blanca. La gran bruja que nos hará resurgir.

—35—

El hospital no es el mejor final. Noviembre 2048

Un ataque de tos despertó a Triz. Sentía que el aire volvía a sus pulmones. Intentó ponerse en pie, pero, al hacerlo, se le cayeron los pantalones. Gare le había quitado el cinturón.

Aturdida lo buscó. Estaba en el suelo, a pocos metros de donde ella se había despertado.

—¡Gare! —Triz se arrodilló a su lado. Parecía malherido.

ÉL pestañeó un par de veces antes de abrir los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que acabamos de volver de Aisling...

—¿Del mundo de los sueños? ¿Y la cueva? ¿Y el grimorio de Astrid? ¿Y Cristian? —Gare estaba seguro de no haberse quedado dormido.

—Todo eso ha pasado en Aisling. Mira el colgante de mi tía, aún está caliente. Creo que mandarnos a Aisling ha sido su manera de protegernos, al menos hasta que he podido volver a respirar después de que consiguieras quitarme las raíces de la boca.

—¡No jodas! El boca a boca que te hice para salvarte la vida, ¿también ha sido en el mundo de los sueños?

—Creo que no. Creo que eso ocurrió antes —respondió Triz sonriendo.

—Menos mal, en mis sueños ya me había imaginado besándote otras veces —replicó Gare, en medio de un quejido de dolor—. Oye, si la pelea ha sido en el mundo de los sueños y ahora hemos vuelto al mundo real, ¿por qué me duele todo el cuerpo?

—Porque todos los mundos son reales. El de los sueños también.

Ya has vivido cómo es una experiencia completa en Aisling y comprobado que no solo es para comunicarse. Tengo que llevarte a un médico. Estás hecho polvo.

—¡Ey! ¿Quieres decir que nuestras conversaciones en Aisling se pueden sentir de la misma manera que esta pelea? ¿Que me he estado conformando con oírte hablar en mi cabeza y que me mandaras un par de imágenes y podríamos haber hecho muchas otras cosas?

—Eso es. Pero te recuerdo que abrir una conexión en Aisling es agotador.

—No me importa. La próxima vez quiero, al menos, poder verte mientras hablamos. Algo que parezca más real.

—Lo que seguro que ha sido real es que me has salvado la vida. Tanto en el estanque al sacarme del agua, como al arrancarme la hoja que me impedía respirar, como en Aisling intentando protegerme de los ataques de Cristian. Y ahora tengo que salvar la tuya… —dijo Triz y dibujó un círculo a su alrededor mientras invocaba un conjuro de sanación. Después, fue al maletero de su coche, sacó unas hierbas y obligó a Gare a masticarlas. El gesto de su cara delataba el amargor de las hojas.

—¿Quieres curarme o envenenarme?

—Anda, calla y mastica. Te ayudarán a recuperarte antes —lo reprendió mientras le ayudaba a levantarse.

—Una pregunta más —dijo Gare mientras llegaban al coche—. Si la pelea ha sido en el Aisling... ¿Crístian sigue vivo en alguna parte?

—Nunca se puede soñar con la muerte de uno mismo. Si Cristian entró en Aisling para quitarnos el libro y le hemos visto morir... es que está muerto. Ahora estará en el mundo de los muertos, y esperemos tardar mucho en reencontrarnos con él.

—Pero... ¿el día que muramos él estará alli?

—Eso me temo, sí.

—Y, si de Grawell se puede regresar, ¿también se puede volver del mundo de los muertos?

—También me temo que sí, que se puede volver. Pero no es tan sencillo como regresar de Grawell. El tránsito entre mundos es complicado. De algunos es difícil ir y sencillo regresar; de otros lo fácil es ir y mucho más complicado volver; y otros, como de Aisling, vamos y regresamos casi todos los días sin ni siquiera saberlo.

—¡Buff! Y yo que pensaba que adaptarme al mundo de los vivos ya era bastante complicado.

El viaje de regreso a casa lo hicieron casi en silencio. Triz se esforzaba en conducir con prisa para llegar antes del anochecer al

hospital y Gare no tenía fuerzas para hablar, pese al hechizo de sanación que le había practicado Triz antes de salir y el poder del colgante que seguía en su muñeca. Las heridas iban a requerir bastante tiempo para curarse y necesitaba todas sus fuerzas para poder respirar.

Solo cuando el coche estaba entrando en las calles de la ciudad, Triz rompió el silencio.

—Deberías no llevarme la contraria. Te dije que no vinieras al bosque, que era peligroso, que mi mundo es complicado, lleno de pesadillas y vacío de finales felices. Siempre estoy enfrentándome a problemas. No deberías haber venido y haberte puesto en peligro por mí. Si me hubieras hecho caso, ahora estarías sano y salvo en tu casa y no camino del hospital...

Gare intentó protestar y alegar los motivos por los que no la había obedecido pero, pese a que sus lesiones habían dejado de dolerle, seguía sin poder hablar. Triz continuó.

—Y si me hubieras hecho caso, si no hubieras sido tan cabezota e irresponsable, estaría seguramente muerta, no habría podido recuperar el libro oculto en Aisling, no habría podido regresar a casa con mis hijas y todos mis esfuerzos, hasta ahora, no habrían servido para nada. Cristian y quien lo devolvió a la vida en la Tercera Guerra, se habrían salido con la suya. Muchas gracias por ser mi ángel de la guarda...

Gare se limitó a sonreír mientras ella aparcaba en la entrada del hospital. Cuando lo dejó en buenas manos, regresó a casa para tranquilizar a sus padres, abrazar a sus hijas y guardar el libro en su maleta para estudiarlo en cuanto tuviera tiempo. Después, se excusó con su familia, asegurándoles que regresaría a primera hora de la mañana para celebrar todos juntos el cumpleaños de su padre, y regresó al hospital antes de que entrara en vigor el toque de queda nocturno para asegurarse de que Gare se encontraba bien. Cuando llegó al centro, se lo encontró dormido. Una enfermera le estaba colocando suero.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, doctora. Todo ha salido bien. Es increíble lo rápido que han curado algunas de las heridas que tenía y lo bien que están cicatrizando las demás. Es como un milagro del Sol[19].

—¿Va a tardar mucho en despertar?

—Todavía está bajo los efectos de la anestesia y le acabo de poner un sedante para el dolor. Creo que dormirá toda la noche.

—¿Te importa si me quedo un rato con él?

—Claro que no, doctora. Los dejo a solas. Si hay algún cambio y me necesita, solo tiene que llamarme.

La enfermera se retiró de la habitación y cerró la puerta al salir.

Triz acercó el sillón y se sentó al lado de la cama. Le agarró la mano y se quedó a su lado unas horas hasta que el cansancio hizo que cayera dormida. Entonces se concentró en proyectar un sueño en Aisling

—Buenas noches, dormilón —balbuceó.

—¡Triz! Estamos en Aisling otra vez, ¿verdad? —preguntó Gare al verse en un restaurante en el que solo estaban ellos dos.

—Así es. Te estás recuperando de tus heridas en el hospital y la enfermera ha tenido que sedarte, pero quería que vieras que Aisling puede ser un lugar estupendo.

—¿Cómo ha ido la operación? ¿Saldré de esta o solo has proyectado esta cena romántica para despedirte? —preguntó Gare, al ver la cara de preocupación con la que lo miraba.

—No, tranquilo. Saldrás de esta. Aunque deberás tener paciencia, vas a pasar unos cuantos días en el hospital. Me han dicho que estás recuperándote muy rápido y pronto estarás bien.

—Gracias a tu conjuro...

—Y a tu voluntad por ayudarme...

—Si te digo la verdad, desde que nos reencontramos, he tenido la esperanza de poder invitarte a una cena como esta, pero esperaba que fuera en el mundo real. No hemos tenido nunca una primera cita.

—Qué bobo eres...

—De siempre, ya sabes —replicó Gare sonriendo—. ¿Qué vas a hacer ahora que tienes el libro?

—Volver con mis hijas, celebrar el cumpleaños de mi padre y regresar a casa. Óscar espera que regresemos antes del toque de queda del domingo. Intentaré descubrir el significado de las últimas páginas del libro de las sombras de Astrid. Espero poder hacerlo antes de que la amenaza de Cristian se haga realidad.

—¿Qué te dijo?

—Que solo había ganado una batalla, que la guerra la tenía perdida y pronto todos los mundos sucumbirán. Tengo que evitarlo.

—Así que vuelves a marcharte...

—Tengo que hacerlo. No puedo irme de casa así, sin más. Seguiremos en contacto por las noches, te prometo que alguna vez será como ahora, viéndonos, y te mantendré informado de todo lo que vaya descubriendo.

—¿Vas a venir a nuestros encuentros en Aisling siempre tan guapa como hoy? —preguntó Gare sin dejar de observar el vestido que llevaba puesto Triz.

—Puede que en algún encuentro en Aisling me decida a venir incluso con menos ropa —respondió Triz sonriéndo pícaramente.

—¿De verdad? —La sorpresa y el entusiasmo se reflejaron en la

cara de Gare.

—¡Pues claro que no, bobo! Pero mira que eres crédulo. Eso vas a tener que seguir soñándolo tú solito —replicó Triz entre carcajadas.

—¿Puedo hacer algo mientras? —preguntó Gare torciendo el gesto.

—Recuperarte. Esto no ha terminado y necesitaré a mi ángel de la guarda en forma la próxima vez —respondió Triz agarrándole de la mano por encima de la mesa.

—¿En serio?, ¿me necesitas?

—Que no se te suba mucho a la cabeza, pero sí. Te necesito y me gusta tenerte cerca... —Triz aproximó su silla a la de él y, agarrándole la cara con ambas manos, se acercó a besarle, pero Gare se despertó.

—¡Vamos hombre, no me jodas! —exclamó antes de que un ataque de tos le hiciera maldecir en su cama de hospital.

Triz despertó a su lado, en el sillón, y estalló en un ataque de risa.

—¡A mí no me hace ninguna gracia! Es la primera vez que vas a besarme, en veinticinco años, y voy, idiota que soy, y me despierto.

—Es que eres único para complicar las cosas —declaró Triz sin poder parar de reír—. Pero tranquilo, si no te ahogas con el ataque de tos... —Triz se puso en pie y se volvió a acercar a Gare. Esta vez nada le impidió besarlo. Un beso que se alargó unos segundos en el tiempo—. Mejor que nuestro primer beso sea en nuestro mundo. ¿No crees? Tengo que marcharme, ya está amaneciendo y me esperan en casa. Tengo que celebrar un cumpleaños y coger un autobús de vuelta. Hablamos en Aisling que, con los sedantes y anestesia, seguro que no me cuesta mucho esfuerzo encontrarte dormido.

Le sonrió y Gare le devolvió la sonrisa. Recogió sus cosas del sofá y, tras despedirse con una caricia, se dirigió a la puerta. Tenía sentimientos encontrados. Se alegraba de regresar a casa para estar con su familia, pero sentía pena por no poder quedarse más tiempo con él. El beso, aunque corto y nada pasional, le había gustado y, una vez más, al tocar a Gare, todas sus energías se habían alterado.

Estaba llegando a la puerta de la habitación, cuando él la llamó.

—Solo una última cosa, Triz —dijo y logró que se girara a mirarlo—. Te dije que ibas a querer besarme, pero, para ser el primer beso que me das, podrías haberle puesto un poco más de intensidad. No sé… ¿algo de lengua tal vez?—bromeó Gare antes de que un ataque de tos volviera a interrumpirlo.

—¡Cada día eres más idiota! —replicó Triz dándole la espalda, pero riéndose por dentro al coincidir lo que había dicho él con sus

pensamientos en ese momento—. Si llego a besarte más apasionadamente, termino por dejarte sin respiración. Apenas han sido unos segundos y ya estás ahogándote

—Así igual hubiera ido al mundo de los muertos a darle una paliza a Cristian por haber intentado besarte en su fiesta y en el bosque. A ver si sin magia es tan valiente —replicó Gare—. No, ahora en serio, antes de que te vayas, hay algo que quiero decirte. Hay una cosa en la que Cristian tenía razón y no quiero que la siga teniendo. No soporto que alguien como él pueda llevar la razón en nada.

—¿A qué te refieres?

—A que nunca te he dicho lo que siento por ti…

—No hace falta decirlo. Basta con demostrarlo y ya lo has hecho —dijo Triz mirándole desde la puerta.

—Aun así… necesito decírtelo. Si no estuvieras casada, me encantaría poder invitarte a salir.

—Pero lo estoy…

—Aun así. Puedes contar siempre conmigo. Te qui… —La anestesia hizo que Gare volviera a quedarse dormido.

Triz sonrió y cerró la puerta de la habitación. Sus padres y sus hijas la esperaban para celebrar un cumpleaños.

—36—

Esto no ha terminado

Tras celebrar el cumpleaños de su padre, regresaba a casa, junto con sus dos hijas, en el autobús. Intentaba dormirse durante el trayecto para intentar coincidir con Gare, que estaría entrando y saliendo sin voluntad del mundo de los sueños, y ver cómo se encontraba, pero sus hijas y el agitado viaje por carretera, no se lo estaban poniendo fácil. Iba a tener que conformarse con hablar con él por la noche.

Al menos, se alegraba al ver la sonrisa de su hija mayor. Alana viajaba contenta, molestando a su hermana pequeña, tras pasar la noche en la casa de sus abuelos y recibir regalos. Había dormido muy bien y no había soñado con el hombre malo. Si de algo le había servido su primera batalla era para librar, al menos por el momento, a su hija de aquellas pesadillas.

Estaba segura de que la amenaza de Cristian no tardaría en hacerse realidad, pero durante unos días, y antes de la llegada de nuevos «hombres malos» a sus sueños, su hija podría descansar.

Le quedaba regresar a casa, hablar con Óscar, hacerle entender todo lo que había vivido y lo que les quedaba por vivir e intentar prepararse para ello. Tenía el libro de las sombras de la primera gran bruja y, si Astrid había conseguido evitar que se materializaran sus visiones, estaba segura de que ella también lo conseguiría. Solo tenía que estudiar y entender las notas escritas en el grimorio para saber cómo enfrentarlas.

Que su hija pudiera dormir le ayudaría a descansar a ella y así aclarar sus ideas y sentimientos para poder volver a tener la vida

normal que tanto echaba de menos. Casi ya no podía ni recordarla.

—¡Mamá! Alana me ha quitado el libro que nos ha regalado el abuelo —vociferó Maya a la vez que se ponía de pie en el asiento de delante—. Dile que es mío y que me lo devuelva.

—¡Pero si ella no sabe leerlo todavía!

—¡Sí que sé! —replicó la pequeña.

—Alana, ¿quieres hacer el favor de no hacer rabiar a tu hermana y devolverle el libro? Tú ya tienes el tuyo. ¿Por qué no aprovecháis lo que queda de viaje para terminar de leerlo y dejarme descansar un poco?

Las dos pequeñas volvieron a sentarse en sus asientos y empezaron a leer.

—Vaya, no creía que fuera a funcionar. Las tienes bien educadas —comentó la mujer que iba sentada a su lado.

—Gracias. He intentado hacerlo lo mejor posible en este mundo que nos ha tocado vivir, pero, no te creas, la paz durará poco. Son dos niñas muy inquietas —declaró Triz mirando, por primera vez en el viaje, a quien se encontraba sentada junto a la ventanilla. Había algo extraño en ella y se sintió incómoda al mirarla a los ojos.

Desde que se había montado en el autobús y, tras un pequeño saludo al sentarse, la mujer no había dejado en ningún momento de mirar por la ventana. Era la primera vez que se dirigían la palabra.

—Si son inquietas, habrán salido a su madre... —manifestó a la vez que regresaba la mirada a la ventana—. Tu tía Helen me ha dicho que eras una niña muy nerviosa.

Las palabras de la mujer resonaron en los oídos de Triz como un disparo de escopeta.

—¿Disculpa?

—Tu tía Helen me ha hablado mucho de ti antes de mandarme venir.

—¿Se puede saber quién eres y de qué conoces a mi tía?

—Mi nombre es Shaira Diouf y conozco a tu tía de Grawell. ¿De dónde sino?

Respondía con tanta naturalidad que Triz no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Conoces Grawell?

—Claro. ¿Dónde te crees que vivía? —La mujer le sonreía como si descolocarla con la conversación le estuviera divirtiendo.

—Pero, si vivías en Grawell...

—Si vivía en Grawell, soy una bruja que murió perseguida por realizar conjuros. Si, Triz, soy una bruja, como tú y como tu hija mayor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Triz, apartándose en el asiento y poniéndose a la defensiva.

—Tu tía Helen me manda para avisarte. Ya sabes que no puede volver. Me ha enviado para decirte que tienes que volver a Grawell, la situación allí se ha complicado. El cáncer que afectaba al mundo de las brujas se ha extendido. Ha ocurrido una desgracia en nuestro mundo y todas las brujas de magia blanca te necesitamos.

—¿A mí? ¿Qué puedo hacer yo?

—Nivelar las fuerzas. Recuperar lo que nos han quitado. Restablecer la paz…. Tienes que volver, Triz.

—No fue agradable dejarme quemar la última vez.

—¿Crees que para mí lo fue cuando me lapidaron por brujería en pleno siglo XXI? ¿Crees que, después de llevar años soñando que si algún día me torturaban iba a poder vivir tranquila en el mundo de las brujas, ha sido agradable encontrarme Grawell como me lo he encontrado?

—Grawell está bien. Hace apenas una semana que he vuelto de allí. No se ha podido ir todo a la mierda en tan poco tiempo...

La mujer la miró fijamente. Ante los ojos de Triz, su mirada, hasta ese momento dulce y comprensiva, se fue tornando fría y hostil.

—Me he jugado mi futuro por regresar. He vuelto a este mundo cruel, que no ha dudado en lapidarme por mis creencias, solo porque tu tía Helen me lo pidió. Confié en ella. Deberías confiar en mí —gruñó y agarró a Triz de los cuellos de su blusa—. Tienes que volver... ¡Tienes que volver a Grawell, Triz! Y tienes que hacerlo ya.

Los ojos de la bruja se encendieron en llamas. Triz saltó en su asiento para alejarse de ella y cayó al suelo del pasillo del autobús.

—¿Qué haces, mamá? —preguntó Alana al ver como su madre intentaba ponerse en pie y se sacudía la ropa, mirando avergonzada al resto de los pasajeros.

—Nada, cielo, he tenido un mal despertar, eso es todo.

—¿Has soñado con el hombre malo?

—No, no es eso. Sigue leyendo el libro con tu hermana.

Regresó a su asiento. Avergonzada, agachó la cabeza. Sí que había conseguido quedarse dormida en el autobús, pero, en lugar de poder contactar con Gare, había vuelto a tener una de sus pesadillas.

Una que la avisaba de que no iba a poder evitar tener que volver a ser quemada en la hoguera. Tenía que darse prisa con el grimorio de Astrid. El sueño, y con él el viaje de regreso a Grawell, no tardaría en hacerse realidad y debía estar preparada.

Agradecimientos

Como siempre que termino una novela me gustaría dar las gracias a todas las personas que me han acompañado durante su escritura. En este apartado nunca me puedo olvidar de Goizalde Aguirre, mi hermana, sin la que mis novelas nunca podrían ver la luz. Tampoco me puedo olvidar de Eneritz Bilbao, una novela sin lectora cero nunca sería lo mismo. Dar también las gracias a Sol Taylor por su paciencia, comprensión y por seguir dando imagen a mis ideas en otra estupenda portada, y a Vero Monroy por su exhaustivo trabajo de corrección.

Pero una vez llegados a este punto, en esta ocasión, quiero hacer algo especial. Algo que vi hace unos días a un compañero Indie y que me pareció brillante. En lugar de mencionar los nombres de mis compañer@s, voy a mencionar también sus obras.

Otros autores indies recomendados

—Las puertas del infierno, de **Samir Dabian Guerra** (Autor de la idea).
—Serie A dos: Edición Especial, de **Dulce Merce**.
—Seb Damon, Libertad virtual, de **Martin McCoy**.
—Serie ¿Tú me ves?, de **Gemma Herrero Virto**.
—Mientras te recuerde, de **Luz Maestre**.
—Fénix, de **Maribel C. Gómez**.
—Serie Amurao, de **Fran Barrero**.
—Aglacei, de **Vero Monroy.**
—El nido del lobo, de **Gema Tacón**.
—Proyecto Crysser, de **Eva Fraile**.
—Double Trouble, de **Sara Halley y Martin McCoy**.
—Once suspiros, de **Mary Gazte**.
—Camino de venganza, de **Dani Huertas**.
—El abuelo, de **Leno Bermudez**.
—El legado de Narmer, de **Galder Izarzugaza**.
—Mekronos, de **Gema López**.
—Atlantes, de **Iván Gilabert**.
—El secreo de Malcom, de **Kate Danon** (Finalista Amazon 2018).
—33 años sin llorar, de **F.G. Labandal** (Finalista Amazon 2018).
—El doble, de **Pablo Poveda** (Finalista Amazon 2018).
—Aquello que fuímos, de **Pilar Muñoz** (Ganadora Amazon 2018).
—El tunel de Brooklyn, de **Joaquim Colomer.**
—Almagedón in corpore, de **Dublineta Eire.**
—El vendado, de **Antonio Marcelo Beltrán**.
—Almas errantes, de **J. L. Prieto.**
—Stardust, de **Sebastián E. Luna**.

Sois tantos que no cabéis todos. Muchas gracias por vuestro apoyo, por vuestro compañerismo en redes sociales y por amenizar las tardes en Facebook. Sin vosotr@s esto de escribir no sería lo mismo.

Un abrazo.

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS POR EL AUTOR

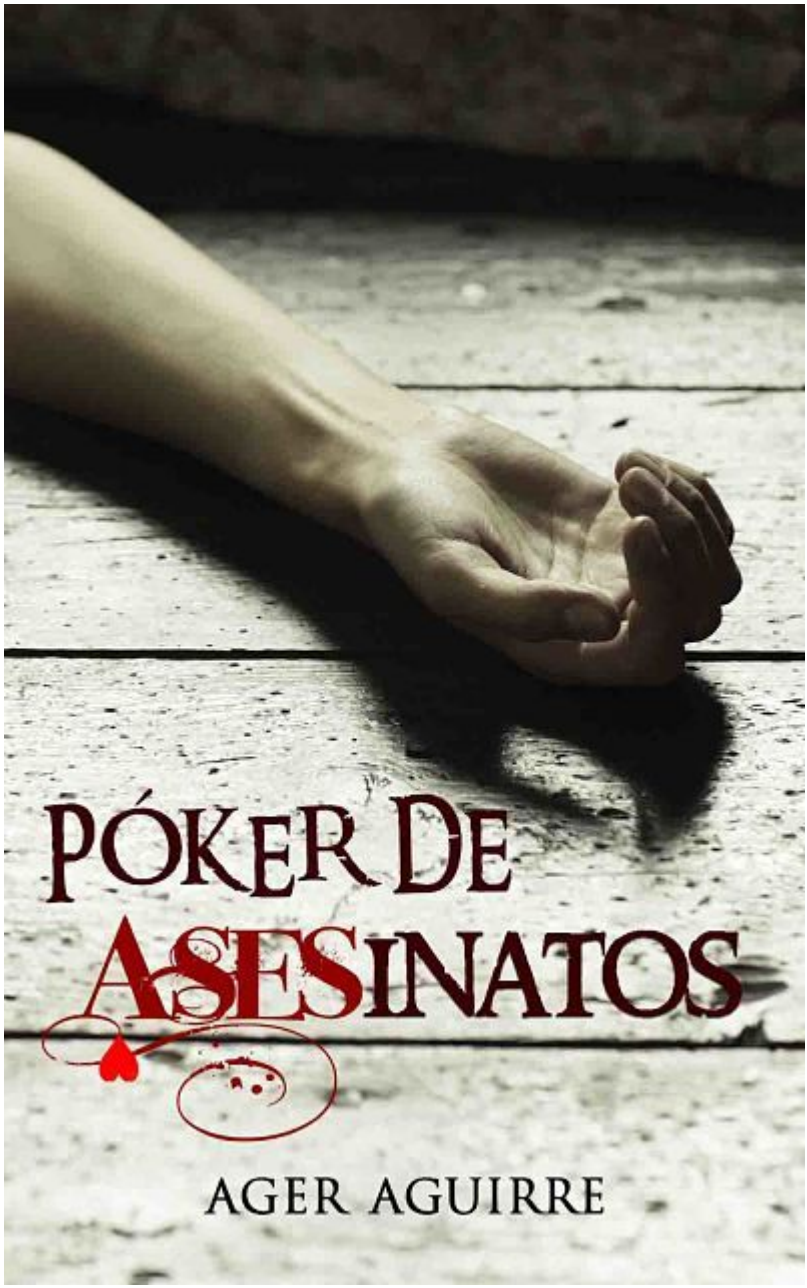
Los nietos de Dios

Aventuras/Ficción

Tras vivir el terremoto de San Francisco de abril de 1906, el empresario José Calderón encuentra una misteriosa piedra y descubre que su hallazgo puede cambiar el destino de la humanidad

y todas las creencias sobre su origen. La difícil situación de España y un revés personal le obligan a posponer su investigación.

Cien años más tarde el escritor Gaizka Juaresti y la bróker Naiara Salazar retoman una búsqueda que cambiará sus vidas y puede que las nuestras.



Póker de asesinatos

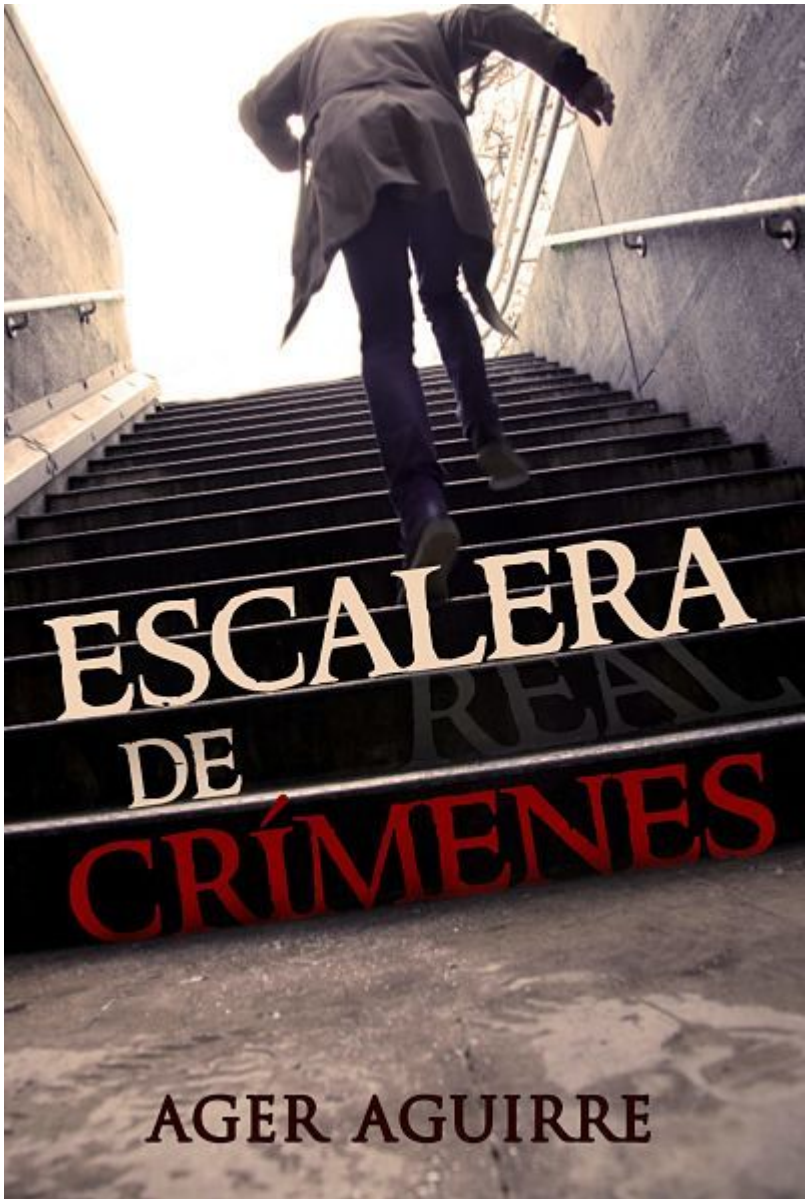
Thriller/ finalista Premio Literario Amazon 2018

"Todos los asesinos en serie quieren ser atrapados. Por eso dejan mensajes. Su objetivo no es escapar sin ser descubierto. Su meta es

jugar con la policía todo el tiempo que les sea posible. A más tiempo, mayor es la fama alcanzada y más cerca estará el asesino de convertirse en leyenda."

Cuando el sargento primero de la Guardia Civil Gabriel Abengoza recibe una llamada en la que le comunican el hallazgo del cadáver de una popular periodista, enseguida descubre que no se trata de un accidente, pero no se puede imaginar que a ese crimen se le sumarán otros que le harán trabajar, mano a mano, con Ángela Casado, inspectora jefe de la Policía Nacional. Killer Cards, nombre con el que bautiza la prensa a quien va dejando a su paso cadáveres de personalidades de la sociedad con un as de la baraja de póker en la ropa, tiene un plan trazado con meticulosidad para alcanzar su objetivo y burlar a los investigadores. El caso se convertirá en un fenómeno mediático que mantendrá en vilo a todos los televidentes del país hasta que los agentes atrapen al culpable. Sin embargo, Killer Card «guarda un as en la manga».

¿Conseguirán atrapar a Killer Cards antes de que complete su póker de asesinatos?



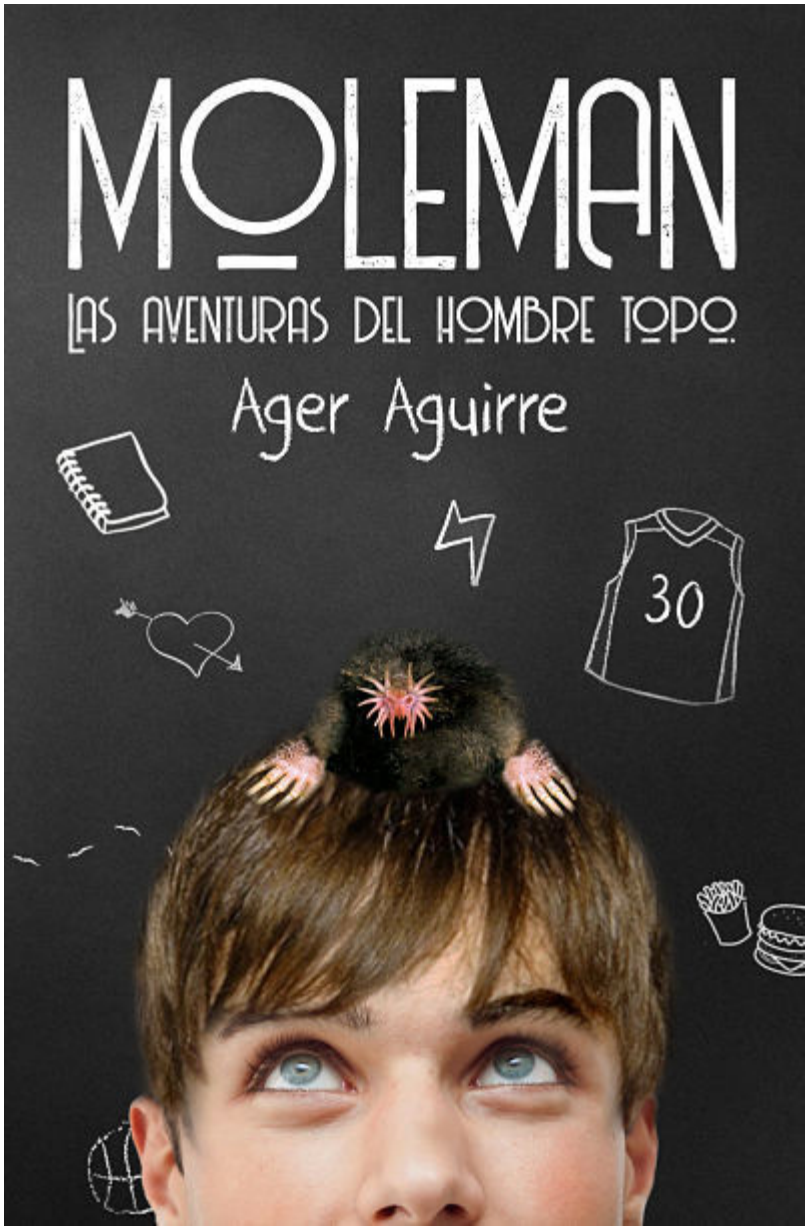
ESCALERA DE CRÍMENES

Thriller policiáco SOLO UNA JUGADA DERROTA A UN PÓKER DE ASES.

HAY VECES QUE PARA HACER JUSTICIA HAY QUE COMETER UN CRIMEN... O VARIOS.

ADVERTENCIA

Este libro es la continuación de PÓKER DE ASESINATOS. NO se puede leer sin haber leído antes el mencionado. Sería como empezar una serie por la segunda temporada.



Moleman-Las aventuras del hombre topo

Thriller juvenil/Aventuras

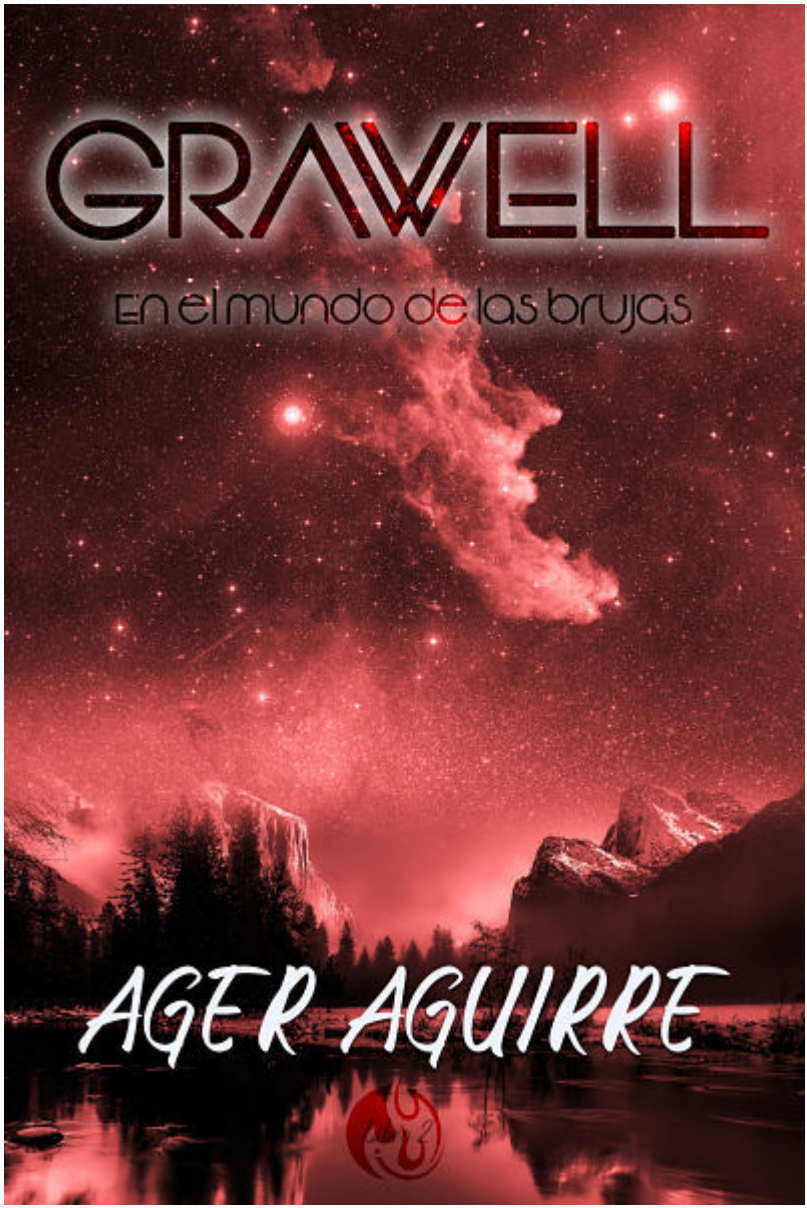
Álex es joven, guapo, popular, capitán del equipo de baloncesto y sale con la chica más guapa. Tiene la vida que todo joven desea, pero un día todo cambia. En una cita con su novia, algo le muerde en un pie... y la suerte que tenía hasta ese momento desaparece. La mordedura no le concede superpoderes como la araña a Spiderman.

El animal es un topo estrellado que le otorga «superdesgracias». Se vuelve feo, miope y muy torpe. No se reconoce en el espejo, no puede jugar al baloncesto, no puede ni ver la pantalla de su móvil.

Para colmo de desgracias, su novia y el padre de ella, un reputado genetista que parece ser el único que puede ayudarle, desaparecen al día siguiente de su cambio genético. Alba, una vecina y compañera de clase en la que nadie se fija ni recuerda su nombre, es la única que se preocupa por él y le anima a enfrentarse a sus cambios e investigar las desapariciones.

¿Podrá Álex, con la ayuda de Alba, encontrarles pese a no ver más allá de sus narices? ¿Convertirse en topo son todo desgracias o tendrá alguna ventaja? ¿La transformación será definitiva o encontrará una solución?

Moleman-Las aventuras del hombre topo es una novela de superhéroes de la vida cotidiana. Una visión diferente de nuestros cómics favoritos.



Grawell-En el mundo de las brujas

Fantasía Distópica/Segunda parte de esta trilogía

La búsqueda no ha acabado y los sueños de Triz no cesan. Tras conseguir el grimorio de Astrid en Aisling, ahora es Grawell, el mundo de las brujas donde reside su tía Helen, el que está en grave peligro. Triz y Gare se tendrán que volver a enfrentar a quien se

interponga en su objetivo de salvar los mundos pero, esta vez, no será tan fácil.

Grawell es un mundo lleno de sorpresas y de magia a la que ninguno de los dos está acostumbrado.

¿Podrán salvar Grawell antes de que sea destruido por Rigel y arrastrado por la Nebulosa de Bruja? ¿Podrán evitar a tiempo que el resto de los mundos sufra las consecuencias de los sueños de Triz?¿Qué pasará entre ellos dos?

Grawell es la segunda parte de la trilogía Entre mundos que se inició con Aisling.

[1] Samhain: Festividad de origen celta que consideraban la transición de un año a otro o la apertura de un nuevo mundo. Origen de festividades como Halloween o el día de Todos los Santos en la actualidad se sigue celebrando en movimientos como la Religión Wicca o el druidismo.

[2] Athame: Daga ceremonial para realizar rituales de la Religión Wicca, religión neopagana, vinculada a la brujería, desarrollada en Inglaterra en la primera mitad del siglo XX.

[3] Dios Astado: Junto a la Diosa Luna, deidad a la que se venera en la religión Wicca. De su imagen de hombre con cuernos, la religión cristiana extrajo la imagen de Lucifer o el demonio.

[4] Estado hipnagógico: Fase previa el inicio del sueño en el que se producen alucinaciones auditivas, visuales o táctiles. La palabra hipnagógica expresa una situación de tránsito entre la vigilia y el sueño acuñado por Alfred Maury.

[5] Aisling: Nombre femenino, de la lengua irlandesa, que se le da a la palabra sueño. Aquí se usa para bautizar al mundo de los sueños.

[6] ¡Haz que lo muerto vuelva a la vida! ¡Haz que lo vivo prevalezca!

[7] Scape room o sala de escape: Juego de escape, cada vez más popular, donde un grupo es encerrado en una habitación durante un tiempo y tiene que resolver pistas y enigmas para conseguir salir.

[8] El colgante muestra tres fases de la Luna. Creciente, llena y menguante. En la religión Wicca estas tres fases corresponden a la juventud de la Diosa (Doncella), a su etapa adulta (Madre), y a su madurez (Anciana). Triz le pide a la Diosa que revele el secreto que ocultan las tres fases de la Luna de su colgante.

[9] Traducción de la imagen del final del capítulo anterior. La Rede Wicca original está escrita en inglés antiguo.

[10] ¡Que el poder de mis palabras revele la verdad! ¡Que la Dama borre la mentira!

[11] Los altares en la religión wiccana siempre están orientados hacia el Este con lo que el viento llegando desde la derecha de Triz tiene que provenir del Sur.

[12] ¡Que el Astado ordene las palabras! ¡Que la verdad vea el Señor!

[13] ¡Que las fuerzas del mal rompan tu escudo! ¡Que los rayos del cielo te hagan arder!

[14]¡Mata mi parte viva! ¡Que la muerta prevalezca!

[15] Petronilla de Meath fue la criada de Alice Kyteler, primera mujer acusada de brujería en Irlanda. Cuando Alice huyó a Inglaterra, Petronilla fue torturada y flagelada hasta que confesó lo que le pidieron, acusando a Alice Kyteler y a ella misma de practicar brujería y relaciones sexuales con un íncubo. Murió en la hoguera el 3 de noviembre de 1324, mientras que de Alice Kyteler no se supo nada más.

[16] Rigel es una estrella gigante blanco-azulada situada en la constelación de Orión a 860 años-luz del Sistema Solar y tiene a su lado una Nebulosa conocida con el nombre de Cabeza de Bruja.

[17] La madera de quino contiene quinina. Conocida por sus propiedades curativas, sobre todo, contra la malaria. De sabor amargo, se utiliza también como potenciador del sabor en el agua tónica y sus componentes fluorescentes le hacen brillar bajo la luz negra. (Por eso, los *gin-tonics* brillan con la luz de las discotecas.)

[18] Grimorio: Nombre que se le da a los libros que contienen hechizos y conjuros.

[19] Tras la tormenta solar, en el mundo real, el Sol es el nuevo Dios al que se venera. Una nueva religión.